

The background of the entire image is a photograph of the United States flag waving against a bright blue sky with scattered white clouds. The flag is positioned on the left side, with its stripes and stars clearly visible. The text is overlaid on the right side of the image.

americana  
don delillo

Lectulandia

David Bell personifica el sueño americano. Con tan solo 28 años, es un apuesto ejecutivo de televisión que ha llegado a lo más alto. Pero bajo esta apariencia perfecta, Bell se siente atrapado en una obsesiva película contemporánea: una rutina hecha de imágenes fragmentarias, conversaciones superficiales y sexo rápido. Su única escapatoria es hacer su propio rodaje. Con la intención de filmar un documental, Bell parte en un viaje a través del país. Su objetivo es retratar fielmente los pequeños pueblos y sus gentes, descifrar la esencia americana. Pero a medida que el viaje avanza y los fotogramas de la filmación cobran forma real, una idea se instala en la mente de Bell: quizás no haya nada que descifrar; Estados Unidos ha llegado al final de su propia película.

Americana es la primera novela de Don DeLillo, el impresionante punto de partida de una de las obras más originales y trascendentes de la literatura contemporánea: «Casi todas las frases de Americana suenan reales, con autenticidad más allá de los estereotipos. DeLillo es un hombre de una escalofriante percepción. Una de las más impresionantes y sofisticadas primeras novelas que he leído», Joyce Carol Oates.

**Lectulandia**

Don DeLillo

**Americana**

ePub r1.0

SoporAeternus 05.06.15

Título original: *Americana*  
Don DeLillo, 1971  
Traducción: Gian Castelli  
Diseño de cubierta: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Barbara Bennett

# PRIMERA PARTE

Llegamos entonces al final de otro año aburrido y cetrino. Las tiendas lucían bombillas extendidas a lo largo de sus fachadas. Los vendedores de castañas empujaban sus carritos humeantes. Por las tardes, se creaban multitudes inmensas, y el tráfico alcanzaba las proporciones de un maremoto rugiente. Los papanoeles de la Quinta Avenida hacían sonar sus campanillas con peculiar y entristecedora delicadeza, como si estuvieran rociando con sal trozos de carne brutalmente putrefactos. De todos los comercios surgían canciones de propaganda, cánticos y hosannas, y las bandas del Ejército de Salvación proferían los marciales lamentos de trompetas de las antiguas legiones cristianas. Unidos con aquel chasquido de platillos y tambores que parecía sugerir que alguien reprendía a los niños por sus pecados insondables, conformaban un sonido, ajeno a aquel momento y lugar, que parecía irritar a la gente. Pero las muchachas mostraban un aspecto encantador e infatigable, comprando en las tiendas más disparatadas y desplazándose entre aquellas luces parpadeantes y magnéticas como *majorettes*, altas y rubicundas, sosteniendo relucientes paquetes contra sus tiernos senos. Nada de todo ello entorpecía el sueño del lazarillo del ciego, un pastor alemán.

Finalmente llegamos a casa de Quincy. Su mujer nos abrió la puerta. Le presenté a mi acompañante, B. G. Haines, y comencé a contar las personas que había en la estancia. Mientras contaba, percibía de un modo distante que la esposa de Quincy y yo habíamos comenzado a hablar de la India. Tenía la costumbre de contar a los presentes. La cuestión de cuánta gente había en un sitio determinado me parecía importante, quizá porque los informes periódicos sobre catástrofes aéreas y escaramuzas militares siempre subrayaban el número de muertos y desaparecidos; esa precisión es como una chispa de electricidad para las mentes abotargadas. Después de eso, lo más importante es averiguar el grado de hostilidad, algo relativamente sencillo. Todo cuanto hay que hacer es devolver la mirada a las personas que te miran al entrar. Una larga ojeada suele bastar para obtener una lectura más o menos precisa. Había treinta y una personas en la estancia, de las que aproximadamente tres o cuatro eran hostiles.

La esposa de Quincy y mi pareja sonrieron a sus respectivos pendientes con el símbolo de la paz, y yo me llevé a B. G. al salón. Aguardamos a que alguien se acercara para entablar conversación. Estábamos en una fiesta, y no nos apetecía charlar el uno con el otro. De lo que se trataba precisamente era de separarse durante la velada y de encontrar gente con la que resultara excitante hablar. Luego, al final, volveríamos a reunirnos y nos contaríamos qué terrible había sido todo y cuánto nos alegrábamos de estar de nuevo juntos. He ahí la esencia de la civilización occidental. De todos modos, dio igual, porque una hora después estábamos todos aburridos. Era una de esas fiestas que resultan tan tediosas que el propio aburrimiento no tarda en convertirse en el tema principal de conversación. Uno va trasladándose de un grupo a

otro y oye la misma frase una docena de veces: «Esto es como una película de Antonioni.» Los rostros, sin embargo, no resultaban tan interesantes.

Decidí ir al cuarto de baño y mirarme en el espejo. De la pared colgaban seis pintadas enmarcadas. Las palabras aparecían escritas sobre papel glaseado con cuerpos de letra gruesos y voluminosos, de unos 60 puntos aproximadamente, y dibujadas en tipos de imprenta para proporcionar una sensación de realidad. Tres de las pintadas eran blasfemas; las otras tres, obscenas. Los marcos parecían caros. Advertí restos de caspa sobre mis hombros. Estaba a punto de sacudírmelos cuando entró una muchacha llamada Pru Morrison. Procedía de algún lugar del condado de Bucks, y a la sazón comenzaba a verse engullida por el torbellino de la monotonía urbana. Permaneció allí, reclinada sobre la puerta cerrada, mirándome. Tendría sus buenos dieciocho años, y yo era a la vez demasiado joven y demasiado viejo para interesarme por ella. Así y todo, deseé que no advirtiera la presencia de la caspa.

—Había venido a lavarme las manos.

—¿Quién es esa bobita?

—Pru, me dicen que en los almacenes Peck y Peck tienen esta semana una oferta especial de fustas de montar. ¿Por qué no vas?

—No sabía que salías con bobitas, David.

Comencé a lavarme las manos. Pru se sentó en el borde de la bañera y abrió el grifo apenas lo suficiente para que goteara. Me pregunté si no habría una intención sexual en ello. A veces resultaba difícil determinar esa clase de cosas.

—Me ha llegado una carta de mi hermano —dijo—. Le han puesto a cargo de un lanzagranadas M-79 y está en una de las zonas más activas del frente. Me cuenta que se combate ferozmente por cada centímetro de terreno. Deberías leer sus cartas, David. Son realmente tremendas.

No había noche en que la guerra no saliera en televisión, pero todos nos íbamos al cine. Al poco tiempo, todas las películas se parecían entre sí, y comenzamos a reunirnos en estancias en penumbra, animándonos o desanimándonos, o contemplando a los otros animarse o desanimarse, o quemando barritas de incienso y escuchando cintas prácticamente dominadas por el silencio. Yo solía llevar mi cámara. Era una dieciséis milímetros, un juguete ingenioso que fascinaba a todos por igual.

—Dice que no eres capaz de diferenciar a los hostiles de los amistosos —dijo Pru.

—¿Quién? —pregunté.

—Maldita sea tu estampa —dijo Pru.

—Me ha contado Quincy que tienes otro novio, Pru. De la Facultad de Agricultura y Minería de Texas. Una especie de cadete novato, por lo visto. Me cuenta también que le conociste a través de una agencia informática de contactos.

—Ese hijo de puta es un embustero.

—Es tu primo, Pru.

—Tienes caspa —dijo—. Puedo verla en tu chaqueta. ¡Caspa!



Quincy estaba sorprendentemente en forma, y contaba sin cesar chistes sobre bedeles polacos, sacerdotes negros, judíos en campos de concentración y mujeres italianas de piernas peludas. Acosaba a los miembros de su audiencia con relatos incómodos y embarazosos, desafiándolos a plantarle cara. Los demás, por supuesto, nos moríamos de risa e intentábamos superarnos mutuamente a la hora de demostrar nuestro grado de ilustración. Se suponía que asistíamos a una experiencia étnicamente liberadora. Si te sentías ofendido por aquella clase de chistes o te mostrabas sensible a aquellos que atacaban tu raza o tu linaje no se te consideraba preparado para pertenecer al grupo. B. G. Haines, modelo profesional y una de las mujeres más bellas que he conocido en mi vida, parecía disfrutar con los juegos de Quincy. Era una de las cuatro personas de raza negra que había en la habitación —la única de nacionalidad norteamericana—, y parecía sentirse obligada, como si de un deber diplomático se tratara, a reír con más fuerza que nadie los más salvajes chistes racistas de Quincy. Cada vez que lo hacía, parecía a punto de perder el equilibrio, pero yo estaba seguro de detectar un sollozo quebrado y convulsivo en la cresta de cada carcajada. Supuse que le hacía falta algo más de práctica. De hecho, se había pasado la velada sonriendo a cuantos se acercaban a ella y asintiendo solemnemente ante todas las reflexiones sociales que le proponían los intelectuales presentes. Resultaba desconcertante. Terminé por recordarle que se suponía que éramos nosotros los que debíamos mostrarnos corteses con ella, y no al contrario. A continuación, le solté un pequeño sermón sobre las responsabilidades que tenía con su gente, y ella pinchó un canapé en tránsito y recuperó la elegancia.

La fiesta estaba a punto de concluir. Algunos invitados ya se habían marchado. Tan solo se había tratado de un cóctel, e iban formándose grupos para cenar. En un rincón de la estancia, la esposa de Quincy llevaba a cabo una versión «cóctel» modificada de lo que conocíamos como su *strip-tease kárate*, una danza que aseguraba haber aprendido durante su viaje a Oriente.

Me propuse aguardar un rato y luego preguntarle a B. G. dónde le apetecería cenar. Ella sugeriría que fuera yo quien lo decidiera. Iríamos a un pequeño restaurante francés del sector oeste, en la frontera con tierra de nadie; en aquel lugar sopla un viento frío procedente del río, y los edificios, bajos y poco acogedores, respiran ruina. En esta época del año, reina una sensación de vacío total, de lugar abandonado al paso de la guerra. Allí no podían vivir más que gatos maltrechos y niños de vientres transparentes: aquellas luces distantes que chisporroteaban sobre Times Square pertenecían a otra ciudad y a otra época. B. G. pediría ancas de rana. Yo intentaría impresionarla dirigiéndome al camarero en francés con el calor y la intimidad propios de un héroe de la Resistencia que saluda a un antiguo camarada de lucha. El camarero me consideraría un imbécil y B. G. captaría mi farol. No restaría sino concluir la velada encadenando un cigarrillo tras otro a lo largo de una de esas típicas conversaciones sobre la muerte, la juventud y la ansiedad. Recordé que ya no fumaba.

—¿Dónde te apetecería cenar? —dije.

Pero ella no me oía. Estaba hablando con un hombre llamado Carter Hemmings. Aunque Carter tenía treinta años —dos más que yo—, era uno de mis subordinados en la cadena. La edad de los hombres con los que trabajaba siempre había sido algo importante para mí. En la cadena, a los que más temía era a los jóvenes que pudieran ascender a puestos superiores al mío. No bastaba con ser el mejor; también había que ser el menor. Por medio de una ingeniosa labor de espionaje, mi secretaria había logrado enterarse de la edad de todos aquellos con un grado de responsabilidad similar al mío. Cuando me dijo que era el más joven con una diferencia de un año y tres meses sobre el segundo, la llevé a cenar al Lutèce y le subí el sueldo quince dólares. Carter Hemmings me temía. Sin embargo, y no solo por esa razón, sino también porque era época de compasión, de permisos carcelarios y de treguas militares, no interrumpí su conversación con B. G. y en su lugar opté por servirme otra copa. Apenas quedaba ya una docena de personas. Sullivan, con su trinchera de gitana, permanecía apoyada contra la pared. Invitarla había sido una tontería por mi parte: se mostraba tensa. Tenía frente a ella a un paquistaní que trabajaba en las Naciones Unidas. El hombre sostenía una copa en una de sus manos y un cenicero en la otra, pero a Sullivan no parecía importarle dejar caer la ceniza al suelo. Me situé justamente detrás de él e intenté hacerla reír poniendo caras obscenas. Ella sacó el pie derecho del zapato y, a continuación, con naturalidad exquisita, dobló la pierna contra la pared, cual si de una cigüeña se tratara, hasta hacerla desaparecer tras los faldores de la gabardina. Así siguió, apoyada sobre una sola pierna, sobre aquel zapato críptico anclado bajo ella. Sullivan, ignoro si a propósito o no, siempre hacía que me sintiera totalmente fuera de lugar. Me sentía terriblemente atraído hacia ella.

—Como soy musulmán —decía el paquistaní—, no bebo. Y sin embargo, siento la necesidad de sostener una copa en la mano si no quiero que los demás me consideren una persona demasiado solemne y estricta. Los musulmanes somos muy severos en la cuestión del alcohol, la vestimenta y las relaciones carnales. Quizá esté usted cansada de estas personas y le apetezca volver a casa. ¿Puedo ofrecerme para acompañarla? Mi Plymouth Fury está estacionado al otro lado de la calle. ¿Dónde vive?

—En los corazones de los hombres —dijo Sullivan.

Me uní a ellos. El reloj de pared comenzó a dar campanadas. Miré al paquistaní y moví los labios sin hablar, para dar la impresión de que el reloj ahogaba mis palabras. Tras ocho campanadas seguidas, se detuvo, y yo acometí, a la mitad, una frase oída en algún documental sobre Suiza que pasó por mi mente y terminé de pronunciarla en voz alta. Él miró alternativamente la copa y el cenicero, intentando decidir cuál de ambos objetos se encontraría más seguro encima del otro. Pisaba un terreno desconocido y quería tener al menos una mano libre. En ese momento se aproximó Quincy, comenzó a hablar de una nueva superdroga que había probado la semana anterior y toda la escena se disolvió por sí misma antes de que cualquiera de nosotros

pudiera saber exactamente qué ocurría.

Salí a la terraza. Por Central Park desfilaban los automóviles, parpadeantes luces rojas en pos unas de otras, en dirección Norte y Oeste hacia la oscuridad y el río, faros de los que avanzaban en nuestra dirección, un suave fulgor anaranjado, silbidos de los porteros. Las farolas del parque arrojaban un frío resplandor pálido, plateado y uniforme. Estaba tirando mi existencia por la ventana.

Todo el mundo la llamaba por su apellido. Era escultora, tenía treinta y siete años de edad y no estaba casada. Era una mujer alta, que por su porte, su trato o su mera presencia parecía cambiar ligeramente el aspecto de la estancia, como cohibiéndola. Sullivan poseía esa clase de cuerpo y de facciones que inspiran incontables analogías, aunque yo intentaré reducirlas al mínimo. Cuando aparecía en las fiestas con un vestido liso de corte amplio, sin tacones, sin maquillaje y con el pelo largo, lacio y despeinado, se convertía en la mujer que invariablemente resulta descrita en la jovial atmósfera de los grupos como extraña, diferente, peculiar y notable. En tales fiestas, mientras Sullivan escuchaba a algún individuo solitario describir los terrores rituales de su vida o reposaba sentada acariciando las curvadas caderas de una guitarra, yo oía a los demás especular acerca de su procedencia. Muchos parecían convencidos de que se trataba de una india norteamericana. Otros situaban sus orígenes en Cataluña, la Polinesia o el Mar Muerto. En cierta ocasión, oí cómo una mujer describía admirativamente sus facciones como precolombinas. Para mí, resultaba simplemente hogareña. (Claro está que cada uno se venga como puede.) Sus manos eran alargadas y de nudillos ásperos. Sus ojos oscuros parecían adiestrados para no mostrarse nunca risueños, pasara lo que pasara frente a ellos. Su nariz delgada, que por algún motivo sugería la de una esgrimidora, mostraba tendencia a hincharse inesperadamente, como venteando la catástrofe en comentarios corrientes hechos por cualquiera. En conjunto, era una mujer voluminosa, esbelta y acerada. Los hombres le hacían saber constantemente cuánto les apetecería acostarse con ella.

Regresé al interior. La mujer de Quincy se había acomodado en el sofá y removía su copa con un cepillo de dientes. Pru Morrison parecía haberse marchado. Quincy estaba tumbado en el suelo frente al televisor en compañía de dos mujeres; ambas, al igual que él, empleadas de la cadena. Una de las mujeres tomaba nota de sus palabras mientras contemplaban el programa. Miré alrededor en busca de mi pareja. Sullivan, encaramada aún sobre la pierna izquierda, charlaba con un hombre cuyo aspecto recordaba el de un cobertizo de chapa ondulada. Comencé a balancear los brazos como un chimpancé y a dar vigorosos saltitos. Al mismo tiempo, inserté la lengua entre las encías y los dientes superiores para crear un abultamiento en la zona situada entre los labios y el extremo de la nariz y me dirigí hacia ellos con gesto encorvado, dejando que los brazos colgaran por debajo de mis rodillas. Sullivan me miró un instante, y en ese momento el hombre cogió su copa vacía y se dirigió a la cocina. Me enderecé y me aproximé a ella.

—¿Qué ha sido de tu cenicero?

—Tuvo que regresar al despacho —dijo ella—. Una crisis repentina en el subcontinente.

—También yo debería estar en la oficina. Andan todos detrás de mi puesto. Se diría que concursan para ver quién se queda hasta más tarde. Hay un tipo llamado Reeves Chubb que duerme en su despacho unas tres noches por semana. No hay manera de reunirse allí dentro hasta que su secretaria lo ha rociado con ambientador. Pero yo me las apaño mejor de lo que cabría esperar. Cualquiera día de estos, a lo mejor incluso me tomo unas vacaciones.

—¿Piensas irte a esquiar con todas esas ninfas enfundadas en jerséis diseñados para realzar el busto?

—No lo sé —dije—. Preferiría algo más espiritual. Explorar Norteamérica en el clamor de la noche. Ya sabes, el Yin y el Yang en Kansas. Esa es la escena.

—Igual me voy contigo —dijo Sullivan.

—¿Lo dices en serio?

—Me gustaría hacerlo, David. De verdad que me gustaría.

—En cualquier caso, tengo que ir al Oeste dentro de unos meses para realizar un documental sobre los navajos. Había pensado en coger las vacaciones un par de semanas antes y ocuparlas en conducir hasta allí.

—Podemos llevarnos a Pike.

—Desde luego —dije—. Puede buscar a alguien que se ocupe de todo durante un tiempo.

—Le dejaremos que nos señale la ruta. Le encargaremos un plan de batalla. Eso le gustará.

Me sentí mejor. Era una buena idea. El tipo regresó con dos copas. Sullivan nos presentó, y yo partí en busca de B. G. Haines. El cuarto de baño estaba vacío. Entré en el dormitorio y escruté los abrigos depositados sobre la cama. El suyo no estaba entre ellos. Miré en el interior del armario: tampoco estaba allí. Finalmente, entré en la cocina, pero también estaba vacía. Permanecí allí unos instantes y, por fin, abrí el refrigerador y extraje una bandeja de hielo del congelador. Quedaban cuatro cubitos en su interior. Carraspeé para reunir una bocanada de flema y escupí en cada uno de los cuatro receptáculos. A continuación, devolví la cubitera al congelador y cerré la puerta.

Regresé al salón. Sullivan seguía hablando con aquel hombrecillo rechoncho y grisáceo, y yo no conseguía apartar la vista de aquel zapato vacío.

Me consideraba a mí mismo un joven notablemente apuesto. La objetividad que el tiempo moldea lentamente, a la vez que pulveriza la prudencia, me permitía realizar tal afirmación sin tener que recurrir a esa falsa modestia que tanto crédito da a nuestros padres y abuelos al modo de las novelas elegantes. Supongo que no deja de ser cierto que he heredado la hermosa piel blanca de mi madre y la atlética estructura física de mi padre, pero el álbum familiar no arroja pista alguna que explique la peculiar perspectiva griega de mi rostro. A los veintiocho años, la identidad física significaba mucho para mí. Guardaba con mi espejo casi el mismo tipo de relación que muchos de mis contemporáneos mantenían con sus psicoanalistas. Cuando comencé a preguntarme quién era, acometí el simple paso de cubrirme la cara de espuma y afeitarme. Todo se volvió de repente tan evidente, tan maravilloso... Yo, con mis ojos azules, era David Bell. Obviamente, mi vida dependía de este hecho.

Medía exactamente un metro noventa y cinco. Mi peso oscilaba entre los ochenta y cuatro y los ochenta y seis kilos. A pesar de la blancura de mi piel, solía ponerme considerablemente moreno. Mi cabello era más rubio, más espeso y más voluminoso que ahora; medía ochenta y un centímetros de cintura y mis pulsaciones eran normales. Tenía una rodilla débil, pero nunca me habían roto la nariz. Mis pies no eran feos, y mi dentadura era superior a la media. Poseía una complexión excelente.

En cierta ocasión, mi secretaria me dijo que había oído a Strobe Botway, uno de mis superiores en la cadena, referirse a mí como «convencionalmente» guapo. Nos reímos un buen rato a costa de eso. Strobe era una criatura bajita y apenas humanoide que tenía el hábito, cada vez que fumaba, de hacer girar lentamente el cigarrillo entre los dedos pulgar, índice y medio, al igual que Bogart en una de sus primeras películas. Strobe me odiaba porque era más joven y más alto que él, y en cierto modo menos extraterrestre. Hablaba a menudo de la mística bogartiana, recurriendo para ello a términos filosóficos germánicos que nadie comprendía, y reventaba numerosas fiestas citando largos diálogos procedentes de oscuros filmes del actor. Tenía asimismo sus propios secundarios favoritos, seres cuyos nombres nadie conseguía relacionar jamás con un rostro, hombres que interpretaban el papel de alcaide de prisión en siete películas consecutivas, que se pasaban la vida asaltando nidos de ametralladora japoneses con una granada en cada mano, que hacían de borrachos, de psicópatas asesinos, de abogados corruptos o de pilotos de prueba que habían perdido el coraje. Strobe parecía admirar las imperfecciones físicas de las personas, sus ceceos, sus cicatrices y sus dientes mellados: desde su punto de vista, unas y otras se combinaban para contribuir al carácter, a cierta semilla de magnetismo. Su mundo no era el mío. Yo admiraba a Humphrey Bogart, pero también me ponía nervioso. Me inquietaba su frente; era la frente de un hombre que debe dinero. Mi propio instinto me guiaba más hacia Kirk Douglas o Burt Lancaster. Para mí, ellos eran las auténticas pirámides norteamericanas, y no tenían necesidad de submundo alguno que

esparciera su fama. Eran monumentales. Sus rostros cortaban la pantalla. Cuando reían o lloraban lo hacían sin reservas. Sus sonrisas cromadas nunca eran ambiguas. Y rara vez tenían tiempo de sentarse a intercambiar cínicas pullas con elegantes damas de la alta sociedad o estúpidos piesplanos. Eran hombres de acción que corrían, saltaban y amaban con actitud de abandono. Cuando era un adolescente, vi a Burt en *De aquí a la eternidad*. Al verle allí, en aquella playa hawaiana frente a Deborah Kerr, sentí por primera vez en mi vida la verdadera potencia de la imagen. Burt era como una ciudad en la que vivimos todos, tan grande era. En el confluir de las sombras y el tiempo había espacio suficiente para todos nosotros, y supe que tenía que estirarme hasta que las moléculas se separaran y yo me viera encadenado con aquella imagen. Bajo la luz de la luna, Burt era un *crescendo* de perfección masculina, y tanto más humano precisamente por ello. ¡Burt vive! Aún hoy conservo aquella imagen, al igual, creo, que millones de otras personas, hombres y mujeres, cada uno por sus propios motivos. Burt bajo la luz de la luna. Era un concepto; era el icono de una religión nueva. Aquella noche, después de la película, mientras conducía el automóvil de mi padre por las carreteras rurales, comencé a preguntarme hasta qué punto era real aquel paisaje y cuánto de sueño tienen los sueños.

Strobe murió en mitad de una reunión. Sufrió un ataque al corazón sentado frente a su mesa. Se encuentra convencionalmente muerto. Pero le hubiera alegrado saber que había otros en la cadena que compartían sus impresiones ante mis características físicas. El aire se hallaba repleto de energías ocultas, de pequeñas corrientes secretas, tal y como ocurre en cualquier espacio de trabajo que se alimente del calor de la imagen. Se glorificaban la fealdad y la inteligencia. Se ganaban puntos a base de mostrarse despiadado. Se organizaban *vendettas* contra los guapos. Uno se esforzaba por evitar las categorías, y con ello confundir a quienes las formulaban. En efecto, no ser considerado ni feo ni guapo, ni listo ni desalmado, equivalía a aparecer como un héroe ante los débiles, como un tipo agradable ante los brillantes y los apuestos, como un don nadie ante los inteligentes, como un homosexual ante el lunático sector de los menos atractivos, como una amenaza ante los peligrosamente neuróticos y como un amigo íntimo y leal ante los alienados y los abocados al desastre. Yo hacía lo posible para pasar desapercibido. Me desplazaba silenciosamente, subiendo y bajando escaleras y sin separarme mucho de las paredes. Un día se produjo un pequeño incidente que sirvió para confirmar la bondad de dicha táctica. Ocurrió un día, después del almuerzo, cuando atravesaba Madison Avenue a la par que Tom Maples, un joven que se había unido a la cadena más o menos en la misma época que yo. Intercambiamos las habituales y cautelosas frases de cortesía, y cuando alcanzamos la acera opuesta una adorable jovencita que lucía pestañas de color rosa me pidió un autógrafo.

—No sé quién es usted —dijo—, pero seguro que es alguien.

Tenía una sonrisa cautivadora, y firmé alegremente en su plano del metro pensando que aquello debía de estar divirtiéndolo a Maples. Se pasó los seis meses

siguientes evitándome. Después de aquello, me esforcé por mostrarme extraordinariamente humilde y reservado. Lo sentía como algo esencial para el bienestar de los demás.

Ha llegado el momento de pasar otra vez la película. Digo esto literalmente, ya que de hecho conservo en mi poder una película filmada en aquellos años, así como varias cintas. Tampoco hay tanto que hacer en una isla tan remota como esta, lo que me permite matar (o, mejor dicho, redistribuir) una respetable cantidad de tiempo escuchando la banda sonora y echándole alguna que otra ojeada más a ciertas partes del metraje.

Avancé por el pasillo en dirección a mi despacho. Mi secretaria estaba sentada a su mesa, comiendo un bollo de crema y escribiendo una carta. Se llamaba Binky Lister, y era una chica jovial a la que le sobraban algunos alegres kilos de más. Por entonces, mantenía una aventura con mi superior inmediato, Weede Denney, pero seguía siendo una secretaria digna de confianza, lo que significa que mentía por mí y me defendía de todas las acusaciones que hacían las secretarias de hombres que me temían o me detestaban. Me siguió al interior del despacho.

—El señor Denney quiere reunirse contigo a las diez.

—¿Para qué?

—Tampoco me lo cuenta todo, por Dios bendito.

—No te enfades, Binky. No era más que una pregunta ritual.

Cruzó los tobillos con gesto embarazoso, como haciendo un puchero no facial. Yo tomé asiento tras mi enorme mesa de trabajo y de inmediato me imaginé a mí mismo desnudo. A continuación, empujé la butaca hacia atrás y comencé a hacerla girar en un majestuoso arco de 180 grados, contemplando mis dominios. Las paredes aparecían cubiertas por ampliaciones fotográficas procedentes de programas escritos y coordinados por mí. La estantería estaba repleta de guiones encuadernados. Había plantas en dos de los rincones de la estancia y una docena de publicaciones especializadas pulcramente dispuestas sobre la mesa del fondo. Los ceniceros eran todos de Jensen. Tenía un sofá de cuero negro y una puerta amarilla. El sofá de Weede Denney era de color rojo intenso, y su puerta era negra.

—¿Algo más? —dije.

—Ha llamado una mujer. No dejó el nombre, pero me pidió que te dijera que las ancas de rana no le habían parecido tan sabrosas como otras veces.

—Mi vida —dije— no es más que una sucesión de recados telefónicos que nadie comprende más que yo. Todas las mujeres que conozco se creen una especie de elaboradoras de sentencias delficas. Mi teléfono suena a las tres de la madrugada y es alguien, empantanado en algún aeropuerto, que me cuenta que las galletitas animales se han escapado del zoológico. El otro día me llegó un telegrama —un esquizograma— de una chica que vive en la costa y todo cuanto decía era: mis amígdalas se han ido a un funeral. ¿Envías tú alguna vez mensajes así, Bink? Mi vida es como un télex

de la Interpol.

—Si tan irritante te resulta todo, ¿por qué has sonreído cuando te he dicho lo de las ancas de rana?

—Eran buenas noticias —repuse.

Me acerqué por el despacho de Weede. Le encontré sentado en su sillón de peluquería remodelado. A modo de escritorio, utilizaba una mesita redonda de café fabricada en teca. Al otro lado de la estancia podían verse las tres pantallas de su televisor en color. El sillón de peluquero, una excentricidad solo permisible para alguien en la posición de Weede, nunca me había estorbado demasiado, pero la mesita resultaba ligeramente inquietante por cuanto parecía implicar que mi mesa titánica era algo superfluo. Weede era un maestro de las artes de oficina, y su especialidad era la táctica de la reacción. Poco tiempo después de unirme a la cadena, un subalterno de Weede llamado Rob Claven decidió decorar su despacho con exactamente catorce cuadros pintados por su mujer. El resultado era bastante espeluznante. Weede no dijo ni una palabra, pero una semana más tarde algunos de nosotros, Rob Claven incluido, nos reunimos en su despacho. Lo que vimos nos dejó atónitos. Todos los cuadros habían desaparecido, junto con los antiguos grabados navales, y en su lugar colgaba una reproducción en veintiuno por treinta de un detalle de la Capilla Sixtina. Aquellas paredes casi desnudas constituían la sentencia de muerte de Rob Claven, y el Miguel Ángel representaba el descenso de la cuchilla.

Finalmente, Weede me señaló mediante un gesto que atravesara el umbral y me indicó la butaca azul, todo ello con un movimiento de la mano o de los ojos tan próximo a la imperceptibilidad que incluso mientras me sentaba no supe determinar cómo se esperaba que supiera que debía hacerlo en la butaca azul. Reeves Chubb había llegado antes que yo y fumaba uno de sus cigarrillos mentolados. Weede nos contó una anécdota relacionada con el golf y el adulterio. Antes de que transcurrieran unos pocos minutos habían entrado ya otras cinco personas —una de ellas una mujer llamada Isabel Mayer—, y dio comienzo la reunión.

Miré por la ventana. Vi hombres tocados con un casco amarillo que trabajaban en un edificio en construcción que se alzaba al otro lado de la calle. Entraban y salían por las oquedades del esqueleto, disparando acetileno y conservando el equilibrio a lo largo de temblequeantes tablones. Curiosamente, no parecían moverse con excesivas precauciones. Acaso se hallaban ya reconciliados con el temor a caerse. Probablemente habían visto caer a otros y despreciaban aquellas muertes por el alivio que habría seguido a la conmoción, un alivio que debía de haberse elevado planta por planta en brazos del viento hasta alcanzar los alargados y desnudos perfiles de acero que sobresalían del edificio. ¿Qué podía hacer uno sino acudir rápidamente a algún bar lúgubre y consumir tres ardientes tragos de whisky? En una de las plantas había dos hombres agachados que remachaban algo, y en la planta superior otro individuo saltaba de tablón en tablón, los brazos levemente extendidos y las manos a la altura de las caderas. En medio de cada salto, desde cierto ángulo que enfocaba el costado



abierto del edificio, podía verse tras él el cielo, de un color azul intenso y temprano, y ambos, hombre y firmamento, permanecían enmarcados por las vigas durante lo que se antojaba un segundo imposible. Yo podía ver tanto a los remachadores como al hombre que saltaba, pero ellos no podían verse entre sí. Observé durante largo rato, intentando simultáneamente cartografiar las voces de la oficina y proporcionarles algún significado. En ese momento, apareció otro hombre por detrás de una viga, un sujeto alto cuyos pantalones casi no alcanzaban el borde de sus botas. Durante un instante, permaneció inmóvil, con la mano apoyada sobre el borde del casco, defendiendo sus ojos del sol. Parecía estar mirando hacia el lugar donde nos encontrábamos. Por fin, alzó la mano por encima de la cabeza y se puso a agitar el brazo. Estaba mirando precisamente en mi dirección, sin dejar de saludar. Yo no sabía qué hacer. A mi alrededor, las frías voces seguían chasqueando, midiendo, acordando, destruyendo, presionando. Sentía que debía responder al saludo. Ignoraba por qué, pero sentía que había que hacerlo. Resultaba absolutamente imperativo enviar una señal de respuesta.

—Mirad —dije—. Mirad a ese hombre que hay allí. Nos está haciendo señales.

—Mirad —dijo Isabel—. Está haciendo señas. Ese obrero. ¿Le ves, Weede?

De repente, estábamos todos en pie, los ocho, apelonados frente a la ventana, devolviéndole el saludo. Nos invadía una sensación de euforia. Reíamos y agitábamos los brazos. Weede comenzó a gritar:

—¡Te vemos! ¡Te vemos!

Nos empujábamos unos a otros para hacernos sitio. Isabel intentaba encaramarse a la ancha repisa del radiador que sobresalía bajo el borde inferior de la ventana. La ayudé a subir y se arrodilló allí, agitando ambas manos a la vez. No había una sola nube en el cielo, y nosotros seguíamos riendo sin parar.

La reunión concluyó bajo un ambiente optimista. Weede sugirió que nos fuéramos a comer todos juntos. Reeves Chubb rogó que le excusáramos, aduciendo que tenía un montón de trabajo pendiente, y supe entonces que, más pronto o más tarde, Weede le haría pagar por aquel pequeño desplante. Fuimos al Gut Bucket, un nuevo tugurio de brochetas y serrín en el que una hamburguesa te costaba cuatro dólares y medio. Estaba lleno de gente de la cadena, de actores y de modelos. De la pared colgaban cientos de fotografías de George Raft. Nos sentamos a una mesa de roble de forma circular. Durante tres minutos, nadie dijo nada hasta que, por fin, vino el camarero a tomarnos nota.

Al otro lado del salón había una pareja tomando una copa, ambos sumamente atractivos. Sus rodillas se tocaban bajo la mesa. Observé a la chica, intentando cruzar miradas. Tan solo perseguía una breve sonrisa suya, nada más. Me habría alegrado enormemente. Experimentaba una energía que exigía pequeñas efusiones como la de robarle una sonrisa a la sobremesa de aquel hombre. Solía atesorar aquellos momentos de egocentrismo, y luego los recordaba uno a uno. El gesto de saludo. La dulce sonrisa. La profunda mirada sobre el extremo del cigarrillo. Cualquier otra cosa

habría supuesto demasiado. No pretendía hacer daño a nadie.

—Ha sido una buena reunión —dijo Weede—. ¿Estáis todos de acuerdo?

El camarero regresó con la comida antes de que hubiéramos acabado la segunda ronda. El local se hallaba repleto de mujeres fantásticas. Weede nos hizo una crónica de su safari fotográfico en Kenia. Él y su mujer, Kitty, habían pasado allí un mes durante el otoño. Dijo que teníamos que ir todos a su casa alguna vez para ver las diapositivas. En la cadena, la gente siempre estaba proponiendo invitaciones de rutina. Alguien a quien no habías visto en meses se materializaría ante tu puerta como una imagen seráfica con la que acompañar el café matutino. «A ver si comemos un día de estos», diría, y ya no volverías a verle. O si no, uno de tus superiores alzaría el rostro enjabonado de un lavabo, te miraría con los ojos entrecerrados y mascullaría: «¿Cuándo piensas venir a cenar con Ginny [Billie, Ellie, Sandy] y conmigo?» Las invitaciones genuinas solían realizarse en secreto, bien por medio de memorándums confidenciales, bien tras puertas cerradas.

Weede se disculpó antes de que llegaran los postres y partió en una atmósfera de espeso silencio. Todos sabíamos hacia dónde se dirigía: al Hotel Penn-Mar de la Novena Avenida, en el que Binky ya estaría esperándole. Solían verse todos los jueves durante una hora aproximadamente. Tras su partida, Isabel decidió pedir un brandy y los demás nos unimos a ella. Era una mujer informe y de baja estatura, de unos cuarenta y cinco años. Cuatro meses antes, en una fiesta celebrada a bordo de un remolcador que no paraba de dar vueltas en torno a la Estatua de la Libertad, había circulado entre los presentes anunciando a todo el mundo que había dejado caer un cabello del pubis en el whisky con soda de Mastoff Panofsky. Todos la temían. Pero no había un motivo lógico para ello: en cierto modo, si bien oscuramente definido, su labor tenía que ver con la coordinación de modas, y no parecía entrar en competencia con ninguno de los empleados de la cadena. Así y todo, los demás nos desvivíamos hasta extremos vergonzosos para demostrarle nuestra amistad y nuestra lealtad. Quizá percibíamos en ella el peligro de cierta perversidad felina. Adversaria o no, parecía una mujer dispuesta a atacar en cualquier momento sin la menor concesión a las reglas de etiqueta de la lucha laboral. Comenzó a hablarnos de las pintadas que había visto en los servicios de señoras de diversos restaurantes de la ciudad. Señalaba cada perorata propinando un golpe a la mesa. Llegaron los brandys y nos pusimos a hablar del programa de invierno: todos coincidíamos en su excelencia. Una muchacha sumamente alta, ataviada con pantalones de llamativas franjas, atravesó el comedor. Sus piernas parecían hallarse conectadas directamente con los hombros. A continuación, entró Reeves Chubb. Nos vio, nos saludó con la mano y se desplomó sobre la única silla libre con un suspiro de alivio digno de una ocasión histórica, como si hubiera estado abriéndose paso a través de la selva durante meses antes de encontrar al batallón perdido.

—¿Se me ha escapado Weede? —dijo—. Supongo que sí, maldita sea. Se me ocurrió venir a tomarme una copa rápida antes de enfrentarme con el asunto ese de

los chinos. ¿Qué estáis tomando? Acabo de enterarme de que a Phelps le han dado la patada. Él aún no sabe nada, así que ni una palabra. Probablemente, esperarán hasta después de Nochevieja. Paul Joyner teme ser él el siguiente. Lleva toda la mañana con la puerta cerrada. Hallie dice que ha estado llamando a toda la gente que ha conocido desde que salió de la universidad. Aunque también es verdad que lleva ocho años temiendo ser el siguiente. Me imagino que piensa que si lo dice en voz alta nunca sucederá. Un modo de deshacer el mal fario. Las últimas semanas han sido un infierno. Este mes, no ha habido fin de semana que no haya tenido que ir a la oficina. Mi —joven— esposa ha dicho que o mejora la cosa o se marcha a casa de su madre. De camino hacia aquí me he encontrado con Jones Perkins. Me ha dicho que Warburton tenía no se qué enfermedad incurable de la sangre. Me encantaría ir a Aspen en vacaciones, pero no encuentro el modo de organizarlo. Sin embargo, mi secretaria sí que va. No sé cómo se las arreglan. Hallie vuelve a Europa en primavera. ¿Os habéis enterado de lo que ha hecho ese zopenco de Merrill? Y a propósito: Blaisdell me dijo que había visto a la mujer de Chandler Bates en San Juan el fin de semana pasado. Paseando cerca de El Convento con no sé qué submarinista hortera y cachas. Isabel, esos guantes son increíbles. Si no cojo vacaciones pronto, un día vais a entrar en mi despacho y os vais a encontrar con un montón de cenizas. ¿Qué estáis tomando?

Regresamos a la oficina. A primera hora de la tarde siempre estaba tranquila, meciéndose lentamente en un reposo tropical, como si todo el edificio oscilara sobre una hamaca prodigiosa. Finalmente, los efectos sedantes de la comida y la bebida comenzarían a evaporarse y todos recordaríamos para qué nos encontrábamos allí, para funcionar y producir, y nos inclinábamos sobre nuestras respectivas máquinas. Sin embargo había algo maravilloso en ese espacio de aproximadamente una hora previo a la recuperación de la memoria. Era el momento de sentarte en el sofá en lugar de a la mesa, y de llamar a tu secretaria al interior para charlar en voz baja de nada en particular: películas, libros, deportes acuáticos, viajes... nada en absoluto. En esas ocasiones surgía entre todos nosotros un afecto especial, como el de una familia que ha compartido tantos momentos hogareños que no sentir afecto resultaría inhumano. Hasta la propia oficina parecía convertirse en un lugar especial a pesar de su desolada iluminación, pálida y amarillenta, similar al color de los periódicos viejos; en cierto sentido emocional, reinaba el convencimiento de que allí se estaba a salvo, de que se habitaba un terreno conocido. Si se tenía un alma, un alma que precisara reconfortarse por medio de raíces y estaciones y cosas familiares, no era posible pasear durante dos mil mañanas entre aquellas mesas, ni oír el sonido incansable de aquellas máquinas de escribir, sin llegar a convencerse de que allí era donde uno estaba a salvo. Sabías dónde estaba el Departamento de Asuntos Legales, y cómo procesar inmediatamente un paquete en la sala de correo, y a quién consultar las deducciones fiscales y qué hacer cuando tu depósito de agua goteaba. Sabías todas aquellas cosas que no habrías sabido si te hubieran situado súbitamente en cualquier

otra oficina de cualquier otro edificio del mundo; y, comparado con aquello, ¿cuánto sabías y hasta qué punto te sentías seguro de, por ejemplo, tu mujer? Era en ese período, antes de recordar por qué estábamos todos allí, cuando la oficina te transmitía esa sensación de posesión, y nos quedábamos allí sentados, flotando suavemente y conscientes de que acabábamos de regresar a la nave nodriza.

En el pasillo sonaba un teléfono. Nadie se molestaba en cogerlo. En ese instante empezó a sonar otro, y yo me puse a caminar por el despacho al tiempo que me estiraba. Intenté recordar si Burt o Kirk habían actuado alguna vez en una película de oficinas, en alguno de aquellos aburridos relatos moralistas acerca de estrategias de poder y tímidos adulterios. Advertí la presencia de una nota interna sobre mi mesa, y por la brevedad del mensaje supe de inmediato que se trataba de otro de esos extraños memorándums que llevaban un año apareciendo a intervalos regulares. Lo cogí y leí el contenido.

A: Unidad Tecnológica B

De: San Agustín

*Y nunca estará tan desastrosamente muerto un hombre como cuando la propia muerte sea inmortal.*

Nadie sabía quién enviaba aquellas notas. Se había investigado y se había interrogado a diversas personas, pero sin resultado. Quienquiera que fuese el responsable, tenía que superar dos dificultades: en primer lugar, tenía que acceder al cuarto de fotocopias y obtener suficientes ejemplares para toda nuestra subsección sin ser descubierto. A continuación, tenía que distribuir los memorándums, uno por uno, entre todos los despachos y mesas de nuestra zona. Los encargados de la fotocopidora y los chicos del Departamento de Correos habían emergido de las investigaciones realizadas libres de toda sospecha. Nadie había sido testigo de la entrega de una de aquellas notas. Simplemente, aparecían, bien por la mañana o a primera hora de la tarde. Aquel memorándum era el primero de los agustinos. Previamente habían llegado mensajes firmados por Zwingli, Lévi-Strauss, Rilke, Chéjov, Tillich, William Blake, Charles Olson y un jefe kiowa llamado Satanta. Ni que decir tiene que el autor de las misivas pasó a ser conocido en la compañía con el sobrenombre de El Mensajero Loco. Yo, sin embargo, nunca me referí a él por ese nombre porque me parecía demasiado obvio. Yo le llamaba Trotski. No había ningún motivo especial por el que elegir el nombre de Trotski: sencillamente, me parecía que encajaba. Todo el mundo parecía pensar que probablemente sería un hombrecillo grotesco cuya vida se había visto sometida a numerosos contratiempos, alguien que aborrecía la vasta e impersonal estructura de la cadena y que se hallaba empleado en nuestro Departamento de Transporte, el tradicional remanso al que iban a parar todos los mutantes, vegetarianos y delincuentes sexuales. Se decía que lo más probable era que se tratara de un extranjero alojado en cualquier pensión de Red Hook; alguien

que se pasaba las noches leyendo un tratado sobre anomalías psicológicas impreso en ocho tomos con letra pequeña y que aseguraba a su tendero que anteriormente había sido un erudito talmúdico en su país de origen. Tal era el consenso general, y parecía alimentarse de una cierta lógica. Yo, sin embargo, encontraba más satisfacción en creer que Trotski era alguno de nuestros altos ejecutivos. Alguien que ganaba ochenta mil dólares al año pero que robaba sujetapapeles metálicos de la oficina.

Me senté a la mesa, cogí un bolígrafo y contorneé la silueta de mi mano izquierda sobre una hoja de papel en blanco. A continuación, llamé a Sullivan sin obtener respuesta. Seguí paseando por el despacho durante unos minutos y me asomé al pasillo. Muchas de las secretarias habían vuelto ya al trabajo y procedían a destapar sus máquinas de escribir y a almacenar escuálidos pañuelos de papel en los cajones inferiores de sus mesas, donde compartirían el espacio con viejas cartas de amor, muñecas de trapo y libros pornográficos regalados por sus jefes dentro del espíritu del nuevo liberalismo y para ver si, de paso, ocurría algo. Cerré la puerta. Luego, me bajé la cremallera del pantalón, extraje el pene y seguí caminando así durante un rato. Me producía una sensación agradable. Finalmente, volví a guardarlo y a continuación archivé el memorándum de Trotski en la carpeta que contenía el resto de sus obras junto con algunos poemas que yo mismo había escrito en la oficina de cuando en cuando y algún que otro esquizograma para las chicas. (saludos desde las costas panorámicas de nebraska.) Abrí la puerta. Binky estaba sentada a su mesa y sacaba un emparedado y un envoltorio de papel de una bolsa blanca. Advertí que el emparedado, una vez desenvuelto, mostraba un aspecto húmedo y viscoso. Había algo sumamente conmovedor en aquel momento.

—Bienvenida de vuelta al reino de la fantasía.

—Hola —dijo—. Me he pasado dos horas enteras y verdaderas en Saks sin comprar ni una sola cosa. Y aquí estoy, dispuesta a tomarme un emparedado y una Coca-Cola. Feliz Navidad.

—Trotski ha atacado de nuevo.

—Ya lo he visto —repuso—. Y sigo pensando que eres tú.

Sabía que diciendo aquello me halagaba. A menudo decía cosas que parecían pensadas para complacerme. Nunca supe por qué. En muchos sentidos, Binky era para mí una buena amiga, y solía preguntarme qué pasaría si algún día —empleando la jerga al uso— intentara «complicar» nuestra relación. En cierta ocasión en que nos habíamos quedado a trabajar hasta tarde se quitó los zapatos mientras tomaba dictado. El espectáculo de una mujer descalzándose siempre me ha excitado, y la besé. Ahí quedó todo, en un beso entre párrafo y párrafo, pero quizá no fue simplemente la ternura lo que me impulsó a hacerlo, ni el deseo de cuestionar la superficialidad de nuestra relación. Acaso fue resultado de otro de mis momentos de egocentrismo. Hacía apenas unos días que me había enterado de lo de Binky y Weede.

—Pasa —dije.

Entró con su almuerzo y nos sentamos en el sofá.

—Acaban de despedir a Phelps Lawrence —dijo.

—Eso he oído.

—Y circula el rumor de que el siguiente es Joyner.

—Lo ha iniciado el propio Joyner —dije yo—. Forma parte de su equipamiento de supervivencia, pero o se anda con cuidado o un día de estos va a estallarle en plena cara.

—Jody opina que se trata del comienzo de una purga general. Ha habido una avalancha de memorándums personales. Piensa que Stennis podría verse obligado a dimitir, pero no le digas nada a nadie. Me ha hecho prometerle que no lo comentaré.

—Ya me he fijado en la reciente manía de cerrar las puertas. Creo que cierran las puertas simplemente para asustarnos. Todo el mundo sabe que una puerta cerrada equivale a una conversación confidencial, y que una conversación confidencial equivale a problemas. Claro que a lo mejor están ahí dentro siguiendo las clases de guitarra del Canal 31.

—Grove Palmer se divorcia —anunció Binky.

De repente, recordé que no me había cepillado los dientes después de comer. Solía conservar un cepillo y un tubo de dentífrico en la oficina, y siempre me cepillaba los dientes después de aquellas comidas en las que había intervenido alguna que otra copa. Después de la hora del almuerzo, el lavabo de caballeros estaba siempre lleno de tipos cepillándose los dientes y haciendo gárgaras de elixir. Había ocasiones en las que pensaba que todos los que trabajábamos en la cadena existíamos únicamente en soporte vídeo. Nuestras palabras y nuestros actos parecían adolecer de una inquietante cualidad de desplazamiento. Ya habíamos dicho y hecho todas aquellas cosas anteriormente, y durante algún tiempo habían permanecido congeladas, arrolladas sobre pequeñas bandejas de laboratorio a la espera de su emisión y reemisión cada vez que surgiera un espacio de programación libre. Además, reinaba el temor de que alguien oprimiera cierto botón con un dedito letal y quedáramos todos borrados para siempre. Aquellos momentos en el cuarto de baño, en compañía de una docena de sujetos abrasándose los dientes, eran quizá los peores. No parecíamos otra cosa que señales electrónicas que se desplazaban por el espacio y el tiempo con el tartamudeo y la locura ensombrecida de un anuncio televisivo.

—¿Qué ha sido de tu proyecto sobre los navajos? —preguntó Binky.

—Quincy no para de ponerme zancadillas. Tengo que hablar con Weede para ver si existe la posibilidad de que lo haga yo solo. Pero no lo comentes con nadie.

—David —dijo.

—¿Qué?

—Cabe la posibilidad de que descarten «Soliloquio».

—¿Estás segura?

—La persona que me lo contó dijo que al mierdecilla del patrocinador no le interesaba renovar el contrato.

—¿Por qué no?

—No me lo dijo.

—Siempre está lo de los navajos —dije.

—David, en mi opinión es el tercer o cuarto mejor programa que hay en televisión.

«Soliloquio» era una serie que había concebido sin ayuda de nadie. Era el primer proyecto de altura que había acometido desde que me uniera al grupo de Weede: un equipo reducido, experimentado y experimental, reunido con el propósito de desarrollar nuevos conceptos y nuevas técnicas. El resto de la cadena nos odiaba por la relativa libertad de que disfrutábamos y por los premios que habían obtenido nuestros reportajes bélicos, realizados independientemente de nuestras divisiones informativas. «Soliloquio» no había ganado nada. Los programas eran de lo más simple: consistían en un individuo plantado ante la cámara que contaba su vida durante una hora. Hubiera querido preguntarle qué más había dicho Weede de la serie, pero no habría sido justo. Demasiado riesgo había corrido ya contándome lo que me había contado. Justo en ese momento pasó Weede junto a mi despacho, a buen paso, la cabeza gacha y el cuerpo inclinado hacia adelante como si estuviera esquiando. Los jueves por la tarde siempre regresaba a la oficina al menos media hora después de Binky. Obviamente, se trataba de una maniobra destinada a evitar sospechas. Personalmente, me gustaba pensar que se dedicaba a dar cinco vueltas a la manzana durante esa media hora, o que se metía en una de las cabinas telefónicas del vestíbulo y fingía hablar con alguien, moviendo los labios frente al micrófono, acaso hablando de verdad y sosteniendo una conversación de negocios normal y corriente con el tono de marcar. Y siempre pasaba junto a mi despacho a toda velocidad, tras lo cual se esforzaba por evitarme durante el resto del día. Debía de poseer un sentimiento de culpa extraordinariamente complejo. Creo que aquellos jueves sentía realmente miedo de mí. Los viernes por la mañana, sin embargo, venía en mi busca respirando humo y venganza, como si yo fuera el artífice de su propia culpa.

Binky regresó a su mesa. Yo me aflojé el nudo de la corbata y me arremangué la camisa. Había conseguido arreglármelas para hacerme creer a mí mismo que la gente, por su parte, creería que un hombre tan desaliñado (en aquella atmósfera tan metódicamente pulcra) tenía por fuerza que estar matándose a trabajar. Sonó el teléfono. Era Wendy Judd, una chica con la que había salido en mis tiempos de universitario. Para entonces, vivía en Nueva York, después de haber pasado un año viajando tras divorciarse de su marido, uno de los principales productores de la Paramount o de la Metro.

—Me muero, David.

—No generalices.

—Nueva York es un sitio salvaje. Escucha, antes de que me olvide: ¿puedes venir mañana a cenar? Doy una fiesta, pero ven solo. Eres el único que puede salvarme.

—Wendy, sabes que los viernes me voy a jugar a los bolos con los compañeros.

—David, por favor. No es momento para bromas.

—Hemos formado un equipo, los Steamrollers. Mañana disputamos el premio de los Silver Jets, valedero para la Liga. El ganador se lleva una copa en cuyo costado aparece grabado un campeón griego de bolos completamente desnudo.

—Procura llegar pronto —dijo—. Así me ayudarás a remover la ensalada. Hablaremos de los viejos tiempos.

—No hay viejos tiempos, Wendy. Las cintas se han visto accidentalmente destruidas.

—A eso de las ocho —dijo, y colgó.

Fuera, las chicas martilleaban sus diminutas teclas ovaladas. Salí del despacho para dar un paseo. Todo el mundo estaba ocupado. Parecían estar sonando todos los teléfonos a la vez. Algunas de las chicas hablaban consigo mismas mientras escribían a máquina, mascullando «mierda» cada vez que se equivocaban. Me acerqué a la sección de suministros. Los archivadores eran del color de los uniformes de campaña. Me encontré con Hallie Lewin, inclinada sobre uno de los cajones inferiores. No hay en el mundo un lugar tan sexualmente excitante como unas grandes oficinas. Es como una fantasía basada en un complicado laberinto femenino; allá donde vayas, esquina que dobles, cubículo en el que entres, escalera que asciendas, te encuentras con un panorama cuasi libertino. Te encuentras con mujeres sentadas, arrodilladas, agachadas, de pie... todas en posturas que parecen concebidas para perturbarte. Es como un sueño de alegres jardines en los que cada árbol albergara una lechosa ninfa. Hallie me vio y sonrió.

—He oído que a Reeves Chubb le han despedido —dije.

—¿En serio? No tenía idea de que estuviera en apuros.

—Ni una palabra de esto.

—Por supuesto que no.

—Hallie, tienes el culito más tierno que he visto en mi vida.

—Hombre, gracias.

—Ni una palabra acerca de Reeves, recuerda.

—Prometido —dijo.

Me encaminé hacia el despacho de Weede Denney. Por el camino vi a Dickie Slater, a sus sesenta y cinco años uno de los empleados del Departamento de Correos, se hallaba tras la mesa de Jody Moore, ocupado en restregarse la entrepierna. Al verme, sonrió de hombre a hombre y siguió frotándose. Jody estaba al teléfono, hablando por algún motivo en portugués. Doblé una esquina y vi a James T. Rice corriendo pasillo abajo a toda velocidad. Ignoraba por completo qué quería decirle a Weede. Me sentía disgustado y vengativo ante la posibilidad de que se cancelara la serie. En aquella clase de situaciones, solía reaccionar como lo haría un niño decepcionado o reprendido, y desarrollaba todo un ingenio infantil en mis represalias. Contaba mentiras tan complicadas como absurdas. Estropeaba deliberadamente la máquina de escribir. Robaba cosas de la oficina. Escribía memorándums venenosos



para mis subordinados. Una vez, después de ver una de mis ideas criticada por un vicepresidente llamado Livingston, regresé a mi despacho, me soné la nariz varias veces y aquella misma noche me deslicé en el despacho de Livingston y deposité el pañuelo sucio en el cajón superior de su mesa.

Encontré a Weede de pie en medio de su oficina, acariciándose distraídamente la calva y absorto en sus pensamientos. Me observó detenidamente.

—No puedo hablar contigo ahora, Dave. Me tienen frito a llamadas. Te veré mañana a primera hora.

Ya de regreso, me detuve en la mesa de Binky para charlar un poco más, pero estaba ocupada. Entré en mi despacho y marqué nuevamente el número de Sullivan. Estaba.

—Utah.

—Hola, David.

—Montana, Wyoming, Nevada, Arizona.

—Anoche no te vi marchar. Me abandonaste en medio de todos aquellos necrófilos obsesos.

—Steamboat Springs, las montañas Sawtooth, Big Timber, Aztec, Durango, Spanish Fork, Monument Valley.

—Oigo cantar a América —dijo, pero no parecía hablar en serio.

—Conozco a un tipo que tiene un remolque. Vive en algún lugar de Maine. Podemos recogerle e irnos todos al Oeste con su caravana.

—Basta con que me avises con una hora de antelación.

—Lanzados a través de México en pos del alba aterciopelada.

—Llego tarde a una cita —dijo Sullivan.

Intenté sacar algo de trabajo adelante. Había oscurecido, y me acerqué a la ventana. Al mirar en dirección Sur desde aquella altura podía distinguir el racimo de luces que se agrupaban a lo largo de casi toda la extensión de Manhattan y la delicada estructura del dibujo de las calles. Abrí un poco la ventana. La ciudad entera rugía. En invierno, cuando la oscuridad llega invariablemente antes de que te lo esperes y esas luces comienzan a perforar la niebla estancada, Nueva York se convierte en un gigantesco pastel de bodas. Te montas en el primer ascensor que llega y descienes doscientos metros en diez segundos escasos. La descompresión hace que te zumben los oídos. Es un proceso impersonal y casi sobrecogedor, pero aun así parece necesario que ocurra algo similar para trasladarte de la imagen a lo que realmente yace empalado en ese delicado tenedor urbano.

Me acerqué al despacho de Carter Hemmings. Estaba sentado a su mesa, olisqueando la nicotina de sus dedos. Al verme, trató de neutralizar la oleada de pánico poniéndose en pie absurdamente y extendiendo los brazos, como un cacique argentino de la industria cárnica dando la bienvenida al Generalísimo que llega a su villa.

—Hola, Dave —dijo—. ¿Qué te cuentas, colega?

—He oído que han echado a Mars Tyler —dije.

—No fastidies. No fastidies. Dios mío.

—Se ha organizado una buena purga. Ruedan las cabezas por las calles.

—Siéntate —dijo—. Le diré a Penny que nos traiga un café.

—No tengo tiempo, Carter. Todos los circuitos andan sobrecargados. ¿Qué tal marcha ese proyecto del rayo láser? Están empezando a presionar.

—Estoy intentando convertirlo en algo viable, Dave.

—¿Te lo pasaste bien anoche con B. G.?

—No sabía que la conocías, Dave.

—Un poco —dije.

—Guapa chica. Pero no llegamos a conectar del todo. Cenamos. Y luego la llevé a su casa.

—Weede estuvo hablando hoy de ti, durante el almuerzo. Un tipo curioso, Weede. A veces se muestra dado a realizar juicios precipitados. Más vale que te pongas las pilas con ese asunto del láser. Mañana vendré temprano para echarle una ojeada. Que pases una buena tarde, Carter. Saluda a tu mujer de mi parte.

—Dave, no estoy casado.

Regresé a mi despacho. Binky estaba allí, intentando poner orden en mis archivos. Ya era casi hora de partir. Me ajusté el nudo de la corbata y me abroché los gemelos. En el pasillo seguían sonando todos los teléfonos. Me pregunté quién sería Trotski.

Los peatones se asomaban al tráfico en busca de taxis. Miles de hombres se apresuraban en dirección a la estación Grand Central moviéndose a zancadas torpes, esquivando, avanzando por profundos pasillos, vaciándose en los andenes, con los cálidos trenes aguardando frente a la larga oscuridad, los dedos fundidos con las tipografías en la lucha contra el sueño. A mí me gustaba regresar de la oficina a casa caminando; me hacía sentir virtuoso.

Las multitudes no comenzaron a aclararse hasta que llegué al extremo sur de la calle Cuarenta y dos, con un tráfico espeso a lo largo de todo el recorrido. Por debajo de la Cuarenta y dos, la gente ya podía escoger su propio ritmo; sin embargo, allí los rostros se tornaban grisáceos y sufrientes, los cuerpos subrepticios bajo el dibujo de los abrigos, y se me ocurrió que quizá en aquella ciudad la muchedumbre constituía algo esencial para el individuo; sin ella, no había nada contra lo que pudiera restregar su ira, no había eco para la amargura y tampoco la más mínima prueba de que hubiera otros más solitarios que él. Fue apenas un pensamiento pasajero. Llegué a casa, encendí el televisor, me desnudé y me metí en la ducha.

Por entonces vivía en un apartamento con vistas a Gramercy Park. Mi exmujer vivía en el mismo edificio. La situación no resultaba tan extraña como puede parecer: ni siquiera se trataba de un apaño deliberado. De casados, habíamos vivido en un apartamento más grande situado al otro extremo del parque. Un amigo me habló de un alquiler a buen precio que había en el lado opuesto y me pareció lógico mudarme, ya que mi mujer acababa de dejarme y no tenía sentido vivir en un lugar tan grande ni pagar un alquiler tan elevado. Ella se marchó a vivir al Village durante una temporada y se dedicó a tomar clases de ballet, a asistir a cursos en el New School y a instruirse en nutrición macrobiótica; asimismo, se hizo miembro de una sociedad cinematográfica y comenzó a visitar a un psicoanalista. Un día me invitó a cenar, y al final, con el café, me confesó que su nueva vida no estaba funcionando demasiado bien. Sus actividades no resultaban demasiado interesantes, y los caballeros con los que salía no parecían tener mejores temas de conversación que sus abonos para las temporadas de hockey, de fútbol y de la Filarmónica. Echaba de menos Gramercy Park, dijo; era uno de los últimos lugares civilizados de una ciudad cada vez más tenebrosa. Poco tiempo después, se produjo una nueva vacante en mi edificio. Se lo dije, y ella lo alquiló sin pensárselo dos veces.

Era una muchacha hermosa, rubia, de pechos pequeños, con los andares resueltos de una *majorette*. Se llamaba Meredith Walker. Nos habíamos conocido en un baile del Club de Campo de Old Holly, la población de Westchester en la que me había criado. Yo tenía entonces diecinueve años, y acababa de regresar de la universidad para pasar las vacaciones de verano. Merry apenas llevaba unos meses viviendo en el pueblo. Su padre era un comandante de las Fuerzas Aéreas al que le habían asignado el mando de un destacamento del Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva

en un pequeño instituto de la localidad. Me dijo que su familia había estado siempre desplazándose de un lugar a otro. Tenía dieciocho años y aún no sabía lo que era tener un hogar. Recuerdo bien aquella noche, una perfecta noche de agosto agitada por un viento cálido que sacudía las copas de los enormes robles; podía oírse el siseo de los difusores de riego, con plateadas parejas arrimadas a los árboles, los hombres con esmoquin blanco y las mujeres vestidas de gasa y de seda, esculpidos bajo la luz mortecina, casi inmóviles, manteniendo entre sí la distancia perfecta, de tal modo que el conjunto de la escena parecía obedecer a un cálculo abstracto de perspectivas y tonos que se antojaban dispuestos para el capricho de una cámara. Una muchacha avanzaba caminando sobre la hierba; de pronto, se revolvió velozmente con un grito al verse alcanzada en el brazo por el chorro de un difusor. Las risas de sus amigos, resonando en la cálida noche como el tintineo de un cuchillo sobre el delicado cristal de una copa, parecieron tardar largo rato en llegar hasta nosotros. Merry y yo estábamos en la terraza. Había luciérnagas y música, una samba perezosa, un foxtrot. Una vez más, como en tantas otras ocasiones de mi vida, me sentí conmovido por el poder de la imagen.

Subimos a mi coche y nos fuimos al parque de atracciones de Rye. Una vez allí, montamos cuatro veces en la montaña rusa en esmoquin y traje de noche y luego regresamos al club. Bailamos durante un rato. Yo experimentaba una agradable sensación de estar siendo observados, tanto por mi parte como por la suya. Estábamos siendo examinados por las parejas adultas, por la generación de nuestros padres, y a juzgar por sus miradas y por el tono de sus comentarios susurrados resultaba evidente que nos consideraban algo especial. Más tarde, conocí a sus padres y ella a los míos, y luego se conocieron entre ellos durante una de esas danzas bufonescas a base de saltos mal calculados, apretones de manos a destiempo y profundos silencios con desvío de miradas. Mi madre puso fin a uno de aquellos silencios contándonos los bailes a los que había asistido en Virginia durante sus primeros años de adolescencia. Los demás sonreímos y miramos por encima de su hombro, intentando divisar el río Rappahannock. Yo escancié dos vasos de ponche y volví a sacar a Merry a la terraza. Me habló de algunos de los lugares en los que había vivido y también del carácter irreal de la vida en una base militar; era una vida en la que los verbos carecían de tiempos futuros, dijo, y se experimentaba de modo permanente la sensación de que te despertarías una mañana para encontrarte con que había desaparecido todo el mundo a excepción de las mujeres y los niños. Se alegraba de que a su padre le hubieran asignado ahora a una universidad, y confiaba en poder quedarse en Old Holly durante unos cuantos años al menos. Yo comenzaba a aburrirme. En el pasado, dijo, cuanto más cerca vivían de una base militar, más trabajo le costaba a su madre no acercarse a la bebida. Pero ahora las cosas habían mejorado, y Merry le había cogido cariño a Westchester. Dijo que le parecía un lugar con sustancia.

Yo regresé a mi facultad del sur de California. Después de Navidad, Merry viajó a Londres para pasar allí una larga temporada. Estuvo viviendo en casa de una prima,

Edwina, y de su marido inglés, Charles. Con sol o con lluvia, les encantaba Londres; le encantaban los parques, los teatros, los pubs y los cascos de los policías. Me escribía cartas abruptas y repletas de detalles: nombres, cifras y fechas históricas. Los norteamericanos no son capaces de seguirles la pista a los siglos. Aquellos eran los días en los que solía preguntarme quiénes habían sido los prerrafaelistas, cuándo había vivido Galileo y si era Keats o Shelley quien había muerto ahogado. Las cartas de Meredith, al menos, me proporcionaban un paisaje de la escena inglesa, y yo solía estudiarlas con diligencia, memorizando todos los reyes y fechas, todas sus tronchantes batallas, como si en su próxima carta fuera a plantearme la pregunta del millón. Aquel estudio constituía uno de los deberes de un amor joven y sincero; por otra parte, y de un curioso modo estadístico, sus cartas resultaban encantadoras, y no muy diferentes de los epitafios de la abadía de Westminster. Mis propias cartas eran largas, poéticas, y carecían de signos de puntuación, a la vez que estaban generosamente cargadas de imaginería sexual. Sentía que los casi diez mil kilómetros que nos separaban me daban derecho a ciertas licencias. Disfrutaba escribiendo las palabras vía aérea en letras de molde con mi lápiz de dibujo Venus 4B.

El campus se extendía al borde del desierto. Había un lago artificial al que acudía a nadar casi todas las tardes, a menudo en compañía de Wendy Judd. Por las mañanas, hacía flexiones antes de acudir a clase. No había demasiadas clases. Leighton Gage era una facultad de arte pequeña, costosa, liberal y sumamente moderna. (Dábamos Teología de la Desesperación en un bosquecillo de palmeras.) Por las tardes, bebía Coca-Cola y escribía poesía. Pensaba mucho en Meredith, en su nariz perfecta y en sus dientes immaculados. Sirviéndome de algunos de mis compañeros como actores, rodé una película de treinta minutos a modo de tesina. Trataba de un hombre que se interna en el desierto y se entierra en la arena hasta el cuello. Luego llega un grupo de mexicanos que se sientan en círculo alrededor de su cabeza. Mi monitor de cinematografía, Simmons St. Jean, dijo que era la película más pretenciosa que había visto en su vida, pero que la presuntuosidad no era necesariamente algo malo.

Mi madre murió en abril, y aquel verano Merry y yo nos casamos en la iglesia episcopal de Old Holly. Intenté dejar de fumar. Regresamos juntos a Leighton Gage para pasar allí mi año de graduación. Yo deseaba tan solo relajarme, aprender a leer en la mente y el cuerpo de mi pareja y mantenerme alejado de Wendy Judd, quien seguía vorazmente en pos de mi sombra, mi imagen y la potencia y el riesgo de mi automóvil. Quería liberarme de aquel montaje de velocidad, armas, torturas, violaciones, orgías y envoltorios para el consumo que constituye la perspectiva del sexo en Norteamérica.

El cuerpecillo turgente de Merry se me abrió, y yo me apresté a entrar y salir de él nadando alegremente. Noches en el Sugar Bowl. El pálido y débil aroma a pétalos del Desfile de Rosas de Pasadena. Pasábamos mucho tiempo juntos. Durante el último año, en Leighton Gage solo se exigía pagar la matrícula y las clases. Si querías,

podías asistir a unas cuantas clases por semana y emplear el resto del tiempo en investigar aquellos temas que más te interesaran. Merry y yo nos dedicamos a explorar el desierto, y yo en particular a rodar incansablemente. Por entonces, utilizaba una cámara Beaulieu de 8 milímetros —la S2008, para ser exactos—, dotada de un asa no desmontable, control automático de exposición y zoom Angenieux: en conjunto, un ingenioso artefacto mecánico que le había supuesto a mi padre un desembolso de casi setecientos dólares. Las posibilidades del cine me parecían ilimitadas. La luz de un cuerpo de mujer atravesaba perfectamente la lente de la cámara. Me sentía capaz de hacer cosas que nunca había hecho hasta entonces. Un halcón rozaba el sol, y yo lo arrebaté del espacio para introducirlo en una nueva era, a salvo de la historia y de la muerte. Realicé una película de cuarenta y cinco minutos de duración sobre ropa interior. La facultad proporcionaba a todos los estudiantes veteranos libre acceso a sus equipos de sonido, y aquella fue mi primera cinta sonora. Merry figuraba en ella. Aparecía en compañía de cinco personajes masculinos y femeninos escogidos entre mis amistades, todos sentados en mi habitación en ropa interior y charlando acerca de las prendas íntimas que habían llevado desde la niñez. El dictamen de Simmons St. Jean fue que la película resultaba refrescante pero estúpida.

Tras mi licenciatura, regresamos a Old Holly y estuvimos viviendo temporalmente en casa de mi padre. En cierto momento, se me ocurrió que me quedaban cincuenta años de vida sobre la tierra y que aún no tenía la menor idea de en qué iba a emplearlos, pero mi padre se encargó de solucionar el tema. Tras una semana de «permiso», supuestamente destinada a proporcionarme un pequeño descanso después de mis cuatro años de intenso estudio en la facultad, comenzó a telefonar a todos sus socios. Mi padre era supervisor contable en una gran agencia de publicidad, responsable directo de una facturación superior a los veintidós millones de dólares, y para el miércoles ya lo tenía solucionado: llegó a casa y me ofreció un abanico de tres empleos distintos para elegir, dos de ellos en sendas agencias publicitarias en las que ingresaría bien como aprendiz, bien como tercer ayudante del Departamento de Programación, y el tercero en la propia cadena, en la que debería incorporarme al equipo del Departamento de Correos y Mensajería. Escogí la cadena. Pensé que era importante evitar una carrera que siguiera demasiado directamente sus pasos. Merry se mostró de acuerdo. La independencia lo es todo, dijo, especialmente cuando estás iniciando tu trayectoria en la vida.

Merry y yo alquilamos el apartamento grande de Gramercy Park. Mi sueldo era muy reducido, así que tenía que pedirle dinero a mi padre. Pero comencé a progresar, y conseguí salir del Departamento de Correos en tan solo cuatro meses, lo cual, me dijeron, constituía casi un récord. Aquel primer año lo pasamos bien en Nueva York. Hicimos bastantes amigos y nos convertimos en una pareja popular. Merry consiguió un empleo como secretaria, y todas las mañanas salíamos juntos al trabajo; luego, por las tardes, nos reuníamos en el vestíbulo de su edificio para regresar a casa juntos.

Nos contábamos todo lo que nos había pasado durante el día, aunque tampoco había mucho que contar. Los domingos por la tarde solían venir algunos amigos de visita, y preparábamos un gran cuenco cremoso de un postre-bebida que habíamos inventado y posteriormente bautizado con el nombre de Aborto Espontáneo: contenía ginebra, vodka, whisky escocés, whisky de centeno, brandy y unos dos litros de helado de vainilla con cerezas. Merry recortaba recetas de las revistas femeninas, y al caer la tarde las cocinábamos juntos; cuando el resultado era algo chamuscado e incomible, nos íbamos muertos de risa a la vuelta de la esquina y nos tomábamos una hamburguesa y un batido de chocolate. En algún rincón recóndito de mi ser comenzó a pulsar un negro mecanismo. Merry se compró una serie de prendas chocantes con ayuda de un dinero que le dio su padre. Tenía un tipo ideal para ese estilo de atuendo concentrado que todo el mundo vestía por entonces. Siempre elegíamos cuidadosamente lo que nos poníamos, y no había normas por las que preocuparse. De un modo u otro, cualquier cosa que lleváramos nos sentaba de maravilla. Veíamos todos los estrenos cinematográficos y asistíamos a todas las fiestas. Parecíamos vivir en el convencimiento de que cualquier cosa que hiciéramos era lo más extraordinario que nadie había hecho nunca. Nos vestíamos de determinada manera para acudir a determinadas películas. Íbamos de gris a las que eran en blanco y negro, pero nos poníamos botas, cueros, pantalones chinos, camisas con la bandera norteamericana y cosas por el estilo (nuestro atuendo preácido) para el cine en Technicolor. Al vestirnos, nos esforzábamos cuidadosamente por combinar aquellas piezas que no combinaban y luego pasábamos varios minutos asegurándonos mutuamente que ya estábamos listos para ponernos a la cola de la taquilla. Cada película que veíamos era la mejor hasta la fecha. Merry se pasaba dos días hablando de la última que habíamos visto y a continuación la olvidaba para siempre. No había tiempo para recordar las cosas debido a que siempre estaba ocurriendo algo nuevo: otra gran película, otro magnífico pub o restaurante, una estupenda tienda de moda masculina, una boutique, una estación de esquí, una casa en la playa o un grupo de rock. Acudí a una revisión médica para el servicio militar y me libré por los pelos gracias a la debilidad de mi rodilla y a un quiste crónico en la base de la columna. Por entonces, apenas se estaba iniciando la acción, y se mostraban bastante selectivos con los jóvenes que destinaban a la inmortalidad.

No tardé mucho en dejar de conformarme con hacerle el amor a mi mujer. Tenía que seducirla primero. Las seducciones en cuestión se inspiraban a menudo en el cine. Me gustaba mostrarme brusco con ella. Guardar silencio durante largos períodos. Las películas estaban proporcionando un difícil significado a ciertos momentos íntimos de mi vida.

Meredith se mostraba poderosamente influenciada por las películas británicas de la época. Cultivaba una especie de imprevisibilidad propia. A veces, caminaba conmigo por la calle y se soltaba súbitamente de mi mano para sumergirse en una secuencia fantástica. Cuando íbamos de compras, robaba cosas, uno o dos artículos

inútiles, ocultándolos bajo el jersey y bromeando acerca de su aspecto de embarazada. En el Metropolitan Museum me acusó ante el guarda de haber intentado cometer actos obscenos con ella en la Tumba Egipcia; aquel fue el primero de la larga serie de singulares hostigamientos a los que dio en someter a las personas situadas en puestos de relativa autoridad. En cierta ocasión, vimos a una anciana que vendía flores en Central Park. Merry me pidió que comprara dos docenas de crisantemos y a continuación me condujo hasta el puentecillo que hay en el extremo sudeste del recinto. Nos situamos sobre el puente y arrojamos las flores al agua una por una mientras los patos describían círculos en torno a aquella bruma de color violeta. Todo estaba allí presente, con excepción de la banda sonora, y me resultaba posible imaginar la serie de cortes y de lentos fundidos que debían de sucederse en la mente de Merry.

Acudía al trabajo vestido tal y como lo requerían las normas de la empresa, las cuales, admitámoslo, no impedían algún que otro toque de color, ya que la empresa había aprendido que cualquier color es esencialmente gris con tal de que todo el mundo lo lleve. Así, no dudaba en ponerme una corbata de tono naranja para ir a la oficina, si bien nunca una cantidad mayor de naranja de la que lucían los demás.

Cuando salí del Departamento de Correos, comencé a aprender más acerca del miedo. Ya se trate de miedo a la violencia o de otros miedos más indefinibles, tan pronto como empiezan a ascender anatómicamente desde la boca del estómago a la garganta y al cerebro, uno llega a creerse víctima de algún horrible experimento. Aprendí a desconfiar de los superiores que alentaban la iniciativa independiente. Cuando se la ofrecías, te la devolvían en forma de terror, pues sabían que eran las ideas, y solo las ideas, lo único que podía apresurar su obsolescencia. La dirección exigía nuevas ideas constantemente; circulaban a todos los niveles memorándums que exigían conceptos nuevos en osadía y desafío. Sin embargo, yo aprendí que las nuevas ideas podían acabar contigo a no ser que las envolvieras previamente en una bolsa de plástico. Aprendí también que muchas secretarias eran más inteligentes que muchos ejecutivos, y que a nadie había que temer tanto como a las secretarias de los ejecutivos. Aprendí lo que significaban las puertas cerradas, aprendí que la amistad es una moneda no intercambiable y aprendí también la importancia de mentir incluso cuando no hay necesidad de ello. Las palabras estaban peleadas con los significados. Las palabras no decían lo que se estaba diciendo, ni tan siquiera lo contrario. Aprendí a hablar en un nuevo idioma, una lengua cuyos elementos especiales no tardé en dominar.

En cierto modo, me gustaba mi trabajo... por lo menos al principio. Me hacía ver y pensar como nunca antes lo había hecho. En aquellos primeros días, solía visualizar mi mente como una habitación oscura llena de puertas. Sentía que funcionaba mejor cuando varias de ellas estaban abiertas. Algunas veces abría aún más puertas, dejaba pasar más luz, me arriesgaba a la verdad. Si alguien parecía percibir una amenaza distante en mis observaciones o en mis actos, cerraba todas las puertas menos una.



Era la posición más segura. Sin embargo, por lo general mantenía tres o cuatro abiertas. La imagen de aquella habitación me acompañaba a menudo. Cuando intervenía en una reunión, veía las puertas abriéndose y cerrándose en mi mente, y pronto alcancé un punto en el que era capaz de regular el flujo y reflujo de luz con absoluta precisión. Me subieron el sueldo una y otra vez. Comencé a intervenir en tareas reales de producción. Entretanto, la vida con Merry seguía igual, como una mezcla de cortes y de suaves encadenados de ternura. Pero también comenzaba a abrirse paso otra cosa, como un susurro desesperado. A veces llegaba tarde a casa y la encontraba sentada en el suelo, tocada con un sombrero e intentando escribir un *haiku*. Me dolió enterarme de que hacía aquellas cosas incluso cuando estaba sola. Durante aquella época se compró diversos sombreros a cual más pintoresco, sombreros que luego se ponía para ir a cualquier sitio: sombreros vaqueros, gorras de equitación, *canotiers*, un gorro marinero de lana, un sombrero de ala ancha estilo Mata-Hari, un fez, una gorra de béisbol... El negro mecanismo continuaba latiendo.

—Hagamos algo disparatado esta noche —decía a veces.

Pero ya no quedaba nada por hacer. Intentamos redescubrir el gozo espontáneo de aquella primera montaña rusa. Incluso regresamos allí una vez, como dos veteranos que retornan a las playas de Normandía, pero aquella noche llovió, y tuvimos que quedarnos en el aparcamiento sin salir del coche, viendo cómo iban apagándose aquellas luces blancas en las alturas. Al sentir que había llegado el momento de los gestos finales, de la circunvolución definitiva, le hice el amor torpemente en el asiento delantero. El motor estaba en marcha, los parabrisas funcionaban, la radio atascada en un espacio de zumbidos entre dos emisoras, y ambos traqueteamos a través de todos aquellos sonidos como si conformaran una bolsa interestelar en las profundidades del espacio.

La primera fue Jennifer Fine. Soy consciente de que no hay nada más aburrido que la crónica de las infidelidades ajenas, y en muchos sentidos mi primera aventura fue como el sueño de un necio; si difería de casi todas las demás era tan solo en que yo iba caminando al trabajo, y por ello no tenía que adaptar mis orgasmos a la disciplina de un horario de trenes. Así y todo, se imponen aquí unas breves palabras sobre Jennifer Fine, aunque solo sea para mostrar qué les ocurre a las personas como yo cuando alguien les entrega algo parecido al amor sin pedir nada a cambio salvo el reconocimiento de la necesidad que el otro tiene de cierta ternura elemental. Jennifer era una muchacha morena de grandes ojos oscuros que trabajaba en el Departamento de Investigación de la cadena. Nos habíamos conocido cuando yo era un ordenanza del Departamento de Correos, y me había parecido una persona solitaria e interesante. Tan pronto como me di cuenta de que tanto Merry como yo habíamos olvidado nuestros respectivos papeles, consulté el directorio telefónico interno en busca de la extensión de Jennifer. Ella era, decidí, quien me conduciría al vórtice de aquel lugar común.

Nos citamos para tomar una copa en uno de esos pubs de tonos rojo sangre del

distrito Este en los que las risas y las conversaciones parecen sonidos enlatados y sometidos a un control de volumen. Establecí un modelo al llegar con cinco minutos de retraso a sabiendas de que Jennifer llegaría a la hora precisa; era de esa clase de chicas. Pedimos unas copas y charlamos alegremente durante unos minutos, sobre todo de aquellas personas de la cadena que ambos detestábamos. A continuación, caímos en un silencio colosal, como si de repente nos hubiéramos dado cuenta de que habíamos agotado todas nuestras posibilidades de comunicación con diez frases rutinarias. Supe que me iba a gustar Jennifer. Me gustaba el modo en que se aferraba al silencio. Parecía una mística-bibliotecaria en aquella atmósfera de plató cinematográfico. Tenía unas facciones delgadas y no del todo bellas (si bien, al mismo tiempo, casi hermosas) que aparecían parcialmente ocultas por sus largos cabellos; deliberadamente, pensé, como si su rostro buscara refugio de cuando en cuando. No conseguía mantener las manos quietas, y podían advertirse indicios de que se mordía las uñas. Fijó la mirada en el cenicero vacío, y yo deposité la mano bajo su barbilla, le alcé la cabeza y contemplé aquellos suaves ojos inquietos, como dos cucharadas de té. A los pocos minutos ya estaba comentando cuán importante resultaba tomar ciertas precauciones. Yo, al fin y al cabo, era un hombre casado, y alguien de la oficina podría vernos. Dibujé una serie de medidas y procedimientos que abarcaban el almuerzo, las copas, la cena, las llamadas internas, los guateques de empresa, etc. Hice aquello no porque realmente me importara que alguien pudiera descubrirnos, sino porque la intensidad y el suspense son fundamentales para que el desarrollo de una aventura tenga éxito.

A la tarde siguiente llegamos por separado tras quedar para cenar en un restaurante indio de la calle Cuarenta y nueve Oeste. Nos tomó nota una mujer espectacular ataviada con un sari. Jennifer y yo tuvimos una larga charla. Todo le inspiraba miedo: el metro, los desconocidos, los edificios altos, el número nueve, el plástico, el humo, los aviones, la nieve, las palomas, los insectos, las fiestas, los taxistas, los ascensores, los suburbios, las películas de Bergman, la cocina española y los hombres calzados con zapatos de Gucci. Después de cenar fuimos a pasear por Central Park y después a la zona de las calles Ochenta Oeste, desde donde nos dirigimos a su edificio. Era una tarde de verano, con hombres calvos sentados sobre cajas de fruta que se enjugaban la cabeza con el pañuelo. A mitad del bloque podían verse estacionados dos coches patrulla y una ambulancia. Aún reinaba cierta claridad. Había niños jugando. Un perro atravesó la sombra que arrojaba el bastón de un anciano. Llegamos a su edificio y subimos las escaleras sin decir nada; ambos percibíamos la tensión que generaba el sonido de nuestras pisadas sobre la oscura escalinata. El apartamento era pequeño y pulcro. El cuarto de baño olía a limón y a menta, y cuando salí de él la vi lanzarse hacia la cocina integrada para preparar unas copas. Me senté en el sofá y conversamos de un extremo a otro de la estancia, sopesando los célebres peligros del distrito Oeste frente a las ventajas de sus alquileres, algo más baratos. Conque esto es la vida extramatrimonial, pensé.

—Estoy preparándote una ginebra con tónica —dijo—. Y ya es demasiado tarde para protestar.

—Tienes un piso agradable —dije yo.

—¿Te parece demasiado convencional?

—Tan convencional que trasciende el concepto de convención. Es como una forma de arte prematura. Como la sala de un museo que pudiera existir dentro de cien años. En el ala norteamericana.

—La verdad es que debería instalar aire acondicionado.

—Son caros, ¿no crees? Nosotros tuvimos que pagar una pequeña fortuna por el nuestro.

—Terrible, ¿verdad?

—¿Te importa si me quito la chaqueta?

—Claro que no —dijo ella.

—Así... mucho mejor. Creo que voy a abrir esa ventana un poco más.

—Está atascada. Lleva atascada desde que me vine a vivir aquí.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí, Jennifer?

—En octubre hará dos años.

—¿Es un edificio de renta limitada?

—David, antes de hacerme el amor prométeme que volverás a llamarme.

Las chicas como Jennifer acarrear a través de su existencia un recipiente vacío en el que los hombres deben derramar su compromiso de responsabilidad. Es lo único que piden: ser tomadas en serio. Abandoné su apartamento a las tres de la madrugada y regresé a él tres días después. Al cabo de unos cuantos meses, comencé a darme cuenta de lo mucho que significaba para ella. Claro está que, al igual que todos los cinéfilos, todos los adúlteros diletantes y todos los interesados en los lugares comunes, habíamos hablado acerca de la importancia de controlar el nivel emotivo de la relación. Sin embargo, durante todo aquel tiempo, yo había estado intentando conseguir casi desesperadamente que se enamorara de mí. Tan pronto como estuve seguro de haberlo logrado, inicié mi retirada. Comencé a verla con menos frecuencia, y cada vez que estaba con ella me mostraba malhumorado y evasivo. Jennifer sabía lo que estaba pasando, y ello le hacía sentirse profundamente herida; no era simplemente una más de esas neuróticas muñecas de trapo que tanto abundan en Nueva York y que se nutren del rechazo como si del pezón materno se tratara. En la cama solía mostrarme traicionero, jugaba a juegos privados, bordeaba siempre los límites del fetichismo y la violencia. Una noche, la penúltima, me aparté de ella, salí de la cama, conecté la radio, eché mano de un paquete de cigarrillos y encendí uno rápidamente; cosas, todas ellas, que daba la sensación de haber estado deseando llevar a cabo mientras hacíamos el amor. A continuación, me enfundé en mis ceñidos calzoncillos y me senté en una butaca.

—¿Tienes que marcharte ya? —preguntó. No había en su voz acento de drama ni de súplica; sencillamente, quería saberlo, confirmarlo.

—Lleva una temporada protestando porque llego tarde. Cree que me están obligando a trabajar demasiado.

—Antes de que se me olvide, David: tenemos que cancelar lo del próximo martes. Mi hermana se casa y tenemos el ensayo. Mis bodas y mis funerales son todos en Brooklyn. ¿Te parece bien el miércoles?

—Supongo. Tendré que confirmártelo. Hoy te vi en Park Avenue.

—¿A qué hora?

—A la hora de comer. Nos cruzamos.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No estabas sola —dije.

—David, ese era mi futuro cuñado, y esta es la tercera o cuarta vez que haces un comentario de ese tipo. Sabes que no estoy saliendo con nadie.

Apagué la luz y subí el volumen de la radio. Su sonido inundó la habitación, un ruido inmenso de bajos y baterías que restallaban en los altavoces, percutiendo y arañando, seguidos de la punzada feroz de una trompeta como una aguja. En la oscuridad, la trompeta adquiría una belleza aún más profunda, llenando el espacio, dejando atrás el tiempo, con un sonido dificultoso que iba y volvía hasta hacerme olvidar que estaba en una habitación delimitada por cuatro paredes. Una nota permaneció suspendida a la altura de mis ojos, como la tenue mota de un horizonte ferroviario, hasta desvanecerse en un largo silencio oscurecido por las revoluciones del bajo. Me acerqué hasta la cama; me senté en ella, fumando aún, y me situé de espaldas a la pared con las piernas entrecruzadas sobre su vientre. Un novio para Jennifer. Qué regalo de la fortuna hubiera supuesto tal cosa para mí. Cualquier forma de culpa que pudiera sentir aparecía dibujada en torno a una imagen de Jennifer sola y herida, y no tenía nada que ver con mi rutinaria traición a Meredith. Ante Jennifer, yo permanecía como algo aún sin revelar. Me negaba a proporcionarle perspectiva alguna de mí mismo, y tan solo era capaz de suponer los motivos: que necesitaba de hasta la última gota de ego, que temía mi propia desaparición. Decir que me aproveché de su amor supondría una acusación demasiado leve. Lo que yo había hecho era aún peor. No me aproveché de él: ni siquiera me digné reconocer su existencia. Fingí creer que yo no era otra cosa que un capítulo más de su vida, en absoluto excepcional. Habían existido otros y a buen seguro surgirían otros más tan pronto como yo siguiera mi camino. En ese momento, su cuerpo se agitó bajo el mío persiguiendo el ritmo, y las cuatro paredes regresaron. Recordé que tenía una reunión a primera hora de la mañana siguiente.

—Ya va siendo hora —dije.

—David.

—Ya va siendo hora de marcharse. Y aquí termina este programa, amigos. Mañana por la noche estaremos de vuelta por gentileza de Bell System —sistemas de comunicación para el hogar, la industria y cuatro quintas partes del universo— con un nuevo capítulo de aquello, sea lo que sea, que estemos haciendo, y que llegará a sus

pantallas por cortesía del primer grupo de telefonía y electrónica desde que el mundo es mundo y comenzaron a arrastrarse formas de vida sobre esta tierra, donde ha permanecido desde entonces señalado con un asterisco para indicar el paso de la Era Glacial. ¿Qué hora es? Deben de ser más de las dos.

—Fascista —susurró una, dos, tres veces, con voz tranquila pero impregnada de una ira diáfana y brillante.

La vi a solas tan solo una vez más. Hubiera querido hacer el amor con ella de un modo perfecto. Como toque final. Pero ni siquiera me dejó ver su casa. Todo cuanto quería era que le devolviera un libro que me había prestado.

Hubo muchas otras mujeres —chicas— durante mi aventura con Jennifer, y muchas también después de ella. Con ellas todo resultaba más fácil, y a veces me mostraba aún más fascista, pero me lo consentían, quizá porque no tenían elección o acaso porque les gustaba. Sentía un gran afecto por Jennifer. Es la única que ha permanecido como algo más que un recuerdo de sofás-cama, de indiferentes despedidas al amanecer y de esa diabólica sensación de haberme olvidado algo importante en uno de aquellos dormitorios indistinguibles.

Meredith se enteró, por supuesto. Siempre se enteran. Sirvió para unirnos más. Una noche, llegué tarde a casa. Estaba en nuestra cama amarilla, sentada como una margarita.

—He estado discutiéndolo con mi madre —dijo—, y voy a dejarte.

—¿Volverás a Old Holly?

—Han trasladado a papá. Se marchan a Alemania. Durante unos días, pensé que podría irme con ellos, pero he decidido quedarme en Nueva York.

—Quizá sea yo quien se marche con ellos —dije, una observación que hubiera debido traslucir que me caían bien sus padres, que quería ocultar mi vergüenza en un país extranjero, que no había perdido el sentido del humor.

—Hay un poco de cordero frío en la nevera.

(Valiente juego de niños, pensé.)

—No, gracias. Quincy y yo nos tomamos un descanso a eso de las diez y cenamos algo en Asia Menor, ese sitio del que te he hablado en el que Walter Faye le pegó un puñetazo al camarero. Walter Faye es el que está casado con una brasileña, el que nos invitó a Greenwich aquel fin de semana en que no podíamos ir.

—Y a continuación regresasteis ambos al trabajo hasta hace media hora. Quincy y tú. Los dos solitos en ese edificio tan alto y tan reluciente. ¿No recuerdas cuando me contabas la sensación tan extraña que producía estar allí a las dos de la madrugada? ¿Estar solo en aquel edificio? Decías que uno se sentía como un astronauta a punto de despegar. ¿Para qué te molestas, en seguir contando ese cuento?

—No es fácil confesarte las cosas, Merry —dije—. No pretendo parecer condescendiente, pero es como explicarle la muerte a un niño.

—Gracias —dijo.

—Se te ve fresca y limpia. En serio. Tienes un aspecto fantástico.

—Mira, creo que me voy a ir a la cama.

—¿Podemos seguir siendo amigos? —pregunté.

Se fue a México para formalizar el divorcio. La llevé al aeropuerto y fui a recogerla a su regreso. Yo tenía veintitrés años, y ella veintidós.

Salí de la ducha. A mis oídos llegaba el parte meteorológico que anunciaban por televisión, lo que me hizo pensar en un amigo mío, Warren Beasley, que había trabajado como hombre del tiempo. Me sequé, me anudé la toalla en torno a la cintura y me dirigí al teléfono sin conseguir recordar a quién quería llamar. Contemplé la pantalla del televisor durante unos instantes y de repente me sorprendí a mí mismo sentado en una butaca, a medio metro del aparato, sin apartar la vista de él. Hubiera sido incapaz de explicar qué estaba ocurriendo en la pantalla, lo que tampoco parecía tener mayor importancia. A tan corta distancia, lo único que podía percibir era aquel efecto de entramado, aquella tormenta de motas que, sin embargo, me atraían y atrapaban como si yo mismo formara parte integral del aparato y mis moléculas se aparearan con aquellos millones de puntitos. Permanecí así durante media hora aproximadamente. A continuación, emitieron un anuncio, uno que ya había visto y oído una docena de veces, por lo que me levanté rápidamente y me puse a pasear por la habitación sintiéndome embotado y sórdido, tal y como sueles despertar después de haberte quedado dormido en plena borrachera la noche anterior sobre el sofá de tu anfitrión. Me acerqué a la mesilla y revisé el correo. Había algunas facturas y cinco o seis postales de Navidad. Una de ellas era de una chica de Denver, que había trastocado irónica y deliberadamente un conocido mensaje de felicitación. Otra era de mi hermana Jane, que vivía en Jacksonville con su marido, Big Bob Davidson, y sus tres niños. No era una felicitación de Navidad corriente, sino algo más parecido a un informe familiar del estilo de los que solía enviar todos los años por aquellas fechas. Venía fotocopiado en una hoja de papel de barba normal y corriente, y en la parte superior de la página había pegado la foto de un ramito de acebo previamente recortada de una revista.

Desde Florida, Feliz Navidad,

Mientras me siento a escribirte, dispuesta a ponerte al tanto de un nuevo y atareado año en la vida de los Davidson, no puedo evitar preguntarme hasta qué punto no nos han estafado a todos. Es sencillamente imposible que este año haya tenido 365 días.

Para empezar, nos encanta Florida. Intentamos aprovechar al máximo el sol, la playa y la bondad del clima. Los que venimos del Norte encajamos perfectamente con esta vida tan desenfadada y tan informal. Con un sol que parece concentrado en bendecir nuestra hermosa ciudad, los pequeños (Vaughn, de seis años; Blair, de cuatro; y Sue Ann, de dos) se ven libres de resfriados y de catarras durante todo el año.

En abril realizamos un viaje relámpago a la amada Filadelfia de Big Bob, donde pasamos un día estrafalario con todo el clan de los Davidson reunidos en torno a su héroe errante. Qué ocasión tan memorable supuso aquel día, especialmente para Bob, quien —debo decir— tuvo a su alcance un más que amplio suministro de líquidos. Luego nos dimos un paseo hasta Old Holly, en el condado de Westchester, para visitar a mi padre, que aún sigue «comiéndose el mundo» en Madison Avenue, y a mi querido hermano, el «pequeño» David. Fue una visita de lo más agradable, aunque también triste a causa de los recuerdos de mamá, que flotan por ese viejo caserón como el sonido de una flauta remota. Sin embargo, David se encargó de animarnos con un día de asueto en la ciudad, que terminó con una visita a su despacho del centro de Manhattan. Conocimos a muchos de sus socios, e incluso a uno o dos «VIPS» televisivos. ¡No te imaginas lo impresionado que estaba Bob!

En Jax el verano es divertido, pero también ajetreado. Cocinamos unas cuantas veces en nuestro modesto jardincito, y raro fue el día que no llevé a los «tres mosqueteros» a la playa con el coche. En septiembre hubo un huracán con varios muertos, y Vaughn inició por fin su primer curso. Nuestro pequeño «pupilo» se peinó y se puso un traje nuevo para la ocasión. Bob, por otra parte, tuvo que llevarlo a Urgencias la semana pasada para que le operaran de una especie de problema congénito. Confío en que el año que viene por estas fechas tendré buenas noticias a este respecto.

Tanto Bob como los niños quieren unirse a mí para deseáros a todos una feliz Navidad y un muy próspero Año Nuevo.

Su firma, *Jane Davidson*, aparecía estampada al pie. En la casa de mi padre en Old Holly (donde habían pasado la mayor parte de su visita) no se habían quitado las zapatillas de tenis y los pantalones cortos ni una sola vez. Aquella Jane, aquella resuelta y masculinizada mujer norteamericana, era nueva para mí. Cuando todos vivíamos juntos en Old Holly, nunca había pensado en ninguna de mis hermanas —Mary era la otra— sino en términos estrictamente femeninos. Y aquí estaba Jane ahora en plan de subcapitana de equipo de patinaje. Solo comían hamburguesas, perritos calientes y patatas fritas. Big Bob no parecía hacer otra cosa que revolcarse por el suelo jugando a pelearse con los críos y con el perro mientras Jane corría escaleras arriba y abajo, como Babe Didrikson Zaharias<sup>[1]</sup>, los escalones de cuatro en cuatro con unos pañales sucios en cada mano. Mi padre, cuyas fantasías vitales (o eso sospechaba) consistían en una curiosa mezcla del polvoriento y vasto esplendor de la aristocracia añeja y la impecable crianza de la nobleza inglesa, asistía a aquel panorama con glacial desdén, un codo forrado de ante apoyado sobre el mantel —su actitud señorial favorita— y un pútrido cigarro entre los labios, cual un Charles Bickford en plena guerra de lindes con algún decadente ganadero de ovejas. Sin embargo, se las arregló para conservar la calma, y una hora después de que hubieron partido confesó su distante sensación de soledad. Era un hombre complicado, a

menudo áspero en el verbo y en el trato, inconscientemente cómico en ocasiones y, sin embargo, dotado de una auténtica intuición... un buen hombre, diría yo, por mucho que gruñera y ladrara. Nadie más que yo parecía percibir los indicios de aquella fantasía vital, manifestada fundamentalmente a través de su atuendo y de los libros de su biblioteca, y bien pudiera ocurrir que yo mismo, en un intento por diluir la fuerza de su propia realidad y el poderoso efecto que en mí ejercía el solo hecho de su presencia, intentara añadir alguna que otra ensoñación de viejo chocho a la mezcla. Mi padre había luchado en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial. Regresó con algunos trozos de metralla en el pecho y montones de medallas. Guardó las medallas y jamás mencionó la metralla, pero yo sabía que unas y otras estaban allí. Sostuvimos una larga conversación acerca del sexo y la muerte, tras la cual conduje de regreso a la ciudad aún más rápido que de costumbre.

Recordé a quién quería llamar. A Pike. Le dije que tenía algo importante que comentar con él, y decidimos citarnos en el Zack's Bad News, un pequeño bar del East Village donde solía pasar largos ratos. Me afeité, me puse un poco de desodorante, liberé alguna que otra partícula de comida de entre mis dientes con hilo de seda y, por fin, me abrí la dentadura con el cepillo eléctrico e hice unos gargarismos. Me puse un par de chinos verdes con bolsillos abiertos, mi camisa cerrada de mandarín y unas botas de campaña para el desierto modelo Tobruk. A continuación me enfundé la pringada cazadora de cuero de cazar osos en Montana que acababa de comprarme en Abercrombie's. Decidí ir hasta Zack's caminando. Hacía frío, un frío que doblaba las esquinas transportando consigo el olor de la nieve y un leve efluvio de siemprevivas procedente de los puestos de árboles de Navidad. Los autobuses, iluminados como quirófanos, recorrían la Tercera Avenida en manada, con las ventanillas adornadas por diversas cabezas agonizantes. Varios metros frente a mí pude ver a un hombre provisto de un transistor. Lo sostenía junto a su oído, y se dispuso a cruzar sin prestar la menor atención al tráfico. Le seguí durante cinco manzanas sin que en ningún momento bajara el volumen. Me situé a su altura. Mientras caminaba, escuchaba un parte meteorológico y hablaba consigo mismo, o acaso dialogaba con la radio. Era mucho más joven de lo que había supuesto —un chaval de apenas quince años—, y tenía un aspecto regordete y desaseado, con ojuelos desconfiados que escrutaban a su alrededor desde sus mejillas infantiles, y la apariencia levemente retrasada de los genios incipientes, con esa astucia pajaril y chirriante de los vagabundos y mendigos urbanos, maestros evolutivos de la supervivencia. El muchacho me miró.

—Hablan de la nieve —dijo.

Nunca me había gustado aproximarme demasiado a aquella clase de personas. Atravesé la Tercera Avenida a toda prisa, y apenas había recorrido una manzana cuando oí que me gritaba. Se había detenido en el lado opuesto de la avenida, cerca de una farola, y me llamaba amplificando el sonido con las manos y sujetando el transistor con la axila. A medida que los automóviles y los autobuses pasaban entre



nosotros, su voluminosa silueta desaparecía y volvía a aparecer como en una sesión de diapositivas.

—Está de camino —gritó—. Acaban de anunciarlo. Viene hacia aquí. Llegará en cualquier momento. A medianoche habrá diez centímetros. Han avisado a los conductores para que no utilicen las rutas de emergencia. El alcalde dice que nadie debe conducir si no es absolutamente necesario. Llegará en cualquier momento. Diez o doce centímetros. ¡Nieve! ¡Nieve! ¡Nieve!

Zack's era un sitio poco corriente. Rara vez acudían allí los esperpentos locales —zoroastrianos, vaqueros Zen, adivinos y demás, o niños perdidos en busca de Ames, Iowa—, y en todo caso nunca parecían quedarse demasiado tiempo. El lugar no atraía a ninguno de los grupos étnicos o subculturales de la zona, y desde luego no vibraba de risas y charlas políticas, ni reinaba en él esa atmósfera universitaria de jocosa camaradería. Zack's era uno de los locales más tranquilos de Nueva York. La mayor parte de los clientes habituales parecían estar chiflados. Se limitaban a permanecer allí sentados, bebiendo y murmurando para sí mismos. De vez en cuando, alguno de ellos entonaba una canción completamente incoherente, una mezcolanza íntima de canciones de cuna y blues recitados, esa clase de canciones que solo se oyen en el metro a las tres de la madrugada. El lugar me daba un poco de miedo.

Pike se encontraba sentado a su mesa reservada (no oficialmente) en compañía de una chica joven a la que yo nunca había visto. Pike rondaba los sesenta. Su nombre completo era Jack Wilson Pike, y solía llamar a todo el mundo Jack. Tenía unos hermosos ojos azules, el pecho cada vez más hundido y la panza habitual de los hombres de su edad. Le había conocido a través de Sullivan, quien una vez había dicho que Pike era tan americano como una porción de pastel de manzana con una mosca defecando sobre él. También había dicho que una vez le había salvado la vida, aunque nunca había especificado en qué circunstancias. La joven lucía una vieja y agrietada cazadora de cuero que reconocí como propiedad de Pike: su vestimenta de aviador.

—¿Qué te parece mi huerfanita? —dijo.

La muchacha le golpeó en el hombro.

—Me llama su huerfanita. Él es un coronel de las Fuerzas Aéreas y yo soy una huerfanita que ha rescatado de un edificio en llamas que habrían bombardeado sus propios aviones. Aún no hemos llegado al motivo por el cual andaba paseando por las calles mientras sus aviones soltaban las bombas.

—Yo era un espía —dijo Pike—. En misión de reconocimiento. Había saltado en paracaídas al amanecer para determinar las coordenadas del bombardeo. Me habían soltado sin otra cosa que una radio de onda corta y un cuchillo de monte. Nada de armas de fuego, me habían dicho. Un disparo y toda la comarca se llenaría de tropas enemigas. Si tienes que matar a alguien, me habían dicho, utiliza el cuchillo. Es rápido y silencioso.

La muchacha le soltó un manotazo en las costillas con el revés de la mano. Pike

me preguntó qué quería beber. Él mismo ya parecía borracho, o camino de estarlo: al cabo de una hora, poco más o menos, dejaría caer la cabeza sobre el pecho, y todo su torso, acongojada y pesadamente majestuoso como una montaña dinamitada, se inclinaría sobre la mesa. Regresó de la barra con dos copas en la mano.

—Tengo noticias —dije.

—Eso me ha dicho nuestra amiga.

—¿Qué te parece?

—Déjame en Miami Beach.

—Al Oeste, Pike. Hacia sus grandes fauces blancas.

—Sus grandes fauces blancas y por aquí que te vi. Ahí corres el riesgo de perecer en esta época del año. Y si no que te lo diga Gash, aquí la tienes. Viene de Wyoming, el Estado del sufragio igualitario. Háblale de los rebaños de alces, chiqui. Dile si no hace tanto frío que ni siquiera los alces lo soportan. Ahí es donde yo me planto: cuando se trata de animales peludos; si hace demasiado frío para ellos, no cuentes conmigo.

—A mí me gustaría vivir en un invernadero gigante y húmedo —apuntó la chica.

—Borrascas —dijo Pike.

—Quieren borrascas —repetí yo—. En la cadena quieren borrascas. Queremos demostrar los avances conseguidos por los navajos, y si podemos hacer que coincida con una borrasca, el programa resultará tanto más interesante. Traslados en helicóptero. Hospitales de campaña.

—Acapararéis los premios más codiciados de la industria. Pero no contéis conmigo.

—Mira, eso es lo de menos. Nos limitaremos a acudir allí, porque sí. Tardaremos aún unos meses, así que seguramente hará mucho mejor tiempo que ahora, incluso allí. Creo que podremos conseguir una caravana en Maine. Y a partir de ahí, en marcha. Decide tú la ruta. No nos costará mucho. La comida y la gasolina. Y de la gasolina me ocupo yo.

—Pregúntale a Jack si alguna vez ha conducido a campo traviesa anteriormente. Pregúntale si sabe lo aburrido que puede ser, en el más profundo de los sentidos contiguos de la palabra. Yo ya lo he hecho unas cuantas veces, con los limpiaparabrisas atronándome el cerebro.

—Escucha, durante mis dos últimos años de universidad fui y volví con el T-Bird. Fue fantástico. Solo paraba para comer y dormir. Esta vez iremos más despacio. Evitaremos las superautopistas. Descubriremos todas las carreteras perdidas de Norteamérica. Pienso llevar la cámara. Lo grabaremos todo. Tu padre espiritual, Pike. Siempre has querido ver un puma de cerca. Bien, pues está ahí fuera, agazapado en algún peñasco de color pardo, agitando el rabo.

La muchacha no bebía. No lograba imaginar qué relación les unía. Debía de ser tres veces más joven que Pike y parecía estar muy ligada a él de algún modo que no habría podido definir del todo. Su indiferencia me intrigaba. Diminuta, torpe e

indecisa, resultaba casi seductora enfundada en la cazadora de Pike. Experimenté la necesidad de saber más de ella, de rematar aquella imagen incompleta. Tan solo entonces podría confirmarme hasta qué punto necesitaba exigir de ella un pequeño reconocimiento de mis posibilidades galvánicas masculinas. Recordé la atractiva pareja que había visto en el restaurante aquella misma tarde, a la hora de comer, ambos tocándose las piernas por debajo de la mesa. Pike comenzaba a desvanecerse.

—¿Por qué queréis ir en coche cuando podéis coger un avión? —preguntó ella—. ¿Acaso no os gusta volar? A mí me encanta. No hay nada tan sexy.

—Estamos hablando de un viaje religioso —dije yo—. Los aviones aún no son religiosos. Los automóviles son religiosos. Quizá a continuación les toque el turno a los aviones.

—Los aviones son sexy.

—Exacto, del mismo modo que solían serlo los coches. Pero hoy en día los coches son religiosos, y este es un viaje religioso.

Algo se desperezó.

—Está ahí fuera, dices, agitando el rabo. Siempre he querido enfrentarme a un puma cara a cara sin barrotes en medio. Podría ocurrir algo. Quizá percibiéramos algún tipo de corriente entre nosotros. Para un profano como tú es algo difícil de comprender, pero encararse con una fiera tan poderosa y tan magnífica es algo místico, Jack. El puma místico. La primera vez que lo vi fue en un zoológico, cuando aún no tenía diez años. Ya entonces, experimenté ciertos lazos de unión con él. Me gustaría encontrármelo cara a cara. Sin barrotes. Podría pasar algo.

—Subiremos a las Rocosas —dije.

—Quisiera encararme con él antes de morir.

—Subiremos a las Rocosas. Allí está, agazapado entre las sombras, acaso a la espera de su propia epifanía. Pueden encomendarte una misión de campaña. Lo dijo Sully. Y puedes señalar tú la ruta.

—Tengo que hacer pipí —dijo la muchacha.

—El lavabo está al fondo.

Guardamos silencio hasta su regreso. Ella le golpeó amistosamente en la espalda mientras se sentaba, y Pike dijo:

—¿Qué corre a más velocidad, un galgo o un guepardo?

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Piensa. No hay prisa. Tómame el tiempo que necesites. ¿Galgo o guepardo?

—Tendré que responder al azar —dije.

—Si no eres capaz de nada mejor...

—Diría que el galgo es más veloz.

Él golpeó la mesa y desvió la mirada hacia los bastidores con una expresión de repugnancia inefable en el rostro.

—Díselo tú, chiqui.

—El guepardo —dijo ella.

—¿Por qué lo sabes?

—El guepardo corre a ciento diez kilómetros por hora —dijo Pike.

—¿Y cómo sabes a qué velocidad corre el galgo?

—No hay ser vivo, racional o irracional, que alcance los ciento diez. El guepardo es el único. El guepardo corre como el viento.

—¿Han competido los dos alguna vez?

—No se sabe de ningún galgo que haya superado los sesenta por hora. Vamos, hasta una gacela sería capaz de derrotar a un galgo. Podría enumerarte una lista de animales capaces de pulverizar al famoso galgo. La gacela. El antílope. El conejo. Una lista entera. Cómo puedes ser tan estúpido.

A Pike le fascinaban los animales. Le gustaba plantear carreras, peleas y pruebas de resistencia hipotéticas. Su información era a menudo incierta, pero sus convicciones eran profundas y duraderas. Nadie que intentara poner en duda el resultado de una de sus legendarias carreras o feroces peleas carroñeras llegaba nunca muy lejos: Pike ponía sobre la mesa una serie de lo que él llamaba hechos y documentaciones comprobables. Su rostro se crispaba de ira y de dolor mientras intentaba demostrar verdades obvias a su contrincante. Yo ignoraba qué elemento había encontrado en el mundo animal que le provocaba tal emoción; quizá simplemente la inocencia, la inocencia del niño o del anciano, fascinado por una vida sin mancillar y por la más pura de las muertes. Pike era un esquizograma viviente, del mismo modo que lo eran Sullivan y Bobby Brand, a quien aún tengo que presentar; del mismo modo que lo eran mi padre y mi madre ya desaparecida, y quizá yo mismo. Para entonces, ya estaba prácticamente tumbado. Hablaba con una voz espesa que parecía superponerse sobre sí misma, y las palabras se adherían a su lengua. Encendió un cigarrillo sin reparar en que aún ardía otro en el cenicero. No tendría que esperar mucho para enterarme de cuanto quisiera acerca de su princesa adolescente, de aquel abstracto personaje de dibujos animados que había rescatado de las pisadas y la lluvia.

—¿Por qué mantienes constantemente las manos bajo la mesa? —le pregunté—. Solo las sacas para propinar a Pike un puñetazo tierno de vez en cuando. Luego, vuelves a esconderlas. ¿Qué hay debajo de la mesa que te resulta tan interesante?

—Dorothy Lamour y los hombres-pulpo.

Pike soltó un resoplido y se derrumbó suavemente. Me dirigí a la barra y pedí otra copa para mí. Zack depositó el periódico sobre el mostrador y se quitó las gruesas gafas que llevaba puestas. Me sirvió la bebida, recogió el húmedo billete de cinco dólares, pasó un paño por la barra, me devolvió el cambio y fue a sentarse en una silla plegable situada bajo una foto sobreexpuesta en la que aparecían un novio con su padrino de bodas frente al Hotel St. George de Brooklyn.

—¿Qué estás tomando? —preguntó ella.

—Whisky.

—Es fascinante observarlo. El hielo reluce, y parece como si estallaran cosas

diminutas. Como explosiones por todos sitios.

—¿Por qué quieres vivir en un invernadero?

—Quiero vivir en un invernadero húmedo y enorme en el que crezca pelo. Tendría pelo de muñeca y pelo de perro creciendo en todas las macetas. Sería estupendo. Y cualquiera que quisiera vivir allí podría hacerlo. John y Paul y Mick y los Doors y los de Airplane y Bobby y Buffy. Fumaríamos y tendríamos montones de aparatos audiovisuales. Y luego comeríamos helados de frutas con caramelo caliente. Sería lo más estupendo del mundo.

—¿Cómo conociste a Pike?

—Estaba en el club Elephantiasis con un chico de la Universidad de Nueva York. Había malas vibraciones. Yo iba colocada de hachís y pesaba algo así como una tonelada. Era como estar en la parte trasera del *blue bus*. Entonces vino papi, invitó al chico a una docena de tragos y el pobre se marchó al servicio y no volvió a salir. Luego, papi me llevó a su habitación, nos comimos una tarta de chocolate entera y nos bebimos un recipiente enorme lleno de leche. Fue algo salvaje.

—Dicho sea de paso, no me llamo Jack. No es que me importe que me llamen Jack. En cierto modo, me gusta. Es como una magnífica teología oriental en la que las deidades menores se llamaran igual que el gran dios. Haces que me sienta culpable por estar bebiendo. ¿Dónde vives, por cierto?

—Vivo con Lee, Jemmy y Kit.

Alargué la mano y le bajé la cremallera de la cazadora. Mi mano entró en contacto con la fresca piel de su seno. Percibí un leve movimiento detrás de la barra y supe que Zack había alzado uno de sus ojos enrojecidos del periódico. Me acerqué a ella, atrapando su rodilla con ambas piernas. Mi mano ascendió de su pecho a su cuello y a su rostro, y cuando la besé percibí en aquellos labios húmedos y mecánicos un mensaje que me transmitió que cualquier cosa que hiciéramos, allí o más tarde, sería con la mayor indiferencia. No me molesté en cerrarle los bordes de la cazadora, y ella no se molestó en advertirlo.

—Salgamos de aquí —dije—. Iremos a mi casa.

—Tenemos que llevarle a la suya.

—No le pasará nada. Siempre está así. Tengo un equipo de música que costó casi mil dólares.

—Cada vez que me cojo un globo fuerte soy capaz de percibir el espacio entre los sonidos.

—Vámonos —dije—. Cenaremos algo, si quieres, y luego nos iremos a mi casa.

—¿Puede venir él?

—Sabe cuidar de sí mismo.

—Pintamos un círculo en el centro de la habitación. Nos sentamos en su interior para fumar. Resulta verdaderamente fantástico.

—¿Qué más cosas hacéis?

—Todo lo que queremos —respondió ella.

—¿Pero qué?

—Uno puede hacer lo que quiera.

—¿No puedes ser más precisa? Quiero saber a qué te refieres exactamente.

—Es muy sencillo. Sencillísimo. Puedes volver conmigo si quieres. Tenemos cosas. Pero primero tenemos que llevarle a casa.

Me separé de ella y terminé la copa. Aquel mazacote resoplante de comida para pumas... ¿Tendría que ayudar a desnudarle? ¿A arrancarle los fatigados calcetines con la punta de los dedos y a arrojárselo roncando en su catre de campaña? Pocas cosas hay tan deprimentes como la imagen de un amigo borracho que encima te dobla la edad; se cuestionan demasiadas ilusiones. Le oí emitir un sonido, y luego otro, como de perrillos que ladraran desde su garganta. Tenía la cabeza apoyada sobre el antebrazo izquierdo. Los cabellos de su nuca oscilaban entre el gris y el castaño claro. Puse un brazo alrededor de sus hombros.

—¿De qué color es el círculo? —pregunté.

—Rojo. Un gran círculo rojo, y todos nos sentamos en el centro. Puedes venir, si quieres. Puede venir cualquiera que lo desee. Tú y yo y él. Podemos ir todos.

Me incliné hacia ella y le cerré la cremallera de la cazadora. Me gustaba. No sentía el menor deseo de avasallarla. Era delicada y confiada, de una hermosura indefinible, y mis palabras no podían rellenar los espacios que percibía entre los sonidos. Pero aquellas circunstancias no me daban derecho a atropellarla. Teórico de las comunicaciones y emperador del estéreo. Le di quince dólares. Para comprar comida, dije.

—No, no puedo ir —le dije—. Le llevaremos a casa y daremos la velada por concluida.

A continuación, le dirigí una sonrisa bobalicona y ella respondió con la mirada desembellecida de una débil monja que hubiera suplicado dinero con éxito pero sin encontrar una mano dispuesta a tocar la suya.

Es posible adivinar cosas de una mujer simplemente escuchando el sonido de sus pisadas sobre un tramo de escalones. Mientras asciende hacia tu rellano y camina junto a tu puerta y comienza a ascender el próximo, es posible afirmar con cierta seguridad si posee formas llamativas; si es impulsiva, cascarrabias, afectada o ingeniosa; si se siente fatigada o poco querida. Resulta interesante especular sobre la curva de sus tobillos, la decoración de su apartamento, si cree o no en un ser supremo.

Las pisadas que oí aquella noche, aquella madrugada, eran las de mi exmujer, Meredith, que vivía un piso más arriba que yo, en el extremo opuesto del pasillo. Mientras pasaba junto a mi puerta creí detectar cierta vacilación en sus zancadas. No me moví de la butaca ni dejé el libro que estaba leyendo. Ascendió el siguiente tramo lentamente, y en la absoluta calma que reinaba en el edificio a aquella hora tardía el sonido de su llave en la cerradura bastó para deshacer una atmósfera y crear otra; y el

leve golpe de su puerta al cerrarse se me antojó similar a ese aliento de sensualidad que se percibe entre los silencios de las noches lluviosas de insomnio, en las voces de la calle, en la oscuridad que vibra bajo el eco de los menores sonidos. Aguardé quince minutos y subí. Meredith me atisbó a través de la mirilla y abrió la puerta. Vestía la túnica de colores de loro que le habían enviado sus padres desde Turquía, donde su padre se hallaba destinado a la sazón, al cuidado de un número no revelado de misiles tumescentes. Lucía un bronceado magnífico.

—¿Qué tal en Puerto Rico?

—Me lo he pasado de maravilla, David. Realmente, deberías viajar allí una semana o dos. Siéntate. Te daré algo de beber.

—Te he oído pasar junto a mi puerta. No lograba conciliar el sueño, así que he decidido subir un par de minutos.

—Esta noche he salido con el tipo más espantoso del mundo. Solo sabía hablar de su Jaguar modelo E y de su equipo estéreo de ocho altavoces.

Trajo las copas al sofá y se sentó junto a mí. Aunque durante aquellos años la veía a menudo, me sentía continuamente sorprendido por ciertos cambios sufridos en su imagen y en su personalidad desde nuestro divorcio. Por entonces, era mucho más la típica mujer neoyorquina bien informada, resuelta, difícil de impresionar. Nada quedaba ya de los tiernos entusiasmos de la novia adolescente, de aquellas súbitas escapadas espaciales que parecían responder —o eso pensaba yo— a las extensiones externas de una niñez gobernada por el nomadismo. Pero aquella nueva sofisticación llevaba aparejada una amenaza anónima y concomitante. Meredith no había logrado en su madurez la seguridad necesaria para no padecer esos períodos de duda y desaliento que parecen entrelazarse a lo largo de las vidas de las mujeres autosuficientes. Trabajaba como secretaria del director artístico de una revista informativa. Se trataba de un trabajo fácil, que apenas exigía ciertas habilidades mecanográficas y taquigráficas, así como un nivel rudimentario de inteligencia, y sin embargo le permitía explorar todos los museos y galerías de arte de la ciudad y emplear la mayor parte de sus vacaciones —a la vez que casi todo su dinero— rebuscando en abadías y castillos europeos, antros turísticos patrullados por guardas con aspecto de haber desflorado minutos antes a sus propias hijas. Un verano, Merry y yo habíamos acudido a una cita previamente acordada en no sé qué plaza con campanario de Florencia, y allí habíamos consumido lentamente nuestras naranjadas, curiosamente reminiscentes de cualquier establecimiento Nedick's de la Octava Avenida, mientras veíamos los diminutos automóviles invertebrados que desfilaban junto a nuestra mesa, conducidos por personajes empeñados en obtener su propio trofeo del Grand Prix. Meredith tenía los ojos encendidos, y su brazo describía un arco con el que señalaba todo aquel paisaje de pétreos guerreros, filósofos, nobles y comparsas.

—¡Qué significado! —exclamó—. ¡Qué magnífico significado!

—¿Qué noticias hay de tus padres? Parece mentira que hayan vivido cuatro años

en Alemania. Han pasado como un suspiro.

—Los dos están bien —dijo—. Quieren que vaya a visitarles en primavera, y la verdad es que si puedo me encantaría. Todas esas mezquitas...

—Tengo entendido que Turquía es un crisol en el que se mezclan diversas culturas.

—Eso dice mi madre. Por cierto, anoche soñé contigo, David.

—¿En serio? ¿Lo dices en serio?

—Estábamos sentados en el salón de la casa de Londres en la que vivía por entonces con mi prima Edwina.

—¿De qué hablábamos? ¿Recuerdas qué decía yo?

—Creo que no hablábamos de nada.

—Doy por supuesto que estábamos los dos vestidos. De otro modo, habrías mencionado algo al respecto.

—Sí.

—¿Qué llevábamos puesto? —pregunté.

—No lo recuerdo.

—Pero estábamos sentados, no de pie ni paseando...

—Estoy segura de que estábamos sentados. Yo estaba cerca de la ventana. Contemplaba la vista de Lennox Gardens. Y tú estabas en el otro extremo de la habitación.

—¿Qué hacía yo?

—Estabas allí sentado, simplemente —dijo.

—Teníamos que estar haciendo algo. Seguro que algo nos dijimos el uno al otro.

—No lo recuerdo, David.

—Intenta recordarlo. Es importante.

—¿Por qué?

—Porque podría albergar alguna pista. Quiero decir, que no es como si me hubiera perdido en un laberinto. Todo forma parte de algo previamente concebido. Tú me introduces en tu sueño, y para mí es importante saber qué misión tenía asignada. Es como una especie de indulto tras haber irrumpido en los sueños de otra persona. El sueño puede revelarte que no eres culpable después de todo. Es como una segunda oportunidad. Por ahí dentro, en algún sitio, subyace alguna pista importante. Vamos, intenta recordar qué hacíamos aparte de estar allí sentados. Intenta recordar qué nos decíamos. Es importante.

—Te he contado todo lo que había que contar. Si hay algo más, me temo que lo he olvidado.

—Supongo que estoy dando a todo esto demasiada importancia —dije—. De acuerdo, háblame de Puerto Rico y de todos los tipos fascinantes que habrás conocido allí.

Se llevó la copa a los labios, observándome por encima del borde. Por fin, decidió contármelo.



—Hubo uno. Estaba allí en viaje de negocios. Una persona muy agradable. Te hubiera gustado, David. Seco sentido del humor. Muy atlético. Fotógrafo. Cumplía un encargo de la revista *Venture*. Me contó que había nacido en Alemania, lo que inmediatamente nos proporcionó tema de conversación, ya que mis padres han vivido allí, etc. Vive en una granja reformada cerca de Darien. Felizmente casado. Tres hijos. Nada más verle sabrías que alguien como Kurt solo podría tener niños. Es de ese tipo de hombres. Atlético. Aventurero. Cuero y mezclilla. Pero felizmente casado. Disfrutamos mutuamente de la compañía. Eso fue todo. Ni la más mínima posibilidad de que pudiera surgir algo.

Aquella especie de descripción policial, diseñada para ocultar lo que Meredith sentía por él, tuvo precisamente el efecto contrario; con tal precisión, de hecho, que me pregunté hasta qué punto no lo habría planeado previamente. A menudo, las estratagemas de los matrimonios resultan refrescantemente torpes comparadas con las de los exmatrimonios. Meredith sirvió una nueva ronda de copas y seguimos hablando de Kurt. Le gustaba hacerme confidencias. Tras unas primeras evasivas destinadas a cumplir con las formas, terminaría por relatarme todas sus aventuras con una sinceridad aparentemente absoluta. Yo disfrutaba con aquellas conversaciones. Parecían generar una calidez real entre nosotros, un viejo, agradable y tierno calor similar al de una copa de brandy junto a la chimenea. Yo le proporcionaba una comprensión genuina y buenos consejos, y cuando inevitablemente me llegaba el turno de sentarme junto a aquel alegre fuego y aproximar la bulbosa copa a mis labios para entonar un canto acerca de mis propios amores verdaderos, no decía otra cosa que una sarta de mentiras. Resultaba sumamente entretenido. No tardé en comprender el atractivo del embuste patológico. Construir tu propia realidad para luego modificarla hasta extremos inverosímiles constituía una aventura aún más excitante que los patinazos lingüísticos de la cadena. Creo que se me daba bastante bien para ser un novato. Aprendí que en una atmósfera de aislamiento, intimidad y confesiones de motel, no hay mentira demasiado estridente, ni lugar común demasiado familiar, ni laberinto de la imaginación demasiado escénico desde el punto de vista dramático. Más allá del entretenimiento puro, existían diez motivos para mentirle. (1) La maníaca cualidad de aquellas historias suponía un perfecto equilibrio frente a los convencionales episodios de Merry, basados en el corazón y las glándulas inferiores. (2) La noche bullía de jóvenes sinceros que se contaban mutuamente sus problemas, y yo prefería mantenerme apartado de toda aquella empatía y sensiblería. (3) El hecho de contar mentiras innecesarias a una persona amada, o antiguamente amada, estimula en el embustero una compleja sensación de remordimiento, culpa, superioridad, compasión, ternura y poder... una mezcla que tendría que llevarme conmigo para luego analizar como si se tratara de una ampolla de inapreciables elementos químicos. (4) El fabulador que anidaba en mí, acechante a pocos centímetros de la superficie, agradecía el desafío de redondear cada una de sus nuevas mentiras, siempre a la búsqueda de cierto nexo distante de perfección, de la

superunión de todas las mentiras en una ilusión única, radiante y trascendental. (5) Relacionada con la (4). La lenta progresión celular del hombre en pos de una creatividad divina. (6) Sentirse en un plano que trasciende la gravedad, desprovisto de peso, como en un sueño fabricado por las propias manos. (7) La excitación sexual que despertaba en ambos. (8) El aburrimiento. (9) Tenía la costumbre de poner algo de mí mismo en aquellas historias, y confiaba —posteriormente se comprobó que en vano— en alcanzar una definición, disfrazada, claro está, por el absurdo inherente a mi entorno: una definición de mí mismo desprovista de la habitual angustia inherente a esta clase de interpretaciones. (10) No había, realmente, nada que contarle en el terreno de los problemas, ya fueran románticos o de cualquier otro género. El único problema que tenía era que toda mi vida era una lección reflejada en forma de ecos, que vivía en tercera persona. Aquello hubiera resultado difícil de explicar.

—El sueño, David. Acaba de ocurrírseme una cosa. A lo mejor lo que sucedía era que estábamos sentados aquí.

—Al igual que estamos ahora.

—A lo mejor se trata de eso. Quizá estaba reprimiendo algo.

—Es posible —dije.

En ese momento, como obedeciendo a un guión, se desplazó hacia la ventana, cual una Olivia de Havilland elegantemente enferma.

—Sigue nevando —dijo.

La comunicación entre nosotros era extraordinariamente precisa. Durante un instante, pensé en todas las viejas características de los Kirk y los Burton, el énfasis de un puño apretado, la majestuosa dentadura, la mano que se atusa los cabellos con gesto irritado, la sorpresa de una sonrisa monumental, una sonrisa tan plena y tan sustanciosa como un soleado campo de trigo en pleno Kansas, y también un toque de cierta amargura apasionada que se traslucía en la leve llama de su mirada. Kirk como Van Gogh, Burt como el pajaril hombre de Alcatraz. Resultaba reconfortante el hecho de sentirse inmerso en un pasado elemental. Advertí la presencia de dos nuevos grabados sobre la pared. No era capaz de identificar a los artistas, pero ambos compartían un tema común, la Alemania expresionista, imágenes espesas de culpa y peste negra. Tenía la certeza de que Merry había comenzado a interesarse por la pintura alemana a través de su amigo el fotógrafo, aquel héroe de los espacios abiertos. Me aproximé a ella, y tan pronto como mi mano entró en contacto con su cadera, ligera, suave y perezosa bajo la túnica, pensé en la muchacha de la que me había despedido con un «buenas noches» apenas unas horas antes y en el círculo al que retornaría en compañía de sus hermanas o de sus amantes fraternales, el círculo en el que había sentido miedo de entrar. Meredith desnuda junto a la ventana representaba un valor previamente conocido. Me quité la camisa.

Al cabo de unos minutos estábamos en la cama, compartiendo la sensación de cierta conspiración extraña. En ese momento nos transmitíamos gratitud, comunicación, una disposición mutua de ser fieles a nuestro conciliábulo. Y al final,

mezclándose nuestros alientos febriles, tuve la absoluta certeza de sentir que regresaba a un afectuoso y ya viejo hogar. Era la vigésimo primera vez que hacíamos el amor en los cinco años transcurridos desde nuestro divorcio.

Fui a buscar el televisor portátil y estuvimos cerca de media hora viendo una película. Era una de aquellas viejas películas inglesas en las que los personajes no dejan de prometerse que se reunirán en la estación Victoria tan pronto como termine la guerra. Se quedó dormida boca abajo, una pierna entrelazada con mi muslo y el trasero típicamente chispeante y norteamericano, digno del mejor campus universitario. Mi cabeza se desplomó a un lado, y comenzaba a internarme en un fundido —por emplear la jerga del gremio— cuando del pasillo inferior me llegó un ruido de pisadas acompañado del sonido de un papel al arrugarse. Supe que mi vecino periodista del segundo piso había salido subrepticamente a depositar una de sus bolsas de basura frente a mi puerta. Cada vez que tenía una única bolsa, la dejaba junto a su propio umbral para que la recogiera el portero; cuando había más de una, las sobrantes iban a parar al mío. Evoqué su silueta, enjuta y delgada, enfundada en pijamas de marionetas y zapatillas marrones medio desgastadas, avanzando encogida junto al muro, con los dientes apretados y las facciones crispadas. Hay cosas que nadie es capaz de entender. Cuando acabas de analizarlo todo, resulta que ese portero invisible nos tiene a todos en su poder.

Me deslicé del aprisionamiento de su pierna y apagué el televisor. Bajé las escaleras desnudo, con la ropa y los zapatos en la mano. Quería despertarme solo, una característica mía que muchas mujeres habían aprendido a detestar a lo largo de los años. Mi apartamento, oscuro y silencioso, me acogió afectuosamente con el aroma a vino tinto de sus cuadros y sus alfombras, con su chimenea y sus paredes de madera de roble, las viejas tapicerías de cuero negro confortablemente agrietadas, las toscas jarras de cobre sobre el mantel y el bruñido tono cerveza de la lámpara del escritorio: cosas cálidas y familiares que no precisaban de saludo alguno y que me recordaban que la soledad no exige promesas a nadie. Me di una ducha y me metí en la cama.

La cabeza de Weede Denney, prematuramente calva y pecosa, remedaba la suave desnudez circular de su mesita de café. Era como si el decorador del despacho hubiera concebido las dos —cabeza y mesa— como triunfal demostración de la armonía ideal entre un ejecutivo y su entorno. Permaneció en pie unos segundos, dobló ligeramente las rodillas —algo que mi padre solía hacer siempre que la ropa interior se le enredaba bajo alguna grieta recóndita a la vez que me explicaba que aquello constituía la alternativa civilizada frente a la extracción manual, que era tosca afición de los desposeídos y los dementes— y, por fin, reconfortado y en mangas de camisa, se sentó en su sillón de peluquero negro y marfil, eliminando con el acerado tambor de su pecho cualquier arruga o pliegue que pudiera haber afeado la apagada camisa azul que vestía. Eran las nueve en punto, hora de la reunión de los viernes, y allí estábamos todos con nuestros lápices y blocs de notas: Richter Janes, Mars Tyler, Walter Faye, Jones Perkins, Grove Palmer, Paul Joyner, Quincy Willet, Ted Warburton y Reeves Chubb, quien lucía la misma camisa, la misma corbata y el mismo traje que llevaba puestos el día anterior. Entró la secretaria de Weede y preguntó quiénes queríamos café, una operación en la que se desperdiciaron al menos cinco minutos, destinados en su mayor parte a una clarificación en masa de las preferencias de Reeves Chubb, las cuales incluían un café solo doble y un terrón de azúcar, más un bollito de crema que no fuera de los que vienen cubiertos de chocolate, una macedonia (sin cerezas a ser posible) y un paquete de cigarros mentolados con filtro de plástico. Durante aquella escena, el rostro de Weede se contrajo levemente, y cuando me llegó el turno decliné graciosamente pedir nada, afirmando que ya había desayunado. Aquella mentira se vio recompensada mediante un weediano y poco corriente gesto papal de aprobación.

—Empecemos —dijo—. Grove, creo que comenzaremos por ti. Nuestras cifras de audiencia han descendido muchísimo.

—He estado en Trípoli —dijo Grove Palmer.

—Por supuesto que sí. No había segunda intención en mis palabras. Pero ahí está el problema, y tenemos que enfrentarnos a él. Nos están presionando.

—Yo soy partidario de las conexiones vía satélite. He sido partidario de las conexiones vía satélite desde antes incluso de mi viaje a Trípoli.

—Nunca conseguiríamos el permiso —dijo Quincy.

—No estés tan seguro.

—Es diabólico —dijo Warburton.

—Como dice Weede, el problema está ahí y tenemos que enfrentarnos a él. Nos están presionando, y yo voto por responderles con la misma moneda. Hepworth compró esa media hora por su impacto de audiencia. Yo soy partidario de dársela. Creo que podemos obtener autorización para ciertas zonas conflictivas. Obviamente, no conviene recurrir a primeros planos si podemos evitarlo. Y en cualquier situación

de transmisión en vivo tampoco conviene utilizar el estilo de fondo de rock duro que hemos venido empleando. Sin embargo, durante los pocos días que han transcurrido desde mi regreso de Trípoli, he investigado un poco y creo que podemos obtener autorización en aquellas zonas en las que tenemos la corriente a favor.

—Es diabólico a más no poder —insistió Warburton.

Warburton era la persona de mayor edad que había en la habitación y, como tal, asumía su postura de voz de la conciencia tribal con la aprobación tácita de todos los presentes. Era el mayor de nosotros, el más informado, el más alto y el más canoso, el menos temido en lo que se refería a potencialidad de poder, contrabando de ideas y traición pura y dura; asimismo, como indudablemente debía de saber ya todo el mundo desde que veintitantas horas antes Jones Perkins se lo contara a Reeves Chubb, era víctima de una rara enfermedad de la sangre. Nadie prestaba jamás la menor atención a las apelaciones de Warburton en favor de la humanidad y del buen gusto, pero creo que todos le teníamos por indispensable. Sabía elevar nuestros problemas más mezquinos a un nivel cósmico, y con ello nos facilitaba hacer caso omiso de ellos con la excusa de que no estábamos cualificados para enfrentarnos a tan elevadas cuestiones morales. Daba gusto contar con Warburton. Tan alto, tan canoso, de aspecto tan digno... Remataba bien la fotografía que todos llevábamos en nuestras carteras de piel. Sin Warburton, podríamos haber sido una delegación de vendedores de seguros en su reunión anual de Atlantic City (hombres de primera línea, por supuesto, y todos millonarios, pero vendedores de seguros a pesar de todo); con Warburton (situado en el centro de la tercera fila), parecíamos el equipo diplomático estadounidense de la corte de St. James. Weede Denney se refería a él, tanto en privado como en público, como su Secretario de Estado. Semejante apelativo iba siempre acompañado por una de sus risas ahogadas, con la que pretendía señalar que en realidad el destinatario de la broma era él. A medida que la reunión iba desvaneciéndose en mi oído interno —«chapurreuniones» llamaba yo a aquellas sesiones de los viernes— me dediqué a anotar mi propia versión del memorándum que escribiría Weede cuando el pobre Warburton muriera:

Ref.: Theodore Francis Warburton

Perder a un viejo y fiel colega es siempre motivo de tristeza. Theodore Francis (Ted) Warburton era algo más que eso. Era un valioso amigo, un consejero inapreciable y un firme defensor de la nobleza básica del ser humano, cualidades, todas ellas, que hoy no son frecuentes. Yo mismo soy el primero en considerar que su desaparición constituye una tremenda pérdida. No es habitual encontrarse con un hombre que posea la perspectiva humanista de Ted frente a los problemas de nuestro tiempo, y su desafortunada muerte nos empequeñece a todos. Sé que todos los presentes se unirán a mí en dirigir a su viuda el más profundo de los pésames. Ningún hombre es una isla. Debemos una muerte a Dios, y Ted ha pasado la antorcha. *Ave atque vale.*

—Déjame preguntarte una cosa —dijo Mars Tyler—. ¿Qué problema hay con Grace Tully?

—Da una imagen vieja —repuso Walter Faye.

—Exactamente a eso me refiero. Exactamente eso es lo que necesitamos.

—Su atractivo son las verduras. El reino de los vegetales la venera. Es la reina de los vegetales. Imagínatelos ahí sentados, con diez kilos de *Sunday Times* esparcidos por el suelo. El hombre tendrá unos cuarenta y siete años, lleva gafas y jamás se compra un libro de bolsillo que cueste menos de dos dólares con veinticinco. Hojea la sección de moda para hombres y fantasea con una chaqueta de esmoquin de moaré dorado. La mujer está ahí sentada, con la revista, preguntándose por qué cojones no les llama nadie para invitarles a tomar un whisky, ya que estar en casa leyendo cosas acerca de guetos y desarrollo urbano resulta de lo más aburrido. Así es el reino de los vegetales.

—Aunque no venga a cuento —dijo Paul Joyner—, me han comentado que Grace Tully se lo hace con todo y con cualquiera: hombre, mujer o bestia salvaje.

—Déjame preguntarte —insistió Mars—. Primero, ¿en qué se diferencia el reino vegetal de cualquier otro segmento de la audiencia? Segundo, aún no entiendo por qué Grace Tully y su «vieja imagen», como tú mismo la has llamado, no son exactamente lo que necesitamos para este sector en particular, como tú mismo lo has definido. Tercero... Ya volveremos al punto tercero.

—El reino vegetal permanece inmóvil contemplando lo que ocurre —dijo Walter—. El reino animal simplemente araña. Básicamente, es tan simple como eso.

—Esta discusión tiene algo de contraproducente —dijo Quincy.

—Tomamos nota —dijo Weede.

—¿Cuál era el punto tercero? —dijo Walter—. Dijiste que había tres puntos.

—Volvamos a esto —dijo Weede—. Quiero meterle un poco de caña a lo de Morgenthau.

—Lo de Morgenthau está perfecto —dijo Jones Perkins.

—¿Y qué hay del propio Morgenthau?

—¿Qué pasa con el propio Morgenthau, dices? —repuso Jones—. Bueno, que acaba de decidir que lo hace, que adelante con ello y que les den morcilla a los del acondicionador de cabello.

—Pero ¿se ha comprometido en serio?

—Yo diría que acaba de comprometerse en serio.

—En otras palabras, hemos superado ya lo más difícil.

—Yo iría aún más lejos que eso, Weede. Yo diría que acaba de comprometerse en serio.

—Por lo que a ti respecta, ¿dirías que los del acondicionador de cabello entran o no entran en el ajo?

—Los del acondicionador de cabello definitivamente no entran en el ajo por lo que puedo intuir en este momento, aunque falta por oír la última palabra del propio

Morgenthau cuando regrese de las islas.

—¿Qué islas?

—Qué islas —dijo Jones—. Me pondré con eso inmediatamente.

—Pasemos a la Tercera Guerra Mundial —dijo Weede.

—A propósito de Grace Tully —dijo Joyner—. Fuentes autorizadas me han dicho que en los viejos tiempos se lo hacía con algunos de los personajes más importantes de la Costa. De ambas costas, de hecho.

—Reunámonos —dijo Weede—. En este momento, lo que quiero saber es si la idea de la Tercera Guerra Mundial es más o menos viable de lo que lo era hace una semana, a la luz de los recientes acontecimientos acaecidos en el panorama internacional.

—Eso es lo que yo quería saber.

—Lo que yo quiero saber —dijo Walter Faye— es por qué no podemos mostrar el retrete en el tema de los efectos de la soledad en la prisión. Enseñamos retretes en los períodos de máxima audiencia. Quiero saber por qué no podemos enseñarlos por la tarde.

—Los críos podrían verlo —dijo Weede—, y además no pienso que esa cuestión venga al caso ahora. No logro imaginar ninguna idea concebida por este equipo que tuviera que precisar del primer plano de un retrete. Por otra parte, no hay motivo para mostrarlo en ningún momento si no estamos dispuestos a hacerlo en el momento preciso de su utilización. Creo que fue uno de los Sitwell quien dijo que si en el acto primero hay una pistola sobre el mantel, más vale que alguien la dispare antes de que baje el telón. O palabras por el estilo.

—¿Por qué no podemos mostrarlo en el momento de su utilización? —dijo Walter Faye—. Me gustaría ver a alguien soltando una buena meada caliente en televisión, aunque solo fuera por una vez. Podía buscársele incluso una justificación dramática. Podríamos idear algún motivo que hiciera necesaria la escena de la meada. Quizá nuestro protagonista tiene que eliminar algún veneno de su organismo; o, si se trata de un documental acerca de una enfermedad hepática o de la vejiga, incluso podríamos despertar cierta compasión hacia nuestro personaje mostrando lo doloroso que le resulta hacer un simple pis. Me daría igual dónde estuviera colocada la cámara. Podríamos centrarnos en su cara. Lo importante es el *sonido*. Si por una vez pudiéramos transmitir ese sonido a través de las ondas, creo sinceramente que podríamos presumir de haber incrementado la sensibilidad de nuestra nación, por poco que fuera.

—Sí —dijo Weede Denney—. Sería casi tan bueno como Ruby pegándole un tiro a Oswald.

La atmósfera se relajó mientras los presentes saboreaban el áspero ingenio de aquella observación, y todos grabamos una nueva muesca en la ya impresionante culata de Denney, quien hizo descender su sillón de peluquero en dos grados hidráulicos y alargó la mano hacia el paquete de cigarrillos que descansaba sobre la

mesita. En ese momento entró su secretaria, la señora Kling, con una enorme bandeja de desayuno y comenzó a repartir los cafés. Yo me puse a contemplar a los obreros del edificio de la acera opuesta. Junto a mí, Richter Janes aguardaba a que le llegara el turno de recibir su café.

—La mayor parte de los obreros que trabajan en los rascacielos de esta ciudad son mohawks —dijo—. Todos viven en algún lugar de Brooklyn. Han montado allí una auténtica colonia, y se especializan en operaciones muy peligrosas. En cualquier edificio de más de treinta plantas, sabes de antemano que los que hay allá arriba son mohawks.

—Debe de tener algo que ver con su inherente agilidad gatuna y su soberbio sentido del equilibrio —dije yo.

Por algún motivo, hablábamos en murmullos.

—En la hermandad del colegio teníamos un indio. El tío más discreto y más agradable que puedas imaginarte.

—¿Cuánto tardaba en correr los cien metros?

—Tenemos que comer juntos un día —dijo Richter—. Quiero sondearte acerca de un proyecto que tengo. Últimamente, me han hablado muy bien de ti.

—¿Quién? —pregunté.

—Rumores que corren —susurró misteriosamente.

La señora Kling abandonó la estancia y continuamos con la reunión. En la cadena, la gente se pasaba la vida diciéndole a otros que habían oído hablar bien de ellos. Formaba parte del programa oficioso de cordialidad incesante que imperaba en la compañía. Y dado que nuestra actividad, por naturaleza, dependía de la muy flexible lógica de las modas, siempre terminaba por llegar el día en el que el portador de buenas noticias se convertía en receptor. Más pronto o más tarde, cada uno de nosotros se convertía en una moda en sí mismo; no había quien no disfrutara de su ciclo semanal de gloria. La observación de Richter Janes sugería que podíamos hallarnos ante el comienzo de la moda David Bell. El propio Richter había estado de moda apenas unos meses antes; durante su ciclo, que duró aproximadamente una semana, la gente irrumpía en mi despacho o se acercaba a mí por los pasillos con cierta frecuencia para comentar el buen trabajo que estaba haciendo Richter Jones, las cosas tan maravillosas que habían oído de él y cómo, aquella misma mañana, le habían transmitido algunas de ellas. Personalmente, nunca había sido capaz de comprender el modo en que se iniciaban aquellas modas, quién las lanzaba ni cómo se corría la voz. Parecían completamente espontáneas, y me costaba trabajo creer que fuera la dirección quien lo planificara todo, designando un hombre-moda del mes, alguien a quien hiciera falta subirle la moral, y que luego designara «transmisores de moda» para realizar comentarios aislados y observaciones al azar sobre las cosas buenas que habían oído decir de él. Yo, por el momento, nunca había estado de moda, y tampoco había experimentado una necesidad particular de estarlo. Prácticamente todos los que aquel día se sentaban en el despacho de Weede habían estado de moda



en algún momento, aunque nunca en más de una ocasión, al menos que yo supiera. Por lo general, cada año se ponían de moda nueve o diez personas. Las modas concluían como empezaban, de una manera inexplicablemente abrupta, y las personas que acababan de estar de moda solían tornarse levemente melancólicas cuando todo había pasado y el relumbre y los neones se apagaban, las cifras se archivaban, las pantallas se llenaban de nieve y las ondas crujían de interferencias.

—Quincy y Dave —dijo Weede—. La pelota está en vuestro tejado.

Su voz sonaba impregnada de un tono paternalmente divertido. Aparentemente, la destrucción de Walter Faye le había puesto de buen humor. En cuanto a mí, no tenía ni idea de qué iba a decir, ya que no había conseguido absolutamente nada en toda la semana. Pensé que quizá podría limitarme a parafrasear mis propias observaciones de la semana anterior, improvisando y afinando a medida que avanzara, pero no había muchas posibilidades de que lograra escabullirme tan fácilmente. Otros lo habían intentado ya cientos de veces, y todo el mundo conocía los indicios y los síntomas.

—¿Por qué no empiezas tú, Quincy? —dije.

—El proyecto navajo.

—El proyecto navajo —repetí yo.

—Existen problemas a corto y largo plazo —prosiguió Quincy—. ¿Quién va a ir? ¿Durante cuánto tiempo? ¿Cooperarán los indios? He estado hablando con el Departamento de Asuntos Indios.

—Los dos lo hemos hecho.

—Querrían disponer de más información antes de comprometerse.

—Los indios no quieren compasión —dije yo—. Quieren dignidad.

—Esa misma impresión he tenido yo. Debemos de haber hablado con las mismas personas.

—No quieren ningún tipo de compasión. Quieren dignidad. Tal vez Richter podrá decirnos algo más del tema. De hecho, conoce personalmente a un indio. Un antiguo compañero de hermandad.

—La verdad es que hoy en día ya no seguimos en contacto. Hace más de quince años de mi época de instituto y tampoco le conocía tan bien. Era un muchacho agradable y tranquilo, lo recuerdo bien. Medía uno setenta y cinco o uno ochenta, pesaba unos setenta y pico kilos y era esbelto como una vela, sin un gramo de grasa en el cuerpo. Si no recuerdo mal, ni siquiera tenía la piel cobriza. Si recuerdo bien, tenía tan solo tres octavas partes de sangre india. Tres o cuatro octavas partes de sangre india. Creo que era de la tribu de los crow. Crow o pies negros. Pero era uno de los personajes más agradables y discretos que podáis imaginar. De eso estoy seguro. Conservo un recuerdo vívido en la mente.

—¿Dirías que este hombre busca compasión o dignidad?

—Dignidad, Dave. No me cabe la menor duda de ello. Decididamente, dignidad.

—Adelante, Quincy —dije.

—La cosa es la siguiente: ¿quién irá, cuándo y durante cuánto tiempo? Si

queremos borrascas, tenemos que ponernos en marcha. Tenemos que asegurar esta operación sin esperar a que siga creciendo la hierba bajo nuestros pies.

—Yo me he mantenido en contacto casi permanente con el Departamento Meteorológico —dije yo—. Estoy intentando que se comprometan a darme una previsión a largo plazo para esa zona del país.

—¿Qué zona? —preguntó Jones Perkins.

—Donde están los navajos.

—¿Dónde están?

—Quincy, tú eres el experto en geografía.

—Escucha, tampoco vamos a tener problemas para localizarlos. La reserva en la que viven es mayor que algunos estados. Es incluso mayor que algunos países, entre los que se incluirían los pequeños reinos europeos. No me cabe duda, por ejemplo, de que es mayor que Mónaco.

—Central Park es mayor que Mónaco —dijo Reeves Chubb.

—Gilipollas —murmuró Quincy.

—Están por algún lugar de Arizona, Nuevo México, Utah y/o Colorado —dijo Paul Joyner—. Da la casualidad de que lo sé de buena tinta.

—Exacto —dije yo—. Y por lo visto, la zona posee algunos magníficos paisajes de riscos y de poblados en ruinas que podríamos utilizar como escenarios naturales. De hecho, Monument Valley está pegado a las lindes de la reserva, o eso me han dicho. Son unos paisajes desnudos, lunares, hermosísimos.

—¿Para qué necesitamos borrascas? —preguntó Warburton.

—Queremos demostrar que a pesar de todos los problemas están avanzando. Las borrascas constituyen uno de sus problemas.

—Nunca hubiera pensado que necesitaríais una borrasca. La pobreza y las enfermedades son lo bastante elocuentes por sí solas.

—Daño no puede hacernos —dijo Quincy.

—Puede que Ted tenga razón en eso —dije yo—. El otro tema importante que me afecta es lo de *Soliloquio*. En ese terreno, todo está perfecto. El programa ha sido cosa segura desde el primer momento. A la mayoría de los críticos les ha encantado, y las cartas que recibimos se muestran a favor en un setenta y cinco por ciento.

—Nunca me ha gustado demasiado ese título —dijo Reeves Chubb—. Me suena a pseudo-algo, no sé a qué. La otra noche saqué el tema durante la cena. Habíamos salido con unos invitados que tenemos en casa y quise saber su opinión al respecto. Grabé toda la conversación en caso de que tú, Dave, o tú, Quincy, quisierais oírla. Son una pareja excelentemente informada. Kate y Phil Thomforde. Él ha hecho algunas cosas con McAndrew en Amherst.

—El título se le ocurrió a Weede.

—¿En serio? —dijo Weede—. Por lo visto, se trata de uno de mis éxitos menos sonados, al menos en lo que respecta al señor Chubb. Lamentablemente, Dave, no creo que el programa sobreviva. A veces resulta difícil labrar nuevos terrenos sin

ensuciar de barro los que están a tu alrededor. El patrocinador ha decidido no renovar el contrato, y no hemos logrado despertar el interés de ningún otro. Sabes de sobra, Dave, que siempre acudo en ayuda de mi gente, y te aseguro que este caso no ha sido una excepción. He intentado por todos los medios obligar a Larry Livingston a acudir a las altas instancias para convencer a Stennis de que sea la cadena la que pague la cuenta. Livingston dijo con toda sinceridad —y no cabe sino admirar su franqueza— que el programa es un tostón insufrible. Dijo que no tenía sentido consultar la cuestión con Stennis porque Stennis —y confío en que esto no salga de aquí—, porque Stennis ya tiene problemas de índole muy diferente. El programa era bueno. Lo digo convencido. Pero Chip Moerdler, de Brite-Write, dijo que no le ayudaba a vender más bolígrafos. En este negocio, uno tiene que aprender a contar con algún que otro chasco. Pero no te marches enfadado, David. Estamos decididos a emplear tu considerable talento en otras empresas aún mejores. Podré contarte más al respecto tan pronto como tengamos lo de los navajos en el bote.

—Chip Moerdler es un escandaloso ignaro —dijo Warburton—. Ya he tratado antes con ese tipo. Sería incapaz de reconocer la calidad aunque se la presentaran en un marco dorado.

—Todo eso está muy bien —dijo Weede—, pero no se puede discutir con una tabla de ventas. Por el momento, pienso que más vale que sigamos adelante. Hay otro pequeño asunto que también te concierne, Dave: el proyecto del rayo láser.

—En cuanto a eso, le he dado carta blanca a Carter Hemmings. Por lo visto es un experto en el tema, y he pensado que ya era hora de que se mojara. Como sabéis, es varios años mayor que yo, y a veces, en beneficio de la moral de una persona en estas condiciones, es mejor dejarle que desarrolle un proyecto por sí mismo. Siempre me ha resultado embarazoso tener que explicarle a Carter por qué no le incluimos en estas reuniones de los viernes. Su impaciencia resulta perfectamente comprensible, y estoy seguro de que no ha de transcurrir mucho tiempo antes de que se una a nuestros solemnes cónclaves. En cualquier caso, Weede, Carter me ha asegurado que tiene el tema del láser atado y bien atado. Ayer tarde, cuando hablé con él, me dijo que quería hablar contigo al respecto hoy por la mañana, a primera hora. Me dijo que tenía una pinta estupenda. Que estaba prácticamente a punto de caramelo.

—No me ha dicho nada.

—Supongo que tendré que presionarle.

Y entonces, sin motivo aparente, adelanté un pie varios centímetros sobre la alfombra y volqué la taza vacía que descansaba bajo la butaca de Richter Janes. Luego, apoyé el talón sobre ella y la aplasté. Nadie pareció darse cuenta. Estaba harto y cansado. Deseaba estar de vuelta en el cálido y oloroso lecho de Meredith, perderme en el remanso de sus senos, nadar a través de estancias de pececillos plateados, insondables, sumidos en el naufragio del sueño. Quería estar con Sullivan en quién sabe qué paisaje del Salvaje Oeste lunar, escuchando a Mingus en la radio del coche, y a Ornette Coleman con su saxofón multicolor, y Sullivan con los brazos

cruzados sobre el pecho como en un sarcófago y las facciones tapadas; despedido a través de las llanuras septentrionales, Bartók en las Rocosas, canciones vaqueras y el acento nasal y herbáceo de los banjos, con Oregón al frente, escurridizo como un océano de piel de foca. Eso es lo que deseaba. Sin embargo, permanecí allí sentado, en el amplio despacho de Weede Denney, en la butaca azul situada junto a la ventana, sintiéndome harto y cansado.

—Ha llegado el momento de oír qué tiene que decirnos nuestro observador chino *in situ*. Esmérese, señor Chubb. ¿Qué tal marcha el asunto de China?

—Se está convirtiendo poco a poco, Weede, en la mejor operación pública en la que he intervenido jamás. Lo he comentado ya con siete u ocho altos cargos del Departamento de Estado. He llamado a seis universidades y dos fundaciones. He estado trabajando noches y fines de semana. Mi secretaria anda con no sé qué problema femenino y he tenido que tomar prestada a la secretaria de Chandler Bates de vez en cuando. Nos llueve el material. ¿Sabías que los chinos dominaban ya todas las artes y las ciencias cuando los europeos aún andaban despiojándose unos a otros? Mi mujer cree que trabajo demasiado. Nos hallamos ante una gran oportunidad. China es una incógnita. Es un enigma. Estamos pasándolo todo a limpio. Mao Tse-tung y sus seguidores recorrieron casi diez mil kilómetros a pie para llegar a un baluarte montañoso cuando les perseguía ese otro, como se llame, un chino casado con una mujer que fue a Wellesley. Tan pronto como tengamos todo mecanografiado, corregido e impreso, os lo presentaré para que todos vosotros me deis vuestra opinión. La secretaria de Chandler Bates es lenta, por lo que no sé cuándo podrá estar listo. El río Changjiang tiene cinco mil cuatrocientos ochenta y ocho kilómetros.

—¿De qué va a tratar la serie? —preguntó Warburton.

—De todo el mogollón. De China por dentro y por fuera.

—¿Contará algo que no hayamos oído ya antes innumerables veces?

—Existen grandes posibilidades de contar con algunos videoclips magníficos.

—Filmados, sin duda, desde algún promontorio elevado de Hong Kong.

—La serie se atenderá a una perspectiva específica. El material que me están mecanografiando ahora lo señala con toda claridad.

—¿Señala qué?

—Que es necesario partir de una perspectiva.

—¿Qué perspectiva?

—Sí, ¿qué perspectiva? —dijo Quincy.

—Eso es algo que estoy dilucidando con el Departamento de Estado. Se están mostrando sumamente cooperativos.

—Llegado este punto, quisiera citar a Kafka —dijo Warburton—. «Cada compatriota era un hermano para el que construíamos un muro protector, y que agradecería de por vida su existencia por todo cuanto poseía y hacía. ¡Unidad! ¡Unidad! Hombro con hombro, una cadena de hermanos, un torrente sanguíneo ya no confinado a la reducida circulación de un organismo, sino algo imparable que, sin

embargo, retorna constantemente a través de las interminables leguas de China.» Tal es, sugiero, vuestra perspectiva.

—Ted, eso es magnífico —dijo Weede—. Creo que le has proporcionado a Reeves algo en lo que realmente puede hincar el diente. Esa parte de unidad-unidad es espléndida. Engloba todo el drama inminente de un territorio masivo poblado por multitudes que apenas podemos imaginar. ¿Dónde te compraste esa corbata?

—Suenan de maravilla, Ted. ¿Crees que tu chica podría pasármelo a máquina? Esa parte de las interminables leguas de China es casi tan buena como la de unidad-unidad. Igual descubrimos un título por ahí.

—Muy posiblemente —dijo Denney.

La reunión prosiguió su curso monótonamente. Observé el rostro de Warburton. No, no cabía malinterpretar la chispa de sorna que delataba aquella curvatura en las comisuras de sus labios. Yo me refugié en el crepúsculo, la laguna, el pozo de la mina. Una paloma atravesó el repecho de la ventana asintiendo alocadamente con la cabeza, una gruesa solterona madura de paseo por Providence, Rhode Island, hasta que el tronar de una explosión distante la lanzó al aire con un graznido. Noté un estremecimiento de dolor en la sien. Intenté pensar en las compras de Navidad que aún tenía que hacer. Tendría que pasarme todo el sábado comprando regalos y envolviendo paquetes. Compraría algo para Meredith y para sus padres; para mi padre; para Sullivan; para Binky; para mi hermana Jane y sus niños, en Jacksonville; para tres chicas a las que había estado viendo ocasionalmente; nada para B. G. Haines; nada para mi hermana Mary, de la que no había oído nada ni sabido nada en años. Pondría especial cuidado e interés en envolver los regalos de los padres de Merry, así como los de Jane y sus hijos. (El concepto de las distancias siempre me ha desconcertado: meridianos, latitudes, zonas horarias que oscilan con el movimiento de la Tierra mientras yo permanezco constantemente estacionario y todos los lugares distantes me resultan elusivos, deslizándose bajo mí, junto a mí, complicando la operación de enviarles algo por correo. Quizá por este motivo siempre he tendido a reverenciar exageradamente aquellos paquetes destinados a viajar cientos o miles de kilómetros, como si se trataran de palomas mensajeras transportando órdenes a los valientes guerrilleros de las colinas.) En ese momento visualicé una imagen mental de mi hermana Mary. La veo sentada en una lavandería de Topeka, Kansas. Fuma un cigarrillo extralargo con filtro y aguarda a que se seque su ropa. Lleva un vestido gris de algodón. No había motivo alguno que me impulsara a evocarla en aquella ciudad en particular, ni en aquel Estado o lugar de trabajo, en aquel infierno grisáceo y encalado de ropas que giran como embriones mecánicos en úteros experimentales, y sin embargo sentí que era una imagen certera que me llegaba de algún modo extrasensorial. Me entristeció profundamente. El lado izquierdo de mi cabeza irradiaba dolor. A varias manzanas de distancia, se oyó una nueva explosión. Las voces parecían entrar y salir de oscuras colmenas. Fijé nuevamente la mirada en su rostro, y entonces surgió la revelación, con la belleza cegadora de un brillante cálculo

astronómico: Warburton era Trotski.

—Creo que con eso hemos repasado todo —dijo Weede Denney—. Yo tengo que subirme esta tarde a un pajarraco plateado con destino a la Costa. Debería estar de regreso para el miércoles. Si hay cualquier problema, la señora Kling sabe dónde localizarme. Buen fin de semana a todos y Feliz Navidad.

—Oficialmente aprobado —dijo alguien, rematando algo.

Weede se internó en el cuarto de baño privado que se abría a su despacho. Los demás recogimos nuestras tazas de cartón, devolvimos las butacas a sus posiciones originales y pusimos un poco de orden en general, reacios a dejar aquellas tareas para la señora Kling, quien a lo largo de los años se las había arreglado para convertirse en uno de los personajes más temidos de la oficina. De regreso a mi despacho, me detuve frente a la mesa de Hallie Lewin y le di un masaje en el cuello. Estaba mecanografiando un memorándum calificado de confidencial. Advertí que mi nombre no figuraba en la lista de destinatarios.

—¿Qué tal la reunión, David?

—Terminó con la escaramuza habitual. ¿Qué quieres por Navidad, Hallie?

—Un aborto —dijo ella.

—¿Qué es eso que estás mecanografiando?

—Vete por ahí. Tú no tendrías que estar viendo esto.

—¿Es acerca de mí? —pregunté, deslizando las manos a lo largo de su espalda.

—Tú eres el último que tendría algo de lo que preocuparse por aquí. En serio. Últimamente he oído muchas cosas buenas de ti, David.

Seguí a Quincy Willet y a Jones Perkins por el pasillo, chasqueando levemente los dedos y caminando sobre las puntas de los pies. A Quincy le hacía falta un corte de pelo.

—¿Os habéis enterado? —dijo Jones—. Merrill ha contratado a un negro. Blaisdell le conoció ayer. Dijo que parece un tipo agradable y aseado.

—Vamos a verle —dijo Quincy.

Me acerqué a mi despacho, y Binky me siguió al interior. Advertí que no llevaba sujetador. Se dirigió al sofá y rebotó un par de veces sobre él antes de acomodarse. Los viernes, siempre se desmadraba ligeramente. Yo tomé asiento tras mi mesa.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunté.

—Ha llamado una tal Wendy Judd. Quiere que la llames de vuelta.

—¿Qué más?

—Ha llamado Warren Beasley. No dejó ningún recado.

—¿Qué más?

—Tu padre quiere que te reúnas con él en el Grand Prix a las doce y media.

—¿Qué más?

—Eso es todo —dijo ella—. ¿Qué tal la reunión?

—Terminó con la escaramuza habitual. Phelps Lawrence no se presentó. Me imagino que ya le han dado la noticia.

—¿Te has enterado de lo último? Esto se está saliendo de madre.

—¿De qué? —dije.

—Mars Tyler y Reeves Chubb.

—¿Qué pasa con ellos?

—A la calle.

—¿Dónde has oído eso?

—Se supone que no debo decirlo —dijo.

—Binky, tesoro...

—Hallie Lewin me contó lo de Reeves. Y Penny Holton lo de Mars.

—¿Quién es Penny Holton?

—La secretaria de Carter Hemmings.

—¿La de las tetas estereofónicas?

—Vamos, David, no seas vulgar.

—Le apuntan a ambos extremos de la habitación.

—En cualquier caso, ¿no te parece fuerte? —dijo Binky.

—Y eso no es todo —dije yo—. Carter Hemmings podría ser el próximo. Por ahora no es más que un rumor, así que no digas nada.

—No lo haré.

—Por otra parte, he notado que Chandler Bates tenía la puerta cerrada cuando pasé junto a su despacho hace un minuto. Se lo comenté a Jody sin darle importancia y me dijo que llevaba así toda la mañana.

—¿Qué crees que significa?

—O piensa despedir a alguien o piensan despedirle a él.

—No es posible que vayan a despedir a Chandler —dijo ella—. Está a partir un piñón con Livingston. Es el protegido de Livingston. Fue Livingston quien le rescató de la CBC.

—He oído que Livingston pasa a la reserva.

—Eso ya es demasiado.

—Como un bombardero anticuado de medio alcance —dije—. Pero no cuentes nada.

—Cualquiera hubiera pensado que demostrarían un poco de espíritu navideño. Menudo momento han elegido para hacer una purga.

—Basta de charla. Dile a Carter Hemmings que venga aquí, y rapidito.

Binky salió del despacho y yo llamé a Sullivan. El teléfono sonó ocho veces, pero no respondió. Dejé que sonara un poco más.

(«Dios mío, tengo que salir de aquí», dije al auricular.)

Finalmente, colgué. En ese momento, entró Carter Hemmings. Se dirigió al sofá caminando de lado con paso cauteloso, ligeramente encorvado, obsequioso y feudal.

—Carter, pensaba que habíamos quedado en que ibas a ir a ver a Weede esta mañana con algún tipo de informe acerca de los avances del proyecto del láser.

—Tal y como yo lo entendí, Dave, tenía que verte a *ti* a primera hora de la

mañana, pero cuando llegué a tu despacho Binky me dijo que no habías llegado aún. Regresé diez minutos después y me dijo que estabas en plena reunión en el despacho de Weede.

—Ha salido a relucir tu nombre durante la chapurreunión, Carter. Weede dice que o te andas con cuidado o te va a meter un puro. ¿Qué has sabido de B. G. Haines? Me contó que aquella noche lo pasó fatal. No he estado oyendo cosas buenas de ti, Carter. Tenemos que poner todos de nuestra parte. Weede puede ser implacable cuando la ocasión lo exige. Y tu secretaria es una puñetera chismosa. Ahora tengo trabajo.

Se marchó. Yo rompí las notas que había tomado durante la reunión. Saqué una caja de sujetapapeles del cajón central y comencé a ensartarlos unos con otros formando una cadena. Al cabo de diez minutos aproximadamente había ensartado unos cien clips. A continuación, encadené los dos que formaban los extremos. Al hacerlo, obtuve un círculo que luego extendí frente a mí sobre la mesa. Deposité nueve lápices en el círculo, disponiéndolos en tres triángulos de tres lápices cada uno, y dentro de cada triángulo puse una goma de borrar. A continuación, cogí los trozos de las notas, los deposité en el cenicero, encendí una cerilla y les prendí fuego. Coloqué el cenicero en el centro del círculo, en un lugar aproximadamente equidistante de las esquinas más próximas de cada triángulo. Cuando las llamas estaban a punto de extinguirse, rompí más papeles y los arrojé al interior. Seguí haciendo lo mismo hasta que entró Binky para recoger su abrigo, que siempre colgaba detrás de mi puerta.

—¿Ya es hora de comer?

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Demonología.

Rodeó mi mesa para verlo más de cerca. Yo me arrellané en la butaca y, dejándome caer a un lado, deposité la mano sobre uno de sus muslos y comencé a dibujar ochos con la punta de los dedos.

—Resulta siniestro, David.

—Tengo entendido que funciona bastante bien. Observa la forma circular del cenicero. Círculos dentro de los círculos. Como mi dolor de cabeza. Las gomas, sin embargo, no sirven para mucho. La próxima vez que tengas que ir al cuarto de material de oficina, mira a ver si tienen gomas triangulares. Esto va muy en serio.

—¿Qué significado se supone que tiene?

—Es una invocación a los poderes de las tinieblas. ¿Es verdad que Hallie Lewin está embarazada o nos estaba tomando el pelo?

Mi mano había alcanzado la suave depresión situada tras la rodilla, un lugar que, con la pierna ligeramente doblada, siempre he considerado entre los mejores que existen en el cuerpo femenino; ella, como siguiendo mis indicaciones, trasladó el peso a aquella pierna —la izquierda— de tal modo que la rodilla respondiera al cambio y, controlándolo, se doblara levemente para crear aquella oquedad extraordinariamente tierna consagrada al placer de mis dedos. Weede Denney nos



contemplaba desde el umbral.

—Entra, Weede —dije—. Dime: ¿cómo está tu mujer últimamente?

Binky se apartó de mí. Podía ver abrirse las puertas de la oscura estancia de mi mente, tres, cuatro, cinco puertas que se abrían, dejando pasar una luz brillante que bañaba el suelo. En el pasado siempre me había sido posible controlar las puertas, pero ahora parecían abrirse libremente, estrellarse contra los muros impulsadas por el viento. Aún podía controlarlas, pero no me esforzaba por conseguirlo. Mi habitación comenzó a llenarse de luz, y pensé que quizá podría abrir hasta ocho puertas simultáneamente, un nuevo récord.

—No quería molestar —dijo Weede, ruborizándose ligeramente—. Solo quería hablar contigo un par de minutos, pero puede esperar.

—Binky, no sé si conoces a la señora Denney. Es una mujer absolutamente intrépida. Weede, cuéntale a Binky aquella vez que la señora Denney se plantó al lado de una familia de hipopótamos durante vuestro safari fotográfico en Kenia. Había decidido que quería hacer aquella foto, y su seguridad personal le importaba un comino. Weede nos lo contaba ayer, a la hora de comer. No veo el momento de que me enseñéis esas diapositivas, Weede. Y creo que tú deberías verlas también, Binky. Weede ha prometido invitarnos a verlas cualquier día de estos. Binky es una forofa de la fotografía, Weede. Weede tiene una magnífica colección de fotos, Binky.

—Me encantaría verlas —dijo Binky—. En fin, he quedado para almorzar con Jody Moore, y le revienta que la hagan esperar.

Se marchó, poniéndose el abrigo mientras salía, y Weede se apartó del umbral para dejarla pasar. Parecía temer que un simple roce pudiera reducirlos a ambos a un estado de crisis nerviosa. Intenté cerrar las puertas, pero se negaban a obedecerme. Él se aproximó al escritorio, puso ambas manos sobre la mesa y se inclinó hacia mí.

—Quisiera preguntarte algo —dijo—. Se trata de una cuestión algo delicada. He sabido que tienes contactos en diversos submundos, y lo que digamos aquí no debe salir de este despacho. ¿Sabes si Reeves Chubb es homosexual? No tienes que responder si no quieres.

—Se han oído rumores al respecto. Alguien escribió algo en ese sentido sobre las paredes de los servicios de caballeros del piso treinta y siete.

—Quisiera echarle una ojeada a eso.

—Ya no está allí —dije yo—. Ocurrió la semana pasada. Lo habían escrito con un rotulador rojo sobre los urinarios. La caligrafía parecía de Quincy Willet. El uno y el otro no se llevan demasiado bien, ¿sabes?

—¿Qué decía exactamente? Esto puede ser importante.

—Creo que no me apetece mucho repetirlo, Weede.

—¿Era basto?

—De lo más basto.

—Ambos somos adultos, Dave. Te diré por qué he sacado el tema. Sé que puedo confiar en ti para que ningún secreto abandone estas cuatro paredes.

—¿Quieres que cierre la puerta? —pregunté.

—Desde luego. Tendría que haberseme ocurrido a mí mismo.

Mientras cerraba la puerta, Quincy pasó junto a mi despacho y me lanzó una mirada inquisitiva. Weede se dirigió al sofá, y yo regresé a la butaca de mi escritorio.

—Como bien sabes, Dave, aquí contratamos a la gente exclusivamente por sus méritos profesionales. Esa ha sido siempre la política de la cadena. Personalmente, no me interesa en lo más mínimo la vida privada de nadie. Dentro de ciertos límites razonables, lo que uno haga en su tiempo libre no es asunto mío.

—Soy testigo de eso, Weede.

—Pero aquí hay otra cuestión en juego. En el Departamento de Estado no quieren maricas trabajando en el asunto de China, y no seré yo quien cuestione las decisiones de gente cuya mayor preocupación es nuestra seguridad nacional. La semana pasada tuvo lugar una reunión en un hotel del centro. Apenas se alcanzaron conclusiones definitivas. Reeves, como sabes, está casado.

—Son cosas que pasan a veces —dije.

—Exacto, Dave. Esos tipos del Departamento de Estado son unos lince. Cuentan unas historias increíbles. Nos pasamos toda una tarde hablando de ello.

—Es un mundo en sombras. Es como una enfermedad. Puede pasarle a cualquiera.

—¿Sabías que Reeves duerme en su despacho dos o tres noches por semana? Son cosas que le dan a uno que pensar. ¿Qué opina su mujer de eso?

—Corre el rumor de que Jones Perkins podría ser bisexual. No pretendo decir necesariamente que le gusten las dos cosas. Es tan solo que algunos de sus rasgos sexuales secundarios se consideran ligeramente sospechosos. De hecho, cabe la posibilidad de que efectivamente le gusten las dos cosas, si sabes a qué me refiero, pero hoy por hoy no es más que un rumor.

—Yo no suelo dar crédito a ese tipo de historias.

—Solo un estúpido lo haría.

—Bueno, solo quería tu opinión al respecto, Dave. Confío en que al final no será nada.

—Weede, en una situación como esta, con todo el futuro de un hombre en juego, una de las mejores maneras de llegar a algún tipo de conclusión definitiva consiste sencillamente en remontarse. Piensa en Reeves en el pasado. Intenta recordar incidentes, anécdotas que haya podido contarte, su reacción ante ciertas palabras o frases, el modo en que sostiene esos puritos que fuma, sus expresiones favoritas, sus puntos flacos, sus preferencias literarias, el tiempo que pasa en el baño, la clase de zapatos que usa. Todo guarda su significado. Y ahora, dime: ¿puedo seguir trabajando en lo de los navajos por mi cuenta?

—¿Tienes problemas con Quincy?

—Tiene problemas matrimoniales, y sus pensamientos están en otro sitio.

—Lo consultaré, Dave.

—Gracias.

—Te diré más cuando regrese de la Costa —dijo.

—Podríamos comer juntos.

Todas las puertas estaban abiertas. Sentí como si estuviera volviéndome loco. Toda aquella conversación parecía estar desarrollándose en un sueño y, realmente, no podía creer lo que nos estábamos diciendo el uno al otro. El dolor de cabeza se había convertido en una sensación de entumecimiento absoluto, como el que provocaría una inyección de Novocaína. Había dejado de ser dueño de mis observaciones, pero ya no me importaba. No era una sensación agradable ni desagradable. Apenas era ya una sensación. Mi cabeza parecía un teléfono que comunicara interminablemente.

—¿Estás seguro de que no quieres decirme lo que habían escrito con el rotulador rojo? Podría ser importante.

—«Reeves Chubb se sube a las palmeras para chupársela a los monos mientras están durmiendo.»

Bajé en el ascensor y caminé las dos manzanas que me separaban del Grand Prix. No llevaba abrigo. Nunca llevaba abrigo cuando salía a comer, por mucho frío que hiciera. John Fitzgerald Kennedy.

El restaurante se hallaba decorado con motivos automovilísticos. Mi padre ya estaba allí, aguardando en una mesa del fondo. Su corpulenta figura enfundada en *tweed* parecía dominar aquella parte del local. Cuando entré, se hallaba ocupado en vociferar amistosos exabruptos a alguien sentado en una mesa próxima. Le observé unos instantes. Se pasó la mano sobre los ralos cabellos que adornaban su cabeza y luego se puso a jugar con los cubiertos. Advertí que se había comprado unas gafas nuevas. Eran negras y de aspecto intimidatorio. Su rostro, notablemente anónimo, carecía de la potencia que proporciona una definición contrastada, pero sus ojos poseían una autoridad categórica imposible de pasar por alto. No nos parecíamos en lo más mínimo.

Mi padre acababa de cumplir cincuenta y cinco años, y ello parecía haberle transformado prácticamente de la noche a la mañana, como otorgándole un papel de viejo estadista. Antes de nuestra cita en el restaurante tan solo le había visto en una ocasión desde su cumpleaños. En aquel encuentro —tomamos una copa al salir de la oficina— se había mostrado preocupado por sus codos, haciendo girar el taburete al hablar e inclinándose hacia mí con los codos alzados a ambos lados como si se trataran de alas delta. En otros momentos, la cabeza colgando fláccidamente sobre el vaso, le había visto alzar el índice derecho y golpearse con él el codo izquierdo, que mantenía apoyado sobre la barra. Solo lo hacía cuando quería realizar una observación importante, y recuerdo haberme preguntado hasta qué punto no sería preciso, para comprender la relevancia de sus comentarios, abrirle el codo y explorar sus tejidos conectivos con un delicado instrumento quirúrgico. Aquella tarde me había hecho pensar en John Foster Dulles y en Casey Stengel, dos viejos estadistas expertos en el empleo de los codos.

—Siento llegar tarde, papá. Feliz Navidad.

—Me he enterado de que Stennis tiene problemas —dijo—. Nunca me cayó bien ese hijo de puta. ¿Cuánto gana? Siéntate, chico. Solo podemos tomar una copa. A las dos tengo una reunión con un cliente.

—No sabía que conocieras a Stennis.

—Somos los agentes publicitarios de esa serie sobre enfermedades mentales de la que habla todo el mundo. Stennis nos dijo que los anuncios de diez segundos que hemos estado emitiendo resultaban de mal gusto teniendo en cuenta el tema del programa. Dijo que la cadena había estado recibiendo quejas. Ya sabes a qué me refiero, a los muñecos cantarines. Tráiganos dos martinis secos, camarero. Y luego, a los diez minutos, nos trae el *boeuf Bourguignon*. No tendremos tiempo ni para postres ni para café.

—¿Qué planes tienes para Navidad? —pregunté—. Yo había pensado coger el coche e ir a visitarte a casa.

—Me parece estupendo, colega, haz eso. Tráete a una chica. Nos tomaremos unas copas y subiremos en coche al Admiral Benbow para comer pavo. Tu madre solía cocinar el pavo de maravilla. Debería vender esa casa, pero no soy capaz. ¿Qué tal le va a Merry últimamente? Echo de menos a esa chavala. Es una chica encantadora.

—Está muy bien, papá.

—Escucha, no te negaré que yo también follaba por ahí en mis tiempos. No hay tío que se precie al que no le entren ganas de vez en cuando. Pero ¿cómo podría yo ahora casarme con un zorrón oxigenado de anchas caderas después de todos los años que he vivido con tu madre? Me casé con tu madre cuando tenía veintidós años. Vivíamos en un piso sin agua caliente de la parte alta de Broadway. Cuando nació Mary, salí a la calle y me emborraché. Olvídate de la nostalgia. Eran días jodidos, coleguilla. Ahora ya he alcanzado esa edad en la que un hombre siente que tiene que hacer examen de conciencia. Que le den por culo al golf. Para alguien como yo, es una sentencia de muerte. Todos quieren que salga a jugar al golf con ellos. Durante los últimos siete u ocho años, desde que murió tu madre, solo oigo hablar de golf. Trabajo durante todo el fin de semana, ya sea en casa o en la oficina. Mejor el trabajo que la muerte. Escucha, tengo una aventurilla con mi secretaria, pero ¿de qué me sirve? ¿Acaso puedo depender de alguien como ella a largo plazo? Le dije con hielo, camarero.

—¿Qué edad tiene? —pregunté.

—No lo sé, unos veinticuatro... Cuando se llega a mi edad, todas te parecen iguales. Si quieres salir con ella, puedo organizártelo.

—¿Cómo es?

—La chupa —susurró él.

—No me refiero a eso.

—Intentas averiguar si es adecuada para mí. Está bien. No me importa. Respeto tu punto de vista, chico. Pero en esta clase de asuntos soy el último de la antigua

quinta. Tengo a seis contables y a nueve ayudantes de contabilidad trabajando para mí, todos de la Academia Empresarial de Harvard, y no les daría ni el sudor de las pelotas para que se plancharan los pantalones. Y te diré otra cosa. Me respetan. Y te diré por qué. Me respetan porque saben que soy capaz de hacer su trabajo mejor que ellos. En este negocio hace falta un poco de colorido. Todos los tíos que tengo en la oficina parecen especímenes de laboratorio conservados en formol. Si conoces bien tu trabajo, puedes permitirte ser tú mismo, al menos hasta cierto punto. Eso es algo que aprendí hace muchos años: un día, me metieron en el despacho cuatro de esas sillas horribles que hay por ahí, grises y acolchadas. Las tiré al callejón desde la ventana. Ya sabes cómo vuelan las noticias en la Avenida. Antes de una semana tenía seis nuevas ofertas de empleo. Mi cliente piensa que soy lo mejor que hay. Almorzamos juntos todos los martes en el Club Yale. Un tío cojonudo. Un verdadero fenómeno. Jugaba al fútbol y al lacrosse en la universidad. Le envié a mi sastre.

—Aquí están las copas —dije—. Bebe. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Dave. Que Dios te bendiga.

Mi padre coleccionaba rollos de anuncios televisivos. El sótano de la casa de Old Holly estaba lleno de aquellas cintas, cuidadosamente archivadas y ordenadas según la duración, la clase de producto, el tirón de audiencia, el número de identificación del producto y otros criterios diversos. Las fichas del almacén llenaban dos archivadores, y los rollos se alineaban a lo largo de cientos de ranuras numeradas, sobre unas estanterías que llegaban hasta el techo y que había diseñado y construido él mismo. La bodega, solía llamarla mi madre. Tenía una pantalla y un proyector, y pasaba varias noches a la semana visionando los anuncios y tomando notas. Llevaba ya varios años haciéndolo. Lo consideraba parte de su trabajo. Su objetivo, solía decir a su familia, era descubrir los rasgos y los matices que tenían en común aquellos anuncios que habían obtenido los mayores índices de audiencia; conocer la relación entre ciertos tipos de anuncios y su impacto sobre el mercado, como decía él. Mary, Jane y yo habíamos pasado muchas de nuestras noches de adolescencia sentados en aquel oscuro sótano, viendo anuncios. Solíamos aguardar con ansiedad la llegada de cada nuevo rollo. Mientras mi madre vagaba por aquel viejo caserón, los demás pasábamos el tiempo tumbados en nuestro sótano parpadeante y discutíamos sobre qué anuncio era mejor. Mi padre solía ejercer de árbitro en nuestras amargas disputas. Lo bonito o lo gracioso que pueda ser un anuncio es lo de menos, solía decir; si no hace que se venda la mercancía, es que no está cumpliendo su labor: tiene que servir para mover el producto. Y ahora, mientras el camarero depositaba los platos frente a nosotros, le recordé junto al proyector mientras el primer rollo de la tarde arrojaba sus imágenes sobre la pantalla a través de aquella luz eclesial moteada de polvo, con un niño de letras tomándose su sopa pecosa, quizá, o un hombre cortando su pavo de Acción de Gracias, o siete amas de casa desnudas rebañando un cuenco de comida para perros con la lengua. Deseé su muerte. Era el primer pensamiento sincero que había surgido de mi mente en todo el día. Mi libertad dependía de su muerte.

—¿Por qué será que todos los publicitarios que he conocido en mi vida quieren marcharse? —pregunté yo—. Todos quieren construir sus propias naves plancha por plancha y lanzarse a navegar hacia los mares de Tasmania. Conozco a un guionista de Creighton Insko Dale que un día se echó a llorar durante el almuerzo.

—Me encanta este negocio —dijo mi padre—. O comes o te comen. Es como jugarse seis millones de dólares en una partida callejera de dados. ¿En qué otro sector podría un hombre como yo ganar lo que yo gano? Tengo la imagen perfecta, lo sabes tan bien como yo. En Wall Street me echarían a la calle de una patada en el culo. Pero, a mi edad, el dinero ya ha dejado de preocuparme. He estado leyendo a Tolstói. Todo hombre piensa que alberga en su interior una novela. Siente que posee una novela y una amante euroasiática. Tolstói despierta en mí el deseo de escribir una novela. Tu madre estaba enferma la mayor parte del tiempo, pero tenía algo que estas zorras de hoy en día no podrían ni soñar. ¿Mi secretaria? ¿Maxine? Lleva jabón debajo de las uñas. De cada ocho veces que le miro las uñas, siete las lleva llenas de escamillas de jabón. Compara eso con tu madre. A mi edad, llegas a darte cuenta de que lo has hecho todo mal. Da igual quién seas: lo has hecho todo mal. Igual me hago católico.

—No sabía que andaras haciendo esa clase de planes.

—Algo hay en eso —dijo, dirigiéndose a su codo—. He estado leyendo mucho. Nunca me ha llamado demasiado la religión, pero algo hay en eso. ¿Recuerdas la iglesia católica de Old Holly, la de los Huesos Sagrados o como se llame? Una noche llamé al párroco, al pastor, y tuvimos una charla interesante. Un tío cojonudo. Sabía quién era yo. Me lo contó todo acerca del alma humana. El alma posee una conexión trascendental con el cuerpo. Proporciona información al cuerpo. El alma se percata de su propia esencia después de separarse del cuerpo. Una vez muerto, tu alma puede verse directamente iluminada por Dios. Le envié una caja de Johnnie Walker Etiqueta Roja.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Sí, tengo que irme. Escucha, colega, a ver qué puedes averiguar sobre Stennis. Entérate de cuánto gana.

Había empezado a nevar otra vez, y los viandantes caminaban con la cabeza hundida, aferrándose a los sombreros e inclinando el cuerpo contra el viento. Atravesé el amplio vestíbulo grisáceo. En uno de sus extremos aparecían expuestas unas fotografías de guerra premiadas. Una de ellas era una inmensa ampliación en color de unos tres metros de alto por seis de ancho. En el centro de la imagen aparecía una mujer con un niño muerto en brazos y rodeada por otras ocho criaturas; algunos de ellos miraban a la mujer, y los demás sonreían y saludaban, aparentemente en dirección a la cámara. En medio del vestíbulo, un joven arrodillado fotografiaba la fotografía. Me situé tras él unos instantes y el efecto resultante fue inolvidable. El tiempo y la distancia se habían pulverizado, y daba la sensación de que era a él a quien sonreían y saludaban los niños. La autoridad de la cámara, cuasi religiosa, es

tal, y tal es su poder hipnótico para exigir reverencia del motivo y del espectador por igual, que permanecí absolutamente inmóvil hasta que el joven disparó. Fue como si temiera que cualquier movimiento mínimo por mi parte pudiera distraer a alguno de aquellos chiquillos cubiertos de vendas y estropear acaso la fotografía.

Proseguí mi camino a través del vestíbulo. A pocos metros por delante de mí, tres empleados de la cadena caminaban golpeando el suelo con los pies en un intento de desembarazarse de la nieve adherida a ellos. En ese momento, Weede Denney emergió de una columna de ascensores y echó a andar hacia nosotros; portaba el sombrero en una mano y un portafolios en la otra, y lucía su clásica sonrisa japonesa. Yo me acerqué a los otros tres hombres y golpeé igualmente el suelo con los pies.

—Caballeros.

—Weede.

—Weede.

—Weede.

—Weede.

En el ascensor había nueve o diez personas. Nadie decía nada. Por los altavoces sonaba un villancico. Al llegar al piso veinte extraje el teléfono de emergencia de su pequeño compartimento de estaño, pero no se me ocurrió nada gracioso que decir, por lo que me limité a devolverlo a su sitio. Binky no estaba en su mesa. Entré en el despacho y marqué la extensión de Tana Elkbridge, una secretaria de la división de informativos que llevaba casada siete años. Nuestra aventura duraba ya un mes. Había comenzado en una fiesta, en la que me preguntó si me apetecería leer algunos de sus relatos cortos. Yo no tenía ni idea de qué me estaba hablando. Sus relatos cortos resultaron ser poemas en prosa, la clase de cosas que escriben las enfermeras en prácticas antes de asistir a su primera amputación. Tana era morena, tenía un tipo espléndido y llevaba el cabello peinado con trenzas. Contestó su jefe, y colgué al momento. Ya lo había hecho aproximadamente una docena de veces desde que me uniera a la cadena. Es una experiencia degradante, pero cuando tienes una aventura con una mujer casada —o cuando tú mismo estás casado— más vale no correr riesgos. Su jefe era un tipo nervudo y nervioso, y no me era difícil imaginar su irritación y la sublevación ingobernable de sus famélicos rasgos al escuchar aquel chasquido hostil. Pero no me producía placer hacerlo. Entró Quincy. Cerró la puerta tras él, atravesó lentamente la estancia y depositó una de sus nalgas formidables sobre una de las esquinas de mi mesa. Vi extenderse y aplastarse la parte superior del muslo, y pensé en un organismo de ciencia-ficción que latiera amenazadoramente en algún rincón de un laboratorio.

—¿Era Weede el que vino a verte antes de comer?

—No.

—Era Weede —dijo—. Escucha, ¿cómo es que se va a la Costa? La gente no suele marcharse de viaje de negocios justo antes de Navidad. Debe de ser algo importante. ¿Te ha contado algo al respecto?

—Quincy, te lo diría si pudiera, pero es materia reservada.

—Vamos, Dave. ¿Cuánto hace que te conozco? Hemos recorrido juntos todo este camino. Has visto a mi mujer desnuda... ¿cuántas veces?

—No puedo decir ni una palabra.

—Bueno, dime al menos si se lleva a Kitty. No puedo creer que deje a su mujer en plena Navidad. No puede ser tan importante.

—Tienen problemas matrimoniales —dije yo.

—Aquí están ocurriendo montones de cosas. Poco antes de comer, descolgué el teléfono y oí voces. Era Walter Faye hablando con alguien a quien no reconocí. Walter le estaba dictando los sueldos de todos los que trabajan en el equipo de Weede. Reeves Chubb gana más que nosotros.

La puerta del despacho de Quincy era de color naranja, y su sofá era gris oscuro. Algunos de los del equipo de Weede teníamos puertas del mismo color, pero nuestros sofás eran diferentes. El propio Weede era el único que tenía un sofá rojo. Weede y Ted Warburton eran los únicos con puerta negra. El sofá de Warburton era verde oscuro, al igual que la puerta de Mars Tyler. Pero el sofá de Mars Tyler era crudo, de un tono ligeramente más claro que la puerta de Grove Palmer. Tenía todo aquello apuntado en un papel. Algunas tardes, cuando no había demasiado trabajo, solía estudiarlo, intentando hallar un patrón. Pensaba en la posibilidad de que existiera algún sutil esquema de colores diseñado por la dirección y basado en el sueldo, las capacidades y las previsiones de ascenso o de degradación de cada uno. ¿Por qué dos personas no podían tener puertas y sofás idénticos? ¿Por qué se le permitía a Ted Warburton tener una puerta negra cuando la única otra puerta negra era la de Weede Denney? ¿Por qué era Reeves Chubb el único que tenía un sofá color prímula? ¿Por qué habían sustituido el sofá marrón de Paul Joyner —aún en perfecto estado— por otro de color azul marino? ¿Por qué era mi sofá del mismo color que la puerta de Weede? Había otros que también pensaban como yo. Cuando Paul Joyner entró en su despacho y se encontró con un sofá nuevo, inmediatamente hizo correr el rumor de que iba a ser despedido. Pero el incidente en cuestión había tenido lugar dos años antes de los rumores presentes, cuyos orígenes nadie había revelado. No le habían despedido; no iba a resultar tan fácil averiguar la conexión. La conexión era tenue, pero yo estaba seguro de que existía. Al menos una docena de veces había extraído aquel trozo de papel de mi archivo para intentar relacionar la situación de cada uno con el color de su puerta y de su sofá. Tenía que existir una clave. Solo quedaba encontrarla. Qué haría cuando la descubriera, si es que lo hacía, era algo que no me preocupaba. Algo haría. Algo cambiaría. Estaría protegido. Conocería el enigma.

—He comido en un mexicano —dijo Quincy—, y tengo una reunión en el despacho de ese hijo de puta de Livingston dentro de cinco minutos. ¿Te importa olerme el aliento?

Se inclinó sobre mí y exhaló.

—Está bien —dije—. Pétalos de rosa.



—Es difícil quitarse del aliento el olor a tacos. Me he cepillado los dientes dos veces.

—De acuerdo —dije—. Ahora, huéleme tú el mío.

Se inclinó de nuevo.

—No hay problema —dijo—. No huele en lo más mínimo.

Ambos mentíamos. Media hora después, entró Binky. Colgó su abrigo detrás de mi puerta y salió de nuevo. Marqué su extensión.

—Al habla Lister.

—Bienvenida de vuelta a la granja animal —dije—. ¿Estás enfadada conmigo? Espera a ver lo que voy a regalarte para Navidad. Eres la mejor secretaria que he tenido nunca. Por estas que son cruces.

—¿A qué venía eso? —dijo—. No entendía lo que intentabas hacer. Salí a la calle y me emborraché a base de bloody-marys.

—Lo siento, Bink. He estado tenso y con dolor de cabeza. En serio. Llevo aquí siete años, y eso acaba desgastando. Entra un minuto.

—No.

—Eres la única amiga que tengo en este lugar.

—Le he contado a Jody lo que había ocurrido. Piensa que te estás viniendo abajo.

—Mi abrigo y el tuyo, Binky. Colgados uno junto a otro detrás de la puerta. Por Dios bendito, qué gran sensación es saber que nuestras respectivas pieles de oso andan achuchándose en la oscuridad. Cariño, ¿no querrías entrar un momento para tomarte un chispazo? He estado leyendo teatro irlandés. Vamos, Bink.

—No.

—Por favor, Binky. Esa pantorrilla tuya insuperable. Esa minúscula gruta secreta detrás de tu rodilla.

—Muérete, David.

Hubiera querido irme a casa a dormir, pero era demasiado peligroso salir tan pronto. Weede se había marchado, pero la señora Kling no, y era su costumbre hacer comprobaciones de rutina siempre que él no estaba en la oficina. Cerré la puerta. Saqué la botella de Cutty Sark que tenía escondida en el armario, me serví medio vaso y me lo bebí a palo seco de cuatro tragos. A continuación, arrugué un trozo de papel hasta formar una pelotita compacta y la arrojé en la papelera. Dos puntos. Recuperé la pelota y comencé a practicar mi tiro de gancho. Me desplazaba lentamente sobre la alfombra, arrastrando los pies como un actor cómico y expulsando el aire por la nariz mientras mi mano regateaba, sincronizando la respiración con el regateo. Entonces, de espaldas a la papelera, alcé la pierna derecha, elevé ligeramente el brazo izquierdo para conservar el equilibrio, extendí el derecho sobre la cabeza y lancé un tiro de cuatro metros y medio.

—Plaf —dije.

Durante un rato, ensayé tiros libres; luego, ganchos de izquierda, y finalmente acometí el ritmo agotadoramente intrincado del tiro con doble amago de cabeza y

salto giratorio y seguí jugando mi partido silencioso en aquel despacho enclaustrado. No experimentaba sensación alguna de diversión pueril. No, jugaba bastante en serio. La corbata brincaba con cada salto y poco a poco se extendía el sudor bajo mis brazos. Nadie, ni siquiera Binky, sabía de la existencia de aquellos partidos de baloncesto. En la escuela preparatoria había sido máximo encestador de mi equipo; el primero en tantos y el último en pases. El juego me había seguido desde entonces, con el intenso brillo ámbar del suelo del gimnasio, el chasquido de las zapatillas de goma, la multitud, la multitud; y años más tarde, en las fiestas, había solido contemplar las peceras desde la distancia mientras hacía girar entre mis dedos un cacahuete. El baloncesto siempre me ha parecido el más americano de los deportes, un juego de provincias, dos chavales en el jardín y una cesta de fabricación casera. Salté, tiré y fallé. Recogí la pelota, me alejé tres metros para intentar un tiro fácil con una sola mano y volví a fallar. Fallé seis veces consecutivas desde la misma distancia. Sonó el teléfono y yo volví a tirar y volví a fallar. Sabía que no contestaría a la llamada mientras no hubiera logrado aquel tiro elemental. Sudaba copiosamente, y tiré dos veces más, fallándolas las dos. Solté una maldición y volví a recoger la pelota. El teléfono dejó de sonar, y supuse que lo habría cogido Binky desde su extensión. Volví a situarme exactamente en el mismo punto y aquella vez acerté. Permanecí allí un instante, tembloroso, y por fin me dirigí al sofá y me desplomé sobre él. Se abrió la puerta y entró Binky.

—Era Warren Beasley de nuevo —dijo—. ¿Por qué no coges las llamadas? Tienes un aspecto horrible.

—Huéleme el aliento.

—Apesta.

—Lo sabía —dije—. Ese hijo de puta de Quincy.

—El señor Beasley dijo que te dijera que no había llamado.

—¿Qué quieres decir?

—Ese fue su mensaje. Que no había llamado. Pero que volvería a llamar.

—Creo que me tomaré otra copa —dije—. ¿Me acompañas?

—¿Qué estás tomando?

—Whisky.

—¿Pretendes que lo mezcle con los bloody-marys?

—No seas melindrosa. Vivimos en una época en la que hay que aprovechar los placeres según se presentan, ¿o acaso no sabes que estamos en guerra?

Saqué otro vaso del armario y soplé sobre él para quitarle el polvo, como un Sterling Hayden con pistolera refugiado en una pensión. Escancié las dos copas.

—No creo que pueda tomarlo seco, David.

—Creo que en la jarra queda un poco de agua estancada.

—Será mejor que cierre la puerta —dijo.

Bebimos en silencio. Hacía mucho calor en el despacho, y el aguanieve golpeaba los cristales a intervalos. Esperaba ver entrar a la señora Kling en cualquier momento.

La imaginaba sentada en el despacho de Weede, viendo la televisión, con un cigarrillo en el centro de los labios, las rodillas extendidas a ambos lados y las manos entrelazadas sobre el abdomen. Varios años antes, durante una fiesta celebrada en la oficina, había entrado en el despacho de Walter Faye guiado por ciertos rumores de *strip-tease* y retozos y me había encontrado allí a la señora Kling, sola e ignorante de mi presencia. Estaba de pie, rígida, sin zapatos y sin blusa, con un sujetador que parecía una lámina acorazada y que casi le llegaba hasta el ombligo, el pie izquierdo adelantado, ambos puños extendidos frente a ella. Con el izquierdo se guardaba el rostro, y mantenía el derecho algo más bajo: la clásica posición Queensberry de los camorristas portuarios. Había sido uno de esos momentos cuya explicación nos evade eternamente, un momento submarino ladeado y deformado por el éxtasis de las profundidades. Largo rato después, ya calzada y vestida, regresó a la fiesta. Y entonces, como si quisiera demostrar la excelente artesanía de su aparato digestivo y su capacidad para triturar y procesar, vomitó encima de una mesa repleta, creando así al mismo tiempo tanto una leyenda como un monumento a la misma: la Mesa Conmemorativa de Thelma Kling.

Binky se acurrucó en el sofá y se quedó dormida, con un rumoroso ronquido infantil escapando de sus labios. Apuré mi copa y advertí que la botella estaba vacía. Durante un instante, pensé seriamente en quitarme la ropa y desnudarla también a ella, pero finalmente opté por descolgar su abrigo y taparla con él, consciente de que la estancia contaba con calefacción más que suficiente, pero poseído por la insuperable necesidad de mostrar alguna ternura, aun de un modo tan trivial como aquel. Sonó el teléfono.

—Hola, Tab. Hace poco estuve en Hollywood. Estrellé el coche contra una palmera y una docena de tíos se cayeron de la copa. Tenían todos el mismo aspecto que tú. Cretinos de gaseosa a lo Norman Rockwell.

—Hola, Warren.

—Cuando llamé antes, tu secretaria me dijo que estabas suicidándote en el despacho. He vuelto a llamar con la esperanza de ser el último que hablara contigo antes de morir. Warren Beasley, el controvertido personaje radiofónico, fue probablemente la última persona que habló con el joven y popular ejecutivo de la televisión. El señor Beasley declaró que Bell, de veintiocho años de edad, se había mostrado deprimido por la pérdida de su viejo guante de béisbol. El fallecido poseía un considerable parecido facial con ciertas estrellas de Hollywood conocidas por su capacidad de intercambio. Sus restos serán enviados por correo aéreo a la Costa Oeste con vistas a su posible selección para el reparto de una nueva y espectacular película basada en el asedio de Leningrado.

—Te veo tan morbosamente jovial como de costumbre.

—Te llamo para invitarte a mi boda. Si hay que fiarse de los antecedentes, la luna de miel promete ser un auténtico homenaje a la eyaculación precoz.

Warren Beasley tenía su propio programa de radio en una de las estaciones

locales. Se llamaba *La muerte está a la vuelta de la esquina* y se emitía de dos a cinco de la madrugada. Yo lo había escuchado —al menos en parte— cerca de un centenar de veces, y en todo aquel tiempo no había oído ni una sola vez a Warren repetirse de un modo significativo. El programa no tenía invitados, no ponía música y no daba otras noticias que las de elaboración propia. Tenía diez o doce patrocinadores fijos y otros muchos ocasionales: restauradores capilares, fabricantes de ortopedia, talleres de *piercing*, un metafísico de Long Island City, un iluminador de manuscritos y rollos, y diversas perreras. La mayor parte de los patrocinadores escribían sus propios anuncios, que Warren leía habitualmente en lo que solo cabe definir como un creciente frenesí orgásmico. También emitía anuncios de productos inexistentes. Hablaba durante tres horas enteras todos los días menos los lunes, a veces con estilo, humor e inteligencia; otras, con euforia escatológica; en ocasiones con el tono amargo y autocompasivo de un hombre realmente desesperado. Warren tenía, en mi opinión, una mente brillante, pero era un completo irresponsable, por lo que no resultaba fácil determinar las características de su audiencia. La «muerte» ya resultaba sugerente para demasiadas mentes trastornadas, y probablemente atraía a la mayor parte de los neonazis, transexuales, viajeros interplanetarios, coprófagos, coleccionistas de cadenas y látigos, visionarios astrales, bebedores de sangre y habituales de las funerarias de la zona: los posos cafeínicos de todo un siglo de insomnio nacional. La frecuente vulgaridad de su lenguaje, tan primitiva como surrealista, no había provocado comentario alguno de la Comisión Federal de Medios de Comunicación, bien porque sus miembros no estaban prestando atención, bien porque por fin había llegado la hora de que la transmisión eléctrica del lenguaje sexual alcanzara el silencio de las alcobas norteamericanas. Ni que decir tiene que algunos le consideraban un profeta y otros una amenaza. Él no estimulaba ni una opinión ni la otra, al igual que no alentaba el sentimiento de unidad y de objetivo común y la camaradería clandestina que sus oyentes sin duda compartían. Eso es lo que hacían los Mason, decía. Warren se había iniciado en las ondas muchos años antes como hombre del tiempo de una cadena de Los Ángeles. Había conseguido hacerse con un cinescopio de lo que al final resultó ser su último programa, y me lo mostró una tarde en una de las salas de proyección de la cadena. Lo que más vívidamente recuerdo es el taladro implacable de su mirada intentando perforar ese limbo prohibitivo que tan familiar resulta a quienes se han situado tras una cámara en un estudio reducido. Logró hablar durante casi un minuto entero hasta que alguien despertó a la realidad para cortarle. Comenzaba diciendo que en Los Ángeles el tiempo meteorológico no existía ni había existido jamás. El auténtico tiempo residía en nosotros mismos; el verdadero parte meteorológico era algo que había permanecido oculto al público durante todos aquellos años. Previsiones de tormenta que recorrían el inconsciente arriba y abajo. Ventiscas de tres metros sobre las zonas adyacentes del alma. Vientos huracanados que deberían golpear la psique suburbana a eso de la medianoche. Se suspenderán los vuelos de llegada y de salida en la mayor

parte de los aeropuertos de identidad. A continuación, había iniciado un zapateado mientras cantaba una canción que decía: «No me mires, no me hables, fóllate a un cerdito hinchable.» Había pasado mucho tiempo desde entonces. Sus ingresos totales se aproximaban a los cien mil dólares anuales. Diversas revistas nacionales le habían dedicado artículos. Había aceptado acudir como invitado a numerosas tertulias televisivas. Había escrito un librucho oportunista. Educado por los jesuitas durante ocho años, Warren era capaz de contemplar su dinero, su notoriedad y sus cuatro exesposas con una mezcla de ingenio desapasionado, de profunda amargura y de monumental sentido tomista de la lógica divina que lo alimentaba todo.

—Otra vez no.

—Esta vez va en serio, Tab. Tiene tetas grandes y rosadas, al estilo de Renoir, y además sabe cocinar. Temo, sin embargo, que tenga el pubis sometido a la maldición de Juana de Arco, esa remilgada sufragista. Vamos a pasar la luna de miel en Dublín, lo que podrá parecerle derrotista, pero siempre he querido hacer algo así.

—¿Cuándo es la boda? No querría perdérmela por nada.

—Vamos a aprovechar su hora de comer. El martes a mediodía en la sede del Tribunal Supremo. Trabaja como higienista dental. Te limpia la boca antes de que el doctor Dachau ponga manos a la obra con sus instrumentos de tortura. Tendrá que estar de vuelta en la consulta a la una y media, pero le han dado una semana de vacaciones a partir del día siguiente para que yo pueda llevármela al viejo Dublín y fingir que es Molly Bloom, la única mujer con la que realmente he querido entrelazar las piernas en mi vida. Las fantasías se están adueñando de mi existencia.

—Warren, ¿no es esta la tercera higienista dental con la que te casas?

—La segunda —dijo—. Tú estás pensando en la radióloga. La que intentó irradiarme las gónadas una o dos veces. El martes, entonces.

Leí dos páginas de un guión sobre el derretimiento de los casquetes polares y llamé a mi padre. Su secretaria me dijo que estaría conmigo en un minuto. Intenté imaginarme los fragmentos de jabón bajo sus uñas.

—¿Qué hay, coleguilla, qué te cuentas?

—Stennis gana cuarenta y cinco —dije yo.

—¿Solo eso? ¿Estás seguro?

—Lo sé de fuentes fidedignas.

—Que Dios te bendiga, colega.

Pocos minutos después, sonó el teléfono. En el momento en que cogía el auricular, Binky cambió de postura, el abrigo cayó al suelo y el borde de la falda se remontó levemente con ese espléndido sonido susurrante y se enroscó en torno a sus muslos. El auricular estaba emitiendo graznidos, y me lo llevé al oído.

—Dave Bell a su disposición, el mago de la televisión.

—David, ¿por qué no me has devuelto la llamada? Vendrás esta noche, ¿verdad?

—¿Qué quieres que te regale por Navidad, Wendy?

—Me niego a decírtelo por teléfono. Pero si estuvieras aquí, cariño...

—Lo único que te pasa es que te sientes sola —dije.

—¿Te acuerdas de la universidad, David? ¿No era fantástico? Eres uno de mis mejores y más viejos amigos. Ven a mi cena de esta noche, por favor. Puedes marcharte temprano, si así lo quieres. ¿Aún tienes el mismo coche? ¿El T-Bird? ¿Y conservas esos superpoemas que solías escribir? No tienes idea del disgusto que me diste el último año cuando te presentaste acompañado de una esposa. Escucha, hay una última cosa que tengo que decirte. ¿Me estás escuchando? Hoy me llegó una postal de mi ex. No vas a creerte dónde se ha ido a pasar las vacaciones.

Había treinta y seis orificios diminutos en el micrófono de mi teléfono, dispuestos en tres círculos de seis, doce y dieciocho, respectivamente. En el auricular tan solo había seis orificios. Aquella disparidad me resultaba significativa, pero no era capaz de determinar exactamente por qué. Tenía los ojos clavados en la muchacha que dormía en mi sofá y, mientras, mis labios y mis oídos se hallaban conectados con los labios y los oídos de Wendy Judd. Sentí como si el teléfono me succionara. Tan solo mis ojos parecían resistir la resonante presión de aquel túnel de cuarenta y dos agujeros. La boca de Wendy, inmensa y frenética, me ardía junto al oído; mientras la escuchaba, mi mano descendió a la parte del muslo que correspondía con la zona que momentos antes habían seleccionado mis ojos junto al borde de la falda de Binky. Tenía la sensación de que mis sentidos se desconectaban: la mano aliada con los ojos; la boca y las orejas sumergiéndose en el teléfono, arrastradas por la urgencia de la voz, por aquella imagen que no podía distinguir. Y entonces, extraña y ferozmente excitado, deslicé la mano sobre el regazo y ejecuté una enloquecida danza pernil sin moverme de la butaca ni apartar la vista de aquel paisaje costero de vestido y pierna, dejándome llevar por la succión del túnel telefónico, del lugar que habitaba Wendy, inimaginablemente deseable, victoriosos la boca y el oído. Era mi secretaria la encargada de encarnar aquellas palabras inconexas, de modelarme la imagen al otro lado del hilo, una imagen que no era capaz de ver sin su ayuda. Cerré los ojos, pensando que todo aquello era demasiado, demasiado comprometedor, y corté a Wendy en mitad de una frase, a sabiendas de que no le importaría la indelicadeza.

—Allí estaré —dije.

Colgué e, inmediatamente, llamé a Sullivan. Contestó al séptimo timbrado. Experimenté una súbita sensación de frialdad, el vasto silencio blanco del lecho de muerte de mi madre, la ropa de cama y la cera de las velas, sus ojos inmensos, la respiración leve y entrecortada. Bajo las mantas, su cuerpo era poco más que un montón de ceniza y de mendrugos óseos; sus manos eran como astillas secas. La muerte le sentaba bien, horriblemente bien, y al oír las campanillas de una furgoneta de helados casi me había echado a reír. Ya llega el carruaje alado norteamericano para transportar a la madre a su conocida mansión de tejados anaranjados y veintiocho sabores distintos. Casi me eché a reír, pero me contuve. Y entonces se aposentó el frío, y murió.

—Tengo que salir de aquí, Sully.

—¿David?

—Ya no consigo controlar las puertas. Las palabras entran y salen a su antojo. Puedo oírlas a la perfección, con una claridad verdaderamente asombrosa, pero no logro creer que procedan de mis labios. Creo que es hora de marcharse.

—Irte por ahí no va a resolver nada, y tú lo sabes. No son más que postes telefónicos que conectan las ciudades entre sí. Esas distancias no harán más que confundirte.

—Hace poco, comí con un amigo. Lloró. Quería construirse un barco y zarpar para Tasmania. Me reí de él. Una semana después, sufrió una hemorragia cerebral. No aprendemos nada de los estereotipos que nos rodean. Ni siquiera que todos somos iguales.

—Sé cuál es tu problema. No tienes amigos judíos. ¿Por qué no te acercas esta noche? Estoy trabajando en algo nuevo. Me gustaría que le echaras una ojeada.

—Allí estaré —dije.

Colgué el teléfono. La puerta se abrió levemente para revelar una silueta condensada de la señora Kling: quince centímetros de anchura, sin brazos ni caderas. Ignoraba si a través de la rendija alcanzaría a ver a Binky tendida sobre el sofá.

—Alguien se ha llevado mi grapadora —dijo—. La tenía sobre la mesa cuando acudí al despacho del señor Denney, y ahora ha desaparecido. He tenido esa grapadora durante nueve años, y lleva mi nombre pegado con cinta adhesiva sobre la base. Estoy diciéndole a todo el mundo que si no está de vuelta en mi mesa a las nueve en punto del lunes, habrá problemas. Tienen todos ustedes el fin de semana para decidir qué hacen.

—La cogió Reeves Chubb. Le vi yo.

—Está usted mintiendo. No crea que no estoy al tanto de todas las mentiras que se dicen por aquí. ¿Qué hace en su sofá con las piernas en esa postura?

—Le dan ligeros ataques —dije—. Es una especie de diabetes menos virulenta. No tiene por qué preocuparse, señora Kling.

—Le asoma la piel por encima de las medias. ¿Por qué oculta usted las manos debajo de la mesa?

—Me estaba quitando unos padrastrós. Ya sabe usted, los pellejos que se forman en torno a las uñas. Cuando le dije que Reeves se había llevado su grapadora estaba bromeando. La cogió Walter Faye. Oiga, me gustan sus zapatos, señora Kling. No sabía que los laboratorios del doctor Scholl se habían asociado con Producciones Walt Disney.

Tan pronto como se hubo marchado, marqué la extensión de Ted Warburton.

—Al habla Warburton.

—Hola, Ted. Soy Dave Bell. Quería decirte tan solo que me divirtió tu observación acerca de Chip Moerdler. Resulta de lo más gratificante saberse defendido por un personaje de tu categoría. ¿Qué fue lo que le llamaste... un simio despreciable?

—Un escandaloso ignaro.

—Soberbio —dije.

—Sentí enterarme de que cancelaban tu programa. Tenía sus fallos, pero era uno de los pocos que me esforzaba por ver. No te disgustes, Dave. Eres joven y competente. Además de un tirano. Últimamente, me han hablado bien de ti.

—Viniendo de ti, Ted, esas palabras resultan sin duda alentadoras.

—Tampoco creo que necesites demasiados ánimos, especialmente de un viejo buitre como yo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí, Ted? Siempre he querido preguntártelo.

—Desde 1951 —dijo—. Siempre había confiado en que algún día me retiraría a vivir en Inglaterra, pero lo más probable es que dentro de unos cuantos meses ya me haya muerto. Creo que sabes que mi mujer es norteamericana.

—No, no lo sabía.

—Tienes que venir a cenar un día de estos. Nunca pudimos tener niños.

—Hay otra cosa que quería preguntarte, Ted. ¿Has leído la última genialidad del Mensajero Loco? ¿La cita de San Agustín? La verdad es que no suelo referirme a él como el Mensajero Loco. Yo le llamo Trotski. No sé por qué, pero me parece más apropiado.

—Trotski —dijo él—. Es bastante acertado. Me gusta.

—Lo que quería preguntarte es si podrías aclararme el significado de esa cita en particular. Realmente, eres el único de cuantos estamos aquí que acaso podría aclararlo un poco.

—Me temo que no sé muy bien de qué estás hablando.

—De la cita de San Agustín. «Y nunca estará tan desastrosamente muerto un hombre como cuando la propia muerte sea inmortal.» Me la he aprendido de memoria. Me impresiona. Ignoro a qué se debe pero, sencillamente, me emociona. Me deslumbra.

—Es una observación tremenda, ¿a que sí? Pero no sé por qué piensas que yo podría desentrañártela. Yo soy de esa clase de tipos que se conforman con descifrar anagramas. La teología me queda un poco grande.

—Las interminables leguas de China —dije.

—No te entiendo.

—Recitaste ese pasaje de Kafka para confundirles. Te estaba mirando en ese momento. Estabas jugando con ellos.

—Weede es una cotorra autoritaria, y Reeves Chubb no tiene remisión. Así y todo, el primero es mi superior, y el segundo es mi prójimo y, por tanto, tiene derecho a alimentar cierta ilusión de dignidad, ya que no otra cosa. Detesto la falsedad y la doblez en los demás, e intento, en mi escasa capacidad, desterrar esos sucios vicios de mi propio repertorio. No, jovencito. No estaba jugando a nada. Me temo que, fuera lo que fuese lo que viste en mi rostro, debiste de interpretarlo mal.

—En ese caso, te pido perdón, Ted. Supongo que debí de ligar ambas cosas entre



sí. El memorándum y tus observaciones sobre China. Pensé que había una relación.

—Te equivocaste. No soy lo que crees que soy. Soy un hombre que intenta sacar adelante un trabajo y al que le cuesta un puñetero esfuerzo lograrlo, si quieres que te diga la verdad. Y estas malditas conversaciones telefónicas no me ayudan demasiado. La gente me llama automáticamente cada vez que necesita la respuesta a cualquier pregunta pueril o la pregunta que justifica cualquier respuesta descabellada. Yo no soy el Departamento de Investigación. No soy el teléfono de la esperanza. Y, desde luego, no soy el obispo de Hipona.

—Lo siento, Ted. Hablo en serio. Perdóname, por favor.

—Morimos eternamente —dijo Warburton—. Comenzamos a morir en el momento en que nacemos. Y poco después, morimos. Eso es lo que, más o menos por consenso universal, se conoce como muerte. Con el tiempo, tiene lugar la llamada «resurrección de la carne». El alma y el cuerpo se unen en lo que ya hemos definido como un estado de muerte. Pero, aunque estamos en el estado de muerte, no estamos muertos, ya que el cuerpo y el alma se encuentran intactos una vez más y no queda otro recurso que retornar al proceso de la muerte. O, si lo prefieres, al proceso de la vida... la verdad es que hablamos de términos intercambiables. Y, dado que este proceso de muerte se perpetúa a lo largo de toda la eternidad, no puede decirse que esperemos la muerte. Ni tampoco que evoquemos la muerte, por el sencillo motivo de que no podemos evocar algo que no está allí, sino aquí. En este pasaje paradójico, redundante y levemente cómico, lo que intenta manifestar San Agustín —más allá de la palabrería— es que la muerte nunca muere, y que el hombre habrá de permanecer eternamente en estado de muerte. Claro está que siempre existe la posibilidad de que yo haya interpretado erróneamente todas sus palabras. Me las he arreglado para hacerme con una llave de la sala de copias. Las hago después de medianoche y luego las distribuyo. Si no logro terminar antes de que amanezca, reparto las restantes durante la hora del almuerzo, como sucedió ayer. Me muevo con rapidez y con astucia. Y ni que decir tiene que estoy por encima de toda sospecha.

Colgó. Mantuve el auricular junto a la oreja durante largo rato, casi a la espera de que regresara el sonsonete de su voz canturreante para neutralizar el zumbido animista del teléfono. Por fin, devolví el auricular a su soporte y me marché a dar un paseo. Todos los despachos tenían la puerta cerrada, y yo fui abriéndolas una a una a medida que avanzaba por el pasillo. Sorprendí a Jones Perkins reclinado sobre una rodilla, con un palo de golf en la mano, preparándose un tiro de dos metros; a modo de hoyo, una taza de plástico dispuesta sobre un costado. Walter Faye estaba leyéndole el *Kama Sutra* a su secretaria. Mars Tyler estaba sentado a su mesa, limpiándose la boca con hilo dental. Reeves Chubb se cambiaba de camisa. Richter Janes y Grove Palmer lanzaban pelotas contra la pared. A Quincy Willet le estaba lustrando los zapatos un limpiabotas autónomo. Paul Joyner, descalzo, se hallaba sentado en su sofá azul marino en posición de loto. Y yo era como una cámara que captara atisbos documentales de la vida cotidiana en un presidio, en una fortaleza

volante o en un asilo para psicópatas. Phelps Lawrence se había marchado pero en su despacho —su antiguo despacho— estaba su secretaria, Ellen Quint, caminando de un extremo a otro de la habitación con los ojos enrojecidos y la coleta deshecha. Carter Hemmings se distraía pulsando su guitarra. En el despacho de Chandler Bates no había nadie, y no llegué a abrir la puerta de Ted Warburton.

En ese momento vi a Jennifer Fine que doblaba la esquina y me refugié en el servicio de caballeros. A continuación, regresé a mi despacho, desperté a Binky y le dije que se marchara a casa. Borracha como un zombi, casi se cayó mientras se ponía el abrigo, y tuve que acompañarla hasta el ascensor. Ya de regreso, me detuve frente a la mesa de Jody Moore y estuvimos charlando un rato acerca de su inminente viaje a Indonesia. Finalmente, me puse el abrigo y bajé al Gut Bucket. El camarero, Leon, aprendiz de actor, hizo caso omiso de mi presencia durante cinco minutos, ocupado en conversar con una muchacha que llevaba un parche en un ojo y un traje de gánster a rayas. Por fin, se acercó a mí, depositó ambas manos boca abajo sobre el mostrador y me lanzó su irónica sonrisa marlonesca de vaquero.

—Lo de siempre —dije.

—¿Y qué sería lo de siempre?

—Pensé que eras Monty. Por lo general, es Monty quien se ocupa de este extremo de la barra. Cutty Sark con hielo. Parece mentira lo oscuro que está esto.

—Marchando un Cutty.

Andaba ya por la segunda copa cuando entraron cinco o seis empleados de la cadena, caminando a pisotones y riendo, enfundados en sus guantes y sus bufandas y con el rostro sonrosado. Me estrecharon la mano los hombres, y las mujeres me besaron. Estuvimos allí unas dos horas, sin quitarnos los abrigos y las botas de goma, inmóviles sobre nuestros charcos de nieve derretida. Pagué las tres últimas rondas y al fin se fueron, protestando contra los trenes y los taxis, maldiciendo a los maridos que para entonces estarían esperando a que les prepararan la cena, a las esposas y a los Volkswagen que irían a esperarlos al tren, a los niños que exigirían sus regalos, a los novios que se pondrían celosos, a los animalitos que habrían arañado los muebles, a los parientes que llegarían de viaje, al tiempo, a la estación, a la época, a la era... Les deseé a todos un buen fin de semana. Luego, me tomé otra copa, le arranqué una sonrisa a la muchacha del parche y me marché sin dejar propina.

Wendy Judd vivía en la zona de las calles Ochenta Este, un barrio que siempre me sugería una multitienda que se extendiera hasta el infinito. Habitaba en un edificio llamado Apartamentos Exteriores Modigliani. El vestíbulo, desleído bajo una luz fluorescente, se hallaba decorado con espejos dorados y tapicerías desgastadas. La piscina, salpicada de colillas, se adornaba en el centro con una grácil náyade de piedra de cuyo ombligo destilaba un hilillo de agua herrumbrosa. Los paisajes de los murales se inspiraban en Montmartre, Fort Lauderdale y el Fujiyama. El portero me preguntó el nombre y llamó a Wendy por el telefonillo para anunciar mi llegada. En el ascensor había un cartel que anunciaba la existencia de cámaras de televisión

ocultas en todas las cabinas —así como en la lavandería y en los jardines escultóricos *Giacometti* y *Lipchitz*— para mejor protección de los inquilinos. Recorrí un largo pasillo. De la puerta de Wendy colgaba una corona navideña a la que habían prendido una nota que decía: *Aquí es donde hay que estar*. Me invitó a entrar con un beso como un picotazo que no acertó en mis labios. A continuación, hube de esperar en el vestíbulo mientras me desgranaba los nombres de los demás invitados, a los que fue añadiendo pocos detalles biográficos. Unos y otros fueron saludándome con la cabeza a medida que nos presentaban. Los hombres alzaban el trasero de sus sofás y sus sillas con la pereza de pianos que no desean verse trasladados, y una de las damas alzó la mano con entusiasmo infantil. Wendy se ocupó de mi abrigo.

—Y este es David Bell, uno de mis examantes —dijo—. ¿A que es increíble, chicas? Guau.

Tenía decorado el apartamento con carteles revolucionarios escritos en chino. En las estanterías se alineaban pulidos budas marrones junto a varios relucientes volúmenes de reproducciones de arte oriental y cierto número de espadas de samurai en miniatura que parecían conformar una especie de cenicero. Además de Wendy y yo, había otros cuatro hombres y otras cuatro mujeres en la habitación. Ninguna de aquellas personas parecía especialmente guapa, atractiva o inteligente. Percibí una hostilidad tremenda.

Me senté en el sofá, junto a una joven que tenía la pierna izquierda escayolada.

—¿A qué te dedicas? —preguntó.

—Hago cosas con McAndrew en Amherst.

—¿He oído hablar de él?

—No —dije.

—Si te estás preguntando por la pierna, me la he roto esquiando.

—Iba a preguntarte en este momento.

—¿Eres buen amante?

—Incluso un halcón es águila entre los cuervos.

—Eres verdaderamente rápido. No pienso meterme más contigo. Eres demasiado rápido para mí. Estaba intentando desequilibrarte y me sales con una cita magnífica extraída probablemente de alguna de las grandes películas en Technicolor verde de Randolph Scott. ¿Adónde vas a tomar copas? Todos nosotros vamos al Bow-Wow de la Segunda Avenida. El camarero se llama Roone. También él es muy rápido. Dice cada cosa... Es demasiado. Pero visualmente no me gusta. Este verano vamos a compartir una casa en Fire Island. Aún queda libre media plaza. Si te interesa, díselo a Barry o a Spike. Media plaza te costaría ciento sesenta dólares. Luego, hay que aportar dinero para comida, bebidas e imprevistos. Tráete una manta, porque por la noche hace frío. La casa a la que vamos este año está en segunda fila a partir de las dunas. ¿No serás Escorpión por casualidad?

En ese momento entró Wendy. Arrastró una silla hasta el centro de la estancia y se sentó en ella a horcajadas, al estilo de las cantantes de los clubes nocturnos berlineses

en los desilusionados veinte.

—Estoy encantada de que David haya podido venir esta noche. David Bell es el único que puede salvarme. Éramos amantes en la universidad. David tiene un Thunderbird de color blanco, y solíamos conducir hasta el desierto y desnudarnos allí. Guau. ¿En qué lugar de Nueva York puedes hacer eso? En agosto subí a una de las azoteas con el biquini y ni siquiera me dejaron quitarme el sujetador. En Panamá tuve un amante que tenía los mismos ojos que David. Resultaba fantásticamente inquietante. Pero en todo lo demás era un bicho raro. Era increíble, aquel hombre. Era una especie de representante comercial de plátanos y tenía manía por las tarántulas. En cierta ocasión, estábamos en un restaurante y dijo: «¿Y si de repente surgiera de tu comida una tarántula enorme y peluda? ¿Qué harías? En esta parte del mundo hay que estar preparado para cosas así.» He tenido amantes rarísimos. Antony Ambrose quería meterme a trabajar en un local de strip-tease del SoHo a causa de mis pechos. Aquel hombre era increíble. Cuando rompimos, me dijo que gracias por las mamas.

Me fui al cuarto de baño. Había allí libros, tallas en madera, un revistero, dos alfombrillas y un pequeño gong de bronce. Me senté sobre el borde de la bañera y hojeé un artículo de revista que trataba de la guerra. Todas las páginas del artículo aparecían adornadas con fotografías en color. Frente a la imagen de varios campesinos decapitados había un anuncio a toda página de un nuevo modelo de pantis-faja. La modelo era extraordinariamente guapa, una muchacha alta de tonalidades de paloma que sostenía un látigo para camellos. Afirmaba el texto que aquella elegante faja se adaptaba perfectamente a la piel y que estaba disponible en tres encantadores colores. Me pasé a un anuncio de brandy. Una mujer ataviada con un traje de noche de color blanco paseaba a una pantera atada con una correa a través del jardín de una mansión de Newport. El artículo de la guerra se extendía a lo largo de unas quince páginas, escritas con un cuerpo de letra sumamente menudo. Advertí que la bañera estaba llena de bichos acuáticos. Me fui a la cocina. Wendy se volvió hacia mí y de repente nos lanzamos pesada y vorazmente el uno sobre el otro, aplastados contra el rincón, pero lo que veía mi mente era a Binky dormida sobre mi sofá.

La cena consistía en pollo con arroz. Nos sentamos diseminados por el salón, con los platos en el regazo, escrutándonos los rostros encapotados en busca de alguna solución a nuestro dilema. Conté las tarjetas de felicitación que Wendy había expuesto por la estancia. Había sesenta y cuatro.

—Hay bichos acuáticos en tu bañera —dije.

—Eso es imposible —dijo Wendy con las mejillas repletas de arroz, y tuve la certeza de que los diez presentes compartíamos en ese instante la imagen fugaz de criaturas oscuras y veloces agazapadas en cada cuenco y en cada cucharada de arroz.

—Intenté contarlos, pero había demasiados.

—Este edificio es nuevo y cuenta con unas normas sanitarias que ni te

imaginarías. Que os conste a todos que David está intentando resultar macabro. Es una faceta especial de su sentido del humor. Seguid comiendo y no os preocupéis en lo más mínimo. Una vez a la semana vienen con los equipos más modernos y limpian y friegan cada centímetro cuadrado de este edificio de la cabeza a los pies.

—Por lo menos había veinte —dije—. En esta parte del mundo hay que estar preparado para cosas así. Sin duda, ya deben de haberlos localizado mediante radar. Uno de ellos estaba teniendo crías en ese momento.

Los postres se vieron dominados por el nerviosismo. Las mujeres se pusieron en pie, mostrándose incluso reacias a permanecer más de unos instantes en el mismo lugar. Yo anuncié que a la mañana siguiente tenía que subirme a un pajarraco plateado con destino a la Costa y Wendy me acompañó a la puerta. Tras reñirme por ser tan travieso, acercó sus labios a mi oído y me prometió una noche de placeres íntimos si accedía a quedarme. El ascensor no funcionaba, y tuve que bajar dieciséis pisos a pie. Nevaba intensamente. Por la Segunda Avenida pasaban docenas de taxis fuera de servicio. Finalmente, uno de ellos se detuvo. Subí a él y el conductor bajó la bandera y emprendió el camino en dirección a Manhattan a toda velocidad bajo aquella nevada imposible.

Sullivan vivía en un apartamento del último piso de un edificio de Greene Street. Comenzaba ya a labrarse cierta fama en la zona, y pensé que no habría de transcurrir mucho tiempo antes de que los críticos, los marchantes de arte y aquellos elegantes hombrecillos de las galerías adornados con zapatos criminales y patillas de rufián reconocieran que formaba parte de la élite de la escultura norteamericana. Trabajaba con caoba, resina y pintura de automóvil. Según sus propias palabras, todo cuanto hacía perseguía una curva. La suavidad de sus formas y los colores que empleaba, ásperos y opacos, parecían sugerir una horrible blandura de babosas y lombrices, de cosas invertebradas que se retuercen en las lindes de nuestro sueño. Varias personas le habían confesado que les asustaba tocar sus piezas de madera, algo que a ella le agradaba, si bien tan solo hasta cierto punto; afirmaba que su mayor ambición consistía en transmitir a la gente la sensación de que estaban devorando pequeños y húmedos anfibios vivos. El Museo Whitney contaba con dos de sus obras, y existían aproximadamente otras diez repartidas entre coleccionistas independientes. Al menos treinta habían sido adquiridas por diversas corporaciones. Una empresa de productos químicos de Muncie había comprado recientemente tres de sus piezas más pequeñas para exhibirlas en el vestíbulo, lo que me había sorprendido y encantado a la vez. Como todos los que remolonean al calor del talento, yo mismo tendía a sobreestimar a Sullivan, y consideraba su obra una de las medidas esenciales para la salvación de la república. No me parecía imposible que Indiana pudiera remontarse a nuevas cumbres espirituales gracias a tres piezas labradas cuidadosamente por Sullivan a partir de otras tantas placentas. Ella me decía que no me emocionara demasiado. La empresa química intentaba simplemente mejorar su imagen. Habían llegado al punto de enviar a varios ejecutivos a un refugio montañoso en el que habían de pasearse

ataviados con sandalias y togas; y, al fin y al cabo, todo aquello no era más que un truco fiscal. Yo había conocido a Sullivan en cierta ocasión en que nuestra unidad de la cadena tuvo que realizar un reportaje de media hora sobre algo que solíamos denominar el fenómeno del arteenergía, esto es, el arte realizado mediante herramientas eléctricas. A Sullivan y a su fantástico estudio se dedicaban dos minutos. Tardamos prácticamente un día en filmar aquel segmento, tiempo que ella y yo pasamos casi por entero conversando. Me dijo que yo le gustaba porque me encontraba hermoso y triste, bien encajado en la tradición norteamericana. Tan solo Sullivan, creí yo, podía salvarme.

Habían sacado la puerta delantera de sus goznes. Descansaba sobre el suelo de baldosas del pasillo, con la palabra PUERTA pintada en blanco sobre el panel de vidrio que formaba su parte superior. Ascendí el primer tramo de escaleras. Las dos puertas aparecían señaladas con las palabras BIEN Y MAL. Seguí subiendo. Los escalones de baldosa eran redondeados, con los bordes de color negro. Pasé junto a otras cuatro puertas. Una de ellas rezaba PECHO; y las otras, JUSTICIA, MARTIRIO Y RÍO. Mientras subía el último tramo en dirección al apartamento de Sullivan, pude oler algo terrible que se extendía por todo el edificio, alguna presencia que portaba consigo la súbita y vívida evocación de heridas abiertas, de ciénagas, de pánico y enfermedad, como el hedor de un ejército en retirada. Resultaba tan peculiar y penetrante que supe que tendría que bromear al respecto, algo que siempre solía terminar haciendo con aquello que no comprendía; en consecuencia, preparé una observación inicial que lanzarle a Sullivan. Sería una observación a la vez ingeniosa y gráfica, y aún trabajaba sobre las palabras exactas que la integrarían cuando abrí la única puerta desprovista de letrero y entré en la habitación.

Sullivan no estaba allí. Por el apartamento se repartían siete figuras enroscadas, corpulentas y purgatorias. Eran mucho mayores que todo lo que había hecho hasta entonces, y también más complejas: ruedas dentro de otras ruedas, guadañas que se alzaban del borde redondeado de un escudo grotesco, hombres o urnas funerarias, la amenaza industrial de ruedas dentadas y relojes internos, una inmensa mantequera, todos atemorizados, indefinibles y, finalmente, amenazantes y jamás inmóviles, el alma alargada de Sullivan en madera. Para modelar, unir y cubrir. Ella decía que la bendición divina, la gracia final, consistía en habernos dotado de pulgares oponibles. Nunca era capaz de entrar en el estudio de Sullivan sin sentir que acababa de penetrar involuntariamente en un territorio extraño, en un lugar que ya había visitado en el pasado pero cuyo paisaje ya no me traía a la mente sino el más remoto de los recuerdos. En primer lugar, estaban las figuras, entrando y saliendo en círculos por la suavidad de sus propios contornos. Estaban los dos focos, situados sobre sendos pedestales en extremos opuestos de la estancia. Estaba el polvillo de madera que lo cubría todo, y estaban también las voraces herramientas, con sus dientes y sus garras, la sierra radial y la sierra de sable, la lijadora orbital, la enorme sierra industrial y la lijadora fija, unas y otras entremezclando sus cables en el polvo. Estaba, por fin —y

esto era lo que me resultaba más ajeno—, el membranoso material químico que cubría las paredes y el techo. Similar a los envoltorios que se emplean para conservar frescos los emparedados, era algo más mate y opaco y no había sido adherido a los muros por secciones; se trataba de una única pieza, como una tienda de campaña, que se sostenía hinchándose levemente a intervalos y que aparecía salpicada de bolsitas de aire que la separaban de la pared. Se había cortado una sección rectangular de la misma longitud y altura que la puerta para que pudiera entrar y salir la gente. Aquello había sido instalado por el anterior inquilino, un inventor y fabricante de colages suizo tan absoluta y rematadamente loco como solo pueden estarlo los suizos. Se refería a ello, a la obra de su vida, como «el Capullo», y a sí mismo como «el Capullista». Había pretendido modelar un entorno que fuera una obra de vida en lugar de una obra de arte, un organismo aislado de la hostil topografía del exterior, un amasijo de orugas palpitantes, un micromundo, un hombre más allá del hombre que lo había construido. Al fin y al cabo, el material se componía de sustancias químicas, por lo que cabía decir que poseía cierta fuerza vital básica que resultaba diferente en cuanto a su grado, pero no en cuanto a su esencia, de la que comparten todas las criaturas que caminan o se arrastran. Así se lo había contado a Sullivan y así me lo contó Sullivan a mí. El Capullo no representaba sino el comienzo de su labor, pero poco después de instalarlo en el apartamento se quedó sin fondos, tuvo una discusión con el casero por haber prendido fuego a un gato callejero como parte de un ritual satánico formal y, finalmente, logró pedir prestado el dinero necesario para comprar un pasaje en un carguero con destino al norte de África, adonde partió enfundado en uno de los monos sin bragueta de Sullivan y la camisa Lady Hathaway que le había regalado yo por su cumpleaños.

La membrana tenía poros microscópicos que permitían el paso del aire. La luz natural apenas lograba atravesarla, pero los focos resultaban adecuados para sustituirla. Sullivan, de hecho, los prefería, afirmando que la luz del sol estaba sobrevalorada. Deposité un dedo sobre una de las piezas escultóricas: la pintura, de color gris oscuro, ya estaba seca. Las otras eran marrones planos de diversos tonos, con una en negro y blanco marfil y otra glacialmente plateada. Las tres ventanas del apartamento, pálidas y trémulas tras aquel pellejo de envolver emparedados, se hallaban cerradas a cal y canto pero, con todo, el envoltorio oscilaba como alcanzado por el roce de una brisa marina. Algunas de las herramientas eléctricas más pequeñas yacían sobre un banco de trabajo. Fui de figura en figura, tocándolas todas, deslizando el dorso de la mano sobre sus inclinadas superficies. En el edificio reinaba el silencio. Me pregunté por qué no habrían marcado aquella puerta en particular; bautizar una puerta con el nombre de Río constituía un acto de peculiar alegría, o de poesía, o de niñez. Pensé entonces en el río de Old Holly, y luego en las hojas, con el envés hacia arriba, agitándose bajo la suave corriente y sobre los largos peces, inmóviles y suspendidos, con sus ojos similares a dólares de plata, y a continuación en la mujer que planchaba ropa en la casita de madera, en bragas, las persianas sin

cerrar del todo, y la música de septiembre de aquella cálida noche, los olmos y los placeres de una calle oscura, cuando los jardines huelen al dulce aroma de la hierba húmeda y tú eres un niño, la desesperanza de la lujuria, sus brazos desnudos y el brillo de la seda al agitarse mientras su cuerpo se movía lentamente, al menos dos veces mayor que yo, planchando con los aterciopelados movimientos de una leona que acaricia a sus cachorros, y me así a un árbol y la contemplé durante una hora o más, dos veces mayor que yo, sus cabellos castaño claro, sus ojos perezosos, la suavidad de su rostro, nunca vista hasta entonces ni desde entonces. Todo cuanto quería ahora era dormir.

Un sucio trozo de gomaespuma —restos de algún colchón— yacía bajo el banco. Lo arrastré afuera, me hice un ovillo y me dormí inmediatamente, rodeado por el envoltorio plástico de la habitación. Mis sueños se vieron atravesados por ríos y pecados, por rostros submarinos que me miraban con sus ojos de pez. Desperté al frío y al silencio, y a la mirada acusatoria de los focos. La ciudad estaba llena de personas que buscaban al hombre o a la mujer que podría salvarles. Mi cuerpo apestaba a sudor frío, alcohol y miedo. El apartamento parecía interminable, como una escena extraída del fondo arenoso de un sueño. En el umbral de la puerta comenzaba a formarse una silueta similar a la de mi madre.



Me había puesto unas gafas verdes de consejero militar, un par de mocasines de piel de lobo, unos chinos negros, una camiseta ajustada y una gorra caqui de campaña bien encajada sobre los ojos. Pike estaba arrellanado en el asiento trasero, y Sullivan, a mi lado, contemplaba el proceso de Nueva Inglaterra desenterrándose de las últimas nieves del invierno que se desangraban sobre la tierra. La radio había estado anunciando unos saldos de carne picada hasta que por fin pusieron un antiguo rock, lujurioso y místico, voces de acento barriobajero aullando a través de un rosario de sitares eléctricos, mientras desfilábamos rugiendo junto a Boston bajo una nube superficial de humos crematorios. Las ventanillas estaban cerradas y la calefacción puesta, y yo iba tarareando y cantando en la envoltura confortable y falopiana de mi Mustang rojo, un vehículo infinitamente más religioso que el T-Bird que había conducido en mi época universitaria. Toda Norteamérica rozaba ya la primavera, y la campaña —o lo que podíamos distinguir de ella a través del humo y los anuncios— comenzaba a desperezarse gloriosamente. No hay nada tan fascinante como los primeros días de un viaje automovilístico largo en el que vas sumergiéndote en las ávidas fauces de un paisaje increíble e incansable. Conducía a gritos, saltándome los límites de velocidad, recitando poemas y canciones populares. El viejo Boston propiamente dicho había quedado atrás, con sus iglesias y sus asesinatos en pandilla, y frente a nosotros se extendía Maine, donde las olas se estrellan contra los rompientes, y rubicundos langosteros de sombreros amarillos y botas hasta las caderas relatan historias de las profundidades. Nos detuvimos en Salem para comer; visitamos luego la Casa de los Siete Tejados, donde la guapa jovencita que hacía de guía se negó a acompañarnos a lo largo de la escalinata secreta (temiendo ágiles zarpas de puma en la oscuridad), y ya bien entrada la tarde llegamos a la costa de Maine y pudimos contemplar una negra y apocalíptica tormenta agazapada sobre el océano. El aire se notaba fresco y tenso, a punto de desatarse, y cuando por fin llegó el viento pensé que el coche iba a partirse como una nuez. Pike se despertó convencido de que estábamos a punto de morir y a continuación nos habló de las grandes migraciones elípticas de las grullas europeas. Espoleé al fogoso Mustang a lo largo de cientos de *bungalows*, cabañas y moteles, a cuatro mil kilómetros del territorio de Marlboro, mientras sobre el asfalto nadaban fantasmagóricas langostas de neón. Anocheceía cuando llegamos a Millsgate, un pequeño pueblecito blanco en la bahía de Penobscot. Había dejado de llover, y cenamos en un restaurante de pescadores para luego echar a andar en busca del garaje ascético de Bobby Brand, Brand el exiliado, Brand ya desembarazado de su chatarra, Brand escribiendo la novela que habría de detonar en las entrañas de Norteamérica como una incandescente bomba bacteriológica. Ascendimos una pequeña colina, caminando por el centro de la calle. No había coches ni se oía sonido alguno, y el aire era tan afilado que parecía arañar los pulmones. Cuatro perros echaron a correr hacia nosotros, y

Pike les ladró, pero ellos se limitaron a pasar trotando a nuestro lado. La luna estaba llena, oscurecida cada pocos segundos por veloces nubes alargadas, y el firmamento entero parecía respirar. En la cima de la colina descubrí la calle que estábamos buscando y torcimos a la izquierda, junto al parque del pueblo, flanqueado en uno de sus costados por una hilera de casas blancas. Frente a las casas se alzaba una iglesia de madera con campanario. El instituto se divisaba a un extremo del parque, frente a la calle. Varios porches tenían las luces encendidas, y era posible distinguir el cañón, junto al que se apilaban un montón de balas negras sobre la hierba. Más adelante, a través de una abertura entre los árboles, miré el agua que discurría bajo nosotros, salpicada de plata por la luna y por las blancas luces de las casas esparcidas por el bosque sobre las pequeñas calas que bordeaban la bahía.

—Nueva Inglaterra es el sitio más asexuado del hemisferio —dijo Sullivan—. Tiene el mismo atractivo sexual que el Hyde Park de Londres en una tarde calurosa, cuando todos se quitan la camisa y se desploman sobre la hierba. Entonces entiendes por qué no les queda más remedio que marcharse a África en busca de emociones.

Llegamos al garaje.

—El hecho de ser humano supone atravesar etapas —dijo Brand—. Yo las he superado todas. Pero eso ya es agua pasada. Como, duermo y escribo. He probado la heroína. He probado el ácido. Estoy intentando liberar a mi organismo del enloquecimiento y la violencia de Nueva York. Me acerco hasta el instituto y juego al baloncesto con los chavales. Esto es maravilloso, y yo me encuentro aquí. Me estoy purificando. Tú puedes ayudarme, Davy. Mi mente necesita una buena limpieza. Pienso en mi modo de hablar. En el modo en que intento dejar de hablar. Tú puedes ayudarme a abandonar el habla coloquial. Tienes mi permiso para corregirme cada vez que recaiga en el viejo argot de las drogas o en la jerga militar. Una de las cosas que he averiguado aquí solito, en el exilio, es que hay demasiada habla coloquial en mi cerebro. Es algo perverso. Conduce a la violencia. Tú puedes ayudarme, Davy. Quiero volverme monocromo.

Nos hallábamos dentro del garaje, sentados en torno a una mesita de su caravana y bebiendo café instantáneo. La caravana, diseñada para encajar sobre el chasis y la cabina de una camioneta Ford F-250, estaba construida casi por entero de plástico. La camioneta era negra, y el resto del conjunto era de un color gris oscuro decorado con una filigrana también negra en torno a las ventanas y la puerta. En el interior había tres literas, una mesa, un hornillo y una máquina de escribir; allí vivía Brand. Le había conocido años atrás, una vez que Merry y yo viajamos a East Hampton a pasar el fin de semana. Parecía un dispensario humano de metadona, ácido, hachís y anfetaminas diversas. Representaba el peligro del que mi vida se hallaba carente, un peligro real, no el de las drogas de plástico abundantemente disponibles en la cadena ni el de celuloide de esos papeles cinematográficos con los que solía poner a prueba las bases de mi matrimonio. Todos los jovencitos brillantes de Madison Avenue andaban a la busca de algún facsímil del peligro, de algún negro antecedente que

podiera quebrar los cimientos de su episcopalismo básico; nos fijábamos en los psicodélicos más moderados, en el estudio del kárate, en el club de paracaidismo de los fines de semana, en los ralis de coches deportivos. Aquel fin de semana, Brand me dio un papelito para que me lo introdujera bajo la lengua, un billete de transporte a regiones inexplorables, y todo cuanto recuerdo es la imagen de mí mismo con sesenta años de edad, larvas mutiladas aferradas a la piel descolorida, el pozo, la diabólica comedia de mi rostro; y aquella fue, con una sola excepción, la única ocasión en que intenté atravesar la ciénaga en solitario. Brand se había trasladado directamente de Yale a las Fuerzas Aéreas, donde pilotó un cazabombardero F-4 sobre los herbajes elefantinos de una provincia en vías de extinción. Tras su cese en el servicio activo (acaso por razones médicas), vivió en una pensión de las Noventa Oeste pinchándose heroína y cocaína; más tarde se deslizó hacia el seno de canturreantes movimientos pacifistas y finalmente descubrió el ácido, el activismo político y la escritura. Brand era aproximadamente de mi edad. Alto, de cabellos arenosos y con gafas, era un personaje agradable y atemorizante, vivía la mayor parte del tiempo de sus familiares, parecía cambiar de personalidad cada pocas semanas — a veces, cada pocos minutos—, y no era difícil visualizarle tumbado en un dormitorio universitario con camiseta, vaqueros, zapatillas de deporte y calcetines blancos, leyendo un texto de economía y soñando con cucharillas y llamitas azuladas. Sobre su antebrazo derecho copulaba, tatuada, una pareja de perros.

—Este garaje pertenece a mi tía Mildred. Vive un poco más abajo, en esta misma calle, pero ahora está en Bangor dando los últimos toques a unos asuntos legales. Es una lástima que no podáis conocerla. Toca el clarinete.

—¿Cuándo salimos? —pregunté.

—Por mí, mañana. Voy a dejar aquí mi manuscrito. Le hace falta un descanso. ¿Has traído tu cámara?

—Está en el coche. Dispongo también de una grabadora de pilas. Y Sullivan se ha traído su magnífica radio portátil NordMende. Tiene quince bandas. Puede captar todo el mundo.

—Fantástico.

—¿Dormiremos aquí esta noche? —preguntó Sullivan.

—Más vale que nos acostumbremos —dije yo.

—No tenemos por qué. Mildred me ha dejado las llaves de su casa. Allí estaremos menos apretados. Siempre está pidiéndome que me mude a vivir con ella, pero yo le digo que para mí el garaje es mágico. Está repleto de emanaciones. Es el único lugar en el que puedo escribir. ¿Cuándo tenéis que estar en Arizona?

—Dentro de tres semanas, contando desde ayer. Si todo marcha bien, el equipo tendrá todo dispuesto para cuando lleguemos. Confío en que os quedéis todos por allí mientras rodamos. No sé si podré regresar en coche con vosotros. Lo más probable es que tenga que tomar un avión. Pike, tú y Sully podéis recoger mi coche aquí y llevároslo de vuelta.

—Mi permiso de conducir caducó hace dieciocho años —dijo Pike.

Sacamos el equipaje del coche y nos fuimos caminando hasta la casa de la tía de Brand. Era una espléndida mansión antigua, la clase de lugar en que viven todas las abuelas de los anuncios de televisión, llena de recuerdos de otras personas y, pese a todo, impregnada del calor de una atmósfera universal de afecto y sencillez. Desde las fotografías colgadas en el pasillo nos contemplaban hombres esbeltos y almidonados y chiquillas de cabellos rubios y lisos. El salón, empapelado de desvaídas rosas amarillas e impregnado del aroma de cuerpos ancianos y amodorrados, era un conjunto de tejidos de zaraza, encajes y bondad bíblica. Brand condujo a Sullivan y a Pike al piso de arriba y yo me puse a deambular por la cocina y la despensa sintiendo que había llegado al corazón de algo, que había alcanzado el secreto del terror de los pueblecitos en día de domingo, el silencio eucarístico del café y los bollos tras la larga caminata de regreso desde la iglesia. ¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la última vez que había estado en una despensa a medianoche, frente a los oscuros estantes en los que se alineaban tarros de galletas, mermeladas y especias? Los gustos y los olores pueden quebrar la resistencia de la memoria en un instante, y en aquella despensa, mordisqueando pastas secas con el fervor compulsivo de un penitente que persiguiera el mensaje de su pasado, retorné a una estancia espesa y cálida de otra ciudad, al perezoso perfume de un verano.

Apagué las luces y subí al piso de arriba. Brand y Pike compartían una de las habitaciones. Sentados en sus camas, el soldado de carrera y el recluta desanudaban sus zapatos, bostezaban y se quitaban las camisetas por encima de la cabeza. Brand me dijo que el otro dormitorio estaba en el extremo opuesto del pasillo, y mientras partía pude oír a Pike, que iniciaba su crónica de la despiadada masacre de los búfalos durante las décadas de los sesenta y los setenta del siglo XIX: manadas de cinco kilómetros de longitud por tres de anchura, diezmadas por cazadores domingueros que disparaban desde los trenes. Sullivan ya estaba acostada, enfrascada en la lectura de su Yeats. Resultaba evidente que hacía algún tiempo que no se utilizaba aquella habitación, desnuda con excepción de la lámpara, la mesita sobre la que reposaba, una silla, la cama de Sullivan y el camastro sobre el que habría de dormir yo. Aquella parte de la casa tenía el tejado inclinado, y mi lecho se extendía bajo la parte más angosta. Sullivan apagó la luz y yo me quité la ropa y permanecí unos instantes desnudo junto al catre, preguntándome si podría verme. Dormir en la misma habitación que Sullivan suponía una sensación maravillosa. Me deslicé entre las frías sábanas. El techo se abatía directamente sobre mí y, alzando el brazo, lo toqué con las yemas de los dedos. Todos los niños, pensé, deberían gozar de la ocasión de dormir en una habitación como esta; a los críos les encantan los huecos y los ángulos disparatados: las cosas equidistantes, los planos paralelos que no ocultan nada les producen pesadillas.

—Pike está hablando de los bisontes.

—Su más amargo relato —dijo ella.

—Pronto estaremos allí.

—David camino de Oz.

—Me pregunto si aún quedan arapahoes. O chiricahuas. Es mi tribu preferida. Los apaches chiricahua. Burt Lancaster con aquella cinta de cachemira en torno a la frente.

—¿Conseguirás tu borrasca?

—Supongo que no. Falta poco para abril.

—Las flores del desierto estarán abriéndose.

—¿Lo has notado alguna vez? La oscuridad parece impulsar a la gente a hablar con frases cortas.

—Sí —dijo—. Y cuando se encienden las luces, nos liberamos y soltamos largas parrafadas para no decir absolutamente nada. Pero en la cama, en la oscuridad, nos acucia el mono agazapado en nuestros sueños.

—¿Qué mono?

—Nos tornamos documentalistas. Nos convertimos en noticiarios que revelan aquello que consideramos que es la verdad. Nuestro oyente no es en realidad otra cosa que un fragmento de la oscuridad. La verdadera audiencia son las propias tinieblas. Descubrimos nuestras vidas ante ella, intentando aplacar al mono.

—¿Qué mono? —insistí.

—El mono vienés. Pero, en realidad, todo cuanto decimos apenas equivale a una vacua charla diurna. No tiene nada que ver en comparación con la revelación que se nos anuncia.

—¿Cuál?

—La única frase sin conclusión.

—El sueño y los sueños.

—Sí.

—Cuéntame un cuento —le pedí.

—¿De qué tipo?

—Alguno acerca del grandioso Oeste dorado y los indios y el gran espíritu salvaje de América.

—¿Es necesario que hable con frases cortas?

—No.

—Tengo uno perfecto —dijo—. Trata de un viejo y sabio hombre mágico de los sioux oglala y de lo que me dijo en cierta ocasión durante una noche de luna.

—¿Todo esto va en serio o piensas inventártelo sobre la marcha?

—Va en serio —dijo Sullivan.

—En ese caso, cuéntamelo.

—Tenía cien años, y su aspecto era el de un tocón de roble. De niño, había luchado en la batalla de Little Bighorn junto a Caballo Loco. Ya entonces aborrecía el derramamiento de sangre, y había pasado la mayor parte de sus años de adulto ayunando y orando. Hace algún tiempo, y gracias a los buenos oficios de un

antropólogo que en otro tiempo fuera amigo de mi padre, conseguí permiso para visitar a Cuchillo Negro en su choza de las colinas de Dakota del Sur. Le formulé algunas preguntas de cortesía de las que él prefirió hacer caso omiso, mostrando ya desde el principio un magnífico desprecio por las formalidades. Chupaba una vieja y horrible pipa de mazorca que supuse llena de barro y hojas húmedas. Y entonces le pregunté si habían cambiado mucho las cosas desde su niñez. Me respondió que aquella era la pregunta más inteligente que alguien le había hecho nunca. Las cosas apenas habían cambiado, tan solo lo habían hecho los materiales, las tecnologías. Vivíamos en la misma nación de ascéticos, de expertos en competitividad, de enemigos del desperdicio. Hemos pasado todos estos años rediseñando nuestros paisajes para cercenar los objetos innecesarios, tales como los árboles, las montañas y cualquier edificio que no aproveche al máximo cada centímetro cuadrado de espacio. El ascético detesta el desperdicio. Planeamos la destrucción de todo aquello que no obedezca a la causa de la eficacia. Resulta difícil de creer, dijo, que seamos ascéticos. Pero lo somos; lo somos más que todos los falsos santos de allende los mares.

—¿Y aquel sioux místico te dijo todo eso?

—Se mantenía bastante informado a base de leer periódicos y revistas.

—Continúa.

—Lo que realmente deseamos hacer, dijo, desde los más recónditos secretos de nuestro corazón, es destruir los bosques, las casitas blancas, los puentes cubiertos, los edificios de piedra, los jardines de azaleas, los grandes graneros rojizos, las tabernas coloniales, las barcasas fluviales, los pueblos balleneros, las sidrerías, las norias, las mansiones de antes de la guerra, las cabañas de troncos, las encantadoras iglesias antiguas y los pequeños y acogedores apeaderos de ferrocarril. Todos, incluso los conservacionistas, incluso los beligerantes que se encadenan a antiguos y delicados edificios históricos para impedir que los destruyan, estamos a favor de su demolición. Así es como somos. Líneas rectas y ángulos rectos. Experimentamos, admítelo, un deleite íntimo ante el espectáculo de la belleza envuelta en llamas. Ansiamos dinamitar para siempre las cosas más antiguas y más bellas para luego sustituirlas con estructuras idénticas pero carentes de gusto. Con depósitos de células cancerígenas. Con pulcras cámaras grises destinadas a la meditación y a la lectura de anuncios publicitarios. Imagina los fantásticos moteles que podríamos edificar en la pradera si tan solo pudiéramos rendirla por completo a los demonios de nuestra auténtica naturaleza; imagina los automóviles que podrían trasladarnos de uno a otro de esos moteles; imagina las monolíticas máquinas de cincuenta pisos de altura con las que nos desembarazaríamos de las víctimas de los accidentes automovilísticos sin tener que preocuparnos de funerales ni del gasto que suponen las lápidas y los sepulcros. Dejemos a la policía que campe a sus anchas. Dejemos a los enloquecidos dirigentes de nuestra nación que destruyan a quien les plazca. Eso es lo que realmente queremos, me dijo Cuchillo Negro. Queremos vernos totalmente engullidos por lo que llamamos los peores elementos de nuestra vida y nuestro carácter nacionales.

Queremos chapotear en el reluciente, terrible y oscuro corazón de la Gran Madre América. (Eso fue lo que dijo.) Queremos reconciliarnos con la falsa cólera que tan a menudo mostramos ante los crecientes síntomas de esterilidad y violencia de nuestra cultura. Liquidar las viejas edificaciones de piedra y las elegantes terminales de tren. Eliminar los apestosos y carcomidos juzgados de las ciudades pequeñas. Pulverizar el puente de Brooklyn. Pulverizar Nantucket. Pulverizar la avenida de Blue Ridge. Tenemos que ser conscientes de que estamos viviendo en Megamérica, neón, fibra de vidrio, plexiglás, poliuretano, mylar, acrilita.

—¿Estaba su choza emplazada en una cumbre azotada por el viento? ¿Y habías acudido tú en busca del verdadero significado de la vida?

—San Francisco quedaría totalmente arrasado —dijo Sullivan—. De Georgetown no quedaría piedra sobre piedra. En su lugar construiríamos moteles y casas idénticas hasta en los mínimos detalles. El nuevo San Francisco no tendría colinas. La costa de Maine sería indistinguible de las de Des Moines, Iowa. En el nuevo Washington agrisado, todos los senadores pasarían ocho horas al día en sus despachos idénticos, encadenados a los radiadores y azotados por furcias francesas. Todo esto se conoce como la lección de filosofía, la sabiduría del viejo mundo, la cultura de la que tan dolorosamente carecemos. Nadie sudaría jamás. El sudor es desperdicio. Cualquiera al que sorprendiéramos sudando sería fusilado en el acto. Los acondicionadores de aire de todas las habitaciones del país estarían programados a una temperatura constante de diez grados centígrados, y no habría modo de desconectarlos.

—¿Qué más dijo?

—Dijo que las nuevas universidades constarían únicamente de una habitación de pequeñas dimensiones. Funcionaría del siguiente modo: al principio de cada semestre, la totalidad del cuerpo estudiantil —que tendría que ser de al menos quinientos mil jóvenes para darle al ordenador algo que hacer— se congregaría en un enorme espacio abierto, frente a una cámara de televisión. Serían televisados y grabados en cinta de vídeo. A lo largo de una operación realizada por separado, los instructores serían igualmente grabados, pero individualmente. A continuación, se instalarían dos televisores en la pequeña habitación que representara la universidad. Estaría en un pequeño bloque situado al borde de una autopista de treinta y seis carriles: esta proximidad facilitaría la transmisión de los equipos electrónicos. Ah, y también podrían colgarse algunos banderines de la pared, y acaso una placa o dos, pero aparte de eso lo único que habría en la habitación serían los televisores. A las nueve en punto de la mañana del primer día de clase, un ordenador pondría en marcha los dos televisores, situados uno frente al otro. De este modo, la grabación de los estudiantes podría contemplar la grabación de los profesores. Con el tiempo, podría perfeccionarse el sistema de tal modo que tan solo hubiera una universidad en todo el país.

—Francamente, tengo la sensación de que Cuchillo Negro está poco actualizado.

—Aún faltaba la mayor sorpresa. Sobre nosotros brillaba la luna llena, y Cuchillo

Negro siguió diciendo que esta concesión masiva a nuestros sueños e impulsos más profundos sería lo mejor que podría ocurrir. Al fin y al cabo, constituiría la expresión más certera de nosotros mismos desde las más profundas tinieblas de nuestro ser. Alcanzaríamos la realización absoluta. Empezaríamos la más larga marcha de vulgaridad, de maldad y de decadencia. Estableceríamos el mayor superestado del mundo. El mundo tendría que arrodillarse ante nuestro poder enloquecido, si es que no lo está ya. Y entonces, una vez tuviéramos ya un pie y medio sumergido bajo el lodo, nos detendríamos un instante, miraríamos a nuestro alrededor y decidiríamos entre hundirnos aún más en pos de una muerte segura o retornar a tierra firme y comenzar a vivir de nuevo, alimentándonos de raíces y bayas pero carentes de símbolos, despojándonos de la maldición ascética, dejando que los búfalos vagaran libremente, sabiendo todo cuanto una nación puede saber acerca de sí misma y prosiguiendo nuestro camino reforzados por esa certeza y por la conciencia de que habíamos escogido no morir. El riesgo merece la pena, dijo, ya que si eligiéramos la última opción nos convertiríamos, finalmente, en la Norteamérica capaz de ver cumplidas todas sus posibilidades. La Norteamérica que pertenece al mundo. La Norteamérica en la que creíamos vivir cuando éramos niños. Niños pequeños. Niños muy pequeños.

—Y te dije todo eso. Ese reloj parado con correa de piel de búfalo.

—Era una noche fría. Y había luna llena.

A la mañana siguiente llovía. Fui yo el último en levantarme. Resultaba agradable estar sentado en la cocina, bostezando, oliendo el café y el beicon y oyendo la lluvia oblicua entre los árboles. Observé las idas y venidas de los demás entre el fogón y la nevera, chocando unos con otros, apenas despiertos, abriéndose paso a través de sus telarañas.

—¿Cómo te ganas la vida? —preguntó Brand.

—Eso es algo irrelevante —dijo Pike.

—¿Por qué no se lo dices? —pregunté.

—Soy humanista de animales.

—Díselo —exclamó Sullivan.

—Tengo una tienda de reparaciones de electrodomésticos en la calle Catorce.

—Dile en qué te especializas.

—En tostadoras con puerta y radios de antes de la guerra. Tengo problemas con las cosas que expulsan el contenido de un salto y con las combinaciones tipo reloj-transistor o radio-tocadiscos. Para mantenerse al día hay que leer. Yo no he leído un libro en veinte años. No tengo cabeza para los números. No me gusta la electricidad. Tengo una tienda pequeña y me esfuerzo cuanto puedo por evitar que la gente acuda a ella.

—Yo sí que tengo cabeza para los números —dije—. Los números me fascinan. Los números son poderosos. El país entero funciona con números. Me encanta contar las cosas. Me encanta sumar y restar. Todos tenemos números. Todos somos un



número. ¿Acaso es tan terrible? Quizá sí. Francamente, no lo sé.

—Escuchadme un momento —dijo Pike.

—Todo el mundo a comer —dijo Sullivan—. Personalmente, pienso freírme un huevo absolutamente perfecto. Un huevo increíble. Con sus blancos y sus amarillos perfectos en tono, textura e integridad.

—Quiero que ahora me escuchéis todos, porque esto es importante. En un combate limpio, ¿quién saldría victorioso, un tigre o un oso polar? Veamos: el tigre es un animal rápido, potente y musculoso que cuenta con todo lo necesario para ser un buen cazador y buen depredador. El tigre es un clásico. Pero os equivocaréis de medio a medio si menospreciáis al oso polar. Un oso polar puede arrancarte un brazo con un simple guantazo perezoso. El oso polar alcanza una velocidad sorprendente para su tamaño y puede camuflarse entre la nieve. A este fenómeno lo denominamos selección natural. Tigre u oso polar.

—¿Dónde luchan? —preguntó Brand.

—¿Qué quieres decir?

—Si pelean en el círculo polar ártico hay que ponerse de parte del oso, pero en la selva el tigre es el rey. Nadie juega con un tigre en su propio terreno. Es el jefe, la ley.

—Mira, Jack, están luchando, simplemente. Da igual dónde sea. Lo que importa es quién puede vencer a quién.

—Permitidme postular algo llegados a este punto —dijo Brand—. Si un peso medio de Akron acude a Panamá para defender su título frente a un joven local, los corredores de apuestas tienen en cuenta ese dato, y las apuestas se realizan como corresponde. Ahora bien, es posible que mi analogía cojee. Quizá cojee. Así y todo, poned a un tigre en un bloque de hielo y enfrenadlo a uno de esos cabronazos blancos: no hará otra cosa que resbalar sobre sus cuartos traseros mientras el oso polar le hace trizas. Y en la selva sucedería al revés. El oso se desmayaría de insolación. No podéis hacerlos luchar en el vacío. Y tampoco podéis escoger un lugar neutral, como el desierto o las montañas, porque en ese caso ambos estarían fuera de su entorno natural y la pelea no constituiría una verdadera prueba de sus respectivas capacidades. El enfrentamiento es demasiado hipotético para que merezca la pena considerarlo.

Pike engullía su desayuno en silencio. Sus ojos maquinaban como dados. Acababa de cuestionarse toda una filosofía, y sus preceptos se habían puesto en grave entredicho. Había que pensar seriamente y recopilar datos antes de enfrentarse al antagonista en un debate abierto. Sullivan quebró el malhumorado silencio con el anuncio de que mi digresión en torno a los números no resultaba del todo euclidiana ni por su alcance ni por su pureza; que uno de mis principales defectos era mi tendencia a dejarme deslumbrar por el neón de una idea sin llegar nunca a desentrañarla realmente; que perseguir un número hasta el infinito no equivalía necesariamente a llegar a Dios. Seccionó con el tenedor una crujiente loncha de beicon, tan tostada que bastó con que el instrumento la tocara; a continuación, dividió

los dos fragmentos, luego los cuatro, luego los ocho, etc., trabajando con la silenciosa y fanática precisión de la gente cuyo trabajo consiste en dividir las cosas en cosas más pequeñas y que mora en los límites de la demencia; finalmente, lo único que quedó de la loncha fue un centenar de puntos decimales. ¿Representaba el beicon la insignificancia de los números, la búsqueda inútil del infinito, la naturaleza indivisible de Dios frente a la promiscuidad fraccionable de los números? ¿Era todo aquello una lección de materia primaria y formas sustanciales: acaso residían los números en los fragmentos de beicon y Dios en el huevo frito? Brand la contemplaba fascinado. Yo terminé de comer y subí al piso superior. Encontré un teléfono y llamé a Binky a la oficina, a cobro revertido.

—¿Hay algo de nuevo?

—Demasiadas cosas —dijo.

—¿Qué?

—Reeves Chubb, Carter Hemmings, Mars Tyler, Quincy Willet, Paul Joyner, Chandler Bates y Walter Faye.

—¿Fusilados?

—Apaleados, machacados y fusilados. Descuartizados y dinamitados. Ya es oficial.

—Por mis santos huevos. Una ejecución en masa. Los Siete Magníficos acribillados en OK Corral. E imagino que luego se habrá producido una acalorada escaramuza entre los supervivientes, ¿no?

—Creo que van a ascenderte —dijo Binky—. Por ahora no es más que un rumor, pero Jody cree que va en serio.

—Protege mis intereses, Bink, y te llevaré a la cumbre conmigo. Seremos como Cary Grant y Roz Russell. Tomando martinis en mi despacho de la azotea. ¿Ha comenzado ya Weede a contratar sustitutos?

—Por ahora, solo uno.

—¿Cómo se llama?

—Harris Hodge.

—¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, David. No se incorpora hasta la semana que viene. Ni siquiera le he visto todavía.

—Entérate de qué edad tiene. Te llamaré dentro de unos días. ¿Me echas de menos?

—Tengo que colgar —dijo.

Entré en el cuarto de baño, me quité la camisa y comencé a afeitarme el pecho con una maquinilla eléctrica. Aquello era una limpieza ritual del cuerpo, un prelude del viaje sagrado. La lluvia había cesado. Me sentía feliz. Mientras me afeitaba, podía ver a través de la ventana del baño la mayor parte del pueblo de Millsgate, casas blancas arremolinadas en fingida inocencia, la luz del sol sobre el campanario. Por la calle pasaba una niña saltando a la comba, la cabeza erguida, los ojos escrutando las

nubes en busca de un claro; dos balandros blancos, fuertemente escorados, jugueteaban en la embocadura de la bahía. Intenté imaginar, recordar con precisión, cómo era vivir sin los temores terminales de la ciudad, ya que en otro tiempo había amado un pueblo sin saberlo, y aquel afecto no me abandonaba. A través del continente serpenteaba una vena asesina bajo las autopistas, las chimeneas, los oleoductos y gasoductos, un salvajismo indiferente que alimentaban las mudas ciudades, y me pregunté qué distancias imposibles habría que recorrer, qué lenguaje intercambiar, qué niveles de existencia, para llegar desde allí hasta aquí. Mis cabellos seguían introduciéndose sin protestar entre las fauces de escualo de la maquinilla.

Una mujer descendió los escalones de acceso a una vieja casa. Llevaba un vestido azul y unas tijeras de podar en la mano. Interrumpí mi afeitado para observarla. Calculé que andaría en torno a los cuarenta. Era pálida, calzaba zapatos planos y resultaba atractiva en el sentido cuasi abstracto en que resultaría atractiva una camarera con su uniforme blanco y la cómoda cadencia de su cuerpo al alejarse de tu mesa. La mujer comenzó a recortar el seto. Manejaba las enormes tijeras con una facilidad poco corriente; y entonces, percibiendo acaso la intensidad de mi mirada, alzó el rostro y me vio. No me moví, y al poco retornó a su labor, tarareando suavemente, avanzando a lo largo del seto, moviendo los brazos, como un ave en el momento de descubrir el vuelo. La observé durante casi media hora. Ella, claro está, nunca lo sabría, pero me había sugerido la idea más peculiar, tenebrosa y horrible de toda mi vida. Una idea para una película que quizá llegara a hacer en algún lugar aislado entre pueblos perdidos de Sudamérica.

Estaban esperándome. Brand cerró la casa con llave y los demás acarreamos nuestro equipaje hasta el garaje y lo metimos en la caravana. A continuación, troté hasta mi automóvil y lo conduje al garaje. Luego, trasladé mi cámara y mi grabadora a la caravana. Brand sacó el F-250 a la calle mientras nosotros enumerábamos sus golpes y sus rozaduras. Al fin, descendió del vehículo y lo rodeó con expresión pensativa para echarle una última ojeada. Se ajustó las gafas y parpadeó velozmente bajo el resplandor del sol.

—Está listo, Dave —dijo—. El viejo hijo de puta está listo para zarpar. Tú eres el capitán. ¿En qué dirección vamos?

—Oeste —dije—. Enfíllalo más o menos hacia el Oeste.

Introduje mi coche en el garaje y Brand alzó la mirada. Echamos una moneda al aire y se decidió que yo viajaría de copiloto junto a él durante los primeros ochenta kilómetros. Ocupamos todos nuestros respectivos puestos. La campana de la escuela comenzó a sonar. Brand metió la primera marcha.

## SEGUNDA PARTE

Los hombres que viven en islas pequeñas harán bien en evitar la búsqueda de la filosofía. Esa ilusión isleña según la cual la soledad y la sabiduría se inventaron mutuamente resulta de lo más convincente. Día a día, tengo la sensación de tornarme más profundo. A menudo, siento que me encuentro al borde de quién sabe qué gran descubrimiento filosófico. El hombre. La tierra. La verdad. El tiempo. Por fortuna, siempre regreso a mí mismo. Dirijo la mirada más allá del blanco encaje de las olas, en dirección a mi historia desmembrada, y decido dejar que sean otros los que entrelacen entre sí los sistemas. Disfruto de la trivialidad de la situación, del hombre y la isla, del exilio en el suburbio definitivo. La playa se arremolina y ondula, desigual ahora, página tras página de terribles palabras salvajes. Los colores se toman prestados unos a otros, el mar de la playa, la playa del cielo, y al cabo de un rato regreso sobre mis propias huellas en dirección a casa.

(La película se proyecta.)

La tierra contenía multitud de visiones, todas ellas fragmentos del sueño dinamitado, y algunas de las más tenebrosas eran las que nuestros generales e industriales procesaban por triplicado: los imperios de manganeso, los armamentos hipersofisticados, los consorcios y los privilegios. Algo quedaba para el resto de nosotros, de algunos de nosotros, y era el sueño de la buena vida, de una vida aparentemente sencilla e inocente, una vida que para mí comenzaría tan pronto como aprendiera a leer y que proseguiría a lo largo de la época de los primeros astronautas, con su alfombra roja de bienvenida extendida frente a la aeronave bajo los sonos de la banda. Abarcaba todas aquellas cosas que se dice que anhela la gente: materiales y objetos, y las sombras que estos arrojan, y sin embargo el sueño poseía sus propias complejidades, sus límites entre la ilusión y el autoengaño, la implicación de una muerte serio-cómica. Alcanzar una existencia casi totalmente simbólica es menos fácil que desentrañar los metales sepultados de otros países o que enviar a los pilotos de tu escuadrón a que suspendan sus bombas sobre una aldea de analfabetos. Y así, la pureza de la intención, la simplicidad y todo cuanto cosecha, se adherían a los visionarios más poderosos, a aquellos suficientemente poderosos para enfrentarse al enloquecimiento general. Para el resto de nosotros, auténticas criaturas de ese sueño, no restaba sino la complejidad. El sueño, con su presencia de algo oscuro (y en cierto modo sumamente divertido) emplazado en los bordes del retrovisor de nuestra conciencia, no daba lugar a la verdad bajo los símbolos ni a notas interlineadas. Resultaba difícil a ratos. Pero de niño, e incluso después, bastante después, yo creía en todo ello, en los mensajes institucionales, en los salmos y los carteles, en las imágenes y las palabras. Era mejor que vivir de la química. Del catálogo de Sears-Roebuck. De los productos Aunt Jemima. Los impulsos de los medios de comunicación iban alimentando los circuitos de mis sueños. Uno piensa en ecos. Uno piensa en una imagen construida a imagen y semejanza de las imágenes. Así de

complicado resultaba.

Old Holly era un barrio de las afueras de Nueva York tan solo en un sentido estrictamente topográfico: a diferencia de las comunidades circundantes, no constituía una extensión del espíritu de monóxido de la ciudad, ni un mero punto de llegada y partida. La población carecía del fulgor de la manicura. Las casas, en su mayor parte, eran sumamente viejas y agradablemente destartadas, dotadas de dos o tres pisos y de pequeñas ventanas protegidas, techos altos, tejados con hastial y porches que en algunos casos las circundaban por completo remedando los excéntricos ángulos que dibujaban los bordes de los tejados. A través de todas ellas flotaba cierto plasma de identidad etéreo que despertaba los sentidos del visitante de carne y hueso. Entra uno por aquí y percibe un aroma de clavo o de suave tabaco en el ambiente; la siguiente casa huele levemente a menta, a barniz en ciertas partes, al blando y espeso efluvio de una vieja alfombra. Oye música procedente de otro lugar; apenas las notas que sugieren las teclas de un piano cerrado; apenas el tintineo de la cubertería entremezclado con las voces, o el indolente discurso de una sierra al cortar la madera; apenas el silencio o ese sonido interior estancado que el propio silencio alberga en todas las estancias viejas bañadas por el sol. En algunas habitaciones de ciertas casas, los suelos estaban levemente inclinados, las molduras sueltas y las vigas del techo descentradas, y cuando una noche de lluvia y viento te levantabas de la cama en busca de un vaso de agua, la sensación no difería mucho de lo que experimentamos durante una tormenta en medio del océano. Si eras un niño, resultaba fácil hacerte a la idea de que tu casa era un barco, pues las escaleras crujían y existían pequeños rincones oscuros donde podías depositar la mano sobre el muro y percibir los suspiros de la casa bajo los violentos embates del viento. En aquellas casas no se hallaban presentes las penumbrosas persuasiones de uniformidad, ni las leves y límpidas líneas que no implican ni victoria ni derrota, sino tan solo empate y ecuación, ni la reseca ciencia del siglo. Tan solo dos de ellas tenían piscina. El club de campo se hallaba al borde de la bancarrota.

Así pues, desde un punto de vista físico, Old Holly podría haber estado en medio de Connecticut o en algún valle de Pensilvania que no debiera el hecho de su existencia a ninguna gran ciudad. Y en espíritu, resultaba aún menos suburbano. No había sido construido pensando en el automóvil; las calles no eran lo que podríamos llamar anchas, y podía verse a gente paseando a todas horas de la mañana y de la tarde por las tiendas de la calle Ridge. El centro carecía de aparcamientos, y tampoco los necesitaba, y no había centros comerciales ni quioscos de aluminio flanqueados por mini-golfs o pistas de automovilismo. Había multitud de pequeñas colinas repletas de persistentes curvas en lugar de intersecciones limpias y, para un niño, la imagen de los faros entre los árboles a través de la niebla aposentada era algo hermoso y desacostumbrado, ya que el automóvil, con su desplazamiento dificultoso y peculiar, resultaba levemente ajeno a su entorno. Para la mayor parte de los

habitantes de Old Holly —vendedores, operarios, profesionales—, la población era asimismo su lugar de trabajo, y la estación nunca aparecía demasiado nutrida en las horas punta. Por entonces, éramos un pueblo americano de aspecto normal cuyos habitantes comíamos carne, rara vez íbamos con prisas y nos mostrábamos dispuestos a morir por nuestro país o por fotografías de nuestro país.

Harkavy Clinton Bell, el padre de mi padre, pasó los últimos siete años de su vida en Old Holly. Antes de jubilarse, había sido una de las primeras leyendas del mundo publicitario: el segundo hombre que había introducido cupones en un anuncio de periódico. Él fue quien legó la casa a mi padre. Yo tenía seis años cuando nos mudamos desde la avenida West End; Jane tenía nueve años, y Mary tenía diez. De niño, había sido feliz allí. Era una casa de dudoso pedigrí arquitectónico: una casa bastarda, una perdida a la que solo cabía querer como queremos a un perro mestizo. El retrato de Harkavy pendía sobre el mantel, enmarcado por un trasfondo de colinas neblinosas que le hacían parecer el tío corrupto de la Mona Lisa. Mi habitación estaba llena de cañas de pescar, banderines universitarios, pelotas de béisbol y maquetas de aviones.

Era el invierno de mi duodécimo año de vida.

Los muchachos se desvanecieron bajo la nevada. Yo corrí al interior y me quité las botas, el abrigo y la gorra. Por entonces, me pasaba la vida corriendo, y siempre me dejaba puesta la gorra hasta el final. Permanecí junto a la ventana, observando cómo crecía la capa de nieve. Era la primera nevada del año, un fenómeno que llenaba el atardecer de silencio, y parecía caer con más fuerza bajo el haz de las farolas. Un coche estacionado yacía cubierto por un manto blanco, y nada se movía salvo una débil luz que atravesaba las ramas nevadas de los árboles. Dentro de la casa hacía calor, y podía oír las voces de mi madre y de mi hermana mayor mientras preparaban la cena. Mi padre no tardó en llegar a casa, y yo corrí a recibirle. Enorme y sonrosado, se detuvo en el umbral para sacudirse la nieve, palmeando los guantes, exhalando vaho. Concluida la cena, regresé junto a la ventana y me puse a mordisquear galletas caseras. Mary fregaba los platos; Jane, provista de un trozo de tiza, dibujaba un retrato de mi madre sobre su pizarra; mi padre hojeaba una revista; silbaba el radiador. Todos aquellos sonidos del hogar caldeado, del agua corriente y del vapor, de tiza chirriante y papeles arrugados, de voces conocidas y del tiempo que avanzaba en el viejo reloj de pared, unos y otros constituían otras tantas inflexiones de la propia casa y todos resultaban reconfortantes y esenciales y me confirmaban que me hallaba a salvo.

Y entonces se oyó por primera vez el sonido que producían los hombres de las palas.

Yo no podía verles, pero sabía que estaban ahí fuera, robustos y encorvados sobre sus herramientas. Las palas chascaban el hielo, raspaban el cemento, y todo ello comenzó a despertar el interés de mi padre. Se estiró y soltó la revista. Mi madre citó algo que había leído el día anterior, una lúgubre estadística que relacionaba la retirada

de la nieve con los ataques al corazón, la pulmonía, los tirones de espalda y las roturas de cadera. Mi padre dijo que aún tendría que pasar mucho tiempo para que él se preocupara de esas cosas, y al cabo de un rato se incorporó y se puso el abrigo. No hay quien detenga a un hombre empeñado en despejar la nieve de su entrada.

Fuera, un automóvil pasó lentamente junto a la casa con los limpiaparabrisas en marcha, y en ese momento emergió mi padre del sótano con la pala en la mano. Yo alcanzaba a ver tres farolas desde la ventana, y cada haz de luz aparecía rebosante de nieve. No tardaría mucho en llegar la Navidad, y entonces todo se llenaría de visitantes y de regalos y de un exceso de comida. Y si teníamos la fortuna de conservar la nieve por entonces sería todo mucho mejor, porque lo único que nos aguardaba era el colegio y los meses melancólicos que preceden al primer día de auténtica primavera. Pero aún era demasiado pronto para pensar en la primavera, porque la Navidad aún se extendía ante nosotros. El peor período era el que seguía a la Navidad: aún faltaba mucho para la primavera, y lo único que había entremedias eran días de colegio. Mi madre se puso a llorar.

Salí al jardín y me situé junto a la verja. Mi padre se había puesto a palear la nieve y no me vio. Arriba y abajo de la calle, otros hombres hacían lo propio en silencio; todos exhalaban vapor a través de la respiración y, bajo la apacible e inmutable descarga de nieve, semejaban habitantes de un tiempo antiguo ocupados en un oficio milenario, pastores en un campo de pacientes pescadores cuyas redes se esparcieran bajo las aguas de un lago invernal. El aire nocturno era helado y cortante. Ya no pasaban coches, y hacía demasiado frío para pasear al perro o para que los chiquillos sopesaran las posibilidades de la nieve como proyectil. A mí también me hubiera apetecido limpiar nieve, pero solo había una pala, y sabía que mi padre disfrutaba con ello, así que lo dejé pasar. Pensé en qué vecinos del pueblo me caían bien y en cuáles no. Me imaginé a mí mismo arrastrándome a través de los bosques, miembro de un comando, con un puñal entre los dientes. Hacía calor, y las aves poblaban la selva con sus chillidos. Me dirigí hasta la casa, arrastrándome sobre el vientre entre los árboles. Era la casa de Weber, el médico, y entré por una de las ventanas. El doctor bajó las escaleras, y yo me oculté tras la puerta de la cocina. Entró y alargó la mano en busca del interruptor de la luz, y yo, velozmente, le cubrí la boca con la mano, apoyé la hoja sobre su garganta y suavemente, suavemente, susurrando mi venganza en sus cálidos oídos, le maté.

Los hombres seguían despejando nieve alegremente. Ascendí los escalones y sentí un golpe en la espalda. Al volverme, vi a mi padre sacudiéndose la nieve de las manos con una sonrisa en los labios. Esperé a que devolviera la pala al sótano y entramos juntos en la casa.

Mi mejor amigo era Tommy Valerio. Siempre que iba a su casa, su madre me pellizcaba las mejillas y me frotaba la cabeza con los nudillos. A mí aquello me resultaba embarazoso, y no tardé en inventarme excusas para no ir. Cuando Tommy



cumplió dieciséis años, su padre murió de un ataque cardíaco, y Tommy heredó el automóvil familiar, un Chevrolet del 46. Guardábamos una bayoneta bajo el asiento delantero. Ninguno de los dos tenía permiso de conducir, y Tommy solía conducir sentado sobre un almohadón para parecer más alto y, con ello, mayor. Un día, me dijo que la hija mayor del jefe de policía, Kathy, parecía dispuesta a someterse a cualquier tipo de experimentos. Nos la llevamos en coche hasta el club náutico y a continuación nos turnamos con ella en el asiento trasero. Ella no dejó de mascar chicle en ningún momento. El jefe de policía se llamaba Brandon Lovell. Mi padre y él solían ir juntos a tirar al plato. Yo, por entonces, acudía a la escuela preparatoria en New Hampshire, pero aquel invierno regresé a casa al menos seis fines de semana, y no hubo uno solo de ellos en que no pasara una tarde en el aparcamiento del club náutico. Un sábado, cogí prestado el coche y me fui a la farmacia de la calle Ridge. Encontré allí a Kathy y me la llevé al aparcamiento. Me contó que su padre solía pasearse desnudo por la casa, motivo por el cual sus dos hermanas mayores habían abandonado el hogar. En cierta ocasión, se había paseado llevando únicamente la cartuchera y el cinturón y había disparado seis balas contra el sofá. Le pregunté quién de nosotros dos le gustaba más y me dijo que Tommy. Saqué la bayoneta de debajo del asiento y volví a preguntárselo. Ignoro si estaba bromeando o si iba en serio. Me dijo que Tommy. La golpeé en la mandíbula con la empuñadura de la bayoneta y la arrojé del coche.

Aquel verano me saqué el carné de conducir con permiso de mi padre. Por entonces, teníamos un MG y salíamos de excursión prácticamente todos los fines de semana. Una noche aceptó dejarme conducir a pesar de que se suponía que, como adolescente, no debía hacerlo después de oscurecer. Le dije que un amigo mío, compañero de clase de Larchmont, acababa de morir de amnesia, y que aquella era su última noche de velatorio. Había dedicado un generoso espacio de tiempo a elaborar los menores detalles de la mentira, pero él me dio las llaves sin hacer preguntas. Había una película que me apetecía ver.

Me quedé a verla dos veces. Durante el intermedio pasó un acomodador con una hucha de estaño recolectando dinero para la Fundación contra las Enfermedades del Corazón. La segunda vez me gustó aún más. Burt destilaba una grandeza que trascendía el argumento, la acción y la caracterización. Sentí para mis adentros que habría de permanecer atrapado eternamente en aquella peculiar plata grisácea de la pantalla, inmerso en las difusas interferencias visuales que irradiaba su cuerpo. Le había visto en persona en una única ocasión, en el Yankee Stadium, e incluso entonces, antes de que se marchara en el cuarto *inning* hartado del acoso de los coleccionistas de autógrafos, incluso entonces, vestido de paisano y oculto tras sus gafas de sol, Burt me había parecido el supremo sargento, inseparable de los atronadores destinos de 1941. Me alegré de no haber llamado a nadie para venir al cine conmigo. Aquello era algo religioso y exigía intimidad. Conduje lentamente de regreso a casa. Mi padre me siguió al dormitorio. Cuando entró, me hallaba sentado sobre la cama, y acababa de quitarme un zapato.

—¿Cómo puede alguien morir de amnesia? —dijo.

—¿Amnesia? Pensé que había dicho anemia.

—Dijiste amnesia, colega. No me di cuenta hasta que ya te habías ido. Pero mantendría la pregunta aunque hubieras dicho anemia: ¿quién se muere de anemia hoy en día? ¿Acaso ese amigo tuyo no comía lo suficiente?

—Es un problema de la sangre, papá. No tiene nada que ver con la malnutrición. Los glóbulos rojos no obtienen suficiente hemoglobina. Algo así.

—Has salido con esa putita, ¿no es cierto? La hija de Lovell. Si no pillas gonorrea con esa no la pillarás nunca. Estás jugando con dinamita, coleguilla. Lovell es amigo mío, pero en su interior es un maníaco. Un palurdo cabrón armado con escopeta de dos cañones. Si descubre que andas tonteando con su hija te volará la cabeza. Te estoy dando un buen consejo basado en la interpretación pragmática de los hechos tal y como yo los veo. No pretendo moralizar, Dave, eso es asunto de tu madre. Pero escucha a tu viejo. ¿Alguna vez te he colado un gol?

—He estado en el cine —dije.

—Ya.

—Esta vez te estoy diciendo la verdad.

—Olvidémoslo.

—¿Puedo beber cerveza durante las comidas a partir de ahora?

—¿Sabes beber cerveza? —preguntó—. Por mí, te puedes beber un doble de bourbon. Me la suda. Te haría bien. Pero también eso es asunto de tu madre. Quizá te concedería su beneplácito si la tomaras en copitas de jerez.

Me eché a reír y me quité el otro zapato.

—¿Aún sigue preparando esa gran fiesta?

—Está metiendo la segunda marcha. Con todo un mes de antelación. Es un encanto, tu madre. No hay otra como ella.

—¿Dejarás que Arondella venga a la fiesta?

—No menciones el nombre de ese individuo en esta casa —dijo mi padre.

A la mesa, mi madre solía hablar de comida. Cuando iba en coche, su conversación versaba por lo general en torno a los automóviles y la conducción. Mientras hacía punto, hablaba de ropa; mientras barría, de las virtudes de la limpieza; mientras veía la televisión, de ver la televisión.

Cuando se encontraba bien resultaba absorbente, y hacía que nos sintiéramos agradecidos de cada instante que pasábamos junto a ella. Pero rara vez estaba bien. Sus males no seguían patrón alguno, o al menos ninguno que pudiéramos establecer. Cada vez que cedía el mal tiempo alimentábamos esperanzas, y mi padre aplazaba hasta mejor momento el ineludible deber de recurrir a ayuda especializada. No comprendía nada y, en consecuencia, no hacía nada. Mi madre no era una fotografía que se pudiera retocar. No cabía recortar la fotografía para que no saliera el niño lisiado. No era una campaña publicitaria y mi padre, en consecuencia, no sabía qué

hacer con ella. Cuando estaba bien, él habitaba en latitudes definidas por la inteligencia y la gracia de su esposa, al igual que hacíamos amorosamente los demás. El resto del tiempo, nos esforzábamos al máximo por fingir que no se hallaba presente.

Era rubia, dotada de una piel suave y maravillosa y de manos casi musicales. Era bastante menuda. Sus actos, aun los más simples, poseían una delicadeza tan teatral y estudiada que a menudo uno se sentía testigo de los procesos de una niña solitaria. Nacida en Virginia como única hija de un pastor y de la hija de un pastor, había conocido a mi padre durante un viaje que había realizado a Alexandria para visitar a ciertos parientes. A los dos meses, se habían casado. Solía sentirme violento cada vez que les oía relatar cómo habían sido su noviazgo y los primeros años de su matrimonio. Tenía diecisiete años cuando se casaron, y yo nací cinco años después. Me había contado la historia de aquellos años una docena de veces. Parecía considerar mi nacimiento la culminación de una serie de acontecimientos preparatorios casi ceremoniales tanto por su alcance como por su significado.

La iglesia episcopal de Old Holly se llamaba Calvario. Mi madre pasaba mucho tiempo allí. La iglesia había organizado una colecta permanente destinada a los huérfanos de Asia. Mi madre estaba a cargo de Birmania y Corea del Sur. Aunque era genuinamente devota, creo que el concepto de la pasión de Jesucristo le desazonaba. Quizá había sudado demasiado para su gusto. Lo digo sin ánimo de broma. Solía relatarme encantadoras fábulas acerca de Jesús. Tardé mucho en darme cuenta de que se las inventaba. En sus historias, Jesús era un chaval rubio y lleno de energía que ayudaba a su madre en las tareas de la casa y que de vez en cuando realizaba algún que otro milagro estupendo. «Y después de curar al ciego —decía mi madre—, Jesús regresó a la granja y ayudó a su papá a ordeñar las vacas.»

De niño, sentía devoción hacia ella. Pero teníamos nuestras diferencias. La mayor parte de nuestras discusiones no eran sino escaramuzas pedantes, y el perdedor solía intentar arreglar las cosas mediante absurdas muestras de rencor. Un día, estaba yo en el centro del campo jugando a béisbol (a la pelota, como decíamos entonces) cuando la vi aproximarse a mí a través del césped.

—Los niños buenos no se meten el dedo en la nariz —dijo.

—No se meten el dedo en las narices. «Los niños» es un plural, así que «nariz» tiene que ir en plural.

—«Los niños» *son* un plural —repuso ella—. De niña, sacaba notas brillantes en gramática. Y además, tocaba el clavicordio.

Dio media vuelta y se marchó antes de que pudiera decir nada. Reanudamos el partido, y cuando concluyó el *inning* salí trotando y me senté sobre la hierba tras la línea de la primera base. Tommy vino y se sentó junto a mí. Me preguntó qué quería mi madre. Se lo dije.

—Si llega a ser la mía —dijo— la habría mandado a que se la follara un pez.

El dormitorio de mi madre estaba lleno de objetos de su niñez. Sobre el tocador,

reclinadas sobre sus desvaídos colores, las extremidades dolorosamente retorcidas, reposaban varias muñecas de trapo. En el armario había una vajilla de juguete, a la que acompañaban una pequeña casa de muñecas, un oso y un conejo de peluche y seis o siete libros para colorear. Jane y Mary tenían prohibido jugar con cualquiera de aquellas cosas. Había cajitas de música por todas partes.

A veces, su presencia en la casa parecía accidental. Era una de esas personas que aparecen de vez en cuando para desvanecerse en algún paréntesis a media distancia; a veces atisbamos gente así en los parques y en los museos. En ocasiones, cuando caminaba a lo largo del pasillo, la veía desplazarse de una habitación a otra en forma de blanco y fugaz destello de ropa, cabellos y brazos desnudos; al doblar la esquina de la escalera veía primero sus pies, y luego sus rodillas, sus manos, su rostro y el fatigado fulgor de sus ojos. Gustaba de sentarse en el escalón superior. Poseía cierto carácter de aparición. Parecía casi traslúcida, y no había expectativa visual o mental que pudiera prepararme totalmente para los súbitos centelleos de sus idas y venidas.

Cuando estábamos solos en casa, a veces me sentaba con ella en las escaleras. Allí fue donde me habló por primera vez del doctor Weber. Era una tarde de verano, y la casa estaba bañada de luz. A nuestro alrededor, todos los objetos parecían descansar bajo el cálido sopor de siesta de una enorme bestia. Las niñas jugaban al tenis.

—El pastor y el médico constituyen el corazón de toda comunidad —dijo—. Tu bisabuelo por parte de madre, Philip Thatcher, era un magnífico médico rural. Hemos tenido médicos y pastores en la familia prácticamente desde la época de Jamestown. Siempre he tenido un gran respeto hacia los médicos. En mi familia, por encima del médico solo estaba el pastor. Era algo tradicional. Y a ello se debe que el doctor Weber me sorprendiera tanto. El doctor Weber no pertenece a ninguna tradición que yo conozca, y si hay alguien por encima de él lo más probable es que sea un peón de campo. Si te cuento esta historia —y pienso hacerlo, porque algún día te darás cuenta de que la verdadera educación se compone de sobresaltos y de sorpresas desagradables, por lo que voy a contártela— tendré que explicarte primero qué es un examen interno: es un examen de las partes más íntimas de la mujer. No me preguntes por qué, pero tales exámenes resultan necesarios cada cierto tiempo. El doctor Weber me dijo que me quitara la ropa y que me pusiera una bata blanca. Una bata igual que la que te pusiste tú para que te quitaran las amígdalas. Luego me dijo que me tendiera sobre una mesa enorme que tenía una forma rara y me colocó las piernas en unos soportes. A continuación, depositó un almohadón sobre mi vientre para que no pudiera ver lo que estaba haciendo por ahí abajo. Confieso que todo aquello resultaba bastante poco digno. Entonces comenzó a hacer cosas. Me preguntó si me gustaba y yo, por supuesto, le dije que no. Él dijo: «Claro que te gusta, le gusta a todo el mundo, es algo natural; hay que ver qué guapa estás para haber tenido ya tres niños; cómo puede una mujer que ya ha sido tres veces madre resultar tan atractiva; tan joven y tan bonita», decía, ¿te gusta?, claro que te gusta, eres la mujer

más guapa que he visto en mi vida, Ann, y nadie va a enterarse nunca. Me llamó por mi nombre de pila.

Cada vez que veía a mi madre pasearse por la casa con el bote de ambientador sabía que iba a venir el reverendo Potter. Sostenían discusiones informales cada pocas semanas. Ella le conocía desde la época de su niñez en Alexandria. Hablaba a menudo de él. Solía desgranar la letanía de sus virtudes como si hablara de una marca de automóviles que hubiera superado con éxito diversas pruebas de resistencia y bajo consumo. La Escuela de Latín de Boston. Harvard. El Seminario Episcopal Protestante de Alexandria. La Iglesia de la Sagrada Trinidad de Filadelfia. San Bartolomé de Nueva York. El Rectorado de la Iglesia del Calvario en Old Holly. A la resonancia del hombre había que añadir su nombre completo, William Stockbridge Potter; aquel Stockbridge era perfecto: implicaba unas dimensiones y una distinción respetables, y no te defraudaba, ya que se trataba de un tipo voluminoso, cordial y sociable. Así que cuando la veía rociar las habitaciones con lavanda, buscaba una butaca cualquiera del salón y sumergía la cabeza bajo un ejemplar de *La isla del tesoro* o de las crónicas deportivas escogidas de Bill Stern.

—Ann, este té es delicioso. Ya sabes lo cuidadoso que procuro ser a la hora de escoger mis palabras, y afirmo que este té es delicioso.

—¿Qué me dices de la ética judeocristiana? —preguntó ella.

—¿Qué quieres que te diga?

—La vi mencionada en una revista. Le dije a Clinton: «Tengo que preguntarle a William Potter qué piensa de esto.»

—Bien hecho.

—Bien, ¿qué me dices, pues?

—Supongo que se referirá a ciertos elementos comunes de su legado y del nuestro. Supongo que querrá distinguir dichos elementos de los de la ética musulmana, si es que existe tal cosa.

El reverendo Potter tomaba asiento con un esplendor titánico, elegantemente repantigado en la butaca, alzando sus piernas cruzadas a la altura de las rodillas y uniendo ambas manos bajo el labio inferior con las yemas apenas en contacto. A mí me fascinaba la longitud de aquellos dedos y los pequeños sembrados de cabellos grises que crecían por encima y por debajo de las articulaciones de cada uno de ellos. Nunca había visto unos dedos tan alargados ni tan velludos. Sus zapatos negros siempre estaban relucientes. Sus cabellos eran largos y grises. Poseía unos ojos azules y severos, y su voz recordaba los golpes del acero sobre la roca en las entrañas de una profunda cueva. Su imagen y sus palabras me llenaban de temor y de placer. De haberse tratado del cabecilla de una tribu abisinia, no me habría resultado más chocante. A pesar de la belleza de su voz, sin embargo, había algo extraño en su modo de hablar. A menudo, insertaba largas pausas entre las frases, e incluso entre las palabras. En ocasiones, tardaba un minuto entero en responder a las preguntas más sencillas de mi madre. El hecho de escucharle conllevaba una cierta medida de

suspense. Solía imaginar las palabras obstruidas en su garganta y las alentaba silenciosamente para que surgieran. Había veces, durante las pausas más prolongadas, en que la lenta oscilación de su mandíbula y los sonidos indecisos que emitía su laringe le hacían aparecer al borde de un discurso torrencial. Formaba parte de su fascinación. Y cuando por fin hablaba, parecía existir una curiosa disparidad entre los sonidos que pronunciaba y el movimiento de sus labios, como si no llegaran a encajar del todo. Quizá las largas pausas y la expectación resultante creaban una ilusión de desequilibrio, pero a mí me parecían completamente reales entonces. Hasta muchos años después —cuando ya me había incorporado a la cadena— no encontré la expresión que describía perfectamente el modo en que surgían sus palabras de unos labios desconectados: a William Stockbridge Potter le faltaba sincronización.

—¿Y qué hay de la muerte? —preguntó ella.

—Ah.

—No creo que fuera capaz de soportarla. ¿Qué podemos hacer las personas que sentimos miedo de morir? Yo he visto morir a mi padre. Fue un proceso lento y doloroso.

—Esta es una de las cuestiones básicas de nuestro tiempo —dijo él—. Si supiéramos enfrentarnos a la muerte como es debido, no nos resultaría tan pavorosa, ¿verdad? Algunos han citado al célebre boxeador Joe Louis como el que dijo que todos queremos ir al cielo pero que nadie quiere morir. He empleado eso en varios de mis sermones. La risa, ay, es una gran catalizadora. Relaja la tensión y contribuye a despejar la atmósfera. Yo soy un gran defensor del poder de la risa. La gente cree que la Iglesia es monótona y carente de humor. Tonterías.

—Pero ¿qué debemos hacer? —preguntó ella.

—Debemos diseñarnos un plan de muerte.

—Todos estos asuntos de las iglesias tradicionales y las iglesias modernas me parecen tan estúpidos...

—¿Te veré en las vísperas? ¿Con el niño?

—Desde luego.

—Tengo que marcharme.

—La próxima vez quiero que me hable del movimiento de Oxford.

—Me sobra información al respecto. Acabo de leer al gran Alonzo Potter, con quien, dicho sea de paso, no me une parentesco alguno, si bien debo confesar entre tú y yo que la feliz coincidencia de nuestros apellidos es algo que me encanta, aunque en ello asome la serpiente de la vanidad.

—No has probado las galletas.

—Tengo que marcharme, de verdad.

—Y quiero oír más sobre la muerte.

—Te tendré algo preparado —dijo él—. ¿Y bien, quieres que salgamos dando un paseo por el jardín?

—Aquí no hay jardín.

—Ah.

—Despídete, David.

—Tu madre es una mujer muy lista, jovencito. Fue una de las grandes bellezas de Virginia. Y su generosidad para con la Iglesia no conoce límites. Eres un muchacho muy afortunado de ser tan alto y tan esbelto. Tiene tus mismos ojos, Ann. ¿Qué quieres ser cuando seas mayor?

—Soldado —dije yo.

—Se expresa con franqueza. Eso me gusta. Ni sombra de duda en su voz. Un chaval magnífico.

—Compartimos nuestros secretos —dijo ella.

—Bien hecho.

—Adiós —dije yo.

—Soldado —repuso él—. Me gusta. Este jovencito no se anda con rodeos. Yo mismo, de no haberme convertido en ministro del Señor, me habría hecho soldado. No hay tanta diferencia entre lo uno y lo otro, ¿sabes?

Cuando estudiaba en Leighton Gage quería ser conocido con el nombre de Kinch. Tal es el apodo de Stephen Dedalus en *Ulises*, libro que andaba leyendo a la sazón. Pero pronto me enteré de que en Leighton Gage nadie usaba apodos, y que los únicos que existían eran despectivos. Tampoco había equipos de atletismo. No había notas y no había exámenes propiamente dichos. No existían tradiciones. Era una facultad buena pero en cierto modo perezosa, y pienso que lo contrario podría decirse de sus alumnos.

Al principio, trabé amistad con un chico llamado Leonard Zajac, conocido entre los astros del ambiente poético como el Joven Carbúnculo. Dimos varias clases juntos y me impresionaron su nervioso y acelerado sentido del humor, su iconoclastia y el modo que tenía de darle la vuelta a conceptos familiares y de otorgarles un nuevo significado sin por ello dar necesariamente más crédito a su propia versión que a la original. Leonard era un joven gordo y solitario con la nuca atacada por feroces inflamaciones de color rojo violáceo. La gente se dirigía a él tan solo cuando era necesario, e incluso la propia institución trataba de hacer caso omiso de él. Su obesidad, su desdichada complexión y su plomizo atuendo de gueto se antojaban trágicamente fuera de lugar en el elegante entorno del sur de California. Leonard pasaba gran parte del tiempo en la biblioteca. Nos llevábamos bien. Yo sentía que con su ayuda podía llegar a afilar mi intelecto como un escalpelo. Kinch. La hoja del cuchillo. Leonard se mostraba generoso con su tiempo y con sus ideas. No tardé en visualizarle como un brillante satírico y crítico social, como un personaje de swiftiana eminencia, como un fenómeno posrenacentista o como una hoguera en torno a la cual habríamos de agruparnos todos en busca de calor y sabiduría. Con mis dieciocho años, experimentaba cierta atracción por el tipo de vida de Leonard. La obesidad y la crónica aparición de forúnculos eliminan cualquier posible ilusión: acurrúcate en tu

soledad y convierte la biblioteca en tu capilla, en el útero al que acudes en busca de refugio. Y entonces, todo se vino abajo. Leonard me confesó que estaba enamorado de Page Talbot, una muchacha de Kansas de largos cabellos rubios; la clase de mujer que resulta absolutamente electrizante a tres metros de distancia. Al acercarse a ella, no obstante, sus ojos verdes resultaban acuosos y su piel endeble, y la falta de expresión de sus facciones sugería la existencia de un duelo sin fin a cuenta de la muerte de su hámster. Sin embargo, cuando se acercaba a ti o te precedía con ese contoneo apenas perceptible, vestida con unos vaqueros lavados y una camisa azul de campesina, Page te hacía pensar que merecía la pena seguirla de regreso a su Kansas de origen aun a pie, si ello era necesario. Un día, en la biblioteca, Leonard me reveló sus fantasías. Se imaginaba a sí mismo haciéndole el amor bajo el agua, a lomos de un caballo, sobre los pupitres de los profesores y en el interior de las cabinas telefónicas. A continuación, dijo que querría ser como yo; daría cualquier cosa, dijo, por ser como yo: apuesto, atractivo, popular. Su confesión provocó una extraña descompensación en mi equilibrio mental. Aquella noche, visité a Page Talbot en su dormitorio. Me había puesto unos chinos pardos, lo más parecido que encontré a los caquis recién planchados de las Fuerzas Armadas de Norteamérica. Frente al umbral, pensé en Burt Lancaster esperando bajo la lluvia a que Deborah Kerr le abriera la puerta. Mi carrera de intelectual acababa de tocar a su fin.

Durante el primer año de universidad, conocí a Ken Wild. Salía de mi dormitorio una mañana, con retraso para la clase, y cuando bajaba las escaleras, a la altura del segundo piso, oí música, el profundo latido de un saxofón tenor. Me detuve un instante, escuchando, y avancé por el pasillo. El sonido provenía de un tocadiscos puesto, al parecer, a todo volumen. Sentado en el borde de la cama y con los antebrazos apoyados sobre las rodillas había un joven fornido que llevaba levemente el compás con la cabeza. Llevaba unos calzones de boxeo negros y rojos con la marca Everlast impresa a lo largo del elástico. Alzó brevemente la cabeza, desplegó una amplia sonrisa y me ofreció asiento con un gesto de la mano. A eso de los diez minutos, concluyó el disco, y el brazo regresó automáticamente a su soporte.

—Coltrane —dijo.

Wild era un exmarine de Chicago. Pasamos el resto de la mañana escuchando sus discos. Sentí que aquella música había estado presente en mí desde siempre, con sus aromas a humo azulado, sus mañanas parisinas y sus intestinos de gato desparramados por la avenida Lenox. Me halagué pensando —como solemos hacer los blancos— que en alguna parte primitiva de mi ser ardía cierto instinto africano.

Wild y yo nos hicimos amigos desde el primer momento. Discutíamos, bromeábamos, luchábamos a puño abierto y cometíamos las habituales blasfemias universitarias de palabra y obra, empleando como guía el regocijado desafío divino de Buck Mulligan en las primeras páginas de *Ulises*. Aquel era nuestro texto sagrado, y lamentamos no haber tenido grises jesuitas que ensombrecieran nuestra niñez o nos acosaran ahora con mascarillas mortuorias y con la *Summa*.



Ambos escribíamos poesía. Yo disfrutaba estrangulando las palabras e intentando trasladarlas al papel aún con vida, pero cuando fracasaba en lo que había intentado hacer, a veces ya en los comienzos, tampoco me preocupaba demasiado: al fin y al cabo, contaba con mi cámara. Wild, sin embargo, se lanzaba a ello con absoluta entrega, a todo o nada, sin enviar emisarios a parlamentar con el fracaso. Ingresamos en la sociedad poética del centro para luego poder faltar a sus asambleas, revocar nuestra pertenencia y buscarnos una sociedad rival. Pero al final ni nos molestamos.

Solíamos leer antologías, amando y odiando todo talento ferozmente gigantesco. Seleccionábamos y mimábamos las imágenes sueltas, como niños pequeños en la jaula de los leones. Durante aquellas sesiones, Wild acostumbraba a ponerse frenético, pasando las páginas, saltando de un libro a otro y vociferando las frases más beatíficas hasta que uno y otro nos deshacíamos en tormentosas carcajadas ante el gozo y el asombro y la miseria de aquellas líneas. Intentábamos escribir con jazz y con vino. Pero supongo que más me hubiera valido estar en la cama con Wendy Judd.

La gente sueña con el dinero y con el amor. La ambición de Wendy era que la contrataran como figurante para alguna superproducción en Technicolor. No alimentaba ilusiones sobre el estrellato. La fragmentación, el aposentamiento de los mitos en el realismo de sus partes componentes había llegado al Oeste bastante temprano, y Wendy era nativa de California. Se hubiera conformado con asomar el cogote en una película y alzar el puño en medio de una muchedumbre para una escena con la Bastilla. Pasaba mucho tiempo con Simmons St. Jean, quien enseñaba teoría y crítica cinematográficas en Leighton Gage. Simmons solo tenía treinta años o así, pero intentaba parecer hueco y retumbante, como un Montgomery Clift posterior al accidente. Cuidaba su palidez del mismo modo que los demás cultivábamos nuestro bronceado. Al mismo tiempo, intentaba que sus alumnos masculinos supieran que para ser un viejo no se le daban mal las chiquitas. Dado que me había licenciado en cinematografía y que Simmons me consideraba el hombre capaz de disputarle sus honores de semental, habíamos adquirido cierto interés desconfiado el uno en el otro. Abundaba en nuestras discusiones el fuego cruzado de pequeño calibre. Wendy Judd y yo tomamos café con él un día.

—Me tenéis fascinado, chavales —dijo Simmons—. La otra noche —la otra tarde, debería decir— estaba con una de mis alumnas, una chica que se llama Pamela algo, y me tenía prácticamente sobrecogido con su naturalidad y su absoluta falta de provincianismo. Su tranquilo dominio de las propias emociones. Sois todos tan maravillosamente libres y abiertos. Carecéis de los obstáculos que tenía yo en la universidad. Da gusto veros.

—¿Por qué pareces siempre tan cansado y tan molido? —preguntó Wendy—. Y no es que no resulte atractivo...

—Si no os importa, prefiero no hablar de mí. He agotado cualquier esperanza de definir quién o qué soy. Quizá alguna vez, Wendy, si Dave nos lo permite, te contaré la historia de mi vida. Pero por el momento prefiero cien veces escucharos hablar de

vosotros mismos. Uno de los muchos placeres de enseñar en un lugar como este son las conversaciones desinhibidas entre alumnos y profesores. Realmente, no existe nada igual en ninguna parte del país. ¿Qué clase de tesis proyectas hacer este año, Dave?

—Voy a rodarla en el desierto, Simmons. Será prácticamente imagen pura. Con una leve sombra de significado para aquellos que lo ansían.

—Me encanta la imagen. Parece tener en mí un efecto laxante.

—David me ha enseñado lo que hizo el año pasado —dijo Wendy—. ¿No te pareció fabuloso, Simmons, con todos aquellos reflejos y sombras?

—A él no le gustó —dije yo.

—Yo no diría eso, Dave. Tenía sus momentos.

—Dijo que era tímidamente derivativa. Creo recordar que mencionó al primer Kurosawa.

—El Kurosawa prenatal sería más correcto —dijo Simmons—. Me encantaría seguir hablando de este tema, pero tengo una clase dentro de diez minutos. Mis novatos tienden a mostrarse ansiosos si no aparezco a tiempo. La figura paterna y todas esas cosas.

—Yo voy en esa dirección —dijo Wendy.

—Había pensado que podíamos coger el coche e ir juntos al lago —dije yo—. ¿Por qué no vienes con nosotros, Simmons? Nunca te vemos en el lago. Siempre te buscamos, Wendy y yo, pero nunca te vemos.

—Tengo que irme a clase. ¿En qué dirección vas, Wendy?

—Nos vamos al lago —dije yo—. Si no tienes bañador, Simmons, puedes ponerte uno mío.

—Estoy convencido de que tienes bañadores para equipar a una brigada de salvavidas, Dave, pero me temo que tendré que suspender el plan a causa de la lluvia.

—No está lloviendo.

—Te vendría bien un poco de sol —dijo Wendy.

—Tienes que salir por ahí y aprovechar esos rayos, Simmons. Pasas demasiado tiempo a la sombra.

—Me consuelo pensando que en los lugares bien iluminados nunca ocurre nada demasiado interesante.

—Bah —dijo Wendy.

Una vez asegurada la más esencial de las victorias, renuncié a disputarle al perdedor su derecho a la última palabra. Todo el mundo sabe cuánto disfruta la generación anterior salvando la cara.

Aunque en Leighton Gage no había equipos de atletismo, nos tomábamos el deporte probablemente más en serio que cualquier alumnado medio. Sin embargo, jugábamos a otra clase de juegos: individuales, rápidos, peligrosos. Una de las cosas más importantes que puede comprar el dinero es la velocidad. La velocidad y un atisbo de la muerte. Conducíamos motocicletas y coches deportivos en competiciones

informales, montábamos en vehículos de playa por el desierto y organizábamos carreras de motoras en el lago artificial próximo al campus. Varios de los estudiantes tenían avión propio, y si te hacías amigo de ellos podías subir a Los Ángeles para pasar el fin de semana y, en el vuelo de regreso, sondear tus posibles anhelos de una poética muerte temprana. La fuerza que alimentaba aquellas actividades era básicamente espiritual. Se produjeron numerosos heridos, y varias muertes, pero nosotros reaccionábamos ante todo ello de un modo desapasionado y profesional. Eso sí que es algo que el dinero no puede comprar. Pero o lo aprendes o retornas al béisbol.

Page Talbot obtuvo de su padre una pequeña lancha de fibra de vidrio como regalo de cumpleaños, y el tipo se la hizo llevar hasta el lago artificial que se extendía a kilómetro y medio al norte del campus. La pintó de lila y amarillo y pensó en instalar un dormitorio cubierto hasta que alguien se lo quitó de la cabeza. La primera vez que me invitó a navegar (como ella lo llamaba), se desprendió el motor fueraborda, y mientras aguardábamos a que alguien nos remolcara nos entretuvimos bebiendo cerveza y describiendo pequeños círculos a la deriva, bastante satisfechos, imaginando que estábamos a bordo de un *dhow* árabe, navegando perezosamente a través de los cenagales de papiro del Nilo sudanés.

—Anoche me lo hice con Ken Wild —dijo.

—No sabía que os conocíais.

—Es que no nos conocíamos.

—Bueno, pues mejor no me lo cuentes.

—Es realmente majo.

—¿Te he contado que estoy pensando en casarme? El verano pasado conocí a una chica en casa y hemos estado escribiéndonos. Ahora está en Londres, de gira por los epitafios. He estado pensando en pedírselo.

—Francamente, ignoro por qué alguien de tu edad podría querer casarse —dijo Page—. En serio: me parece como llegar al final del camino.

—¿Tú no sientes necesidad de jugar a las casitas?

—Sí, si es una de tres pisos en Montego Bay.

—Háblame de Wild —dije—. ¿Es bueno en la cama? ¿Es mejor que yo? No necesito que me cuentes detalles. Di tan solo sí o no. Es importante.

El Joven Carbúnculo desapareció del campus tres meses antes de graduarse. Nadie sabía adónde había ido. Pensé que quizá su desaparición despertara cierto sentimiento de culpa entre aquellos que habían hecho caso omiso de él o le habían ridiculizado pero, por el contrario, la gente se lo tomó a broma. Decían que se habría marchado al Tíbet en busca de un hombre santo que le curara sus forúnculos; o que andaría vagando por el desierto, delirando, cantando éxitos de los años cuarenta; o que se habría hecho fuerte en el lavabo de caballeros de la biblioteca provisto de una ametralladora, varias cintas de munición y un bote de desodorante en aerosol. Una noche, acudí al dormitorio de Leonard en la esperanza de descubrir alguna pista

acerca de su paradero: un pasaje subrayado en algún libro, un mapa de carreteras o una carta de sus padres. Todo cuanto hallé fue una nota de papel en la que aparecía escrito lo siguiente:

ALGO ME DICE  
QUE ESTA NOCHE SOÑARÉ CON PAPELES DE PERIÓDICO  
ENVUELTOS EN PESCADO.

Leonard Zajac, un hombre como cualquier otro a pesar de su lastimoso contoneo, había pasado cuatro años con nosotros, y el enigma de su huida, producida acaso por un miedo cerval, fue recibido con poco más que una tibia sensación de alivio. Regresó el día siguiente de la entrega de diplomas. Algunos de nosotros aún estábamos en el campus, cargando los coches, ultimando nuestros planes para pasar las vacaciones en los Andes o en las islas Baleares o en una goleta con destino a las Indias orientales. Al cabo de tres meses, tendríamos que comenzar a ganarnos la vida, y aquel último día los diálogos parecían rozar cierto tono de histeria. Merry y yo, que teníamos previsto partir hacia el Este al cabo de una hora aproximadamente, estábamos charlando con unos amigos en el parque cuando Leonard depositó su mano sobre mi hombro y me susurró hola y adiós. Dijo que había venido a recoger sus libros. Había estado viviendo con los indios havasupai de Arizona, dijo, y proyectaba regresar con ellos de inmediato y quedarse allí para siempre. Cuando me preguntó por mis propios planes, tan solo supe encogerme de hombros. Su orgullo había desaparecido, y parecía haber perdido casi veinte kilos. No le presenté a los otros debido a que había olvidado momentáneamente su nombre.

Todo comienza en California. Es como los léxicos de moda de los guetos; tan pronto como Madison Avenue descifra el código, Harlem inventa uno nuevo. Lo mismo sucede con California y Nueva York. Cuando el surf y el nudismo se desplazaron al Este, California entera se atavió de holgados madrás y se encerró en casa para descubrir las comunas. A mí me gustaba aquello, y podría haberme quedado. Pero mi padre vivía en el Este, en la soledad de su casita musical de juguete, e insistía en permanecer allí. Todos tenemos algo que intentamos olvidar. Si somos listos, partimos en dirección a lugares ignotos. Pero mi padre no podía abandonar la casa, y yo no tuve el suficiente sentido común para quedarme en la parte más superficial del continente. Así pues, comencé a nadar.

Big Bob Davidson apareció por primera vez en Old Holly cuando yo tenía dieciocho años; según eso, Jenny tendría entonces veintiuno. Por entonces, Bob trabajaba en Nueva York, pero vino un fin de semana para conocer a la familia. Yo había viajado a casa para pasar el verano y me dedicaba a practicar el golf y el tenis y a navegar un poco. Jane sugirió que pasara algunas horas en compañía de Bob. Que jugara con él al tenis y me lo llevara a tomar unas cervezas. Para que se sintiera bien recibido. Así que cogimos el coche y nos fuimos al club, intentando no mostrarnos demasiado

cortesés el uno con el otro, tanteándonos sin esfuerzo, sondeando nuestros puntos sensibles. Bob parecía un tipo agradable. Era alto y corpulento. Su rostro era de una curiosa tonalidad rosa húmedo, como si hubiera estado lamiéndole un perro, y tenía el cabello rubio y sumamente liso. Llevaba una camisa deportiva por fuera del pantalón, una prenda a cuadros algo desvaída con un lápiz sujeto al bolsillo. Posteriormente, pudimos comprobar que Bob siempre llevaba un lápiz sujeto al bolsillo de la camisa o la chaqueta, y yo, cada vez que le veía, experimentaba la sensación de que iba a sacar una libreta de albaranes e iba a comenzar a anotar un pedido de tres docenas de cortadores de césped.

Nos cambiamos de ropa y empezamos a jugar. Mi juego era mejor que nunca, y decidí que comenzaría de un modo relajado hasta comprobar qué ritmo prefería Bob. Pronto resultó evidente que se había propuesto pulverizarme. Corría por toda la pista, adusto y polvoriento, envuelto en una nube de arcilla y anunciando secamente el tanteo antes de cada saque. Cuanto más se esforzaba, peor le salía. Sus saques eran erráticos, y no poseía un revés digno de mención. Comenzaba a aburrirme cuando vi a mi padre sentado sobre uno de los bancos que bordeaban las pistas. Al concluir el primer set, me hizo señas para que me acercara.

—Acabo de llegar —dijo—. ¿Quién va ganando?

—El primer set ha sido mío.

—¿Qué a qué?

—Creo que seis uno. Es Bob quien lleva la cuenta. Si quieres que te diga la verdad, no me está interesando mucho este partido.

—Bueno, pues intérsate —dijo—. Quiero que le des una paliza. Quiero que le ganes en sets limpios. Quiero volver luego a casa y decirles a todos que no es oponente para ti. Sets limpios. Eso es lo que quiero decirles. El chico le ha ganado con sets limpios.

—¿No te cae bien, papá?

—No es cuestión de si me cae bien o no. Ni siquiera conozco al tipo. Es una cosa de familia. Es cuestión de que se nos mete en casa y de que sabe Dios qué anda ocurriendo entre él y Jane. Dios mío, mírale. Es enorme, el jodido. Podría lastimarla o algo así. Que yo sepa, igual es el tipo más encantador del mundo. Pero no se trata de eso. Es una cosa de familia, chico. Anda, ve a por él. Destrózale.

—Muy bien —dije.

Le gané con sets limpios sin el menor esfuerzo, humillándole, provocándole con golpes suaves como gotas de lluvia que le enviaban de un extremo a otro de la red para luego clavarle un obús junto al oído. Cuando acabamos, mi padre me dio unas palmaditas en la espalda, me frotó el cuello y me felicitó por lo que denominó un enfrentamiento relámpago verdaderamente histórico, una derrota gloriosa. A expensas de aquel intruso se produjo entre nosotros una de esas curiosas efusiones de afecto familiar que resultan tan desconcertantes como irresistibles en la dimensión de su alegría. Le dije a mi padre que apenas me había molestado en sudar, y él se echó a

reír como si aquello fuera lo más gracioso que había oído nunca. Luego, nos dirigimos al vestuario cogidos por los hombros. Big Bob nos precedía como un quitanieves.

Mi padre bebía cerveza irlandesa. Compraba casi todos sus trajes en Inglaterra. Le gustaban los cigarros holandeses y conducía automóviles italianos y británicos. La mayor parte de los libros de su biblioteca trataban del Londres anterior al Gran Incendio y del Oeste Americano previo a Little Bighorn. Sus zapatos estaban fabricados a mano en Londres por una firma que había obtenido un molde de sus pies al día siguiente de que hollaran la capital por primera vez. Aunque no montaba mucho, conservaba en su guarida varias sillas de montar vaqueras, así como una pequeña colección de Winchester 73 y un rifle Sharps del calibre .50” que gustaba de denominar su «escopeta para búfalos». Prefería las cámaras de fabricación alemana y fumaba en pipas danesas que costaban casi doscientos dólares la pieza.

Solía almorzar en el Playboy Club unas dos veces por semana. Más tarde, comenzó a acompañar a sus amigos y clientes a comer en sus clubes: el Harvard, el Princeton, el New York A. C., el Yale o el New York Yacht Club. Mi padre era licenciado por la Universidad de Long Island. Utilizaba una marca de colonia para hombres que se dejaba envejecer en barrica de roble y en cuya fórmula intervenían más de trescientos ingredientes. Entre los automóviles que había poseído en distintos momentos de su vida se incluían un MG, un Jaguar, un Ferrari, un Aston-Martin y un Maserati. Ignoro si confiaba en que la potencia de todos aquellos caballos de vapor neutralizara la maldición que pesaba sobre la proletaria Universidad de Long Island.

—Un hombre tiene que trabajar duro para conseguir doscientos mil dólares —me dijo en cierta ocasión en que viajábamos por las afueras de la ciudad en el Jaguar Mark IX—. Ahorras, trampeas, inviertes... Consigues llegar a una cantidad equis de dólares y si planificas bien y tienes suerte en el mercado puedes comenzar a construir algo para tu familia. Eso es lo que justifica todos los sudores y la corrupción de las democracias: la seguridad de la mujer y de los hijos cuando uno ya no está. ¿Y si a mí me sucediera algo? Tu madre detesta oírme hablar de esto, pero uno tiene que estar preparado para esa clase de contingencias. Esa es tu obligación, en una república libre. Yo mantengo unas nueve pólizas distintas que servirían para cubrir tus necesidades y las de tus hermanas y tu madre si algo me ocurriera. Y podría ocurrirme en cualquier momento, ¿sabes? Un perro podría atravesar ahora mismo la carretera. Das un volantazo y ¡bam! ¿Entiendes lo que quiero decir? El elemento crucial fue el dinero que me dejó mi padre. Eso nos puso en casa. Pero, si no te andas con cuidado, lo único que consigues es una úlcera. Voy a contarte una historia verídica extraída de una de las más prestigiosas revistas científicas del país. Hicieron un experimento con dos monos. Les aplicaban descargas eléctricas cada sesenta segundos. Ahora bien, el primer mono disponía de un botón, y solo con oprimirlo se libraba de las descargas. El segundo mono también tenía un botón, pero el suyo era

completamente inútil. Finalmente, el mono A se aprendió el truco y comenzó a apretar el botón como loco para librarse de la corriente. Entretanto, el mono B se dio cuenta de que su botón no servía para nada y se limitó a rascarse, acurrucado en un rincón, y a aguantar la descarga que llegaba cada minuto. ¿Y qué sucedió luego? Pues que el primer mono desarrolló una úlcera de estómago y la palmó en dos semanas, mientras que el segundo mono, el que se había resignado a las descargas, vivió feliz el resto de sus días. Ese pequeño experimento constituye una lección moral para nuestro tiempo. Demuestra el precio que tienes que pagar para alcanzar un puesto de responsabilidad. Tienes que venir un día a que te enseñe la oficina. Verás allí a sesenta y cinco monos-ejecutivos sollozando al teléfono y meando sangre. Esa es la clase de negocio en la que se mueve tu viejo. Pero no te preocupes por mí, muchacho. Tengo el estómago de hierro fundido y las apuestas me presentan como favorito para superarlo. En el fondo, soy profundamente conservador. Procedo de una larga dinastía de presbiterianos que bebían a escondidas. Mi abuelo era herrero en Sag Harbor. ¿Qué quería decir yo con todo esto?

Una tarde de verano, mi padre regresó del trabajo y contó a la familia lo que había ocurrido en el tren que salía a las 6:17 de la estación Grand Central. Llevaba la camisa y el traje cubiertos de sangre.

—Estábamos todos enfrascados en nuestros periódicos. Mirabas arriba y abajo del vagón y no veías más que periódicos. Vino el revisor y comenzó a picar los billetes. En aquel momento, aún estábamos bajo tierra, y yo estaba a punto de acabar las páginas de Bolsa cuando el tren salió del túnel y comenzó a atravesar Harlem. Fue entonces cuando nos alcanzó el primer pedrusco. Golpeó una ventanilla del lado opuesto del pasillo y comenzaron a volar cristales en todas direcciones. Lo raro del caso es que nadie dijo una palabra. El siguiente se estrelló contra mi costado del tren y la ventanilla situada dos cuerpos antes que la mía saltó en pedazos. Entonces me di cuenta de que estábamos siendo bombardeados por más de un gracioso; miré por la ventanilla y luego por la ventanilla del costado opuesto y ahí estaban, detrás de la verja que se extendía sobre nosotros: chavales portorriqueños, docenas de críos que nos arrojaban piedras como locos. Había una hilera completa a cada lado del tren, y no hacían más que reírse y tirar piedras. Para entonces ya nadie leía el periódico. Estábamos todos demasiado ocupados guareciéndonos debajo de los asientos y, una vez más, lo curioso es que nadie decía nada. Era como si supiéramos que tenía que suceder más pronto o más tarde y que por fin había llegado el momento. Las piedras seguían rebotando sobre los lados del tren y atravesando las ventanillas. Chiquillos. De doce, trece años de edad. Sea como fuere, el bombardeo se interrumpió entonces. Se interrumpió durante unos diez segundos, y ya comenzábamos a incorporarnos cuando sobrevino la siguiente salva. Ahora eran chavales negros, y esta vez sí que pulverizaron el tren. Chavales negros desde los tejados. Saltaron más ventanillas y alguien comenzó a gemir desde el fondo del vagón, un tipo que había recibido una pedrada o se había cortado con los cristales que alfombraban el suelo. Pensamos que

todo había concluido cuando salimos de Harlem. Comenzamos a limpiar los asientos de cristales y unos tipos incluso soltaron un par de observaciones cómicas que nos hicieron reír a todos, aunque en realidad no eran especialmente graciosas. Era una risa nerviosa, si sabéis a qué me refiero. Pero la lluvia de piedras comenzó de nuevo al llegar al sur del Bronx. El Bronx fue una sucesión de ráfagas, una tras otra. Allí, por algún motivo, los chaparrones no eran tan nutridos. Pero fue allí donde quién sabe qué francotirador hispano acertó en mi ventanilla, y un trozo de cristal me alcanzó en la mano. Finalmente, acabó todo cuando llegamos a Woodlawn. A juzgar por el aspecto del interior del tren, parecía que nos había alcanzado un tornado. Había cristales, piedras y periódicos por todas partes. Ninguno de los viajeros mostraba indignación o amargura. Tan solo cierto disgusto. Cuando me bajé del tren, otros tres o cuatro tipos se bajaron conmigo. Fuimos hasta nuestros coches y ninguno de nosotros mencionó siquiera que habían estado a punto de matarnos. Esos pequeños hijos de puta. ¿Qué les habíamos hecho nosotros?

—Trasladaros a vivir a las afueras —dijo mi hermana Mary—. Que pases mañana un buen día en la oficina, papá. Y si decides trabajar hasta tarde y quedarte a pasar la noche en la ciudad, todos lo comprenderemos.

El colegio de Santa Dymphna, situado al sudoeste de New Hampshire, era un lugar agradable en el que educarse. Era tranquilo y pintoresco. Las hojas cambiaban de color en otoño, y había abundante nieve en invierno. Todo el mundo vestía con elegancia. Aquí y allá, algún que otro edificio comenzaba a mostrar síntomas de ruina, pero a nadie parecía preocuparle demasiado: formaba parte de la tradición de las clases altas del Nordeste. El cuerpo docente, en otro tiempo exclusivamente episcopaliano, incluía por entonces bastantes seglares, así como un par de ministros unitarios, un baptista de Duck River y un encantador bedel irlandés llamado Petey que se pasaba la vida desafiando a los novatos a que identificaran por su nombre a los Cuatro Jinetes de Notre Dame. Por su parte, el cuerpo estudiantil se componía casi por completo de jóvenes tan cínicos como antirreligiosos. Mi tutor y consejero, un seglar, se presentó a mis padres en uno de sus días de visita.

—Me llamo Thomas Fearing. Pertenezco al Club de Tenis y al Millbrook Golf, al Rhinebeck Tennis y al Saddle de hípica, al Players de Nueva York, al Nassau de Princeton, al Princeton de Nueva York y al Eclesiástico Social de Millbrook.

—Francamente impresionante —dijo mi padre.

Durante mi tercer año surgió una controversia. En el equipo de baloncesto había un chico llamado Brad Dennis que tenía la costumbre de persignarse antes de lanzar los tiros libres. La madre de Brad Dennis era una católica romana militante y, al parecer, le había dicho no solo que debía hacer la señal de la cruz antes de lanzar los tiros libres sino también que Santa Dymphna era una santa exclusivamente católica y que los episcopalianos, con todo lo agradables y correctos que eran, no tenían el más mínimo derecho a utilizar su nombre para una de sus escuelas preparatorias, por finas



y elegantes que fueran. Brad hizo correr la voz, y como recompensa se ganó unos cintarazos en el culo a manos del deán de disciplina. Ello no sirvió más que para intensificar su fervor y hacerle anhelar un martirio similar al de los primeros cristianos. Brad era como un anarquista suelto en el Pentágono. Distribuía literatura de los Caballeros de Colón y se mostraba dispuesto a debatir con cualquiera de los compañeros de su edad los méritos relativos de las grandes religiones del mundo. Algunos de nosotros nos reuníamos furtivamente en su dormitorio después de que apagarán las luces para oírle perorar acerca de la transmutación de las almas y la infalibilidad del Papa. Resultaba evidente que parte de su entusiasmo iba transmitiéndose al pequeño círculo de discípulos que había ido congregándose en torno suyo. El cuerpo estudiantil comenzó a dividirse en bandos, y cuestiones tales como la libertad de expresión y el derecho a hacer proselitismo no tardaron en convertirse en los principales temas de conversación. Dado que las autoridades académicas sabían poco o nada de las actividades posflageladoras de Brad, aquellos fueron días impregnados de una emocionante sensación de clandestinidad. Muchos se alinearon con Brad simplemente de resultas de su encontronazo con el deán de disciplina, quien era conocido con el sobrenombre de El Hijo de Drácula y al que todos temían y odiaban. Otros parecían interesarse genuinamente por las doctrinas que promulgaba. Sus antagonistas le calificaban de papista, beato, antiintelectual y meapilas. Decidí que había llegado para mí el momento de llegar al fondo de la controversia, y que en ella residía la propia Santa Dymphna. Le pedí a Brad que me dejara uno de sus panfletos. Era una publicación de las Misiones Franciscanas, y sobre su cubierta podía leerse lo siguiente:

SANTA DYMPHNA  
(pronúnciese *dimf-na*)  
PATRONA DE LOS AFLIGIDOS  
POR DESÓRDENES NERVIOSOS  
Y ENFERMEDADES MENTALES  
(«La Santa de los Ataques de Nervios»)

Resultó que Santa Dymphna había nacido en Irlanda, hija única del rey pagano de Oriel. Al morir su madre, el padre de Dymphna decidió tomar una nueva esposa y, finalmente, llegó a la conclusión de que solo existía una mujer digna del puesto: su propia hija. Dymphna, que había recibido el bautismo de manos de un sacerdote de la iglesia, tenía entonces catorce años de edad. Empleando todas sus dotes de persuasión, el Rey describió a su temblorosa hija el proyecto que había concebido. Dymphna buscó refugio en la huida y se instaló finalmente en Bélgica en compañía de su confesor. Los espías, no obstante, dieron con la ruta de los exiliados y la historia concluyó cuando el Rey sacó su espada y decapitó a su única hija. Con el tiempo, numerosas personas con problemas mentales se vieron sanadas gracias a la

intercesión de Santa Dymphna, cuya fama como santa de los desórdenes nerviosos fue extendiéndose gradualmente desde Bélgica a Irlanda y, de allí, a casi todos los rincones del globo.

La historia me fascinó. Me produjo una sensación muy similar a la que habría de experimentar meses después cuando Jane nos leyó los apuntes que había escrito acerca de las religiones primitivas del mundo para la Asociación de Jóvenes Cristianas. Todos aquellos personajes gloriosamente enloquecidos me hacían sentir pequeño y atildado. Incluso el padre de Santa Dymphna me inspiraba simpatía. Le imaginaba con una barba roja, bebiendo aguamiel de un cuerno de carnero y secretamente preocupado por su masculinidad. Regresé a la habitación de Brad Dennis para devolverle el panfleto, en la esperanza de enzarzarme con él en una fogosa discusión sobre la ciencia, la religión y la eternidad. Encontré a Miles Warren con Brad. Miles, que se había convertido al ateísmo dos semanas antes, era el alumno más brillante de Santa Dymphna. Cuando le di el panfleto a Brad y le conté lo mucho que me había gustado la historia de Santa Dymphna, él respondió que me había dado el impreso equivocado. Esto no es más que una cursilada infantiloides, dijo, mientras me alargaba un ejemplar de un librito titulado *Algunos conceptos preliminares de psicología metafísica*.

—Las únicas que se creen esos cuentos infantiles de vírgenes y santas son las Hermanitas de los Pobres —dijo—. El católico moderno es un tipo duro que plantea preguntas penetrantes. Todo puede resumirse en una cuestión de metafísica y principios básicos. Lo que es, es.

—¿Qué me dices de la Inquisición? —preguntó Miles.

—El católico moderno ya no teme a esa pregunta.

—¿Qué me dices de todos esos papas que tenían esposas y amantes? —insistió Miles.

—Hablando retrospectivamente, podemos afirmar que no formaban parte realmente del cuerpo místico de Jesucristo en un sentido doctrinal. Es como las mentiras y las trampas de la General Motors. Siguen haciendo falta coches.

—Si un árbol se desploma en el bosque —dijo Miles— y no hay allí nadie para oírlo caer, ¿hace realmente ruido al golpear el suelo o es el fenómeno del sonido algo contingente que depende de la presencia de alguien o de algo que posea la facultad de oír? ¿Depende lo absoluto de un agente capaz de interpretarlo? ¿O es el absoluto lo que su propio nombre implica? La pregunta es tan vieja como Platón.

—Lo que es, es —repuso Brad.

Lo mejor de la escuela preparatoria era el proceso de uniformado previo a un partido de béisbol o de baloncesto. Me encantaba esa expresión: *uniformado*. Nos sentábamos en los vestuarios y nos preparábamos mentalmente para el juego. Todos habíamos leído cosas acerca de algunos jugadores profesionales de fútbol que experimentan tal tensión antes de empezar que llegan a descomponerse. En nuestro equipo de baloncesto había un chico llamado Rich Higgins que tenía la costumbre de

meterse en el pequeño retrete que había junto a los vestuarios para tratar de vomitar. Nunca pasó de unas cuantas arcadas secas, pero a los demás nos hacía sentir bien el hecho de saber que a uno de nuestros compañeros de equipo le afectaba tanto el inminente encuentro que tenía que ir al baño y meterse los dedos en la garganta. Tan pronto como Rich Higgins regresaba vacío de emociones —ya que no de otra cosa— el entrenador, Emery, exclamaba: «¡Ha llegado el momento! ¡Uniformémonos!» Y todos nos uniformábamos. Era más divertido uniformarse para los partidos de béisbol, ya que había más prendas que ponerse. Brad Dennis era el interbase del equipo de béisbol. Nunca se persignaba como solía hacer en baloncesto pero, nada más salir, acostumbraba a dibujar la señal de la cruz sobre la arena con el bate antes de golpear la pelota. Era el octavo bateador del equipo, lo que desataba débiles protestas por parte de su madre.

Norteamérica, tanto entonces como luego, era un sanatorio de toda clase de estadísticas. Las cuidábamos. Intentábamos comprenderlas. Hacíamos lo posible por que mejoraran. Las cifras eran importantes, ya que, cualesquiera que fueran los temores que pudiéramos haber tenido con relación al descarrío de nuestras mentes, todos ellos se veían alejados en gran medida por la satisfacción de saber con exactitud el modo en que estábamos enloqueciendo, a qué nivel de decibelios, a qué mach de velocidad y bajo qué fuerza de arrastre aerodinámico. Así, se producía una locura transferida, un desdoblamiento, entre las propias cifras y aquellos que las creaban y mimaban. Las necesitábamos enormemente, de eso no cabe duda. Mediante las cifras éramos capaces de camuflar nuestras dudas. Las cifras convertían el día presente en algo soportable, servían de heraldo de los sobrecogedores excesos del futuro y almacenaban con sutil y engañosa configuración nuestros recuerdos, por así decirlo, del pasado. Nos convertían a todos en científicos por naturaleza. Reinara la guerra o la paz, nos afanábamos en el recuento de los cuerpos.

Las cifras tienen menos importancia ahora que ya se han desinventado las máquinas de sumar, las supercalculadoras y los sistemas y subsistemas numéricos. No obstante, mirando atrás, recuerdo cuán importante era para mí el hecho de definir una situación o un período de tiempo con tantas cifras como lograba reunir. Se me antojaban los auténticos ayudas de cámara de la claridad. Si hoy me encontrara en mi lecho de muerte y no supiera en qué fecha vivía, probablemente mis células se resistirían a rendirse. Sin un calendario, un cronómetro o una taza de medidas en la mesilla de noche, me sería imposible saber cómo morir.

Mary conoció a Arondella durante el invierno de mi decimoquinto año. Ello significa que Mary tenía a la sazón diecinueve años. Y significa también que Jane tenía dieciocho, que mi mejor amigo —Tommy— tenía dieciséis, que Kathy Lovell tenía catorce, que mi padre tenía cuarenta y dos y que mi madre tenía treinta y siete. Aquel fue el invierno en el que Tommy y yo llevamos por primera vez a Kathy al club náutico; y fue también el invierno previo al verano durante el cual, con dieciséis

años, vi dos pases consecutivos de *De aquí a la eternidad*, con Burt Lancaster como protagonista. Aquel mismo verano fue el verano de la fiesta.

A excepción de Mary, nadie de la familia se refería jamás a Arondella por otro nombre que su apellido, y aun así con escasa frecuencia. La segunda vez que se vieron fue en Nochebuena. Cuando se hubo marchado para encontrarse con él en algún sitio desconocido, los demás nos sentamos en el salón contemplando el árbol.

—Me pregunto qué edad tiene —dijo Jane—. Mary se niega a contarme nada, por lo que no me sorprendería que fuera mucho mayor que ella.

—No me preocupa tanto su edad como saber de qué manera se gana la vida —dijo mi padre.

—Mary dice que es un mafioso —dije yo.

—Ya, bueno... con Mary nunca sabes cuándo está diciendo la verdad y cuándo está tomándote el pelo. Si es un mafioso, aquí se va a organizar la de Dios es Cristo. Ni muerta va a andar una hija mía con cualquier rufián de tres al cuarto. Le rompería al tío los dos brazos. Esperad y veréis si no lo hago.

—Clinton, tú siempre has sido perro que ladra y no muerde. Di la verdad, cariño, ¿a que es así? Te pasas la vida amenazando con descuartizar a alguien, pero cuando llega el momento mira una a su alrededor y, ¿dónde está Clinton? Oh, mamá, está en su guarida, lustrando las sillas de montar. Jane, te lo juro: si algún día se declara un incendio en esta casa, vete derecha a la guarida y allí estará tu padre, sacándole brillo a las sillas. Fuego, plaga o hambruna, allí estarás, Clinton, lejos del mundanal ruido.

—Abramos los regalos ya de una vez —dijo Jane.

—Creo que deberíamos esperar a que Mary volviera a casa. Esa ha sido siempre la tradición en esta familia y no veo el motivo de alterarla ahora simplemente porque haya perdido temporalmente el juicio. Esperaremos a Mary.

—¿Y si regresa con él? —pregunté yo.

—Tu padre le invitará a marcharse. Existen modos diplomáticos para enfrentarse a esa clase de situaciones. No veo la razón de herir los sentimientos de ese joven.

—¿Y si se niega a marcharse? Si es un mafioso, lo más probable es que no esté acostumbrado a recibir órdenes de nadie. ¿Has visto *Una vida marcada*, Jane? Era con Victor Mature y Richard Conte. Richard Conte hace el papel de gánster, y Victor Mature es un antiguo colega suyo del barrio que se mete a detective.

—¿A eso es a lo que os dedicáis en New Hampshire? —dijo mi padre—. ¿A ir al cine todas las noches? Enviaros a ese colegio me está costando una pequeña fortuna.

Mary no era una chica guapa. Su rostro, sin embargo, poseía una viveza y una inteligencia que neutralizaban su vulgaridad. Leía a sus autores favoritos de diferentes modos, curiosamente apropiados: a Proust, tendida boca arriba; a Faulkner, con bourbon; a O'Casey, con el jersey de cuello vuelto de mi padre. Era una buena nadadora y tenista, aunque a veces parecía advertirse cierto toque de condescendencia en su actitud hacia los deportes: en él era todo tan fácil, de resultados tan previsibles... Trataba a la familia casi del mismo modo que podría tratar su raqueta

de tenis, con áspero afecto y un encantador y desenfadado desprecio. Esto último, no obstante, no era aplicable a mí. A su hermano pequeño. Creo que me quería mucho. Mary acogía con inmensa delectación todo cuanto dijera mi padre. «Papá —solía decir—, eres casi tan gracioso como Eisenhower.» Con todo, mi padre no le inspiraba tanto deleite como perplejidad. Creo que lograba forzarle a cuestionarse la estructura de su propia naturaleza, ya que para él tenía que resultar forzosamente evidente que tan solo la traviesa rebeldía de su propia semilla podía haber producido aquella comedianta descarriada.

Mary y yo estábamos en el ático, jugando a las damas. Caía una lluvia fina. Ella bebía ron seco en un vaso de cerveza y fumaba un cigarrillo como Lauren Bacall, con el frío atractivo de su ritmo soñoliento. Aunque era avanzada la tarde, aún estaba en pijama.

—¿Cómo le conociste? —pregunté.

—Eso sí que es una historia, hermano. Pero no pasa nada por que te la cuente: si no por otro motivo, para anticiparme a una nueva paliza del rey de las damas de Westchester. Tras mi controvertida decisión de dejar el instituto, había un pequeño detalle que seguía importunándome. ¿Qué haría a continuación? Como ahora ya sabemos todos, no quería regresar aquí, pero tampoco me entusiasmaba mucho tener que buscarme un apartamento en la ciudad y proseguir mi carrera como taquígrafa. La sola idea me hacía flaquear las piernas. Lo único que sabía era que tenía que dejar los estudios. Por mucho que la gente hable de su fermento intelectual, Massachusetts no es lugar para recibir una educación. Mi recuerdo más vívido consiste en jóvenes de aspecto formal golpeando sus pipas contra un cenicero, una imagen que me deprime de un modo inexpresable. Estaba harta de todo aquello. Harta de oír las mismas expresiones una y otra vez. Constantemente. Las mismas palabras, las mismas frases, los mismos párrafos. Ya sé que soy hipersensible, pero tenía la impresión de que allá arriba, por lo menos, mi mezquino talento para detectar fallos hallaría la ocasión de marchitarse y morir. Resultó ser una impresión falsa. El lugar y todo su complejo educativo eran demasiado exclusivistas para mí, sobre todo esa especie de fábrica de piruletas a la que tenía el privilegio de asistir. Reinaba una pasión obsesiva por el ritual. Y, por supuesto, nadie aprendía nada. Bonito recuerdo de mierda que me tocará conservar... Nuestro pequeño y democrático club femenino estudiantil conservaba una especie de proceso informal de iniciación en el que participábamos aproximadamente una quinta parte de nosotras. Las demás lo consideraban demasiado impropio de señoritas. Era muy sencillo. Cada vez que una chica nueva se sentaba a cenar en la casa por primera vez, una de nosotras le decía a otra: «Pásame las putas zanahorias, haz el favor.» O algo por el estilo. La respuesta tenía que elaborarse en tono similar, y así solíamos seguir durante toda la cena, soltando las peores obscenidades imaginables pero haciéndolo con cierta cortesía, como si estuviéramos charlando acerca del cultivo de la pita en las Bahamas. Para cuando traían los postres, la recién llegada se encontraba ya en profundo estado de

shock. Me estoy desviando considerablemente del tema, ¿no?

—Arondella —dije.

—¿Quieres un traguito de ron?

—Vale.

—Al final, lo dejé —dijo Mary—. Cogí un taxi hasta la ciudad y me subí al primer autocar que salía para Boston. Allí, cogí otro taxi hasta la estación. Pagué al conductor, me bajé, y allí estaba, sentado, en ese cochazo que tiene de color azul. Peinándose. Hacía una temperatura de cuatro grados, pero él llevaba la capota bajada. Llevaba un chubasquero ligero arremangado hasta arriba. Estaba sentado en el asiento del copiloto. Se guardó el peine y apoyó el brazo derecho sobre la portezuela. Lo tenía flexionado, oprimiendo el bíceps contra la carrocería para que pareciera enorme. Yo luchaba por acarrear dos pesadas maletas, un neceser y el bolso. Y sabía que estaba mirándome. Me dijo «Hola», y yo me detuve y le miré. Resultaba obvio que estaba convencido de ser un don del cielo para las vírgenes de Boston, y me dijo: «te llevo a donde quieras». A cualquier lugar del continente de los Estados Unidos. Dije que a Nueva York. «Anda —dijo—, a ese sitio precisamente me refería.» Ambos sonreímos. Leslie Howard e Ingrid Bergman. Más tarde supe que le habían enviado a Boston para matar a un hombre.

—¿Lo hizo?

—Al tipo lo habían detenido la noche anterior bajo no sé qué cargos relacionados con narcóticos. Terminaron por asesinarle en la cárcel.

—La semana pasada dijo papá que si Arondella está relacionado con la mafia no te dejará volver a verle.

—David, no voy a seguir viviendo mucho tiempo aquí.

—¿Piensas marcharte con él?

—Sí.

—¿Cuándo?

—No lo sé —dijo ella—. Tiene mujer y tres niños. Se trata de una situación delicada, por no decir otra cosa. Toda clase de parientes que ejercen toda clase de presiones.

—¿Qué hace exactamente para la mafia?

—Ir a sitios. Ahora está en Siracusa. Hace viajes de negocios. Así los llama él. Su territorio parece comprender la parte norte del estado y también Nueva Inglaterra.

—¿Mata gente?

—Supongo. Algo así ha venido a decirme. No creo que el viaje a Boston fuera una ocasión especial. Pero hay muchas clases de muerte, David, y yo prefiero esa clase, su clase, antes que la muerte contra la que he estado combatiendo toda mi vida.

—Dame un poco más de ron —dije.

—¿No te encanta cuando llueve así? ¿Todo tan gris y tan tenebroso? Me encantan los días oscuros y fríos. Lo que estamos haciendo es perfecto para un día como hoy. Sentarnos en el ático y beber ron. Se está bien aquí, ¿verdad? Con esos árboles

grisáceos y enclenques ahí fuera y el sonido de la lluvia. Tendríamos que tener música. Algo de órgano resultaría perfecto.

—Iré a buscar la radio.

—Sal de esta casa —dijo—. Sal de aquí tan pronto como puedas. Echa a correr como alma que lleva el diablo, David. Este lugar está maldito, y todos los que viven en él están malditos también. Mamá está muy, muy enferma. Y si desaparece, si termina por dejarnos, intentará llevarte con ella. La conozco, David. Soy la única que la conoce.

Meredith y yo nos casamos a medio camino entre mi primer y mi último año en Leighton Gage. Una semana antes del acontecimiento, recibí una carta de Ken Wild:

Te escribo porque necesito que alguien me diga si estoy vivo o muerto. Hace poco que me lo han preguntado y no he sabido dar con la respuesta. Así que si recibes esta carta, respóndeme en cuanto puedas. De ese modo, sabré que sigo vivo. ¿En serio dices que piensas casarte con doña Productos Lácteos Estadounidenses?

Ando fotosintetizando en los bosques de Michigan. Este verano, mi mayor problema —aparte de la vida y la muerte— es que no tengo clases que evitar. Un hombre siempre debería tener clases que saltarse. He volado hasta aquí en el avión privado de la compañía de mi padre, lleno de directores comarcales de camino a no sé qué refugio de caza en el que iban a llevar a cabo reuniones de negocios y a correrse juergas a base de chistes verdes. Casi una tonelada de carne de cerdo previamente condenada. Cuando estábamos a punto de tomar tierra, uno de los motores se incendió. Lo primero que hice fue apagar el cigarrillo. Creo que eso es lo que llaman serenidad bajo el fuego. Al cabo de un segundo, sin embargo, me sentí a punto de caer en el pánico. Ninguno de los demás parecía inquieto en lo más mínimo. Pensé si no se trataría en realidad de un congreso de maestros de zen. Poco después, aterrizábamos sin ningún problema y me sentí completamente defraudado. Porque aquello no había sido suficiente. Quería haber aterrizado en llamas, con la pista llena de vehículos de emergencia haciendo sonar las sirenas. Quizá puedas comprender esa clase de *pathos*.

A mi lado, Dostoievski permanecía sentado  
recortándose sus cómicas uñas.

Pesco, cazo, escribo mis doloridas líneas. Mi padre quiere que entre a trabajar en su compañía después de licenciarme. Por el momento, todo cuanto tengo que hacer es asegurarle que lo pensaré seriamente. Todo el mundo busca la reafirmación. Es como la moneda que insertan en la realidad. Da igual que la máquina les devuelva algo o no, con tal de que recuperen el dinero. Qué lástima que leas esto con semejante falta de compasión. Diciéndote pobre Wild, qué estúpido, es como todos los demás, no

sabe mear sin apuntar. Estoy escribiendo un poema épico en clave de farsa —no vas a creerte esto—, estoy escribiendo un poema épico en clave de farsa acerca de un muchacho que crece en una manada de lobos en algún lugar de Siberia. Varios editores de prestigio parecen tibiamente interesados.

Escríbeme contándome noticias del archiduque. Dios mío, odio esta clase de cartas. Si tan solo no fuera tan cuerdo... ¡podría escribir poemas del tamaño de catedrales!

Había cogido la carta de Wild y, provisto de papel y lápiz y de tres latas de cerveza, me había dirigido a mi lugar favorito de Old Holly. Se trataba de la ladera que había tras el parque de bomberos, un paraje verde, desprovisto de árboles y siempre íntimo que daba al Oeste, por lo que la hierba iba adquiriendo lentamente un tono verde dorado a medida que el sol describía su arco en dirección a las lejanas colinas. La ladera descendía unos trescientos metros hasta alcanzar una especie de valle menor, una zona yerma llena de peñascos, tocones de árboles y terrenos arañosos como el lecho de un riachuelo desecado. Al otro extremo del valle se elevaba una pequeña colina, y en su cumbre, justamente en la linde del extremo oriental de una gran finca, se extendían unos pastos. Desde la ladera era posible divisar a los caballos moviéndose lentamente, la cabeza gacha, la leve y hermosa curvatura de sus cuellos, ramoneando, desplazándose sobre el fondo de los cerros distantes. O erguidos, allí donde las lomas cedían altura, como si quisieran triscar también de una pradera baja, destacando contra el cielo y el intenso panorama cítrico del sol.

Wild, por supuesto, aún no conocía a Meredith. Doña Productos Lácteos Estadounidenses era un nombre que yo mismo me había inventado, y Wild se limitaba simplemente a repetir mi propio chiste malo. A medida que concluía mi primer año, había adquirido el convencimiento de que le pediría que se casara conmigo. También sabía que (siempre y cuando me aceptara) habríamos de regresar juntos a Leighton Gage para pasar allí mi último año. Mis compañeros de clase, cada vez más mundanos, considerarían a Merry demasiado pura, demasiado ingenua, demasiado inexperta para dejarla suelta fuera de Disneylandia. Por ello, intenté ponerles sobre aviso: una broma aquí, una anécdota allá, una nerviosa pulla de vez en cuando... Y mientras decía aquellas cosas, pensaba a menudo en ella, imaginándola en un parque o una plaza londinenses, sentada en un banco, bajo algún almirante granítico, tan hermosa, cabeceando a la par que las palomas, devolviendo a los niños de los cochecitos sus mismos pucheros, tan bella y tan blanca, con esos senos frugales que eran la salvación del hombre occidental, y enrollando un paraguas amarillo. Pasé algunas noches difíciles adorando mi autoaborrecimiento. Estaba intentando prepararles, eso era todo: desafilar sus ávidos escalpelos. Me castigaba a mí mismo en el lago artificial, imponiéndome largas sesiones de natación submarina de las que ascendía jadeante bajo un cielo que me contemplaba con expresión de



curiosidad a través de sus lentes empañados. Y aun así seguía esforzándome por prepararles. Son cosas que hacen los hombres cuando han orquestado sus vidas al son de la opinión pública. Merry llegó al campus conmigo el otoño siguiente. Todos dijeron que era una chica muy simpática, y siete de nosotros nos dimos en grupo una ducha estilo «manos quietas».

Me puse a escribir a Wild desde la ladera, pero no la mencioné. No hice la menor referencia a aquel flamígero mecanismo ni a la necesidad de crisis de su alma. No dije nada de su poema épico en clave de farsa, que obviamente no era otra cosa que un nuevo sueño escénico. De hecho, tan solo escribí una línea: *No he recibido tu carta*. A continuación, me pasé una hora bebiendo cerveza a pequeños sorbos. Pensé en añadir algo relativo a su anhelo de una menor cordura. Wild estaba sinceramente convencido de que nunca llegaría a ser un gran poeta porque no estaba lo bastante loco. Personalmente, tendía a coincidir con él, pero no me molesté en entrar en el tema. Iba ya por la tercera lata de cerveza, para entonces caliente y sin presión. Se había puesto el sol y era hora de marcharse a casa.

Incluso desde esta distancia, cautivo de la atracción magnética de un siglo inminente, resulta doloroso escribir acerca de ella. La simple tarea de organizar mis pensamientos me ha llevado todo este tiempo. Y aunque creo que me encuentro ya reconciliado con todo, resultará interesante comprobar si soy capaz de plasmarlo clara y abiertamente sobre el papel. O si debo tamizar de humo este o aquel pasaje... del humo que sirve para ocultar el fuego.

Un verano, mi madre compró dos muñecas, una para Jane y otra para Mary. Jane puso ambas sobre su tocador, pero mi madre protestó, por lo que la muñeca de Mary fue a parar a su dormitorio deshabitado. Jane se pasaba la vida tratando de comentar aquellas cosas conmigo. En su confusión, el sonido de las voces le reconfortaba. Para ella era artículo de fe la teoría de que las tragedias podían evitarse o que, al menos, el flujo de su riada incomprensiblemente oscura podía verse detenido por dos personas razonables sentadas en una habitación y charlando del tema. Yo prefería no hablar de ello. Temía menos al silencio que al compromiso de las palabras. Distancia, silencio, oscuridad. En la inmensidad de aquellas cosas, confiaba en poder evadir cualquier necesidad de comprensión y cancelar cualquier posibilidad de explicación. Jane entró en mi cuarto con una tetera y cerró la puerta tras ella.

—¿Qué vamos a hacer? —dijo.

—¿Con qué?

—Ya sabes con qué.

—No hay nada que hacer —dije—. Deberíamos buscar un médico. Algún psiquiatra de Park Avenue. Pero es cosa de papá, ¿no te parece? Quisiera acabar este libro y devolverlo a la biblioteca antes de que cierren.

—¿Qué vamos a hacer con el tema de las muñecas?

—Déjalas donde están y olvídate de ellas.

—¿Qué crees que significa, David?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa? Anda, déjame acabar este libro en paz.

—Puedes acabarlo mañana.

—Mañana me habré pasado de fecha.

—Tiene que tener algo que ver con nuestra niñez —dijo Jane—. Debe de estar intentando compensarnos por algo.

—Seguro. La niñez. Por supuesto.

—Intento recordar si yo tenía muñecas como esta cuando era pequeña. A lo mejor le pedimos una muñeca de esta clase y no nos la compró porque era demasiado cara. Tienen pinta de ser caras. Ojalá estuviera Mary aquí.

—Escucha, ha comprado un par de muñecas. No comprendo a qué viene tanto alboroto. Lo único que puedo decir es que me duele que no me haya comprado nada a mí. Yo quería un camión de bomberos. Pues no hay camión de bomberos para David. David quiere un camión de bomberos. David quiere jugar con Jane y Mary. Pero mamá no le compra juguetes monitos. Jane sale ahora para que David pueda leer un libro. Máchate, Jane. Adiós, Jane, máchate. Mida: se va Jane. Jane está enfadada. Mida qué enfadada está Jane. Jane ha pegado un potazo. Qué niña más mala. Jane se ha ido. Adiós, Jane.

El siguiente mes de abril, en el instituto, me reclamaron al teléfono. Era mi padre. Recuerdo lo que vestía en aquel momento. Llevaba unas playeras de goma blancas, calcetines también blancos, un par de chinos de color aceituna y un viejo jersey de baloncesto de color blanco con la franja, las letras y el número nueve en azul. Mientras hablábamos, estudié intensamente aquellas prendas, como guardando una vigilia de mescalina, y mis ojos escrutaban las inmensas explosiones de belleza que, como es bien sabido, pueden producirse en el torbellino de un grano de tejido.

—Malas noticias —dijo.

—¿De qué se trata?

—Tu madre ha pillado algo malo.

—¿Está enferma? ¿Qué le pasa?

—Creo que se está muriendo, muchacho. Se lo han descubierto demasiado tarde.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Qué?

—¿Qué han descubierto?

—Parece que es cáncer. Pero no quiere ir al hospital.

—¿Cáncer dónde? ¿En qué zona?

—Toma el primer avión que encuentres. Envíame un telegrama y te recogeré en el aeropuerto. Necesitas dinero. Te lo enviaré inmediatamente. Pero, escucha, date prisa si puedes. Hace semanas que debería haberte llamado, pero no era capaz de creerlo. Se está derrumbando todo. ¿Cómo demonios voy a ponerme en contacto con Mary?

—¿Dónde tiene el cáncer?

—Dentro. En las zonas femeninas. Escucha, ¿no podemos hablar de ello más tarde? El médico podrá contarte estas cosas mejor que yo.

—¿Qué médico es?

—Llamé a Weber.

—Mándale a tomar por culo de ahí —dijo—. No quiero a Weber ahí dentro con ella. Busca otro médico. Quien sea. Tan solo quiero a Weber fuera de ahí.

—Es todo culpa mía —dijo—. Lo he hecho todo mal. Debería haberla llevado hace años a que la examinaran. Debería haberla hecho examinar de lo otro. Ahora aparece esto y ya es demasiado tarde. Es curioso, muchacho, pero dijo lo mismo que tú. Dijo que sacáramos de aquí a Weber.

El avión, vagamente oloroso a vómitos infantiles, se remontó sobre las montañas a través de nubes de tormenta hasta abrirse paso a un apacible atardecer azul. Cuando salí del lavabo, un hombre me detuvo para presentarse. Dijo que a su mujer le gustaría tener mi autógrafo. Dijo que me había reconocido y que si sería tan amable de saludarla de regreso a mi asiento. Le dije que su mujer debía de haberme confundido con otra persona. Da lo mismo, dijo él, firme con el nombre que quiera. Y así lo hice, firmé Buster Keaton, y cuando me detuve junto a su asiento ella me cogió la mano y me dijo cuánto se alegraba de conocerme y cuán amable era de interrumpir mi ocupada agenda de vuelo para saludar a una admiradora. Una hora antes de aterrizar, el hombre se acercó a mi sitio y me ofreció un billete de veinte dólares. Durante todo el vuelo, y contra mi voluntad, estuve experimentando visiones mentales de algo creciendo en el útero de mi madre.

El jarrón contenía siete zinnias marchitas. Mi padre me habló en susurros mientras mi madre dormía. Estaba en el cuello del útero. Lo habían descubierto ya avanzado. El médico había querido extirparlo todo. Ella se había negado. Contó a mi padre que lo había sabido desde largo tiempo atrás. Había sufrido hemorragias inexplicables, y aseguró que había sentido cómo aquello se extendía, como una plaga radial, como la peste negra del medievo. Él no había sabido que algo marchaba mal hasta verla derrumbarse. Y ella se había negado a que le extirparan nada. Dios ha sido vencido, dijo. Y nada que nadie pudiera hacer a base de escalpelos y grapas podría cambiar jamás el hecho de aquella derrota. Estaba en mi cuerpo y Le dejé marchar. Era la llama de mi cuerpo y Le apagué. Creo en la Edad Media. Fuego contra las brujas y plagas contra los pecados del mundo. Creo en el Antiguo Egipto. Son cosas que una mujer bellísima y resplandeciente me leyó en un jardín bañado por el sol.

Abrí la ventana. La deliciosa vaharada de abril llenó la estancia, y cuando suspiré hubiérase creído, casi, que algo presente ahí fuera me devolvía el suspiro, algo delirante bajo el viento que agitaba los árboles afanosos, algo terrible entre la hierba, un instante en el que la naturaleza, enlodada de sangre y conformada en ave, se rendía a la violación.

Jane me tocó en el hombro. El reverendo Potter aguardaba en el umbral como un barco en el interior de una botella apoyada sobre la base. Mi padre se agachó para

atarse el cordón del zapato. Oí las campanillas de la furgoneta de los helados.

Y por la mañana me corté al afeitarme. La hemorragia cesó al cabo de siete minutos, y supe que ya podía salir sin temor.

—Era un bicho especial —dijo mi padre—. Sabía cosas que nadie más sabía. Había algo mágico en esa mujer. Yo no creo en demonios, ni en santos, ni en espíritus malignos. Tengo la teoría de que si no puedes ver algo es que no está ahí. Pero cuando tu madre hablaba de estas cosas no resultaba tan fácil mostrarse escéptico. Su propia madre había muerto ahogada cuando ella era una niña pequeña. Quizá aquello la afectó de algún modo. Recordaba cosas que le habían sucedido cuando tan solo tenía dos años. Es posible que simplemente las soñara, pero aunque solo fueran sueños conseguía transmitirlos con una intensa sensación de realidad. Cuando estaba embarazada de Mary, anunció que se trataba de una niña al minuto siguiente de conocer su condición. Decía que era el alma-cometa de su madre. El alma-cometa. Suena a oriental, ¿verdad? Algo en lo que podrían creer los budistas o los hindúes. Algo relacionado con la reencarnación. Ni antes ni después me he encontrado nunca con esa misma expresión. Pero volvamos a Mary. Cuando Mary nació, a quien más se parecía era a mí. Y cuando nació Jane, pareció casi evidente que la rama rubia de la familia se había perdido Dios sabe dónde, por la parte de tu madre, o de la suya. Ann se mostró desolada. Creo que pensó que toda una raza se había desvanecido en quién sabe qué catástrofe genética. Luego naciste tú. Te miró y dijo, ahí está, recién nacido de los mares de Irlanda, como Lycidas. La amé como nunca volveré a amar nada de este mundo. Cuando naciste, se sintió feliz, y no me importó lo que dijera ni lo poco que yo alcanzaba a comprender. Ella era feliz, y eso era lo único que me importaba. Eso, al menos, es algo que te tengo que agradecer.

Contó que se había ido aproximando a la bebida a medida que ella agonizaba. Luego, un día, dejó de beber. Lo cortó de raíz. Dejó de beber, se subió a su Maserati y emprendió el primero de una serie de extraños paseos por las oscuras y angostas carreteras circundantes. Solía ponerse a conducir poco después de medianoche. Ponía el coche a ciento setenta y tomaba las curvas a ciento veinte, rozando el límite, hasta que la delicada presión de su pie sobre el acelerador entraba a formar parte de todo un juego de tiernos equilibrios, con las manos desafiándole desde el volante a aproximarse a las brillantes salpicaduras de los ojos que avanzaban por el carril contrario. Una noche, bajo la lluvia, comenzó a dar vueltas sobre sí mismo y terminó en una zanja. Salió del coche sangrando por la cabeza y regresó caminando al pueblo. Se desvió más de un kilómetro de su camino para atravesar el barrio negro de Old Holly y pasar junto a los barrotes y las viejas casas de madera. Esperaba que saliera un hombre de algún portal y le atacara con un cuchillo. Durante todo aquel tiempo, me dijo, había intentado robar la muerte del cuerpo de su mujer. Confrontándola por sí mismo, conseguiría mantenerla apartada de ella. Y aquella última noche, un hombre salió de un bar y comenzó a seguirle. Mi padre dobló una esquina, apretó los

puños y esperó. Seguía lloviendo, y pudo percibir entre sus labios el sabor a lluvia y a sangre mezcladas. El hombre rodeó la esquina a su vez, se situó frente a él y comenzó a ejecutar un zapateado. Mi padre permaneció donde estaba y el hombre siguió danzando en torno a él, arrastrando lentamente los pies y farfullando una vieja letra de jazz improvisado. Cuando decidió proseguir su camino, el hombre le siguió a varios metros de distancia, brincando y deslizándose con la desenfadada elegancia de los borrachos indómitos. Mi padre retrocedió casi media manzana caminando hacia atrás y vigilando el acercamiento del hombre. Luego, giró velozmente sobre sus talones y echó a correr, pero aún podía oír el zapateado a su espalda, cada vez más mortecino, y la voz más distante, como un gemido fatigado de palabras que le hablaran en una lengua extraña desde la ciénaga o el algodón.

Durante varios años, había considerado a mi padre como el testigo. Ahora, a la muerte de mi madre, se convirtió en algo más que eso. Nuestros lazos de unión se estrecharon y se lanzó sobre mí. Permanecemos allí, sobre la hierba, en compañía de cientos de personas. El esplendor del féretro servía para reconfortar a todos los presentes. Yo los contemplaba y sabía que se sentían orgullosos de ella y de verla sepultada con aquel lujo. Indudablemente, su vida debía de haber constituido un episodio grandioso. Durante un instante, pensé en aquellos kanes de fábula y sus ninfómanas, estrellándose constantemente contra algún árbol de la ruta París-Niza. Casi todos los clichés poseen cierta sustancia, y solemos admirar a esos hombres y mujeres por emplear en morir el mismo ingenio que han demostrado en vivir. El pensamiento se desvaneció rápidamente, y mi madre descendió en su Ferrari plateado, adornado por una única rosa prendida sobre la tapa.

—Nos está mirando —dijo mi padre—. Tú piensas que la pobre está ahí abajo, pero no es así. Ella no. Nos está vigilando. Nos observa para ver qué vamos a hacernos el uno al otro.

A su regreso de Inglaterra, Meredith obtuvo un puesto de secretaria en Manhattan. Un día, tuve que ir al centro para comprarme unos zapatos y nos citamos para comer.

—¿Qué tal marcha el trabajo?

—Me encanta —dijo.

—¿Te has hecho ya al ritmo de las cosas? Supongo que se tarda cierto tiempo. Te has pegado unas buenas vacaciones.

—Nueva York es el lugar más excitante del mundo para trabajar. Londres es divertido para pasear, y Nueva York para trabajar.

—Te he echado de menos —dije yo—. Me imagino que lo notarías en mis cartas.

—Eran cartas bonitas. Muy creativas. No sabes cuánto sentí enterarme de lo de tu madre.

—Te estoy pidiendo que te cases conmigo.

—Yo no soy la que necesitas —dijo ella.

—Dos daiquiris con hielo.

—Necesitas una persona mucho más madura que yo.

—¿Te casarás conmigo?

—No.

—¿Querrás pensarlo, al menos? Me sentiría mucho mejor si al menos lo pensaras. Prométeme aunque solo sea eso. Que lo pensarás durante una semana o así. Volveremos entonces a hablar de ello. Iré a recogerte y nos iremos a algún sitio apacible a hablarlo y a cenar tranquilamente. Conozco el sitio ideal. Está al lado de Westport. Es un paseo agradable en esta época del año. Te gustará. Tienen el mostrador chapado con monedas de medio penique. De auténticos medios peniques ingleses. Cenaremos tranquilamente, charlaremos del tema y luego te llevaré directa a casa.

A Mary le fascinaba el hecho de que Arondella llevara alzas en los zapatos.

El estudio de ingleses desaparecidos prosperaba al llegar la tarde. Los aguardábamos con expectación: los hijos de la calle Bread y la rectoría Aldwinkle. Era el mes de mayo de mi último año en Leighton Gage, y los martes y jueves por la tarde nos sentábamos en aquel reloj de arena con aire acondicionado y nos deleitábamos en nuestra propia y total incomprensión mientras un adjunto nos trazaba cuadros con los poemas de Dryden, Lovelace, Fanshawe y Suckling. Amábamos a aquellos poetas de Penguin tan incomparablemente muertos porque sus líneas albergaban para nosotros menos significado aún que la cara oculta de la luna. No podía haber mejores clases para la tarde: un ejercicio de lenguaje casi puro que no exigía sino una consciencia fraccionada, dado que no existía la menor esperanza de comprender de qué trataban aquellos poemas; y así, amodorrados y sonrientes, felices en nuestra pequeña infancia angelical, confortables en nuestra barcaza del Támesis, cada vez que el eructo supersónico de los reactores experimentales atravesaba el desierto casi aplaudíamos el simbolismo; aunque se tratara de un aplauso trémulo, pues sabíamos que señalaba la muerte de nuestra soñolienta Inglaterra y el comienzo de una nueva mortalidad de la que apenas nos separaban ya unos pocos meses: el comienzo de un nuevo trabajo, el cónyuge, el niño, la mesa, beber, sentarse, agacharse, estremecerse, morir. La tarde era para ciencias políticas o ingleses muertos. Por eso eran tan terribles las tardes de los lunes. El lunes significaba Zen.

Hiroshi Oh era un hombre alarmantemente frágil. En la sala de conferencias solía acomodarse en su butaca cuidadosa y gradualmente, siempre a punto de salir volando, y a continuación sonreía a sus criaturas con expresión desolada. Altos y rubios milwaukees... ¡preparaos para el Zen! Yo siempre disfrutaba con aquella sonrisa inicial. Era la sonrisa del Oriente aburrido, cansado de la verdad, aislado en una calma de isla, indiferente a la occidentalización. La butaca y la mesa del conferenciante se alzaban sobre una plataforma frente a la inmensa sala desinfectada, similar a la cafetería del segundo mejor pabellón de alguna exposición internacional.

Había asientos suficientes para acomodar a doscientos estudiantes, pero tan solo treinta nos habíamos apuntado a las clases del doctor Oh. Nos sentábamos desperdigados, aproximadamente media docena al fondo de la sala y el resto diseminados aquí y allá, tratando de presentar un blanco difícil, algunos buscando camuflaje en las profundidades de nuestros bronceados, acorde con el tono siena tostado de los pupitres. Las paredes eran de vidrio, al igual que el techo bajo; el suelo era de algo que me hacía pensar en grillos aplastados, en toda una civilización de grillos aplastada, cocida y embaldosada en Las Comidas Preparadas de Sara Lee. Era un lugar perfecto para el Zen.

Aquellas tardes de lunes tenían el color de la luz del sol y de viscosos jugos de insectos. El Zen tenía poco en común con los ingleses muertos, y nadie osaba amodorrarse. La alternativa era de sueño profundo o consciencia total. Todos elegíamos el sueño y, sin embargo, parecía eludirnos; parecía mantenerse siempre a unos segundos de distancia, un sueño mágico repleto de las suaves tómporas de la primavera, con nuevos y verdes árboles encaramándose vigilantes contra el viento, con los aromas de la tierra palpitando y el enigma de una mujer provista de pétalos atravesando un puentecillo. Era un sueño perfecto, pero nunca llegaba a descender sobre nosotros. Llenaba la estancia que se extendía ante nuestros ojos y aguardaba en la frontera de todas nuestras mentes. Ansiábamos aquel sueño porque teníamos veinte años y comenzábamos a aprender que no existía lo que llamamos invencibilidad. Queríamos hacer acopio del valor y la esperanza que aún nos restaban y retirarnos a aquel sueño con ellos. La belleza era algo demasiado difícil, y la certeza del Oeste había perecido con el gran jefe Caballo Loco; nos aguardaba toda una vida de pequeñas derrotas. Lo sabíamos, y sabíamos que el sueño era la única tarea en la vida que no disminuye las posibilidades de uno. Pero el sueño perfecto nunca llegaba. Aquellas largas tardes, el sol aguantaba en la ventana y nosotros escuchábamos a Hiroshi Oh mientras hablaba de la necesidad de lavar de nuestros labios la palabra Buda; de extraer agua y recoger combustible, qué milagroso, qué maravilloso; de la inmovilidad del movimiento, de la necesidad de convertirse en bambú; canturreando incansablemente aquellas cosas delicadas, su voz similar a un motor diminuto que propulsara una mariposa, mientras nosotros nos volvíamos en dirección al sol de la ventana y soñábamos con ese sueño que habría de brillar como un despertar. Oh nos asediaba con toneladas de plumas de gorrión; resultaba, efectivamente, maravilloso y milagroso, y olía tan poderosamente a lo viejo y lo inalcanzable que cierta zona oscura de nuestras almas se sublevaba instintivamente. Fue en las clases de Oh donde un alumno llamado Humbro se comió su ejemplar de la *Introducción al Zen* de D. T. Suzuki. Humbro se sentaba a tres plazas de distancia de mí, pero entre él y yo no había nadie. Un día, le vi arrancar una página del libro y comérsela. Pareció disfrutarla. Posteriormente, fue comiéndose unas cuantas páginas más en cada clase. Para primeros de mayo se había comido el libro entero. A Humbro se le reverenciaba como un héroe existencial. Durante el proceso de consumición del libro no realizó el

menor intento por ocultar sus acciones de la mirada del doctor Oh, pero al profesor no pareció importarle; al menos, nunca lo mencionó, y todos pensábamos que debía de aprobarlo en secreto. Uno ha de convertirse en libro si quiere saber lo que un libro contiene.

Llegó el último lunes de mayo, la última semana de aquel último año, con oportunidades profesionales resonando a través del campus, aleteos y graznidos de mortalidad, IBM y General Dynamics, rumores sueltos por la tierra, grandes batientes de tablillas golpeando sobre los dormitorios, amor y béisbol verdaderos, equinoccio de primavera, la luna y la erosión de las mareas, un diplomático de la Boeing señalando el cielo a través de sus lentes de concha. Tan solo cuatro de nosotros nos presentamos al Zen, cuatro de treinta. El doctor Oh nos obsequió con una sonrisa aún más desolada de lo habitual y nos condujo al exterior, a una pequeña arboleda donde a veces nos daba clase al uso medieval, bajo la dubitativa sombra de una palmera. Se sentaba junto a la base del árbol, y nosotros nos acomodábamos en torno a él, sentados con las piernas cruzadas en demanda final de aprobación. Oh hablaba del Vacío. La mente es una caja vacía dentro de otra caja vacía. Con el dedo índice, trazó un signo en el aire, un movimiento con forma de nombre, la línea única y gratificante del círculo. Yo, tendido sobre mi espalda, observaba el desplazamiento del cielo a través de las azules aberturas del árbol. Luego, cerré los ojos y pensé en el sueño. Lo Vacío es lo Lleno. Conviértete en el libro. Conviértete en el bambú. La oscuridad era verde y superficial. Más tarde se volvió negra, acogedora como un espacio profundo, y yo suspiré sonoramente y avancé hacia una nueva galaxia. ¿Qué entendía yo de todo aquello? Un episcopaliano de labios agrietados. Oh canturreaba y tarareaba. Adviértase la paradoja. Caja vacía dentro de caja vacía. Se internó por nuevas paradojas, nuevos conflictos inocentes, nuevas cuestiones de interpretación ante las que los antiguos maestros negaban con la cabeza en señal de desacuerdo. Era costumbre de Oh revelar algún profundo principio de Zen, mostrándonos cuidadosamente las pruebas de su innegable certeza. Parecía disfrutar intentando penetrar en nuestras mentes, aplastándonos con siglos de confusión, como si quisiera decir: «Si los grandes maestros e ilustrados de la Historia no logran hallar una interpretación común, ¿cómo podréis vosotros saber nunca en qué creer, pobres e ingenuos blancos hijos de puta?» Tendido sobre mi espalda en la oscuridad moteada, escuchaba el rumor de agua de su voz e intentaba distinguir los silencios que tan expertamente insertaba entre sus palabras. Despojaos de vuestras anteojeas. Vacíad vuestras mentes. Contemplad la piedra como la contemplan el resto de las piedras. Aquí, fuera, sobre la cálida hierba femenina, la promesa de un sueño inmortal nunca fue tan poderosa. Sentí que abandonaba el universo. Pero las palabras del doctor, perceptibles a siglos de distancia, me traían de vuelta una y otra vez. Lo intenté repetidamente, pero siempre regresaba. Entonces, abrí los ojos y me incorporé para ver a todos mis compañeros tendidos sobre la espalda con los ojos cerrados y los vientres latiendo suavemente, esforzándose por abandonar este plano de existencia.



Oh me miró y con un gesto, con un susurro de los ojos, me indicó que volviera a tumbarme, abajo, hijo mío, esta es tu última oportunidad, mañana llegarán las empresas, nunca volverás a acercarte a este instante, a esta ocasión de capturar el sueño del despertar. Me tendí y cerré los ojos de nuevo. Me pregunté si alguno de los demás lo habría logrado. Estaba allí Humbro, el devorador de Zen, a metro y medio de distancia. Wild no estaba. Wild estaba en el solárium, sonriendo sin duda, evocando la historia del jazz progresista ante alguna chiquilla procedente de climas fríos. La oscuridad se extendió, abriéndose, y supe que en su interior había sitio para mí, pero no logré escapar. Recuerda el *Arizona*. Abrí los ojos y vi que el doctor Oh se ponía en pie, y entonces le oí decir: «De pie, pequeños, de pie.»

Y nos levantamos. Nos reunimos en el solárium y celebramos una encuesta. Nadie, ni uno solo de nosotros, se había dormido. Wild nos dijo que nos prepararíamos. En efecto, llegaban las empresas, provistas de cuadros comparativos y trajes sin hombreras. Puesto en pie, ignorante de los procedimientos formales para la administración de los últimos sacramentos, nos obsequió con una sencilla bendición inidentificable.

—Procedemos de una tradición humanitaria —dijo mi madre—. Uno de mis antepasados intercedió ante el mismísimo presidente Lincoln por los pobres indios desorientados de Minnesota.

—Ann, ¿qué tiene eso que ver con la universidad a la que le enviamos?

—La Universidad de Virginia fue lo suficientemente buena para mis antepasados.

—El chico quiere acudir a ese sitio del Oeste. Déjale que vaya a donde quiera.

—Ya lo he decidido —dije yo—. Definitivamente, quiero ir allí.

—Tu padre y yo llevamos tres años discutiendo entre Princeton y Virginia. De repente, entras tranquilamente en casa y anuncias tu intención de asistir a una facultad de California de la que nadie ha oído hablar. Mary está detrás de todo esto, ¿verdad? Te ha dicho que encuentres el modo de salir de aquí. Pues bien, maldita sea, no pienso permitir que andes suelto a cinco mil kilómetros de casa.

—Tranquilízate, Ann. Ya hablaremos de todo esto mañana.

—Cállate. Callaos todos. Esa pequeña zorra anda detrás de todo esto. Esa putita asquerosa. ¿De quién es? No es mía. No se parece a mí. No piensa como yo. Él sí es mío. Ese chico. Es mío. ¿De quién es Mary, Clinton? Si no es mía, ¿de quién es? Un simple proceso de eliminación nos conduce hasta ti, ¿no te parece? De niña, yo era una gramática brillante. Puedo asegurártelo. Dios. Dios mío. Haz lo que te parezca, David. Al final, ¿a quién le importa? ¿A quién le importa lo que pueda ocurrirle a nadie?

El verano puede resultar letal en una población pequeña, peor aún en cierto modo que los veranos de los barrios bajos o que los húmedos y profundos veranos de los puertos del golfo. Pero no es letal en la medida en que pueden serlo la suciedad o la

desesperación, y tampoco afecta a todos. Hay días, sin embargo, en los que al borde de una tarde dibujada a franjas, entre la inmensidad del tiempo que regresa, la luz del sol parece estar transmitiendo un mensaje terrible a las zonas de sombra. El verano se despliega lentamente, como un silencio alfombrado que cubriera una superficie de acero en expansión, y los días comienzan a rimar mientras la distancia se hincha con los puentes y el calor dobla el aire, y se producen pequeñas grietas en el pavimento; esos días en los que nada parece vivir sobre la tierra salvo las mariposas, las mantis tranquilizadas y la araña que escala la longitud del rastrillo roto y apelmazado de barro que yace en la oscuridad del garaje. Todas las ventanas sugieren un alarido inminente. La amenaza de la historia de las vidas apacibles es que cuando llega el momento, el lento movimiento de apertura de la boca, el sonido que surge habrá de destrozar cualquier cosa que se mueva en varios kilómetros a la redonda. Cuando más grave resulta la amenaza es en verano, en las amplias hileras de sol, cuando los viejos atraviesan los jardines, zumbando como insectos, cuando reposan sentados en el estatismo pintado de gris de los dormitorios de invitados, hojeando revistas que hablan de Siam y de un Zanzíbar desnudo de cintura para arriba, o de pie en los porches, intentando recobrase entre las sombras, o comiendo helado en el *drugstore*, dos solteronas girando sobre sus taburetes bajo los ventiladores detenidos, hasta que llegado el momento todos se separen. No se percibe todos los días, y tan solo algunas personas llegan a notarlo. Quizá no sea tan violento como los barrios bajos, con el alquitrán derritiéndose en los tejados y los chiquillos aullando su odio al paso de los cascos blancos, pero en la estructura y el silencio de sus días rimados el verano de una población pequeña puede llegar a invertir tus emociones con la velocidad de la locura.

Uno lo percibe sobre todo los domingos. Las elegantes iglesias blancas se alzan en bosquesillos iluminados por el sol. Policías que podrían ser tus abuelos, equipados con absurdas pistoleras en torno a la panza, dirigen el escaso tráfico que abandona los aparcamientos de los templos una vez concluido el servicio. Los fieles, húmedos y parpadeantes, descienden los escalones moviéndose con la lentitud y la extrema cautela que siempre exige un entorno nuevo y vasto, y luego atraviesan el césped o se encaminan hacia los estacionamientos en los que parecen flotar sus automóviles sobre la acerada incandescencia azul de la grava. El metal, cálido al tacto; y en el interior, un olor infernal. Los domingos, en las anchas hileras de luz, es como si todo el entumecimiento de la Cristiandad misma se extendiera sobre la tierra. En el fulgor de esos instantes, junto a los hombres ataviados con cuellos almidonados y los pulcros zapatos blancos de las niñas sobre las escalinatas de las iglesias, uno percibe todo el silencio de Lutero, de las excursiones campestres de los baptistas, de los estudiantes de teología jugando a béisbol con pelota blanda, de los papas agachados sobre sus orinales, de los metodistas tremendos conduciendo sus cacharros por los riscos; de las adolescentes chiquillas de Jehová repartiendo sus panfletos, de los arzobispos griegos, de los evangelistas acariciando sus serpientes en las montañas Smokies, de

los calvinistas soplando sus gaitas, de las biblias de Gedeón amarilleando por todo Misuri. Todos, en sus torrentes de silencio, recuerdan descansar el séptimo día.

Mi madre, Jane y yo regresábamos a casa procedentes de la iglesia. Los viandantes se saludaban con la cabeza, sus rostros crispados bajo el resplandor del sol, y se encaminaban por caminos separados hacia sus respectivas calles. Algunos coches pasaban en dirección al lago, atestados de flotadores de caucho y de niños en traje de baño. Doblamos la esquina de nuestra calle y eché a correr. Corrí escaleras arriba y me mudé de ropa, escogiendo las prendas más viejas. Luego llegó mi padre con una bolsa blanca llena de bollos. Aquello se repetía todos los domingos. Abrí la bolsa y, al sacar los bollos, se adhirieron a mis dedos pequeños fragmentos de azúcar en polvo. El café estuvo listo enseguida. Jane no quería huevos con beicon porque hacía ya demasiado calor para consumir un desayuno como es debido. Mi madre se negaba a instalar aire acondicionado en la casa. Nos sentamos todos a comernos nuestros bollos. Comimos en silencio. Después, mi madre dijo no sé qué del desayuno, afirmando que era la comida más importante del día. En Virginia solían tomar cereales calientes, fresas, huevos, jamón y auténtico pan de granja. Acostumbraban a untar el pan con mantequilla y mermelada. Todo el mundo bebía leche fresca en lugar de café. Finalmente, volvimos a guardar silencio. Eran las diez de la mañana.

Salí al porche. Eran tan solo las diez, pero hacía ya tanto calor como a las tres de la tarde. Jane salió y recordó que cuando éramos más jóvenes solíamos sentarnos juntos en el porche para jugar a adivinar de qué marca sería el próximo coche que pasara junto a la casa. Recordó que en cierta ocasión había adivinado la llegada de tres Buicks consecutivos, acertando cada una de las veces. Pero era Mary la que había adivinado los tres Buicks consecutivos. No se lo mencioné a Jane.

Me fui hasta el lago dando un paseo. Bajo los árboles había columpios y piscinas artificiales. Me senté junto al borde de una de ellas y observé a los niños pequeños chapoteando en aquellas aguas superficiales y a los chavales y chavalas de mayor edad empujándose unos a otros para tirarse de la balsa. Los niños llevaban crema en la nariz, y dos de las niñas permanecían sentadas sobre la balsa de espaldas al sol, con los cordones de los bañadores desanudados y colgando sobre los pechos. Me volví y vi a una chiquilla encaramada al escalón superior de la escalera del tobogán. Me aparté de su camino, y ella descendió lenta y torpemente por la rampa de metal. No me apetecía nadar, ni ver cómo lo hacían otros, así que me encaminé a la calle Ridge y me compré una revista en el *drugstore*. La tienda tenía suelos de madera y una fuente de soda. Me sentía en uno de esos solitarios estados de humor que asaltan a los dieciseisañeros cuando se les ocurre que en otras partes del mundo hay jóvenes que se dedican a cazar cóndores desde elevados peñascos blancos y a hacer el amor a mujeres susurrantes nacidas en Singapur. Aun en su aislamiento, es uno de los estados de ánimo más románticos que existen. Uno da largos paseos que son como episodios de una novela francesa. Sientes que estás a punto de experimentar un gran

encuentro, algo que habrá de cambiar el curso de tu vida. Algún viejo jardinero te llevará al ático, tocará el violín como nadie lo había tocado hasta entonces y te revelará el secreto de la existencia. Una mujer morena detendrá junto a ti su nuevo descapotable y, sin decir palabra, se inclinará para abrirte la puerta; te conducirá a México y te desnudará muy lentamente. Era una revista de béisbol. Regresé a casa y la leí sentado en el porche. Los pasajeros de un coche que pasaba me saludaron con la mano. Hacía mucho calor, y para entonces ya nada se movía. Salió mi padre.

—¿A qué hora es la fiesta? —pregunté.

—Empieza a las ocho.

—¿Crees que tendré que vestirme?

—Desde luego.

—Espero que refresque esta noche.

Volvió a entrar. Al cabo de un rato, salió mi madre.

—Tendrás que vestirme —dijo—. No te hagas ilusiones al respecto.

Regresó al interior, y yo leí otro de los artículos de la revista. A continuación, entré yo también. Mi madre estaba en la cocina, absorta en la contemplación de una bandeja de pastas francesas. Me senté en el salón. Se percibía cierta densidad en el ambiente. A través de las ventanas penetraban oleadas de luz, palpitantes de polvo. Había escogido el asiento habitual de mi madre, una enorme mecedora verde. A mis pies había una cesta de costura. ¿Será así como muere la gente?, pensé. Tenía el brazo derecho extendido sobre el espeso tejido floral del reposabrazos, la mano curvada sobre el adorno labrado en la madera, una sección redondeada de rica madera de caoba en forma de garra de león. Mi brazo izquierdo colgaba sobre el costado opuesto de la mecedora. Tenía las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Llevaba unos zapatos marrones, calcetines blancos, pantalones vaqueros y una vieja camiseta de la Armada con las mangas cortadas en sus cuatro quintas partes aproximadamente. No me mecía. Mi estado de ánimo, hasta entonces consistente en un solitario anhelo de viajar, había cambiado, transformándose en una extraña suerte de vacío a la europea. Sentía que podía permanecer allí eternamente, sufriendo. Se me antojaba una actitud valiosa. Permanecer sentado durante años y años hasta que las cosas terminen por reiniciar su órbita en torno a ti, ideas y gentes y guerras, dependiendo su grado de locura y de brillantez de esa fuente de luz que es la inercia humana. Si te mantienes en un mismo lugar durante el tiempo suficiente, acabarán llegando generales y estadistas a preguntarte tu opinión. Quizá aquel vacío no fuera tan europeo como asiático o norteafricano. Pero también parecía europeo, o al menos ruso, sentado en un exilio de largos inviernos lobunos mientras caen los gobiernos y los hombres se ponen en ridículo. Luego, por fin, un aldabonazo sobre la puerta. Nos hemos enterado de que has estado aquí sentado sin hacer nada. Debes de ser un hombre muy sabio. Ven a la capital y ayúdanos a resolver las cosas.

Permanecí sentado en la mecedora de mi madre pensando más o menos en aquellas cosas e intentando ponerme a prueba para no parpadear. Por fin, oí un ruido,

y a medida que su volumen fue incrementándose logré reconocerlo: motocicletas, un sordo rugido de motores en la distancia que ahora se aproximaba, retumbando y traqueteando, y supe que debía de haber más de dos y más de tres. Me dirigí a la ventana y las vi descender calle abajo con un estrépito que parecía rasgarse y separarse bajo los propios neumáticos, descomponiéndose en sonidos más pequeños que morían despedazados bajo las siguientes ruedas y las de más atrás, y conté diez, y hasta doce motocicletas cuyos conductores gritaron algo al pasar, dieciocho ya, e incluso veinte, todos ataviados de negro y plata, los mismos colores de sus aparatos, y pasaron gritando sobre el estruendo de sus máquinas, lanzándonos una vacua maldición o advertencia a través de los jardines desiertos. Al cabo de unos segundos habían desaparecido, y fue como si el pueblo se hubiera visto azotado por un huracán o una plaga. Seguíamos todos de una pieza. Pero ahora, a medida que el silencio iba llenando los huecos que habían dejado aquellas motocicletas errantes, casi pude sentir a todos los hombres y mujeres de la población contemplando aquella calle desde sus ventanas y experimentando una extraña mezcla de añoranza y terror. Seguíamos todos de una pieza. Pero no éramos exactamente las mismas personas que habíamos sido diez segundos antes.

Almorzamos fiambres fríos. En la radio, Mel Allen describía un partido considerablemente reñido, el primero de dos, y decía: hay un montón de sitio, amigos; podéis ver el resto de este partido y todos los que faltan; así que por qué no venís y os traéis a la familia. Luego, Jane comenzó a hablar de un curso sobre religiones primitivas del mundo al que estaba asistiendo. Se celebraba dos veces por semana en la Asociación de Jóvenes Cristianas de una comunidad próxima. Los indios algonquin oían a los muertos cantar como grillos. Los sacerdotes de las islas Fiji solían abstraerse en la contemplación de las barbas de las ballenas hasta sufrir convulsiones. En los funerales de las Fiji, la parte principal de la ceremonia consistía en estrangular a las esposas, los amigos y los esclavos del muerto. Jane subió entonces a su habitación en busca de su libreta de notas. Comimos en silencio. Regresó al cabo de un minuto. Para entonces, Eisenhower pronunciaba por la radio un breve comunicado previamente grabado en el que exhortaba a la gente a financiar las arcas de sus respectivas comunidades locales. Los chinos abren un boquete en el techo para dejar salir el alma en la hora de la muerte. Cuando un guerrero watchandi mata a su primera víctima, el espíritu del muerto penetra en el cuerpo del guerrero y se convierte en su *woorie*, o espíritu alertador; reside junto a su hígado y le avisa del peligro rascándole o haciéndole cosquillas. Los aztecas tenían la costumbre de derramar la sangre de sus víctimas en las bocas de sus ídolos. Los sacerdotes mandingas sostenían a los recién nacidos en sus brazos, les susurraban al oído y escupían tres veces sobre sus rostros. Los ojibwas creían que las hachas y las marmitas tenían alma. Los zulúes tenían un dicho, según el cual un cuerpo disecado no es capaz de distinguir los secretos. Los doctores zulúes se preparaban para el diálogo con los espíritus mediante el ayuno, el sufrimiento y largos paseos en

silencio. Los yakut de Siberia veneraban al oso como a un amado tío. Según los dayak, el alma humana penetra en los troncos de los árboles. Los malos espíritus mantienen contacto sexual con las mujeres samoanas durante la noche, lo que provoca concepciones sobrenaturales. Los nicaragüenses ofrecían sacrificios humanos a Popocatepec arrojando cuerpos en los cráteres de los volcanes. Los aht de la isla de Vancouver consideraban a la luna como el marido y al sol como la esposa. Los mintira temían a un demonio acuático que, dotado de cabeza de perro y boca de cocodrilo, sorbía la sangre de los pulgares y los dedos gordos de los hombres hasta que morían. Para los asirios, la locura era una posesión demoníaca. Cuando un kayan de Borneo moría, sus esclavos eran sacrificados para que pudieran seguirle al otro mundo y satisfacer todas sus necesidades. En primer lugar acudían los parientes femeninos del amo fallecido y herían levemente a los esclavos con sus lanzas; luego, acudían los parientes masculinos y, con las mismas armas, mataban a las víctimas. El alma humana pesa entre 85 y 115 gramos.

—Tanta crueldad, tantas supersticiones... —dijo mi madre.

—La vida tenía poco valor en aquellos tiempos, Ann.

—¿Qué clase de pueblos eran esos? —dijo ella—. Pensad en ellos, viviendo en chozas y cavernas. En el amanecer de los tiempos. Adorando a osos y monos. Millones de almas. Qué insignificantes parecen.

—Sé a qué te refieres —dijo mi padre—. Es casi imposible imaginarse a toda esa gente, matándose unos a otros y orando al sol. Te hace pensar que hagas lo que hagas en tu vida, tampoco tiene mucha diferencia. ¿Por qué íbamos a ser nosotros más importantes que esos primitivos?

—Pues lo somos, Clinton.

—Buenos apuntes, Jane —dije yo.

—Los tomo en taquigrafía y más tarde los paso a limpio —dijo ella—. Es el mejor sistema.

—Es increíble —dijo mi padre—. El modo en que despreciaban la vida humana. Pero, así y todo, eran hombres y mujeres. Aquí estamos, sentados un domingo por la tarde en pleno almuerzo y escuchando el partido de béisbol. Esas personas no podrían resultarnos más lejanas. Pero eran hombres y mujeres. Creían en algo.

—Cuanto más mágica es la raza —dijo mi madre—, más insignificante es el individuo. La magia se sobrepone a todo. En Occidente valoramos desesperadamente la vida humana porque carecemos de magia.

—Dios es magia —dijo Jane.

—No. Dios es lo contrario de la magia. He hablado de todo esto con William Potter. Para él es un tema ajeno. Todos tenemos magia, unos más que otros, pero todo cuanto nos enseñan se halla encaminado a sepultar la magia. Considera lo que estamos comiendo, Clinton. El cuerpo de un animal. ¿Se te ocurre algo más primitivo?

—Pero nosotros no veneramos al animal —dije yo.

—Tan solo porque Dios adoptó la forma humana. ¿Qué ocurriría si hubiera decidido visitar la tierra disfrazado de león? Los primitivos nos parecen insignificantes porque, como dice tu padre, están demasiado remotos en el tiempo y en el credo, pero también por lo insignificantes que ellos mismos eran entre sí. Aquello era la magia. La magia los hacía menos importantes que los animales o planetas que adoraban. La verdad es que no estaban tan lejos de acertar. Yo me quedo con la magia. No estoy segura de si es buena o mala. Pero sé que está ahí.

—Está bien eso, Ann —dijo mi padre—. Eso es muy interesante.

No había nada que hacer. Me pasé la tarde sentado en el porche, inmóvil, pensando en húmedos cuerpos femeninos. Aumentaba el calor. Reinaba una calma casi absoluta. El aire sabía levemente a agua, a una cálida sal que te roía los labios. La atmósfera era pesada. Deseé que lloviera. ¿Es así como muere la gente, contemplando la calle en busca de alguna señal que les diga que el momento ha llegado?; por fin, ponte en pie y actúa, ha llegado nuestra hora, rápido, salgamos a las calles, ahora, granadas y motocicletas, una palabra de advertencia, la sal en los cuerpos húmedos de las mujeres. El doctor Weber avanzaba por la calle. Era un hombrecillo de corta estatura que lucía bigote. El machete es un arma sumamente eficaz, doctor. ¿Le sorprende que hable su idioma? Harvard. Promoción del treinta y cuatro. Llevaba su bolsa en la mano. Vestía un traje oscuro. Tenía una mancha de salsa en la pechera. Esperé a que volviera la mirada hacia el porche y me dirigiera esa sonrisa amarillenta que tan a menudo emplean los médicos y los dentistas, una sonrisa tensa y forzada mientras el dinero cambia de manos, y cuando lo hizo volví la cabeza a un lado y bostecé. Facultativo. Hipocrático. Cabalgué durante el resto de la tarde a lomos de aquel bostezo.

Más tarde, desde la ventana de mi dormitorio, les vi llegar a la fiesta. Los de Old Holly venían en su mayoría a pie. Los que procedían de barrios cercanos o de la ciudad, amigos de mi padre, llegaban en coche o en taxis que habían tomado en la estación. No había un motivo especial para celebrar aquella fiesta, pero para mí era de algún modo una especie de debut. Se había determinado que ya estaba lo bastante crecido para participar en los juegos de los adultos, presumiblemente al margen de las cosas, acariciando un vaso alto de *rum collins* (o algo similar) mientras todos admiraban mis exquisitos modales y me decían cuánto había crecido. Vendrían entre cuarenta y cincuenta personas. Se había dispuesto —me enteré de ello por Jane— que una pareja, los Loomis, trajeran consigo a su hija Amy, que tenía mi misma edad. La propia Jane había invitado a su novio de entonces, John Retley Tucker, predecesor inmediato de Big Bob Davidson en prácticamente todos los sentidos de la palabra. Yo le llamaba Sweatley Retley. A Mary no se le había comunicado la celebración de la fiesta porque nadie sabía dónde estaba.

Llegaron a la caída del sol: los Smith, Bradshaw, Morgan, Hill, Rayburn, Gossage, Pepper, Stevenson, Haliday, Torgeson, Baker, Hunter, Taylor, Collier, Barber y Fisher. Andrew Alexander se presentó al volante de su Packard color

burdeos, un modelo antiguo que, se decía, había pertenecido en otro tiempo a Al Capone o a F. Scott Fitzgerald, dependiendo de quién contara la historia. William Judge y su esposa alzaron la mirada y me vieron. Les devolví el saludo que me dirigieron con la mano y adopté una sonrisa de guardiamarina a la vez humilde y saludable, como debe ser. August Riddle atravesaba el césped paseando. Era el viejo y curtido abogado del pueblo, y de él se decía que sabía más de escrituras y de hipotecas que cualquier otra persona del país. Era soltero. Su despacho solía estar convenientemente atestado, y siempre estaba bebiendo café solo y fumando cigarros largos y delgados. Mary y yo habíamos decidido algún tiempo atrás que los protagonistas de su biografía cinematográfica serían Lee J. Cobb o Paul Muni. Señaló en mi dirección con el cigarro. Hacía una tarde cálida y apacible. Divisé un halcón. Ni rastro de lluvia.

Me puse un traje, una camisa blanca y una corbata. Luego, bajé las escaleras y me dirigí a la cocina. A la asistenta, Justina Simpson, que normalmente acudía cuatro veces por semana, se habían unido con motivo de la fiesta su hija Mae y su cuñado Buford Long, quien habría de encargarse de servir las copas. Cuando vi a Buford organizar su tarea decidí que la barra de un bar no era un mal sitio en el que pasar la vida. Dedicarse a depositar sobre el mostrador grandes jarras de espumosa cerveza destinadas a las voluminosas manos de tiro al plato de viriles novelistas. A agitar la coctelera y a intentar unos pasos de samba para diversión de las señoras. A convertirse en experto de algo. Pregunté a Buford si le gustaba ocuparse del bar, y respondió que el hielo le enfriaba los nudillos y le producía extraños dolores que le restallaban directamente en la cabeza. En ese momento apareció mi madre, urgiéndome a que hiciera acto de presencia. Me quedé un instante más para ver cómo trinchaba Mae el pavo. Llevaba puesto un uniforme blanco. No llevaba combinación, por lo que me era posible distinguir la cara interior de sus muslos a través del blanco tejido de algodón. Entré en el salón.

—¡Pero bueno, si estás más alto que Clyde! —dijo la señora Hunter.

Los Gossage, Henry y Lucy, me sobaron un poco, y yo me puse a hablar con Justin Hill acerca del enfrentamiento entre la Conferencia del Sudeste y las Diez Grandes. Mi padre me pasó un brazo por los hombros y permaneció así unos minutos. Charlábamos con Claire Collier, una mujer alta y atractiva. Hablábamos todos al mismo tiempo. Me acerqué a los Rayburn y a los Taylor y les dije las mismas cosas que acababa de decirle a la señora Collier. Mi madre solía referirse a la señora Collier como «la Collier». Ello parecía implicar la existencia de quién sabe qué escándalo remoto. Yo, por mi parte, era consciente de que Amy Loomis y yo, hasta entonces situados en extremos opuestos de la estancia, nos aproximábamos a una confrontación inminente. Era como si todas aquellas energías que emitían los cuerpos de los cuarenta adultos presentes nos impelieran a enfrentarnos. Amy era una muchacha diminuta. Estaba charlando con Andrew Alexander, quien la escuchaba sin dejar de acariciarse la cabeza. Mi madre me asió por el codo y me presentó a Amy,



aprovechando el más breve silencio para pellizcarme y soltándome tan pronto como se me ocurría algo que decir. Finalmente, Amy y yo nos quedamos solos.

—¿Conoces a Jim Gibson? —me preguntó.

—No, creo que no.

—¿Uno que tiene un catamarán verde llamado *Belleweather*?

—¿Cómo dices que se llama?

—Jim Gibson.

—No le conozco.

—Ese cacharro que tiene vuela. En serio.

—Yo también querría hacerme con uno. Van muy bien.

—¿Conoces a Marty Hammer? —dijo.

—El nombre me resulta familiar.

—¿Uno cuyo padre tiene una yola para la que le dio carta blanca el día en que cumplió dieciséis años? ¿Un bicho de unos diecisiete metros?

—No, no es ese en quien estaba pensando. ¿Tiene un hermano llamado Frank?

—No.

—Entonces no es el mismo —dije.

—¿Conoces a Tim Lerner?

—¿No es el que se ahogó en Peconic Bay el verano pasado?

—El mismo.

—¿Conoces tú a Billy Shaw?

—Conozco a dos Billy Shaw —respondió ella.

Los invitados llenaban sus platos de lonchas de jamón y de pavo e intentaban comer sin sentarse. Hacía mucho calor en la estancia. Los Gossage se unieron a nosotros. Henry me frotó el hombro afectuosamente. Lucy Gossage me cogió de la mano mientras hablaba con Amy. La señora Loomis se acercó en compañía de Tod Morgan y nos preguntó qué tal nos iba. Lucy Gossage alzó mi mano hasta su pecho y siguió acariciándola con la otra mano. Luego vino Ray Smith y emprendió el ritual boxístico que siempre ponía en escena durante nuestros encuentros. Hundió la cabeza en el hombro izquierdo y me lanzó unos cuantos golpes de izquierda y derecha al estómago, acompañando cada uno de ellos de un resoplido. A continuación, se produjo un breve respiro y oímos a la señora Loomis diciéndole a Amy que procurara sonreír de vez en cuando. Luego, todos comenzamos a hablar al mismo tiempo. Jane se detuvo junto a nosotros y nos presentó a su novio. Tod Morgan me alargó algo que definió como «una copa como Dios manda». Era whisky con agua. Me caldeó considerablemente, pero el sabor no me gustó mucho. Sin embargo, tenía la sensación de estar pasándomelo bastante bien. Eran gente agradable. No tenían cicatrices, ni mostraban señales de que les hubieran roto la nariz. Vestían todos más o menos igual. Hablaban de forma parecida y decían las mismas cosas, sin transmitirme lo aburridos o más o menos intercambiables que eran. Yo era, al fin y al cabo, uno más de ellos. No era un extraño en su círculo, y me gustaba sentir sus manos sobre mi cuerpo.

—¿Alguno de vosotros ha visto hoy esas motos? —preguntó Tod Morgan.

La Collier y yo nos retiramos a beber junto a la chimenea, y yo adopté una deslavazada postura de falsa camaradería. Al cabo de un rato, Lucy Gossage me rodeó con el brazo, y Henry, su marido, me contó un chiste verde al oído. Me costó trabajo entender sus palabras. Al cabo, se echó a reír, y supe que el chiste había concluido. Estuvimos ahí, riéndonos, y Henry escrutó mi rostro de cerca en busca de un reconocimiento auténtico, de la certeza de que había comprendido la gracia del chiste. Yo seguí asintiendo, sin dejar de reír. Finalmente, se dio por satisfecho y se marchó.

A August Riddle le colgaba de cada mandíbula una bolsa de carne como una lágrima. Le observé. Amy me hablaba de alguien llamado Austin Healey, el de Bobby Springer. El señor Riddle conversaba con los Stevenson. Encendió el cigarro y, a continuación, apagó la cerilla con una floritura. Dejó caer el fósforo al suelo. Mae entró en la habitación con una bandeja de rodajas de piña. Intenté cruzar la mirada con ella y sonreírle. Amy conversaba con mi pecho. Por lo que a ella se refería, estaba todo decidido. Era algo entre Wellesley y Bryn Mawr. Era pelirroja y tenía unos enormes ojos verdes. Me imaginé a mí mismo en la cama con ella y con su madre. Amy bebía ponche de champán. Nadie parecía borracho, al menos por el momento. Le pregunté si quería salir al porche para estar más fresca, y me dijo que no. Sencillamente, no. Se produjo un silencio terrible que me puso nervioso y me sorprendí a mí mismo preguntándole si no sabría por casualidad cómo habían acabado los Yankees en el segundo tiempo. Compareció entonces mi padre y me estrechó la mano por algún motivo. Luego se fue. Andrew Alexander se había puesto a charlar con Amy. Vosotros, los jóvenes, decía sin cesar. Vosotros, los jóvenes. Se acarició la cabeza. No podía deberse a un intento de conservar el peinado, ya que sus cabellos, recios y espesos, se hallaban cortados al rape. Cada vez que se pasaba la mano por la cabeza hacía girar los ojos en las órbitas. Amy y él hablaban del color beige. Observé sus ojos deslizándose arriba y abajo. Le preguntó a Amy si estábamos prometidos. En ese momento, me excusé y me dirigí a la cocina para ver cómo Buford Long preparaba los cócteles. Sostenía un cigarrillo apagado entre los labios. Sin dejar de verter soda con la derecha, extrajo un sobre de cerillas del bolsillo de la chaqueta con la otra mano, alzó la pestaña con el pulgar y, sirviéndose del índice y del propio pulgar, dobló una cerilla por la mitad y la encendió. Me gustó el modo en que lo hacía. Nunca había visto a nadie hacer algo parecido. También me gustó el hecho de que fuera zurdo. Los zurdos dan la sensación de hacer las cosas con más estilo. Siempre los he envidiado. Warren Spahn, el elegante zurdo del béisbol.

—¿Dónde trabajas normalmente, Buford? ¿Eres camarero en algún bar o algo por el estilo?

—Soy encargado de mantenimiento. Mae y yo vivimos en Manhattan, a la altura de las Veinte Oeste. Tengo seis edificios a mi cargo. Recojo la basura de puerta en puerta y la bajo a la calle. Arreglo todo lo que se les estropea. Saco brillo a las cosas.

—¿Y qué tal? Imagino que debe de ser un trabajo duro.

—Más que duro, es servil. Pero al menos es revelador. Te proporciona pistas acerca de la naturaleza humana. La basura es más reveladora de las personas que la misma convivencia.

—Así que no te importa demasiado.

—Oh, me encanta —dijo.

—¿Varía la basura entre un edificio y otro?

—Ya lo creo que varía. Hay indicios que te lo demuestran. Ni siquiera tienes que verla. Cada vez que ves un espejo partido en el vestíbulo, ya sabes que la basura va a ser una mierda.

—Supongo que debe de resultar gratificante saber que colaboras en mantener limpia la ciudad.

—Me vuelve loco de alegría —dijo Buford.

—Dicen que Sugar Ray Robinson es el mejor boxeador que ha existido jamás.

Mi madre se asomó al umbral para decirme que Amy estaba sola. Salí y me situé junto a ella. Se acercó John Retley. Le pregunté si alguna vez había conocido a mi otra hermana y dijo que Jane nunca le había mencionado la existencia de otra hermana. Se quedó allí, charlando con nosotros, el índice de la mano derecha enganchado entre el cuello de la camisa y el codo. Ello significa que tenía el codo a la altura de la oreja. Advertí que Amy se fijaba en la mancha de sudor bajo su axila. John Retley medía más de uno noventa y pesaba casi cien kilos, y tenía el aspecto de un policía al que le hubiera tocado dirigir el tráfico un domingo por la tarde sin que ello le importara en lo más mínimo. La Collier se acercó nuevamente y yo me separé del grupo para hablar con ella. Iba vestida de beige.

—Quiero decirte algo —dijo—. Ahora ya eres un jovencito y no hay motivo para que no sepas esto. Has crecido hasta completar casi tu estatura definitiva. Tienes cuerpo de hombre y apetitos de hombre. Esto es lo que quiero decir. Las mujeres adoran que las adoren.

—Sí.

—¿Quién es ese tipo que hay detrás de ti?

—John Retley Tucker. El novio de mi hermana Jane.

—Encuentro algo indecente en un hombre con los pulgares tan largos.

Necesitaba aire fresco. Le dije a Amy que iba a salir unos minutos. Dijo que vendría conmigo. La dejé un instante en el porche, entré en busca de un par de copas y las saqué al exterior. No encendí la luz del porche.

—¿Bebes mucho? —preguntó.

—Bebo bastante. Bebo bastante, sí.

—¿Conoces a un chico llamado David Bell? Consume unas cantidades increíbles de alcohol. Lo hace como apuesta y, realmente, lo aguanta muy bien.

—Yo soy David Bell —dije.

—Me he confundido. Quería decir Dick Davis.

—Acto fallido freudiano —dije yo—. Dicen que cuando confundes de ese modo el nombre de alguien es porque esa persona te gusta mucho.

—No te equivoques, majo.

—Solo estaba bromeando.

—Tus padres son muy simpáticos.

—También los tuyos. ¿Te parezco guapo, Amy?

—Menuda pregunta.

—Sé que es una pregunta ambivalente, pero te oí hablar de colores con el viejo Andy Alexander y parece tener buen gusto. Me preguntaba cuál sería tu opinión. Estoy seguro de que a veces te preguntas si la gente te considerará guapa. ¿Te parezco yo guapo?

—Sí —dijo.

—¿Quieres saber si tú me pareces guapa?

—Vale.

—Casi, pero te falta algo —dije—. ¿Qué opinas de Burt Lancaster? En mi opinión, es el más grande de todos los tiempos.

Henry Gossage salió al porche. Aspiró profundamente y a continuación se golpeó el pecho con sus puñitos infantiles. En ese momento, nos vio junto a la barandilla y fingió sorpresa, retrocediendo levemente y alzando los brazos para ponerse en guardia.

—Dos sombras púrpuras en la nieve —cantó. Confié en que no decidiera contarnos otro chiste—. Tenemos a los chavales en el campamento —dijo—. El mayor es abogado. El mediano es camarero, pero también será abogado el año que viene. El pequeño solo tiene doce años, por lo que aún le queda camino por recorrer antes de abandonar la categoría de simple campista.

—¿Qué tal está Hank? —pregunté.

—Es el mayor. Henry Junior. Está bien. Te agradezco que lo preguntes.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Así lo haré. Muy amable por tu parte, muchacho. Muy amable, Dave. Un comentario encantador. ¿Dónde puedo vomitar?

—En el seto —dije yo.

—Está bien. Creo que ya se me ha pasado.

Amy dijo que pensaba que no sería mala idea regresar al interior. Todo el mundo charlaba y comía. En el extremo más alejado de la estancia, Tod Morgan conversaba con la mujer de Peter Fisher. Estaba observando su cara cuando se echó a reír. Sus facciones se estiraban y contraían. Su aspecto era de una fealdad extrema. Imaginé una pequeña explosión en el interior de su cabeza. Estaba riéndose de un modo forzado, exagerándolo, creando la risa como con cerámica, y observé su cabeza estallando a cámara lenta, sus distintas secciones rodando por el aire, la nariz, la oreja, la mandíbula con los dientes inferiores. Atravesé la cocina y salí por la puerta de atrás.

El pequeño porche trasero estaba lleno de botellas vacías. Caminé a lo largo del lindero del bosque dejando atrás a Harris, Torgeson y Weber. Los domicilios de los Harris y los Weber tenían las luces encendidas. Atajé por un jardín y recorrí las cinco manzanas que me separaban de la calle Ridge. El *drugstore* estaba cerrado. Había cuatro o cinco personas en la heladería. Pedí una soda y aguardé a que apareciera Kathy Lovell, pero no se presentó. Estuve a punto de irme a buscarla al cine, pero en vez de ello eché a andar hacia su casa. Finalmente, regresé a la heladería y la llamé desde allí. Al oír la voz de su padre, colgué el auricular. Diez minutos después, estaba en la calle Green. La calle estaba oscura y silenciosa. Comenzaba a soplar algo de brisa. Me situé bajo un olmo y vi a una mujer que planchaba la ropa en una casa de madera. Por la calle no pasaba nadie. Era un domingo por la noche de comienzos de septiembre y mi cuerpo latía de amargura ante la belleza y el ridículo de todos los cuerpos.

Cuando regresé a casa, apenas quedaban unas quince personas. Parecían tener demasiado espacio para moverse. Había copas sin terminar por doquier, y las sillas y los sofás aparecían ahora ocupados. En el suelo yacía una blanca loncha de pavo en la que había impresa una huella. La mayor parte de las mujeres se habían sentado juntas en un extremo de la habitación. Los hombres entraban y salían de la cocina. Para entonces, parecían haberse pasado todos a la cerveza. Atravesé la estancia sonriendo. Subí al piso de arriba y me quité la chaqueta y la corbata. Podía oír voces procedentes del cuarto de Jane. Permanecí completamente inmóvil. Al parecer, Jane estaba enseñándole un álbum de fotos familiares a su novio.

—Esta es mi madre cuando era pequeña —decía—. Ese es su padre, y ese es su tío Jess, que solía escribir poemas y que acabó suicidándose. Esta soy yo de niña. Me sacaron la foto en la avenida West End, donde solíamos vivir. Esta está tomada en Central Park. Esto es Old Holly y este es papá. Esta es la tía Grace en Alexandria. Esta es mamá, de nuevo. Y esta. Y esta. Este es David cuando tenía dos años. Este es papá en su despacho.

—Jane —dijo él—. Jane.

Bajé a la cocina y saqué una cerveza del refrigerador. Harold Torgeson estaba allí, en un rincón, bebiéndose un vaso de leche. Estábamos solos.

—Siempre he querido ser escritor —dijo—. Ahí fuera, en esa habitación, había esta noche treinta o cuarenta historias excelentes. De joven, intenté escribir, pero carecía de constancia. Solía comenzar con un torrente de energía y de buena voluntad que luego se marchitaba y se extinguía. Admitámoslo: he nacido para ser agente de seguros. Pero aun hoy, chico, me sigue reconcomiendo el tema. A veces, me cuesta trabajo quedarme dormido: salgo de la cama, enciendo un cigarrillo y me siento junto a una ventana abierta. En esos momentos, experimento una sensación agrisulce con respecto a mi vida, a lo que he hecho y a lo que no he hecho. Tú eres demasiado joven para comprenderlo. Pero hay algo poético en fumarse un cigarrillo de noche junto a una ventana abierta. El cigarrillo forma parte de todo ello. Fumar un cigarrillo

te trae recuerdos, y uno se limita a permanecer allí sentado, pensando en su vida. Que yo sepa, maté a tres japoneses durante la guerra. Si te cuento todo esto es porque algún día habrá de resultarte útil.

Ray Smith había entrado a mitad del monólogo de Torgeson. Se acercó y le estrechó la mano. A continuación, cogió una cerveza del refrigerador.

—Mi historia comienza en Londres, durante la guerra —dijo—. Había una enfermera llamada Celia Archer.

Otros tres hombres escuchaban desde el umbral de la puerta. Me escurrí entre ellos y me dirigí al salón. Las damas no parecían tener muchas cosas que contarse. A través de la ventana pude ver a mi padre en el porche. William Judge y yo éramos los únicos hombres de aquella habitación. Nadie decía nada. Mi madre mostraba una expresión extraña. Vimos entonces a Jane y a su novio que bajaban por la escalera. Alguien les preguntó qué habían estado haciendo allá arriba y todos nos echamos a reír. La risa fue como una señal esperada por todos. Se pusieron en pie, disponiéndose a marcharse. Mi padre entró y se situó junto a la puerta, intentando disimular su gozo. Mi madre permanecía en el centro de la estancia. Sus manos oscilaban hacia delante y hacia atrás, como si intentara barrer al exterior a todos los presentes. La gente se marchaba, pero muchos regresaban en busca de algo que habían olvidado. Al final, partieron todos definitivamente. Mi padre comenzó a apagar las luces y a cerrar las puertas. Jane ya había regresado al piso de arriba. No tardé en quedarme solo en el salón. Sobre la mesa del buffet alguien se había dejado un vaso casi lleno de algo. Tomé un sorbo, cerré los ojos, me concentré e, incapaz de determinar de qué se trataba, apuré el resto lentamente. Advertí que mi padre no le había dado las buenas noches a nadie. Apagué la luz del vestíbulo y toda la casa quedó a oscuras con excepción de la cocina. Me dirigí hacia ella, pero me detuve al llegar al umbral. Mi madre estaba allí. La puerta del refrigerador estaba abierta. Llevaba puesto tan solo uno de los zapatos. El otro, un zapato negro, descansaba en pie junto a la pared. Sostenía una bandeja de cubitos de hielo en la mano e iba escupiendo en cada uno de los agujeros. Desapareció tras la puerta de la nevera y pude oír cómo devolvía la cubitera a su lugar. Me retiré al oír que la puerta se cerraba. Subí a mi habitación. Cerré la puerta tras de mí tan quedamente como me fue posible. Luego, me quité la camisa y los zapatos y me tendí sobre la cama a sabiendas de que hacía demasiado calor para dormir. Pensé en Harold Torgeson, sentado junto a su ventana abierta y fumando un cigarrillo. Me pregunté cuántas novelas se habría dictado a sí mismo de aquel modo. Al cabo de un largo rato, me sumí en un leve sopor sin sueños que era no tanto un estado mental como una dislocación de los sentidos. De vez en cuando, salía de él durante unos segundos sin saber dónde me hallaba ni si era por la mañana o por la noche. Me perturbaba no saber dónde me encontraba y, no obstante, volvía a sumergirme satisfecho en aquel río, un río que no era profundo ni traicionero, un río compuesto por lenguaje sin pensamiento, pero al cabo de unos segundos, o de lo que parecían ser unos segundos, volvía a salir a la superficie para preguntarme dónde

estaba (aunque nunca, por algún motivo, quién era). Finalmente, me vi completamente despierto. Tenía la mano en la hebilla del cinturón, y advertí que no me había quitado los pantalones. Permanecí allí tendido, sin moverme, consciente de que el sueño se había tornado ya imposible. Agucé el oído, esperando oír coches o trenes, pero no pude distinguir nada. Es maravilloso oír pasar los trenes cuando estás aguardando la llegada del sueño. Imaginé que la novela que Torgeson estaría dictándose a sí mismo en aquel momento sería la clase de novela en la que dos jóvenes amantes oyen un tren en la distancia o en la que un perro ladra desde algún lugar o en la que flotan permanentemente risas sobre el césped del jardín. Me sentía tenso e inquieto. Mi cuerpo estaba despierto, pero no así mi mente. Pensaba en algo, y luego, cuando intentaba retornar a ello, se había desvanecido. No lograba mantener activo un mismo pensamiento. Las cosas no llegaban a conectarse entre sí. Me levanté y miré por la ventana. Luego, bajé al piso inferior. La luz de la cocina seguía encendida, pero mi madre estaba en la despensa. Apenas podía verla. Estaba sentada en un taburete situado junto a la pared desnuda que se extendía frente a la puerta, enmarcada por altas estanterías repletas de botellas, frascos y cajas de cartón.

—Era tan solo cuestión de tiempo —dijo.

—Será mejor que encienda la luz.

Era una bombilla de escasa potencia, y arrojó una luz que se antojaba casi marrón en aquella angosta estancia llena de oscuras jarras. Mi madre se había puesto de pie.

—Lo único que existe es el tiempo. El tiempo es lo único que sucede por sí mismo. Deberíamos aprender a dejarnos llevar por él. La Collier es una estúpida.

Permanecí inmóvil. Me sentía próximo a un instante sobrecogedor. Tras ella, su sombra neutralizaba la mía bajo aquella luz mortecina. Sabía lo que ocurría, y no pensaba molestarme en discutir con los médicos al respecto. Así sea. En su interior anidaba algo astillado y brillante, algo que podría haber sido el resultado del tránsito espiral de mi propio cuerpo. Se había situado ante mí, alzando la mirada, sus manos sobre mis hombros. La sensación de tensión que había experimentado en mi cuarto comenzaba a ceder ante la promesa de una liberación mágica. Iba a suceder. Lo que tuviera que suceder. Se abriría la jaula, el pájaro enloquecido remontaría el vuelo, y yo gritaría con un dolor y un gozo épicos ante la puesta en libertad de un único instante, del comienzo de los tiempos. En ese momento, oí los pies desnudos de mi padre en las escaleras. Eso fue todo.

Nos sentamos en el Aston-Martin sin salir del garaje. Aún quedaban algunos restos de nieve sobre el parabrisas.

—Mi padre se llamaba Harkavy Clinton Bell. A mí me llamaron Clinton Harkavy Bell. Hizo dinero ya en edad avanzada. Tampoco es que no viviéramos con holgura hasta entonces. Pero al principio, antes de hacerse rico, puso siempre su reputación en primer lugar. Me contó la historia docenas de veces. Estaba en un tren de la Union Pacific, en algún lugar entre Omaha y Cheyenne, y viajaba sentado junto a un hombre

llamado McHenry que poseía una fábrica de pijamas llamada Lanerías McHenry. McHenry sacó una botella, y él y mi padre se cogieron una buena moña. Contó a mi padre que estaba al borde de la bancarrota. Y el viejo Harkavy le dijo que lo que necesitaba era una campaña publicitaria con gancho. «Tienes un magnífico apellido americano y no lo estás explotando como debieras. McHenry. Fort McHenry. El lugar en el que Francis Scott Key escribió *Barras y estrellas*.» Y con esas palabras, mi padre saca un lápiz y comienza a trazar un esbozo en el dorso de un enorme sobre de papel manila. Dibuja una escena de batalla, no te lo pierdas, con barcos, cohetes, un fuerte, cientos de tropas y una enorme bandera ondeando sobre las almenas. A continuación, escribe una única línea debajo de la imagen. *McHenry—Los pijamas con barras y estrellas*. Por fin, y esto es lo mejor de todo, le dice a McHenry que lo que tiene que hacer para garantizarse el éxito es coser cuarenta y ocho estrellas en todos los pijamas que fabrique. Y funcionó. Se convirtió en el mayor truco publicitario de la década. Hizo rico a McHenry y famoso a mi padre. Así es como escribían los anuncios en los viejos tiempos, muchacho: borrachos como cubas en un vagón de ferrocarril de la Union Pacific. Me contó la historia docenas de veces. En mi opinión, destila una agradable ingenuidad. Quiero decir, la idea de emborracharte con un extraño. Y la propia campaña. Los pijamas con barras y estrellas. Destila una ingenuidad maravillosa. En los viejos tiempos, uno podía permitirse el lujo de ser ingenuo.

Aproximadamente una semana después de la fiesta, Tommy Valerio y yo nos fuimos a un campo de béisbol abandonado que había en la linde del pueblo. El campo estaba rodeado de bosques. Tan solo quedaban las siluetas desnudas de las bases y el montículo del lanzador, y lo que debiera haber sido la superficie del campo interno aparecía cubierta de hierbajos. Tommy tenía un bate de entrenamiento largo y estrecho, y nos turnamos tirándonos pelotas el uno al otro. Hacía un día fresco para septiembre, con el cielo generosamente azul. Un buen día para el juego, realmente, y yo me dediqué a recorrer el campo exterior atrapando distraídamente la pelota, encogiéndome el hombro y golpeando el guante dos veces al estilo de Willie Mays mientras trataba de acostumbrarme al repentino cambio de estación. No lamentaba la desaparición del verano, porque el otoño había pintado los campos de New Hampshire de oro y vino y también porque pronto iría a cursar mi último año a Santa Dymphna, por cuyas grises veredas podría pasear ataviado con mi abrigo sport de lana tweed. Sin embargo, algo estaba tocando a su fin; no solo el verano sino también algo así como el concepto de mi identidad, el tiempo que ocupaba como ocupaba el espacio, esa época íntima en la que uno se mueve y piensa y conoce las preguntas. El tiempo se había visto deformado, y yo volvía la vista hacia la semana anterior y no lograba encontrarme. Hasta algunos años después, durante mi período de hombre de negocios, no comencé a resistirme a aquella desaparición y a no entregar nada a Jennifer Fine por miedo a que luego no quedara nada para mí. Me deslicé de nuevo



hasta la linde del bosque y atrapé un tiro alto y largo.

—¡Cambiamos! —gritó Tommy.

—Sigue pegándole —repuse yo—. Quiero cazar unas cuantas más.

Permanecí allí largo rato. Tommy se cansaba de blandir el bate, y yo no hacía más que decirle que pegara unas cuantas más, tan solo unas cuantas más. No quería detenerme. La bola se elevaba desde el bate, a mis oídos llegaba el ligero chasquido del golpe y la veía remontarse por aquel cielo sin nubes hasta casi desaparecer, negra al alcanzar el apogeo para luego descender blanca y maltrecha, una vieja pelota tiznada de verde por la hierba. Comencé a jugar en serio. Mientras Tommy balanceaba el bate yo me agachaba con la mano enguantada caída a lo largo del costado y la otra apoyada en la rodilla. Al elevarse la pelota, me ponía rápidamente en movimiento, estudiando tan solo el primer segundo de su trayectoria, y a continuación, la cabeza hundida entre los hombros, echaba a correr en dirección al punto en el que sabía que habría de aterrizar, el punto señalado por el recuerdo de aquel primer segundo y el conocimiento del viento, de la potencia de Tommy y del chasquido de la pelota contra el bate. Una vez atrapada, la devolvía con toda la fuerza y puntería que me era posible, como si tuviera a un corredor en tercera base. Entonces Tommy dejaba que la pelota rebotara sobre la valla trasera semidesplomada. Así seguimos. Yo no era nadie. Yo era instinto y velocidad, y una memoria que apenas se remontaba a unos pocos segundos. Eso era todo. Podría haber seguido igual el resto del día. Pero Tommy, exhausto, terminó por interrumpir el juego. Me marché a casa, engrasé el guante y lo guardé bien protegido para pasar el invierno.

Aquella noche, abandoné mi dormitorio y me dirigí escaleras abajo. Al pasar junto a la habitación de Mary vi allí a mi madre, diminuta y azul, como un signo de interrogación enroscado sobre la cama. Bajé y me senté en la mecedora durante un rato. Oí que mi padre me llamaba y bajé por la escalera del sótano.

Jane estaba sentada en una silla plegable, comiéndose una manzana. Mi padre me dirigió una indicación con la cabeza y yo apagué la luz y me senté junto a Jane. El primer anuncio duraba veinte segundos. Se veía una casa, de noche, en una tranquila calle de las afueras. En su interior, un hombre y una mujer mantenían una discusión. Una muchacha adolescente se inclinaba hacia el televisor, escuchándoles. Proporcionaba una imagen muy acogedora. Luego, desaparecía para regresar al cabo de unos instantes con una pequeña botella de algo. El hombre y la mujer contemplaban la botella, se abrazaban y empezaban a cantar. El anuncio siguiente duraba un minuto. Un niño de gruesas gafas se ejercitaba al piano. Tras él podía verse un palo de hockey apoyado contra la pared. Se oían a lo lejos los gritos y las risas de otros niños de su misma edad. El niño se ponía en pie, asía el palo y echaba a correr hacia la puerta. Aparecía una mujer procedente de la habitación contigua. Sostenía un cepillo de dientes en la mano. Echaba a correr tras el niño, gritando y blandiendo el cepillo en el aire. El niño abría la puerta y tropezaba. Caía por los escalones y quedaba tendido sobre el sendero de piedra, inmóvil. Los lentes se habían roto.

Manaba la sangre de un profundo corte situado precisamente encima del puente de la nariz. Parecía hallarse inconsciente. Era una noche preciosa; fresca y diáfana, casi otoñal. El viento soplaba sobre la hierba junto al elevado ventanuco del sótano. El cielo aullaba de estrellas. Pensé en viejos tocando el violín y en mujeres conduciéndome hasta México en descapotables blancos.

## TERCERA PARTE

Al adelantarles en la carretera, camino de sus propios límites interiores, no resultaba difícil obtener la inspiración necesaria para forzar la alteración de una célebre primera frase. Era el peor de los tiempos, era el peor de los tiempos<sup>[2]</sup>. Viajaban a pie, en automóviles nuevos y viejos, en grupos de motocicletas, en camiones, autobuses y caravanas, los jóvenes y los muy jóvenes, alejándose de sus urbes medievales, de sus pétreas ciudadelas elevadas de plaga y corrupción, no desprovista su huida de esperanza, aún no frenética su búsqueda, los perdidos, los hallados, los sin nombre, los brillantes, los pasmados, los aturcidos y los simplemente fatigados, gritando todos su sincero amor por el campo a lo largo de la blanca línea quebrada, los rostros perdidos bajo el cabello y la incredulidad, el percusionista, el místico, el fascista, un rostro femenino oteando de vez en cuando por la ventanilla trasera, con una breve canción pacifista resonando en la parte trasera de su cabeza.

Nos aproximábamos al final de la primera semana, y seguíamos decididos a no desviarnos ni un instante más allá de las fronteras de nuestra tierra natal, evitando cuidadosamente todos aquellos lagos similares a huellas y el espectro inocente de Canadá. Sullivan dormía en la parte delantera, encaramada al receptáculo que se extendía sobre la cabina de conducción. Pike se ocupaba de casi todas las labores de cocina. Brand conducía la mayor parte del tiempo. Yo gritaba y leía en voz alta los mapas de carreteras.

Durante todo el camino nos había acompañado la radio portátil de alta fidelidad, tres antenas y sintonía marítima de Sullivan, una borrasca interminable de lenguaje infantil de pinchadiscos, de anuncios para la muerte y de música folk religiosa. A medida que conducíamos a través de nudos laberínticos y dejábamos atrás malsanos pueblos grisáceos percibí que reinaba por doquier la armonía, con la tierra estupefacta alimentando las convulsiones de la radio, cada hectárea de noche repleta a reventar de unidad cinética, y una lógica que iba más allá del delirio.

Cuando llovía, Sullivan se ponía su vieja trinchera sin botones aunque estuviéramos en el interior de la caravana. Qué viaje tan misterioso y sacramental, pensaba yo, ignorantes de nuestra situación la mayor parte del tiempo y dependientes de Pike para que nos llevara de un lugar a otro. Cada vez que veía un río, pensaba que era el Misisipi. Todos los empleados de gasolinera con los que hablábamos se llamaban Earl.

Grabé muchas de nuestras conversaciones.

—Este inmenso país azul y bostezante... —dijo Brand un día a primera hora de la tarde mientras consumíamos unos emparedados—. Me dan ganas de mearme en todos los árboles, bajar rodando por las laderas, perseguir a los conejos, trepar a los tejados y crucificarme en las antenas de televisión. Quiero gritar hola vecino a todos aquellos que nos encontramos. Es precioso. Es demasiado. Tío, es un desmadre. Es el

país más extraño, más salvaje y más disparatado de la historia. Davy, mantenme controlado.

—Háblanos de tu novela —dijo Sullivan.

—Los escritores jamás hablan de sus obras en curso —dije yo—. ¿No es cierto, Bobby? Destruye la necesaria tensión. Si hablaran de ellas, ya no tendrían que escribirlas. Esencialmente, puede decirse que la gente escribe para romper la tensión. ¿Verdad, Brand? Si la tensión creativa se quiebra antes de tiempo, uno pierde la motivación original. Me sorprende esa petición viniendo de ti, Sully. De ti, precisamente.

—Trata de un hombre que se convierte en mujer —dijo Brand—. Anteriormente, ha sido presidente de los Estados Unidos. Ha completado sus dos mandatos, pero aún es muy popular, y siempre está pronunciando conferencias en importantes banquetes. Al mismo tiempo, está transformándose en mujer. Empiezan a desarrollársele los pechos y sus genitales se encogen. Su voz va tornándose aguda y amariconada. Lleva ligero a causa de la secreta excitación que ello le produce. El expresidente es un WASP. Blanco, anglosajón y protestante. Pero el nuevo presidente es un negro. Es un personaje inspirado en Sonny Liston<sup>[3]</sup>. Es muy alegre y muy seductor. Se droga todas las noches y se lo hace con todas las esposas e hijas de los senadores sureños, e incluso con algunos de los propios senadores. Tendrá más de mil páginas. Se titula *Coitus Interruptus*. El tema puede ser el que prefieras, porque lo que importan son las apariencias, tío. Este país va a vomitar sangre cuando lo lea.

—Quería comentar una idea que tengo para una película —dije yo.

—Somos todo oídos —dijo Pike.

—Estoy pensando en realizar una película larga y embrollada, de estilo autobiográfico, parte de la cual me gustaría rodar aquí, en el Medio Oeste —si es que ahí es donde estamos—; una película larga y difícil llena de fragmentos de todo aquello que forma parte de mi vida. Es posible que al final necesitara otros dos o tres o más días completos para la adaptación y que solo filmara aquí una parte insignificante: escogería algún pueblo soñoliento y rodaría algo de película.

—¿Cuánto te llevaría eso? —preguntó Sullivan—. Tienes que estar filmando indios dentro de un par de semanas.

—Tenemos tiempo. La parte que quiero hacer ahora me llevará tan solo dos o tres días. O tres días o diecisiete años. Utilizaré luz natural. No me importa lo primitiva que pueda resultar desde el punto de vista técnico. Por otra parte, tampoco tengo que filmar a los indios personalmente. De hecho, yo no voy a tocar una cámara. Mi labor consistirá en supervisar y en que me supervisen. La película que quiero hacer será una cosa completamente distinta. Ahora estoy empezando a hacerme una imagen mental clara. Es curioso cómo se me ocurrió. Vi a una mujer recortando un seto. Casi de inmediato, aquello se convirtió en algo diferente. Todavía sigue cambiando.

—Aún no había acabado de hablar de mi novela —dijo Brand.

Pike estaba ocupado en explorarse el interior de la oreja con un palillo envuelto

en un pañuelo de papel. Cuando hubo concluido, se trasladó a la parte delantera para conducir. Para entonces, había descendido el crepúsculo, óxido abollado empolvando el cielo del Oeste, floridos moteles de neón, el opaco resplandor sulfúrico de los faros, una vieja cafetera con ruedas abandonada en un descampado con el capó levantado como la visera de una gorra de béisbol, una escena rural de los años treinta. Sullivan tarareaba algo que parecía una mezcla de melodías pacifistas. Brand se había acurrucado en compañía de su liadora de fabricación inglesa y su librito de papel de fumar marca Zig-Zag. Parecíamos estar atravesando una zona de pueblos de veraneo. Podían verse pequeñas cabañas blancas con contraventanas rosadas que parecían sacadas de Hansel y Gretel y, en las calles secundarias de las poblaciones pequeñas, estaciones de servicio con un único y viejo surtidor solitario y un perro dormido entre la grasa. Me acordé de desconectar la grabadora y, en su lugar, encendí la radio. Ali Akbar Khan interpretaba una raga vespertina. De las cuerdas de su sarod parecía derramarse un líquido gozo melancólico, y pensé en un bengalí ciego caminando sin red por la cuerda floja. Mi existencia había comenzado en las tinieblas y, sin duda, habría de concluir del mismo modo. Pero en algún lugar entre el principio y el fin tendría que producirse un intento por explicar esa oscuridad, aunque solo fuera frente a mí mismo; daba igual qué extraña forma pudiera adoptar dicha explicación o qué consecuencias pudiera tener. Quizá fuera su cabello. Quizá era el modo en que se movía mientras recortaba el seto, con aquel porte bellamente estilizado de las criaturas que se saben observadas. Sullivan siguió tarareando. Un helicóptero de la policía apareció sobre los árboles y pasó aleteando junto a nosotros sin apartarse de la autopista. Brand dio una bocanada de humo y lo aspiró profundamente al interior de su cuerpo.

—¿Dónde cojones están todas las flores? —cantó, apresurando las palabras entre sí para que encajaran con la métrica.

Pike se desvió por una carretera secundaria, se internó en el estacionamiento de un supermercado A&P y aparcó la caravana entre dos vehículos modelo ranchera a la espera de ser atiborrados. Penetramos a través de las enormes puertas omniscientes de vidrio, y estas, sabiendo que llegábamos, se abrieron por sí solas. Brand y yo nos separamos de los demás y seguimos los pasos de una mujer morena y atractiva a lo largo de uno de los pasillos laterales, en dirección a los melocotones y las ciruelas. Sus dedos revolotearon sobre los primeros, palpando y probando, y nosotros la adelantamos, apartando su carrito con el nuestro.

—Melocotones —dijo Brand.

Ella no dio muestras de haberle oído.

—Escuche cómo sale la palabra de mis labios, húmeda y espumosa. Melocotones. Es la palabra perfecta para algo perfecto. Ahora estamos los tres aquí. Si todos nos fijamos en mis labios, todos la veremos salir. Melocotones. ¿Qué le parece, señorita, si es que es así como se llama? ¿Le parece que nos llevemos un kilo o dos? No somos más que un par de tíos guapos de la Costa Este, especialmente él. Escuche, tengo algo

de hierba ahí fuera, en el cabronazo de plástico que conduzco.

La mujer prosiguió su camino en dirección a las ciruelas y nosotros la seguimos. Era alta, y sus caderas oscilaban espléndidamente tras el carrito de la compra.

—Véngase con nosotros a la caravana y libérese un rato. Comeremos ciruelas y fumaremos costo. Estoy escribiendo una novela en la que empleo la técnica del monólogo interior directo.

Ella miró a su alrededor en busca de alguien que pudiera rescatarla y yo estudié la ciruela que sostenía en su hermosa mano mediterránea. Era de esa clase de mujeres que imaginas que podrías conocer en Port Said, mayor que tú y más sabia, pigmentada de tierra y nacida de diversas sangres, divertida por tus rubios e infantiles modales de yanqui, capaz de dispensar verdades abrumadoras en frases cortas, y estaba allí, increíblemente, entre las ciruelas del centro de Norteamérica.

—El aire no es invisible —dijo Brand.

No tardó en evaporarse. Dimos marcha atrás con el carrito. Los estantes eran alargados y relucientes, y pensé en mi padre. Aquella era su catedral, latas de nata para postres con tapaderas en forma de aguijón retorcido, rayos y mitología, las ijadas del gigante verde de las latas de maíz, cubos de energía y del blanco más blanco, trauma en los rectángulos de escrituras evangélicas. (Hay que retirar la mercancía de los estantes.) Un bebé permanecía sentado en un carrito de la compra, llorando. Su madre le dio un manojo de apios para que jugara, y pareció contentarse. «¿Quién quiere a mamá?», dijo ella. «Dile quién la quiere, pañalitos sucios. El nene quiere a mamá. Sí, sí, sí.» Las mujeres introducían la cabeza en congeladores monstruosos y salían de ellos con vida. Las cajas restregaban las caderas contra las cajas registradoras. Una anciana se cayó.

Al cabo, llegamos a una población llamada Fort Curtis. Me encontraba solo en la parte delantera, conduciendo lentamente. Llevaba puestas mis gafas verdes y un par de viejos pantalones caqui dotados de enormes bolsillos traseros diseñados posiblemente para ocultar cuerdas, linternas y alicates. Moría ya la tarde de un día desacostumbradamente cálido para aquella época del año, con papilla de bichos por todo el parabrisas y un perezoso zumbido de insectos procedente de las altas hierbas de la orilla. Que yo supiera, aquel podía ser igualmente el Wabash, el Ohio o el Misisipi. Conduje lentamente por las calles umbrosas y mortecinas. Bajo los grandes olmos se elevaban casas de madera y ladrillo. Los porches reposaban sobre postes labrados. En los jardines había arbustos de lilas, crecía el musgo en la base de los postes telefónicos y en el parque situado a la entrada del pueblo había un quiosco de música. Seguí conduciendo un rato más y finalmente me detuve frente a un hotel de tres pisos construido de madera pintada de blanco. Necesitábamos un baño.

Había cuatro personas de edad avanzada sentadas en el vestíbulo, y las cuatro hojeaban otras tantas revistas idénticas. Conseguí una habitación con baño y regresé a la caravana. Brand y Sullivan estaban dormidos en las literas. Pike, ataviado con sus pantalones cortos de cierre lateral modelo Primera Guerra Mundial, estaba sentado a

la mesa, bebiendo bourbon y olfateándose las axilas. Desperté a Sullivan, y la vi guardar unas cuantas cosas en una bolsa de viaje y entrar en el hotel. Esperé diez minutos y subí a mi habitación. Al alargar la mano hacia el picaporte pude oír el agua de la bañera. La puerta estaba abierta. Algunas de sus ropas yacían sobre la cama. Estudié el albornoz, de color castaño liso, y pensé que era una prenda adecuada para una mortificación cuaresmal. La habitación estaba pintada de un desabrido tono verde municipal. Alguien había barrido el suelo para luego dejar un montoncito de polvo, sujetapapeles y jirones de escayola en un rincón. No había televisor. El tejido de la butaca comenzaba a desgastarse. Oí cómo Sullivan se sumergía en la bañera.

—Estoy pensando en esos viejecitos encantadores del vestíbulo —dijo—. ¿Cómo se llama este sitio? ¿El Hilton Menopausia?

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Mi secreto morirá conmigo, Igor.

—Escucha —dije—, cuando te lavas las piernas, ¿las sacas alternativamente del agua para frotártelas lenta y sensualmente como las modelos de la televisión?

—No.

—¿Puedo entrar a mirarte?

—No —dijo ella.

—¿Por qué no? Ya somos adultos.

—Exactamente.

—¿Me dejas que entre a frotarte la espalda si prometo taparme los ojos con la mano?

—¿Dónde estás sentado?

—En la cama.

—Mira a ver si encuentras mis cigarrillos.

—No están aquí —dije—. ¿Quieres que baje a buscarlos?

—No te molestes.

Arrojé los cigarrillos y las cerillas debajo de la cama.

—Sully, ¿te importaría si nos quedáramos en este pueblo un par de días?

—¿Para lo de tu película?

—Echaré una ojeada por ahí esta tarde y luego decidiré lo que hago.

—¿Qué tiene este lugar de especial?

—Que parece viejo, sencillo y aburrido.

—A mí no me importa. ¿Has preguntado a los otros?

—Creo que no tendrán inconveniente. Estamos todos bastante agotados. Nos vendrán bien unos días de descanso.

—¿Dónde estamos, a todas estas?

—Podría ser Indiana. Pero también Illinois o Kentucky. No estoy seguro.

—Supongo que da lo mismo. No sé por qué lo he preguntado, pero ¿qué hay al oeste de aquí?

—Iowa, creo. Aunque creo que Iowa está más al Norte. Estoy intentando recordar



qué hay debajo de Iowa.

—Da igual. No tiene importancia. No sé por qué lo he preguntado.

Permanecí sentado en la cama, escuchando el pulso de la habitación, su ruido general de fondo, a la vez que filmaba mentalmente una franja de luz y sombra sobre la butaca. Tanto por su tono y por su aspecto como por la misma calidad de su luz y de su aire, aquella estancia parecía ajena al tiempo, o al menos al presente. La imaginé como esa clase de habitaciones que años —o décadas— antes no habrían tenido otro propósito que el de aguardar la llegada del vendedor de artículos de ferretería provisto de su whisky y dispuesto a echar una cana al aire. Lo más probable es que ya entonces tuviera el mismo aspecto sórdido que mostraba ahora. Quizá era eso con lo que se soñaba en aquellos días: una pizca de lujuria enclaustrada y largamente extinguida, pues existía una nueva imagen que había despertado nuestros instintos, doncellas y alcahuetas y pistoleros del Oeste, una imagen que encajaba con nuestra perspectiva ascética, el florecimiento de los moteluchos, pulcros y limpios en zona de impacto, con las antenas del televisor, como un conejito electrónico, a los pies de la cama. De la puerta abierta del cuarto de baño colgaban un brazo y un pecho. Cogí el albornoz de la cama y lo arrojé en dirección a su muñeca. La habitación estaba muerta. Llevaba muerta y enterrada por lo menos treinta años.

Al anochecer, cogí mi cámara y me fui a dar un paseo. Era una Canon Scoopic de dieciséis milímetros modificada para que pudiera funcionar en sincronía con mi grabadora, una Nagra de último modelo. La cámara carecía de lentes intercambiables, pero era ligera y fácil de manejar, y puse manos a la obra apresuradamente. Al principio, lo único que quería hacer durante el viaje hacia el Oeste era rodar alguna que otra imagen sencilla, los blancos rostros de aglomerado de los granjeros menonitas, los escasos habitantes de Kansas vestidos con ropa de domingo. Pero ahora mis planes eran algo más ambiciosos y me atemorizaban ligeramente, al menos en su versión previa al montaje. Aferré el asa, apoyé la cámara sobre mi hombro derecho y eché a andar por las calles desiertas.

Para mi sorpresa, el banco no era verde. Era de color azul pálido y se hallaba instalado de cara al quiosco de música amarillo. A un lado, la zona de recreo infantil mostraba un colorido aún más alegre, acaso para contrarrestar el aspecto severo y desnudo de la mayor parte de las instalaciones. Me senté en el banco y me dediqué a observar cómo una niña pequeña hacía navegar una caja de cerillas en el charco que había junto a la fuente. Esperé un rato, y las seis personas de la delegación de bienvenida fueron acercándose lentamente en dos deslavazados grupos de tres. En primer lugar, un anciano acompañado de dos damas de edad igualmente avanzada; a continuación, un adolescente que conducía a dos hombres que, a juzgar por su aspecto, debían de haber compartido más de una guardia en alguna casamata de Guadalcanal (en las películas de la Warner de los años cuarenta) mientras se distraían hablando del taller de chapa y pintura que abrirían cuando regresaran a los Estados Unidos. Ni que decir tiene que lo que les interesaba era la cámara, en tanto que tema de conversación poslineal, y fueron agrupándose en torno a mí por etapas, haciendo preguntas y mostrándose obsequiosamente amistosos mientras preparaban en secreto las muestras de ultraje que exhibirían tan pronto yo perdiera los modales. Yo, sin embargo, cual invitado a lugares sagrados que era, no los perdí en ningún momento.

El anciano era el señor Hutchins, quien dijo que le gustaba que le llamaran o bien señor H. o bien Hutch, aunque sus amigotes de Florida preferían este último nombre. Las mujeres eran su esposa y su hermana, Flora y Veejean, y ambas parecían haber entrado de lleno en la sesentena. Hermosas, sonrientes y discretas, parecían un par de cortinas de encaje iluminadas por el sol. En el pasado, Hutch había poseído una Argus adquirida por encargo. Afirmaba que todo el equipo no le había costado más que ciento cincuenta dólares, incluyendo la cámara, el proyector, la pantalla de trípode, la funda y un rollo de película. Su filmación de Everglades había sido proyectada ante una sala atestada de los sótanos de la Iglesia Metodista.

Los otros hombres eran Glenn Yost y Owey Pine, y el chiquillo era Glenn Yost Junior, quien prefería que le llamaran Bud. Resultó que cada uno de los dos grupos tan solo conocía al otro de vista, ya que vivían en extremos opuestos del pueblo y habían coincidido allí, por así decirlo, a la vista de la cámara, por la que tanto el viejo como el niño mostraban una curiosidad similar.

—¿Cuánto cuesta esa cámara? —preguntó Bud.

—Mil doscientos y pico.

La cifra mereció un silbido del señor H.

—El próximo verano a lo mejor me compran una super-8 —dijo el niño—. Aunque yo confío en que sea una Bolex 155. En el colegio tenemos un club. Hasta ahora no he hecho gran cosa, porque el equipo que tienen es bastante limitado. Pero si consiguiera una Bolex me volvería loco. ¿Qué alcance de diafragma tiene esta?

Su padre permanecía junto a él con aspecto lúgubre y reflexivo. Su ojo izquierdo

brincaba, y mantenía la cabeza ladeada sobre un costado, casi tocándole el hombro. Me recordó al viejo bateador de reserva Hoyt Wilhelm mientras esperaba sobre el montículo a que dieran la señal, los dedos apretados en torno a las costuras de la pelota, jugadores en primera y en tercera y ninguno fuera, a nadie le importaba nada en este mundo. Había un joven con una guitarra sentado en el borde del quiosco de música.

Sin que viniera a cuento, el señor Hutchins se describió a sí mismo como un maniático de la precisión. A continuación, tanto él como las damas se despidieron dándome las buenas noches —hora de ver a Bob Hope en televisión—, y los demás les contemplamos mientras pasaban junto al esqueleto de un volante enorme y salían finalmente a la calle. Bud y yo intentábamos impresionarnos mutuamente e intimidar al mismo tiempo a los dos ancianos con una sarta de datos técnicos. Por fin, Owey Pine rodeó la cabeza del muchacho con el brazo, acogotándole juguetonamente, y le mantuvo así durante aproximadamente un minuto. La escena destiló un aroma de afecto mutuo mientras el hombre se debatía y peleaba en silencio, apenas consciente de los esfuerzos por desasirse del chiquillo quien, más bien crecido para sus quince o dieciséis años, no debía de ser fácil de dominar.

—¿Piensan quedarse aquí algún tiempo? —preguntó Glenn.

—Quizá unos días. Mi cámara parece haberse interesado por este lugar.

—¿Es usted una de esas personas de los medios de comunicación? —preguntó Owey sin dejar de sujetar a Bud.

—Soy un cineasta independiente, y en estos momentos estoy localizando escenarios. ¿Les gustaría salir en una película?

—Guau.

—Piénsenlo —dije.

En ese momento, Bud nos interrumpió con otra pregunta y Owey le soltó. Estuvimos charlando un poco más. El joven del quiosco se puso en pie y vino hacia nosotros. Se había colgado la guitarra del hombro y arrastraba un hatillo por el suelo. Su aspecto era el de un chaval flaco y sin un céntimo, vestido con ropas harapientas e inmensamente feliz por algo. Los otros retrocedieron ligeramente al ver que se acercaba: una retirada etnológica, en realidad, que alcancé a percibir más que a presenciar.

—Oye, ¿qué es eso? ¿Una ocho o una dieciséis?

—Una Scoopic de dieciséis. Básicamente, una cámara de informativos.

—Me dirijo a California. A pie —dijo.

Se plantó allí, sonriente, calzado con unas zapatillas de baloncesto que le cubrían los tobillos. Glenn Yost dijo que ya iba siendo hora de que Bud y él regresaran a casa para echar una ojeada a las lombrices. Dijo que el muchacho solía desenterrar lombrices y que luego las vendía como cebo. Las guardaban en el sótano, en el interior de grandes frascos. A Bud y a él les gustaba ir a echarles una ojeada todos los días, a eso de la puesta del sol, ya que era entonces cuando más se retorcían las

lombrices, y tanto al padre como al hijo les producía un placer especial ver a las lombrices retorciéndose, especialmente en masa. El ojo izquierdo de Glenn tartamudeó de nuevo. Al verle, no estaba seguro de hasta qué punto aquello no constituiría cierta forma local de sofisticado humor irónico y complejo. El muchacho mantenía un rostro inexpresivo, y pensé que quizá estaban tomándose el pelo, satirizando la certeza del forastero de que la vida rural no es más que un abandono a esas pequeñas tragedias, a la contemplación de las lombrices y a apretones de manos masónicos. (¿O intentaban acaso negar el poder reptiliano de aquel peludo y distraerle con sus lombrices mientras sus vecinos le pegaban fuego a la guitarra?) Owey Pine dijo que les acompañaría. Se encendieron las luces del parque.

—Eché a andar hace unos tres meses —dijo el joven—. Salí de Washington D. C., por lo que el trayecto será prácticamente de costa a costa. Intentaba no apartarme de una línea recta entre Washington D. C. y San Francisco, pero me he desviado un poco al Sur. Aunque supongo que aún tengo tiempo de sobra para corregir el rumbo.

—Unos tres mil y pico kilómetros. Me llamo Dave Bell. ¿Cómo te llamas tú?

—Richard Spector. A veces me cuesta trabajo recordarlo. Hace tanto tiempo que ya no parece tener significado...

Se sentó junto a mí con las rodillas elevadas y los pies apoyados en el banco, acurrucándose contra los muslos. Era de constitución sumamente frágil, y los cabellos le cubrían gran parte del rostro. Me miraba a los ojos al hablar, pero en su expresión no había ninguna connotación de desafío, ninguna sensación de ideologías a punto de enfrentarse, y sentí que ya había eliminado tales cosas de su camino y que se había instalado en una postura definida apenas por la longitud de cada día de fatigosa caminata.

—La gente me ha tratado muy bien —dijo—. Me dan de comer y a veces me dejan algún lugar para dormir. Al principio, todo el mundo me mira con cara de decir «¿Y este quién es?», pero cuando les digo que me dirijo a California a pie todos se dejan llevar por lo disparatado de la idea. La gente es estupenda si consigues distraerla de los detalles y proponerle alguna locura. La verdad es que me han cuidado muchísimo. Salí con todos los ahorros que tenía: unos setecientos dólares en metálico y cheques de viaje, y en tres meses solo he tenido que gastar unos ciento cincuenta en comida y en alguna habitación de hotel cuando ha hecho demasiado frío para dormir al aire libre y no he conseguido encontrar un lugar en el que pasar la noche.

—No quiero parecer desalentador, Richard, pero tienes aspecto de estar terriblemente cansado y sin fuerzas.

—Deberías haberme visto cuando salí.

Nos echamos a reír y me preguntó si le dejaría manejar la cámara. Retiré la tapa de la lente y él cogió la cámara, se puso en pie, aproximó el ojo al protector de goma del visor y enfocó la totalidad del parque con una virtuosa panorámica de 360 grados. Oí que un coche se detenía bruscamente y, al volverme, vi en primer lugar el rostro

de una joven en la ventanilla del copiloto y luego la cabeza y los hombros de un hombre aproximadamente de mi edad que se asomaba sobre el techo desde el lado opuesto para mirar en nuestra dirección. Aparentemente satisfecho de su decisión de detenerse, regresó al asiento del conductor, introdujo la marcha atrás y aparcó velozmente con un chirrido de neumáticos. Volvió a salir, miró nuevamente en nuestra dirección, cerró la portezuela con cierto impulso de desdén y atravesó la entrada del parque. Por entonces era ya evidente que no nos miraba a Richard o a mí —lo que me produjo un considerable alivio—, sino a la cámara que sostenía Richard en la mano. La muchacha le siguió lentamente. Rubia y de movimientos ágiles, tendría unos veinticinco años. Estaba en lo mejor de su juventud; era hermosa y tímida y aún tendría que sufrir: no estaba en absoluto enamorada. Richard me alargó la cámara, y el hombre la siguió con la mirada mientras la depositaba en mis manos.

—¿Emite eso algún pulso sincronizador?

—Exacto —dije.

—De sonido —dijo él.

—Exacto.

—Soy Austin Wakely. La señorita se llama Carol Deming. Vi el aparato desde el coche y dije déjame que le eche una ojeada más de cerca. ¿A qué se dedica exactamente?

—A cosas por debajo incluso del underground —dije.

—Pero con sonido.

—Con algo de sonido. Aquí y allá.

—Yo soy actor —dijo él.

—Está estudiando para ser actor —puntualizó Carol.

Me presenté, les dije de dónde provenía y les invité a tomar asiento junto a mí. Advertí que Richard Spector se había marchado, pero enseguida vi que volvía a sentarse en el borde del quiosco.

—Estoy estudiando con Drotty —dijo Austin.

—¿Quién es?

—Es originario de Minneapolis. En otro tiempo, trabajó allí con Guthrie. Pero es un personaje demasiado rebelde, y cada vez le iba resultando más difícil funcionar en un entorno estructurado. Por eso se vino a McComplex, el nuevo instituto. Está a ocho kilómetros al este de aquí. En el Este no habéis oído hablar de él, pero no tardaréis en hacerlo. El nombre completo es Complejo Artístico de Comunicaciones McDowd. Los cursos regulares concluyen el mes próximo, pero yo pienso quedarme a los cursos de verano. Antes de ir a McComplex realicé distintas clases de trabajos en todo el país. Procedo del estado de Washington.

Carol se había sentado entre nosotros.

—Se trata de quién soy y de qué quiero ser —continuó Austin—. Tengo que involucrarme con algo. Drotty es asocial. He aprendido mucho de él. Y es homosexual, por supuesto. Todos lo son. Tiene sus tensiones y sus ansiedades, y

fuma un montón. Todos lo hacen. Pero Drotty me ha enseñado algo, y es lo siguiente: la sociedad ejerce una presión feroz, pero siempre te queda la opción de rediseñar tu postura. Actuar es un acto de amor. ¿Qué fue lo que dijo Nazimova?

Moví ligeramente la pierna, apenas una fracción de centímetro, hasta entrar en contacto con Carol. Ella permaneció completamente inmóvil mientras Austin seguía hablando. Volví a moverme, hasta conseguir que se tocaran el muslo y la rodilla. Era una situación tremendamente delicada. Quizá no había notado la leve presión de mi pierna; quizá la había notado y no le había dado importancia; o quizá había sido consciente desde el principio de lo que estaba haciendo. Aproximé lentamente mi brazo al suyo. Austin seguía hablando. Ahora se tocaban nuestros antebrazos, la levísima brisa marina de nuestra piel apenas en contacto, apoyada sobre las puntas de plateados cabellos apenas visibles. Incluso entonces se mantuvo inmóvil, sin hacer el menor gesto. Esperé varios minutos. Luego, desplacé la mano derecha a lo largo del muslo y la deposité sobre mi rodilla derecha. Carol no apartaba la mirada del frente. Me sentía extraordinariamente nervioso. En escasos segundos sabría si se había dado cuenta o no y cómo respondía. No quería verme defraudado. Era importante que me enviara la señal adecuada. Dejé resbalar la mano muy lentamente hasta introducirla en la grieta que formaban nuestras piernas y la dejé ahí. Ambos seguíamos mirando al frente. Entonces percibí una ligera presión de su muslo, un leve y placentero calor en la punta de los dedos, la imperceptible sugerencia de un traslado de peso, la tensión de un músculo. Su cuerpo no se movía y, sin embargo, expresaba movimiento, buscando un nuevo equilibrio, recolocándose internamente, aproximándose a mí. Devolví la presión y comencé a relajarme. Carol y yo seguimos mirando al frente. Era el primer momento de ego que disfrutaba desde Nueva York.

Austin me dijo cómo ponerme en contacto con él y añadió que le gustaría tener más noticias de mis proyectos. Por primera vez, advertí cuán atractivo era. Era moreno y de ojos oscuros. Tenía los hombros anchos y despedía una intensidad espléndida. Nos pusimos en pie y Austin y yo nos estrechamos la mano. Carol se apartó a un lado con los brazos cruzados sobre el pecho, la postura normal de un ama de casa entretenida en intercambiar cotilleos y consejos sobre detergentes en el jardín, pero mantenía las caderas extendidas suavemente hacia delante, los ojos interesados y pensativos, lo que bastó con creces para recuperar aquel momento. Le dije a Austin que me gustaba su coche, un Barracuda de color verde, y a lo largo de las frases siguientes me las ingenié para señalar que mi Mustang rojo —que por entonces estaba en Maine— tenía la misma clase de costosos tapacubos, así como dobles espejos retrovisores para uso deportivo.

A medida que se alejaban, asentí en dirección a Richard y él se puso en pie y regresó conmigo a la caravana. Charlamos con los otros durante un rato. Más tarde, mientras cenábamos carne en conserva y sangría, Sullivan anunció que Richard Spector sería conocido en adelante como Kyrie Eleison. Alargué la mano en busca de la grabadora.

—Solía trabajar de recadero en el Departamento de Justicia de Washington —dijo—. Sentía que estaba volviéndome transparente. Tenía la sensación de que después de comer la gente podía ver la comida en mi estómago. Aquello era tan solo una de las muchas cosas que me estaban ocurriendo. Comencé a temer que de los edificios gubernamentales pudieran desprenderse trozos y caerme encima. Pero creo que lo peor era cuando tenía que caminar por una calle concurrida. Ya sabéis las carreras que hace la gente, los más rápidos intentando adelantar a los más lentos. Se producen numerosos empujones, y los rápidos pisan a los lentos y les arrancan los zapatos. Yo era de los rápidos. Siempre iba deprisa, incluso cuando salía a pasear sin rumbo, y me irritaba que los lentos se pusieran en mi camino. Un día, intentaba adelantar a un viejo que no hacía más que derivar hacia el bordillo y bloquearme el paso, y de repente me sorprendí a mí mismo gritándole mentalmente, gritándole silenciosamente desde mi interior: ¡CUIDADO! ¡CUIDADO! No llegué a pronunciar las palabras. Me limitaba a vociferarlas mentalmente. El caso es que comencé a hacerlo a todas horas. CUIDADO, le decía a la gente. ¡MOVEOS! ¡MOVEOS! Podía ver las palabras impresas en mi mente en letras de molde, como en un enorme tebeo. Y entonces, un día, una mujer aminoró el paso de repente y casi me estrellé contra ella. Me descubrí gritándole mentalmente algo nuevo: ¡MUÉRETE! De haberlo dicho en voz alta, lo más probable es que se hubiera muerto. Realmente, fue un grito interno espantoso, y creí ver la palabra escrita en mis pensamientos en letras rojas, rematada por un enorme signo de exclamación. Comencé a darme cuenta de que era un anormal. Era una persona que caminaba por la calle gritándole mentalmente ¡MMUÉRETE! a gente inocente. Tras varios meses así, intenté esforzarme por dejar de gritar la palabra. Pero ya era demasiado tarde. Me venía automáticamente a la mente. ¡MUÉRETE! ¡MUÉRETE! Os diré la clase de persona que era. Era la clase de persona que siempre está enamorándose de las mujeres de sus mejores amigos.

—¿Has dejado de gritar MUÉRETE? —preguntó Sullivan.

—Dejé de gritarlo el día que dejé el trabajo, y no he vuelto a hacerlo desde entonces. No he vuelto a hacerlo desde entonces. Os diré qué otra cosa era. Era la clase de persona que siempre se lee la lista de personas muertas y desaparecidas que publican los periódicos después de un accidente aéreo. Me leía esas listas de un modo compulsivo. No sé qué esperaba encontrar en ellas. ¿El nombre de un amigo? ¿Mi propio nombre? Una larga lista de personas muertas es la cosa más deprimente que puede uno leer. Algunos nombres aparecen incompletos, y otros carecen de la población de origen de la persona. A continuación viene la lista de los desaparecidos. ¿Cómo puede desaparecer alguien de una catástrofe aérea? ¿Adónde iba a ir? Os diré qué otra cosa solía hacer. Experimentaba una especie de vergüenza al pronunciar los nombres de las personas, especialmente los nombres de parientes y de amigos cercanos. Por algún motivo, nunca conseguía dirigirme a ellos por sus verdaderos nombres. Era como una suerte de turbación absurda. Solía llamar a la gente Max, Charlie, Guido o Steve. Esos eran los cuatro nombres que empleaba con más

frecuencia. No adjudicaba un nombre en particular a cada persona. Los nombres y las personas eran intercambiables. A lo mejor llamaba a alguien Max un día y Guido al día siguiente. Podía variar incluso entre una frase y la siguiente. A nadie parecía importarle. Supongo que es como si alguien te llama compañero o colega o amigo. Ignoro por qué escogí Max, Charlie, Guido y Steve. Con las mujeres no tenía problemas. A las mujeres las llamaba siempre por su verdadero nombre. ¿Por qué no podía hacer lo mismo con los hombres?

—¿También eso ha cambiado? —pregunté.

—Ha cambiado todo —repuso él—. Ya no me produce la menor ansiedad el hecho de no saber hablar francés. Solía preocuparme. Mi padre habla francés muy bien. Siempre estaba invitando a cenar a gente con la que hablaba en francés. Era el modo que tenía de mantener su poder sobre mí. Pero ahora es algo que no me importa. Ya no tengo miedo. Hay un montón de personas como yo que se han liberado. No nos interesa el poder que persigue la gente mayor. Intentan tenernos dominados a base de hablar francés, de saber preparar *whisky sours* y de usar trajes en los que los botones de la manga de la chaqueta pueden desabrocharse realmente. No nos importa el hecho de no saber pronunciar los nombres de los vinos franceses. ¿Qué tiene de malo el vino de California, si puede saberse? Esto es Norteamérica, qué demonios. Será todo lo mala que se quiera, pero tenemos que aprender a vivir con ella.

Kyrie pasó aquella noche en la habitación del hotel. El resto de nosotros nos instalamos en nuestros catres, en el interior de la caravana. Poco antes de quedarme dormido me imaginé a mí mismo luchando con Brand. Nos golpeábamos docenas de veces. Luego, cruzaron otras cosas por mi mente: posesiones, cosas de mi casa, la forma de objetos que llevaban largo tiempo sin ser acariciados, la Olivetti Lettera 32, la Nikon F y, más tarde, la imagen de muchachas ataviadas con medias púrpura atravesando una llanura de papel; James Joyce y Antonioni y Samuel Beckett sentados en mi salón, todos con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos; Tana Elkbridge desnuda en Riverside Drive mientras su marido leía el *Business Week* a nueve mil metros de altura; Jennifer desnuda en la zona de las Ochenta Oeste con algo de conmovedor en los huesos de las caderas, y Meredith desnuda en Gramercy Park, y Sullivan desnuda en la bañera. Luego, estábamos luchando otra vez. Esquivé un derechazo largo y respondí con un golpe de izquierda al pómulo y un derechazo corto clavado en la barbilla. Brand cayó sobre las rodillas y permaneció allí, inmóvil, respirando sangre. Le propiné una patada en el estómago y me quedé dormido.

A la mañana siguiente, desayunamos en la cafetería. Entraban y salían hombres vestidos con camisas de manga corta. Arqueé la mano en forma de garra. Brand estaba sentado a la mesa, riéndose. Luego se echó a reír Sullivan. Algunos clientes del mostrador se volvieron a mirarlos. Brand se había derrumbado sobre la mesa con los brazos doblados, y su cabeza oscilaba con cada carcajada. Sullivan, sentada frente a él, mantenía una posición rígida y reía por encima de su cabeza. Yo convertí en



garras ambas manos y empecé a botar sobre la silla. Con los labios levemente entreabiertos y las comisuras torcidas hacia abajo, descubrí los dientes inferiores y me mordí con ellos el labio superior. Sabía que no estaban riéndose de mí, pero seguí adoptando muecas monstruosas y dando zarpazos al aire. No me gustaba quedar al margen. No sabía de qué se estaban riendo, por lo que fingí que se reían de mí. Pike se echó a reír a su vez. Yo me volví hacia los parroquianos del mostrador y les lancé unos cuantos zarpazos a la espalda. Kyrie se había echado a reír también. Acudió la camarera con la comida y Brand alzó la mirada hacia ella y a punto estuvo de caerse de la silla aullando de risa. Mis garras volvieron a convertirse en manos. Kyrie señaló sus huevos revueltos, lo que bastó para que siguieran riendo con renovadas fuerzas. La camarera sonreía mientras aguardaba junto a la mesa con su bloc de notas. Brand señaló su lápiz. Ella lo miró y se echó a reír. Todo resultaba gracioso. Era un claro día de primavera y, de repente, todo resultaba gracioso. Me dirigí al cuarto de baño y me miré al espejo.

Estuvieron riéndose durante todo el desayuno. De vez en cuando, alguien señalaba algo y todos se reían. La botella de ketchup era desternillante. Brand no cesaba de quitarse las gafas para secárselas con la servilleta. Poseía el rostro universal de los boletines de alumnos. Director Adjunto de Planta de la División General de Espuma de Químicas Tenneco, East Rutherford, Nueva Jersey. Oficial de Educación y Adiestramiento de la Escuela de Sistemas de Combate de la Universidad del Aire, Maxwell AFB, Alabama. Brand, el joven socio. El joven republicano. Me sacaba unos dos centímetros y medio de estatura. Pesaba en torno a los noventa y cinco kilos. Sus ojos, grises y tremendamente distantes, eran como dos paneles de cristal embarrado. Se puso en pie y bendijo el local con el rostro nuevamente inexpresivo, la mano derecha trazando cruces sobre las cabezas de los hombres y mujeres allí presentes. Yo terminé el desayuno y deposité un billete de veinte dólares sobre la mesa. Pike me siguió al exterior. Nos detuvimos en la acera, frente al hotel. Advertí que se llamaba Ames House.

—A ver si eres capaz de responder a esto —dijo Pike—. Piénsatelo el tiempo que quieras antes de responder. Ahí va: si le abres el estómago a una ballena asesina, ¿cuántas focas y cuántas marsopas crees que podrías encontrar aproximadamente?

—Mejor será que me des tiempo para pensarlo.

—Dos docenas —dijo él.

Había que dejar el hotel antes de las doce del mediodía. Subí a la habitación, llamé a recepción y le pedí a la voz que me pusiera con la oficina de Nueva York. Cuando respondió la telefonista de la cadena, solicité hablar con David Bell, experimentando una sensación peculiar al hacerlo. Se puso Binky.

—¿Me echas de menos? —dije.

—¿Quién habla?

—La persona que más admiras en el mundo.

—Deja de hacer el payaso.

—Dave Bell a su disposición, el mago de la televisión.

—¿Qué tal estás, David?

—¿Me echas de menos?

—Sí, esto es demasiado aburrido.

—Esto también.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—En la esquina de la Cincuenta y tres con Lex.

—¿A que no sabes una cosa? Circula el rumor de que Grove Palmer es marica. Jody me dijo que Sid Slote se había topado con él accidentalmente en las Bermudas y que andaba en compañía de unos tipos de lo más afeminado.

—No me extraña. Siempre he pensado algo parecido.

—¿Y sabes qué más?

—Dime.

—Quería ver si lo adivinabas. ¿Te acuerdas de Harris Hodge? ¿El primer sustituto que contrató Weede tras la violación y ejecución en masa? Compareció ayer.

—¿Cómo es?

—Es muy elegante, David. Con un sentido del humor magnífico. Y de aspecto es muy mono. Hallie opina que se parece a Paul Newman pero en más joven.

—¿Cuánto más joven? Quiero saber qué edad tiene exactamente.

—Todavía no he podido averiguarlo.

—Si movieras el culo de cuando en cuando.

—No te enfades.

—¿Qué más? —dije.

—Trotski ha atacado de nuevo.

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

—Bien, bien. ¿Con qué nombre iba firmado el memorándum? Espera, a ver si lo adivino.

—Olvídate —dijo ella.

—Yo diría que debíamos de estar a punto de recibir un Giambattista Vico.

—Olvídate, tesoro.

—Anoche estuve pensando en Beckett. ¿Era Beckett?

—Jamás lo adivinarías, así que será mejor que te lo diga. Es una persona que tiene nombre por triplicado. Otto Durer Obenwahr.

—Esta vez, Trotski sí que ha hecho un derroche de ingenio.

—Y que lo digas. Todo el mundo está intentando averiguar quién es el tal Otto Durer Obenwahr. Esta mañana, Ed Watchold ha enviado a su secretaria a la biblioteca. La cosa anda algo revolucionada.

—¿Qué dice? ¿Cómo es la cita?

—Te la he guardado. ¿Estás listo? ¡Necios! ¡Necios! *Cuadrar el círculo es un juego de niños. Es lo contrario lo que conduce a la visión beatífica.*

—Interesante —dije.

—¿Qué crees tú que significa?

—Muy interesante.

—Muchas gracias.

—Escucha, averigua todo lo que puedas acerca de ese hijoputa de Harris Hodge. Pero especialmente su edad.

—De acuerdo.

—¿Le cae bien a Weede?

—Almuerzan juntos mañana.

—Entérate de si le cae bien a Weede. Volveré a llamarte desde algún lugar antes de llegar a la reserva de los navajos.

—Vale. Pásalo bien.

—Hasta la vista, Bink.

—Casi se me olvida, David.

—¿Sí?

—Han tenido que trasladar urgentemente a Warburton al hospital.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Ayer por la tarde. Se desplomó sobre la mesa.

—Adiós —dije.

Los cinco nos pasamos la tarde metidos en la caravana. Pike bebía Old Crow de una taza de papel y de vez en cuando emitía sonidos guturales. Frente a nosotros estaban las Rocosas, empapadas en sudor, su tótem, el puma, con las garras arañando la tierra y listo para abalanzarse. Brand andaba perdido tras sus lentes, viajando de regreso, pensé, a alguna habitación intemporal del corazón de su ser, chapuceros recuerdos de cuatro paredes y del grisáceo hombre-medicina. Kyrie se mordisqueaba el nudillo del pulgar derecho. Alguien que aparcaba golpeó ligeramente nuestro parachoques trasero y todos asentimos. Yo llevaba puestos mis mocasines comanches, un par de pantalones de pana ancha de color verde con cinturón militar y una camisa de sport negra.

—Sully, ¿quién es Otto Durer Obenwahr?

—Un experto en oxígeno líquido y paracaídas de tobera para altitudes elevadas.

—En serio, ¿has oído hablar de él alguna vez?

Parecía estar intentando recortar círculos del periódico que estaba leyendo. Recortaba círculos y se los alargaba a Kyrie quien, sentado en el suelo, iba entregándoselos a Brand.

—Me voy a dar una vuelta —dije.

—Tráete unas barritas de Mars —dijo Brand.

—Me debéis la vuelta de veinte dólares —dije—. Dejé veinte dólares en la mesa.

—A mí no me mires, Dave. Yo no pagué la cuenta.

—Yo tampoco la pagué —dijo Kyrie—. A mí no me mires.

—Alguien me debe la vuelta de veinte.

—Yo me marché contigo —dijo Pike.

—Alguien me debe ese cambio. He estado pagándolo todo yo.

—Tráete unos caramelos de azufaifa —dijo Kyrie.

Enfilé una calle impregnada de esa melancolía común a todos los caminos que salen de los pueblos, una calle de blues, con charcos de aceite derramados por enormes camiones y un semáforo colgando de las alturas sobre un cruce desierto. Atravesé la calle en dirección a un edificio adornado por un letrero de neón que anunciaba una marca de cerveza. Localicé el teléfono, llamé al Complejo Artístico de Comunicaciones McDowd y pregunté por Carol Deming. Hablaba desde un teléfono de pared instalado al fondo de la estancia. Había tres mecánicos en la barra. Había una máquina de bolas, una máquina de bolos, una máquina de discos y un juego de tejo con tres discos de acero depositados sobre un poco de colofonia. Y entonces oí la voz de Carol.

—Organización del Tratado del Atlántico Norte.

—Hola, no sabía si te encontraría ahí. Soy David Bell... el del parque.

—Lo siento, le han pasado con el servicio de mensajes de la OTAN en Bruselas. Están todos fuera. ¿Quiere dejar algún mensaje?

—Estoy en un bar de Howley Road.

—Buster's —dijo ella—. Solía ser un parque de bomberos.

—¿Tienes coche?

—Puedo coger el de Austin.

—¿No le importará?

—Claro que le importará.

Me senté a la barra y pedí un escocés. El cenicero que tenía frente a mí estaba lleno de uñas recortadas. Cuando llegó ella, iba ya por la tercera copa. Su modo de andar le hacía oscilar suavemente la falda sobre las piernas, y yo me sentí afortunado y dispuesto a improvisar cualquier cosa. Mentalmente, podía oír una música agradable y desenvuelta, y supe que los mecánicos la estaban observando, pero no con embotamiento ni con lujuria de taller, sino más bien con un gozo íntimo, pensé, con un diminuto sobresalto de la carne, con la ligera sensación de fortuna que produce ver a una chica guapa con las piernas al aire atravesando una sala detrás de una sonrisa que anuncia que le gusta ser una mujer observada. Intenté no parecer demasiado complacido, y ella lanzó una ojeada a mi copa y pidió lo mismo.

—No estaba seguro de si tú también vivías en McCompex. Pensé que a lo mejor solo era él. No dirías ayer nada de lo que pasó. ¿Fue ayer?

—No hay mucho que decir, David. No es más que algo en que entretenerme mientras espero a que mi marido se divorcie de mí. Tenía un poco de dinero ahorrado y siempre he querido estudiar arte dramático. Así que me vine aquí.

—¿De dónde?

—De Detroit —dijo ella.

—¿Naciste allí?

—Yo era una mocosa del Ejército. He vivido en nueve estados.

—¿Qué hacíais en Detroit?

—Solíamos tomarnos una copa todos los viernes por la tarde en el Salón Zebra. Eso es lo que hacíamos.

—Te refieres a la gente de la oficina.

—Ya sabes lo que pasa los viernes. Todo el mundo quiere desahogarse con una copa o dos. Solían servir canapés a los clientes habituales. Nosotros éramos los clientes habituales.

Estuvimos un rato charlando y bebiendo. Me sentía bien, relajado, próximo al diálogo inspirado, copa número cuatro, el despertar de una pálida llama. Carol extrajo un paquete de Gauloises del bolso. Le encendí uno y un dulce y maligno aroma se aposentó sobre el humo suspendido.

—Entre los clientes habituales del Zebra ¿había un tipo extrovertido que siempre estaba bromeando con el camarero y al que le gustaba pedir bebidas exóticas?

—Fred Blasingame —dijo.

—Dime alguna de las bebidas que solía pedir. Es importante.

—Recuerdo que una vez pidió un Americano. Y también que en otra ocasión pidió un Black Russian.

—Sinceramente creo que estamos haciendo progresos. Cuando te bañas, Carol, ¿te gusta sacar una pierna del agua y frotártela lenta y sensualmente?

—Estás yendo demasiado lejos.

—¿Qué opinas de la guerra, Carol?

—No consigo sentirme involucrada, quizá por la sensación de desgana que me transmite.

—Está muriendo gente.

—Lo sé. ¿No es espantoso?

—¿Sabrías identificar a Otto Durer Obenwahr? —pregunté.

—¿No era el que tocaba la guitarra acústica con Grand Funk Railroad?

—Permíteme preguntarte una cosa, si no te importa. ¿Cuál es la necesidad más acuciante de la Norteamérica de hoy en día?

—El patriotismo —dijo—. Nuestros hijos deben regresar a su madre. Está esperándoles con las piernas abiertas. Matar a los que tienen ojillos de cerdo y la frente hundida debe volver a convertirse en una cuestión de prioridad nacional.

—¿Estaban conectados al hilo musical en el Zebra? Contesta enseguida, por favor.

—Sí —dijo.

—¿Manténían los clientes habituales discusiones amistosas acerca del título de cierta melodía?

—Eso pasaba constantemente. Carl Stoner, que estaba en el departamento de pagos de pólizas, siempre estaba discutiendo con Martha Leggett. Martha Leggett era la chiquilla más graciosa que puedas imaginarte. Medía menos de metro y medio, y

Freddy B. solía dejarle dar alguna que otra calada de sus cigarrillos. Nos sumergíamos en humo y en música a todo volumen. Así es como nos gustaba vivir. Y estoy dispuesta a defenderlo.

—¿Tenían algún fundamento los rumores en torno a Carl Stoner y la mujer de Fred Blasingame?

—Venga ya. No había rumores de ese tipo. Y, en cualquier caso, no me has preguntado nada acerca del cenador.

Pedí otros dos whiskys. Ignoraba a dónde nos dirigíamos y tampoco tenía prisa por averiguarlo. Era obvio que las fintas y las trampas improvisadas no le confundían en lo más mínimo. Sus respuestas surgían casi con demasiada facilidad. Su voz cambiaba; cambiaba incluso la estructura de sus frases, y a medida que proseguimos fui dándome cuenta de que era algo más que una mera estudiante de arte dramático. Se la veía perfectamente relajada, casi aburrída, satisfecha con dejar que fuera yo quien buscara los ritmos y los temas, quebrando la inflexión entre una frase y otra pero sin abandonar en ningún momento la ironía de fondo, la dureza del Medio Oeste. Sus ojos emitían una vivaz luminosidad azulada. No era ni mucho menos lo peor que cabe encontrarse en un viejo parque de bomberos de Iowa o Misuri o Illinois.

—¿Has estado alguna vez en Nueva York? —pregunté.

—Solíamos acercarnos al muelle de la calle Gansevoort para ver la puesta de sol. Solíamos comer en un restaurante de cocina sureña de la Décima Avenida.

—Al cabo de varias copas, ¿intentaba alguno de los clientes habituales del Zebra deslizar las manos bajo la mesa y acariciarte uno de los muslos?

—Supongo que esa clase de cosas resultan inevitables cuando vas a tomar copas en compañía de hombres y mujeres. Pero nunca hubo problemas. Quiero decir, que me limitaba a cambiar un poco de postura, ellos captaban la idea y asunto concluido.

—¿Cambió de postura en su silla la diminuta Martha Leggett?

—No tengo modo de saberlo.

—Alabo tu lealtad.

—Era una muchachita valiente y atrevida. Fred Blasingame y ella eran como un dúo humorístico. George y Gracie. Así solíamos llamarles. Mi padre se llamaba George.

—Eso nos lleva al cenador —dije.

—Hierba crecida y limonada. Aquellas perezosas tardes en casa de la tía Nell. Era tan tontita yo, a los quince años... Esto resulta difícil.

—Inténtalo, por favor.

—Vino a visitarme desde la base. Era más alto que la hierba, luminoso y reluciente bajo el sol. Vestía de uniforme. Nell preparó limonada. Nos sentamos los tres y John Morning delante de la casa, bajo el olmo grande. Papá me había comprado un libro de poemas, unos sonetos escritos por una señora del Sur cuyo amante había muerto en Vicksburg. Nell entró a preparar la cena. John Morning entonó un

espiritual y luego se marchó en dirección a los establos. Papá me leyó los sonetos, y yo me eché a llorar y me llamé tonta a mí misma. Él se rio, con la risa suave y bondadosa de costumbre. Bebimos limonada y contemplamos el sol mientras se ponía tras el enorme olmo.

—¿Dónde estaba el chico de los Jamison?

—El chico de los Jamison se había ahogado en el lago Loon apenas tres semanas antes. Papá lo sabía, por supuesto, pero fue lo suficientemente sabio y delicado para no mencionar la tragedia. Después de cenar, paseamos entre la alta hierba bajo la luna. Escuchamos el canto de los grillos y papá me cogió de la mano. Luego, regresamos a casa. Nell preparó limonada, y John Morning nos aseguró que el potro estaba saliendo adelante sin problemas. Papá se acercó al establo para ver al potro. Yo me marché a mi habitación, y él vino luego y en la oscuridad me habló quedamente de la guerra y de la muerte acariciándome con suavidad en lugares suaves. No mencionó la tragedia de los Jamison y no dijo nada del cenador.

—¿A qué hora te despertó el ruido extraño?

—Estaba a punto de amanecer cuando me despertó un ruido extraño. Salí de la cama y me puse los pantalones de montar y el jersey verde al que le faltaba un botón. Aún conservo aquel jersey. Era el jersey que llevaba puesto la última vez que vi al chico de los Jamison, dos noches antes de que se ahogara. Estábamos en el porche trasero, bebiendo limonada. John Morning cantaba un espiritual. El chico de los Jamison me preguntó si me quedaría a pasar todo el verano o tan solo unas semanas, como en el pasado. Le dije que dependía de mi madre. Me dijo que estaba cansado de todo ese misterio de mi madre. Que quería saber la verdad.

—Así que le contaste lo del cenador.

—Sí, se lo conté —dijo ella—. Fue el único en conocer aquel horrible secreto. Y dos noches después, se ahogó. Aún conservo aquel jersey en algún lugar del baúl. ¿Tienes idea de lo difícil que resulta esto?

—Carol, ¿cuándo te diste cuenta de que su muerte no se debía a un accidente?

—Cuando me despertó el ruido extraño. Sabía a qué correspondía, y me di cuenta de que al chico de los Jamison le habían disparado antes de que se ahogara. Me puse el vestido de satén rojo con escote, el vestido que había llevado en el segundo funeral de mi madre. Ni que decir tiene que el ruido procedía del cenador. Avancé a través de la alta hierba, para entonces húmeda de rocío. Por encima del olmo grande estaba saliendo el sol. Abrí la puerta del cenador.

—¿Qué viste?

—Era papá. Estaba desnudo a excepción de su uniforme.

—¿Qué estaba haciendo?

—De verdad, no puedo seguir.

—¿Qué estaba haciendo, Carol?

—Estaba disparando balas contra el cuerpo ahogado de John Morning.

—¿Qué viste en la mano de John Morning?

—El guardapelo. El guardapelo de plata de mi madre.

—¿Algún cliente habitual tenía la costumbre de romper la banderilla de plástico del cóctel con un sonoro chasquido?

—Bob Kirkpatrick.

—Perfecto —dije—. ¿Qué puedes contarnos de él?

—Parecía una secoya.

—¿Sabrías identificar al gobernador de California?

—Ese cargo no existe.

—Excelente. Si una secoya cae en un bosque desierto, ¿produce algún sonido? ¿O depende el sonido de la presencia de un ser que lo perciba?

—Produce sonido.

—¿Qué clase de sonido? —pregunté.

—De palmadas con una sola mano.

—Estás yendo demasiado lejos, Carol. Pero intentaré seguirte. Antes has mencionado a tu marido. ¿Formaba parte tu marido de la clientela habitual?

—Mi marido no pertenece a ningún grupo, ni regular, ni irregular ni de ninguna otra clase. Es negro. Negro negrísimo.

—Me estás diciendo que es africano.

—Lo que solía llamarse afroamericano.

Me estaba emborrachando. El camarero depositó otras dos copas frente a nosotros. Le encendí otro cigarrillo, y ella apartó el rostro para exhalar y a continuación volvió lentamente la cabeza y me miró con una sonrisa afligida. Los tres mecánicos estaban frente a la máquina de bolas. Al otro extremo de la barra, cuatro jóvenes bebían cerveza.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Quería huir del grupo habitual. La cosa llegó a un punto en el que estaba viendo fantasmas. Una noche, estaba durmiendo en un apartamento. Estaba cansado y borracho y me quedé dormido. Soñé con el pueblo en el que me había criado. Cuando abrí los ojos creí ver el fantasma de mi madre en la habitación. Pero no era más que una aparición que había conseguido arrastrar desde mi sueño. Lo que estaba viendo era la mujer que vivía en el apartamento. La dueña del estudio. Había entrado y se encontraba en el umbral cuando abrí los ojos. ¿Qué conclusión sacas de todo ello, si es que sacas alguna?

—David, me marchó. Estoy verdaderamente cansada. Ha sido un largo día. Si no te importa, creo que me marchó.

—Te quiero en mi película —dije.

Cuando regresé a la caravana, estaban cenando. Más tarde, Brand tensó y destensó rítmicamente su antebrazo para que Kyrie viera cómo parecían moverse los perros tatuados. Yo aguardaba a que alguien protestara por nuestra prolongada estancia en aquel lugar. Kyrie se tumbó a dormir bajo la mesa. Yo me llevé la radio de Sullivan a la cama, la encendí a bajo volumen y escuché en la oscuridad. Cada vez



que Pike roncaba, yo golpeaba el costado de la caravana con el puño y se callaba durante un rato. Incapaz de dormir, me pasé media noche escuchando la radio, cambiando de estación, de país, de hemisferio, sintonizando onda corta y barcos en el mar, los crujidos de todo el mundo nocturno que había ahí fuera, idiomas entrelazados, voces arropadas por tempestades de pasión e interferencias, anuncios, oraciones, boletines de noticias, poemas, revueltas futbolísticas, amenazas de muerte y de guerra y de revolución, risas de las montañas y llamamientos a la razón de las llanuras, manifestación en La Paz, corrimiento de tierras en Zúrich, asesinato en Dakar, fuego en Melbourne, confusión en Tokio, tragedia en Atenas. Oí entonces una voz familiar.

—Cuando suene la campana serán exactamente las tres de la madrugada. Las putas tres en punto. Les habla Bestial, y aún nos quedan dos horas. Pero estos siguientes minutos cruciales lo dirán todo. Ha llegado el momento de sacarse las bolitas del ombligo. El momento de roer las patas de las sillas. Sé que estáis ahí fuera, en mamalandia, decenas de miles de vosotros, acurrucados en el suelo y gimiendo, lamiendo el frío acero del cañón de vuestra escopeta. Comienza el agonal. Es momento de gritar hundiendo la cabeza en la almohada. De desparramar los sesos por las paredes. Pero si completamos los siguientes diez minutos, completamos la noche. Las tres de la madrugada y los hombres lobo deslizándose al interior del salón. La Media Horaria Norteamericana. Llegasteis a casa del trabajo y os encontrasteis a vuestra mujer en la cama con vuestra hermana. Curiosamente refrescante. Os quedasteis a mirar. Desde luego que sé lo que está pasando ahí fuera. Un enorme y succulento globo ocular rebotándoos en la lengua. Un ojo de cabra. El ojo negro y reluciente del maestro follador de todas las corderitas que habíais contado en vuestras meadas sábanas. Sé cómo es. Yo, Bestial, he sufrido con antelación casi todo. Obligado por mis capilares sacerdotales a recorrer todo el trayecto hasta Dublín para obtener una erección y potencia adecuadas. Mimando a mi prometida que ya no está en flor. La madre de mis ansiedades gemelas. Ya lo creo que conozco vuestros secretos. Durante los últimos tres días os ha seguido por toda la ciudad un gigantesco malayo calvo vestido con un impermeable. Habéis puesto un anuncio en el *Prensa Libre* de Los Ángeles. Sementales, machorras y mascotas enseñadas a no hacerse sus cosas en casa, todos interesados por la autoestimulación. Añadiendo abstenerse los perversos en letra pequeña. Empleando un número de casilla correspondiente al día, el mes y el año de vuestra primera comunión. Os estáis ahogando en porno y en lascivia. Sois desenmascarados y capados. Interrumpimos este programa para dar un boletín de noticias. El presidente se levantó a mediodía, desayunó con miembros de su gabinete, atacó a sus críticos, estrechó la mano de un negro, se dio un baño de vapor y almorzó con Nguyen Cao Dung, antiguo líder de un país no especificado y controlado ostensiblemente por la CIA como organización sin ánimo de lucro. Les habla Warren Beasley desde la Casa Blanca, en Washington. Devolvemos la conexión a nuestros estudios. Esta noche, percibo ahí fuera el silencio. Nada se mueve salvo

una débil figura grisácea que se arrastra a través de terminales de autobús y estaciones de ferrocarril. Un onanista solitario inmerso en sus escalofriantes cálculos. ¿Dónde está el oído caritativo que escuche mi inclemente cháchara? Conservo mis caricaturas para que me hagan compañía. Lord Greystoke, el aventurero británico, proyecta poner a flote un junco chino por sí solo y navegar de Malta a Creta para demostrar que el Mediterráneo fue en otro tiempo un lago de cierta provincia de Sinkiang. Sé que estáis ahí fuera, en algún lugar, pícaros pistoleros, caminando de un lado a otro de vuestras viles alcobas, elaborando listas de posibles blancos con vuestros bolígrafos Scriptomatic, pensando increíble y abstraídamente en la grandeza de los funerales de Estado. Sobre la pared, fotografías de adolfos agrupados. Ese cálido trueno en vuestra mente, todos los tambores desde los tiempos de Goliat. Os habla Simón llamado Pedro en nombre de los envasadores de atún El Abejorro de Norteamérica y deseándoos a todos un feliz y próspero ascenso a los cielos. Con Dios Padre estáis en buenas manos. El chaval ya no estoy tan seguro. Un auténtico conecedor. Pero duro de embrague. Tres contra tres, les misérambles. El enemigo se vuelve más osado. Apenas tiempo para unas cuantas noticias al azar. Europa parece haberse evaporado. Su paradero resulta completamente desconocido. No obstante, se dice que algunos marinos de un petrolero liberiano situado frente a Groenlandia han avistado derrames de crudo y toda clase de escombros estilo Luis XIV. Es hora de rebuscar entre las cuestiones que subyacen en las noticias. Hora de sentarse en el gorgoteante Wurlitzer bajo las calles y, cual el desamado fantasma de las profundidades, dejar caer una lágrima solitaria por vuestro embrutecido pero sensible rostro. Pero antes unas palabras de su testículo alternativo. Para las damas, he aquí un nuevo y notable modo de proporcionar al pequeño y a su hermana la clase de nutrición que precisan para esos años de crecimiento. Mate a su marido y écheselo de comer a los niños. Les encantaría hacer eso, ¿verdad? Todas esas carnecillas semiderretidas... Todas las animosidades de vuestra alma arrastradas por sus aromáticas enzimas. Qué sutiles salsas podríais conjurar con esos cuartos traseros de ejecutivo. Más y más, hasta llenar todos los cazos de Bloomingdale's. Dulces oleadas de ácido sabor regurgitado. Al aire libre resultaría agradable. Guardad las vísceras para el pequeño. Para que crezca valeroso. Sazonadle con perejil. Pero estoy yendo demasiado lejos, incluso para esta audiencia de organismos unicelulares. Es mi propia carne ficticia la que proyecto cocinar. Delirio. Existe un único problema filosófico verdaderamente serio, y son las interrupciones publicitarias. Grazna el reloj. Consiste todo en cifras. Números y Deuteronomio. Estoy perdiendo el hilo, pero intentad seguirme. Es vuestra única esperanza. Cuatro minutos para la muerte. No hay tiempo que perder, así que más vale que os apresuréis a escuchar. El pajarito comienza a hacer muecas en el interior del reloj de cuco. Rápido: rezad. Inclina la cerviz ante vuestro dios favorito y orad por vuestro propio final. Orad en demanda de nuevos ojos y oídos. Orad por que cambien las formas. Orad por zumos frescos que llevaros a vuestro inminente climaterio. Orad por inviernos cortos y sin hunos. Orad por los

barrios del distrito Este superior, con todos esos edificios de baldosas blancas llenos de muchachas solitarias que citan falsos persas a jóvenes enamorados con suspensorios. Orad por la adriaticada Venecia. Orad por la ausencia de deseo y el azar de la astucia. Orad por las entrañas de las cosas, de hombres y baterías, para que sean rasuradas con fría precisión. Orad por los muros de las cosas, para que aseguren las cosas que aseguran frente a los antimuros. Orad por el saco escrotal de los industriales. Orad por los poetas que veranean en Nantucket. Orad por las dos toneladas de peso de los Oldsmobiles de 1958. Orad por Umbriago, el alcalde de Nueva York y de Chicago. Orad seriamente por los australianos, porque si algún día consiguen la bomba nos espera a todos un partido de rugby bien embarrado. Orad por el águila de cabeza blanca y por su pico entrometido. Orad por que cesemos de reproducir nuestras vidas en la tenia chupadora. Orad por que no desaparezcamos, oh Señor, en Tu mente nocturna vastamente impracticable (de la que procedemos) sin prepararnos previamente para tan abrupto cambio de ritmo. Orad por la expresividad, para que arrojemos lejos las máscaras de soldadura con las que ocultamos nuestro dolor y nuestro gozo. ¡Vulva! ¡Vulva! ¡Vulva! Rezumad hacia el interior y comprobad qué queda para afrontar la noche. Sed persistentes como no supo serlo el hombre de Java. Regad vuestro cráneo moustieriano. Retornad al fértil creciente primigenio. ¡Dar es Salaam! ¡Abu Simbel! ¡Chou-Kou-Tien! Pero lo cierto, me temo, es que temo los oscuros días de las noches árabes. Tengo el Blues de Stephen Dedalus y hay un largo camino hasta Leopoldville. Un tenebroso pánico en el filtro de mi Kent superlargo. Hemos despertado de la pesadilla de la historia. Clavad vuestro tenedor lógico en la tortilla de champiñón. Una desagradable interrupción de la reconfortante continuidad. Sin precedentes a los que pueda recurrir el aparato legal. Sin rollos en los que los hombres puedan anotar sus historias, su arte, sus agrupamientos de ejércitos envueltos en banderas. Sin secuelas para los cinéfilos de los círculos de opinión. Acribillados genes de Japón: contemplamos el goteo de vuestras preguntas sobre la tierra. *Exeunt* todos y recuerden. King Kong murió por vuestros pecados. Aún queda tiempo para una oración final mientras se abre la puerta del cuco. En versión Queen James. Mando Aéreo Estratégico, que estás en los cielos, tragado por Tus aviones. Venga Tu reino, y hágase Tu voluntad, tanto en la tierra como en Omaha, Nebraska. Danos hoy el pan nuestro de cada día y perdona nuestro estroncio como nosotros perdonamos a los que nos estroncian. Y no nos dejes caer en la aniquilación, mas líbranos de los escombros, pues Tuyo es el poder y el poder y el poder, por los siglos de los siglos, *oh man*.

Aquella noche tuve sueños sobrecogedores, y por la mañana conservaba una imagen en particular, la de un autobús azul que recorría una autopista del desierto, y la imagen aparecía tan clara en mi mente que podría haber seguido dormido y soñando aquel destello de reluciente metal azulado a través de la piel leonina del desierto. Por primera vez en mi vida, pude tener la certeza de que soñaba en color. Ignoro por qué, pero aquello me alegró tremendamente.

Después de desayunar, Kyrie dijo que para él había llegado el momento de proseguir su camino. Le llevamos en coche las tres o cuatro manzanas que había hasta Howley Road y aparcamos frente al local de Buster's. Nos tomamos una última taza de café en la zona posterior de la caravana.

—Dedico esta caminata a mi compañero Art Levy —dijo Kyrie—. Trabajamos juntos de recaderos en el Departamento de Justicia. Había allí un puñado de abogados que fundaron un club motociclista. Terminaron por dejar que se unieran a ellos los funcionarios, e incluso los propios recaderos. Art se compró una Harley de segunda mano desguazada y se unió al club. Todos llevaban atuendos verdaderamente raros: pañolones, guerreras militares, chaquetas de safari, botas de combate, polainas, jerséis de fútbol, cazadoras de cuero. Los abogados y los otros. El Departamento de Justicia. Una mañana, cuando llegué a la oficina, se me acercó uno de ellos y me dijo que a Art lo habían fundido. No sabía qué quería decir. Dijo que lo había fundido un camión de bomberos. Había chocado contra un camión de bomberos con el resultado de fractura de cráneo y toda una serie de lesiones internas generalizadas. Murió aquella misma noche. Así que a todos cuantos me ayudan les digo que dedico esta marcha a la memoria de mi compañero Art Levy, que entregó la vida en desigual batalla con las tremendas fuerzas contemporáneas.

—¿Qué harás cuando llegues a California? —preguntó Sullivan.

—Aprender a tocar esta guitarra.

Salimos de la caravana y nos agrupamos en Howley Road. Hacía una mañana sombría, fría y ventosa, y olía a tormenta. Se elevaban remolinos de polvo de los aparcamientos abandonados de las tres o cuatro casas de la calle, y el semáforo oscilaba colgado de su cable. Kyrie sonrió y se despidió de cada uno de nosotros con un beso. Luego, echó a andar carretera abajo con su guitarra y su hatillo en un final claramente neochaplinesco, y el viento le infló la camisa y a punto estuvo de derribarle. Intentamos hallar un buen motivo para no abandonar la caravana exactamente donde estaba, pero a ninguno de nosotros se le ocurrió nada y volvimos al interior. Pike sacó una botella de su macuto de marino. Comenzó entonces a llover con un rítmico murmullo de plástico sobre nuestras cabezas. Pike nos habló del puma, de su velocidad, su astucia y su capacidad de recursos, de cómo era capaz de saltar entre diez y doce metros, lo que no le situaba en mal lugar frente al impala, por más que este se llevara luego toda la gloria, y nos habló de la inmensa energía del animal, citando el caso documentado de un único puma que había matado ciento noventa y dos ovejas en una sola noche. Aquel mismo día, algo más tarde, recorrí el pueblo trotando bajo la lluvia para trabajar un poco en la biblioteca. Por la noche, permanecí sentado, yo solo, en la parte delantera de la caravana, escuchando los insectos. Me acometió el impulso de abandonar aquel lugar, de enfilar rugiendo una larga autopista hacia el Oeste; de olvidarme de la película y de lo que comenzaba a significar para mí; de enfrentarme a montañas y desiertos; de pulverizar mi aspecto, el prisma de todas mis imágenes, y convertirme finalmente en un hombre capaz de

sobrevivir gracias a su poder y a su olfato. En Venecia había conocido a un caballero de edad avanzada en las oficinas de American Express. Hacíamos cola para cambiar nuestros cheques de viaje. Le dirigí una observación acerca del día tan bueno y tan soleado que hacía.

—¿Sabe usted cómo nos referimos a esta clase de tiempo en Pima County, Arizona? —dijo él.

—¿Cómo?

—Como lluvia —dijo—. Lo llamamos lluvia.

Me guiñó el ojo y avanzó hacia el mostrador. Los gatos negros de Venecia dormitaban en los callejones. De Italia, su sol húmedo y sus manteles blancos, sus trozos de coco rallado en los mercados, sus siniestros curas de daga. Fui después a Florencia, y Meredith señaló las piedras y gritó que qué magnífico. Luego, solo, descendí hasta la muerta y herrumbrosa Roma, con turistas alemanes saludándose unos a otros, todos aguardando a que saliera Fellini brincando de Via Veneto, disfrazado de payaso con capa operística y seguido de vírgenes, camellos, nubios y publicistas. A lo largo de todo el trayecto me había perseguido una idea: una visión de cerros y mesetas, el soplo cortante de vientos secos, sombras largas y frescas y caballos asomando el rostro por encima de las vallas, navajos apacentando sus ovejas, las cicatrices de la tierra de Arizona. Lo llamamos lluvia. Pero cometí la equivocación de quedarme en Howley Road.

Me desperté en mitad de la noche y distinguí el aroma de dulce de chocolate, un olor espeso, atrayente y sabroso. Pensé entonces en el delantal azul de mi madre, en el viejo fogón desconchado, tan terriblemente real, el delantal azul con las flores, el modo en que se entretenía allí removiendo el dulce, con una mano que era como un pequeño y lánguido triunfo de continuidad y gracia, una afirmación del orden del universo. Al amanecer, cargué la cámara.

La ilusión de movimiento apenas resultaba relevante. Quizá lo que estaba creando era no tanto una película como un rollo manuscrito, un delicado fragmento de papiro temeroso de ser descubierto. Los veteranos de la industria cinematográfica jurarían que todo aquello se remontaba a épocas anteriores al cinetoscopio de Edison. Para ellos, mi respuesta es muy simple. Se tardan siglos en inventar lo primitivo.

Glenn Yost abrió la puerta. Su cabeza exhausta y fatigada caía ladeada hacia la izquierda, y su ojo enloquecido llameaba. Imaginé que en algún verde pasto diamantino de su mente las bases ya estaban ocupadas, y un corpulento y voluntarioso novato, dorado consumidor de cereales, caminaba hacia su plato con zancadas montañosas y pesadas. Glenn vivía en una casa de madera blanca de dos pisos edificada en una calle de casas muy antiguas, casi todas blancas, y muchas de ellas a falta de una buena mano de pintura. Me condujo escaleras abajo hasta el sótano, donde su hijo yacía repantigado mientras veía por televisión una película del Oeste con Kirk Douglas.

—Mi mujer ha acaparado el televisor grande —dijo Glenn—. Pensé que estaríamos más tranquilos aquí, pero veo que la criatura se nos ha adelantado.

—El Ojo que Todo lo Ve —dijo Bud.

—Por mí, perfecto. Además, quería hablar con Bud.

—Sentémonos.

—¿Cómo te ganas la vida, Glenn?

—Soy socio de una serrería.

—¿Qué tal va el negocio?

—No puede decirse que asome ya la jubilación por el horizonte, precisamente.

—La verdad es que eso da igual. Mi pregunta, quiero decir. Me limitaba a mostrarme cortés a la espera de llegar al verdadero objetivo de mi visita. Que es el siguiente: ¿estaríais mínimamente interesados en aparecer en una cosa que voy a rodar en esta zona durante la semana que viene o así? Apenas os exigiría dedicarle más de un par de horas de vuestro tiempo. Todo cuanto tenéis que hacer es leer un par de líneas frente a la cámara. Leerlas directamente de un guión, de un papel. No se precisa memoria ni preparación previa. Basta con presentarse y leer. Sé que no parece lo más emocionante del mundo, sobre todo si tenemos en cuenta que no puedo pagaros ni un céntimo, pero no perderíais más de un par de horas de tiempo y a lo mejor os lo pasabais bien. Una cosa sí sé: estaríais haciéndome un favor enorme, realmente importante. ¿Qué edad tienes, Bud?

—Cumpliré los dieciséis dentro de tres meses.

—Tú también —dije—. Un par de horas.

—Yo no sé nada acerca de leer textos —dijo Glenn.

—Todo cuanto sale de tu boca es un texto —dijo Bud—. Nunca hablas en serio.

Nunca habla en serio. A la gente le dice que durante la guerra servía como paracaidista en un submarino. Que se tiraban de los submarinos. Solo que caían hacia arriba en lugar de hacia abajo.

—Ya vale, tío listo.

—¿Qué edad tienes tú, Glenn, si no te importa que te lo pregunte?

—Cuarenta y siete, me temo.

—Aparte de saltar de los submarinos, ¿serviste en algo durante la Segunda Guerra Mundial?

—Participó en la Marcha de la Muerte de Bataan —dijo Bud.

Glenn subió al piso de arriba en busca de unas cervezas y luego seguimos viendo la película hasta que concluyó, aproximadamente una hora más tarde. Me encantaban los paisajes, la sensación de ecuación casi exacta que sugerían el hombre y el espacio, el vaquero enfrentado a las mudas colinas; allí estaba el auténtico tema de la película, el espacio en sí mismo y el modo de disponerlo y poblarlo, el tiempo suspendido en una ventana del desierto, como ganarle la batalla a la arena y a los esqueletos. (No es más que una película del Oeste, me recordé a mí mismo.) Por las escaleras bajaba en ese momento Owney Pine, bajo y de piernas ligeramente arqueadas, de anchura amplia, cabeza redonda y pelo al cepillo, navegando ahora a través del entarimado hasta amarrar con un leve golpe, el vientre abierto para permitir la salida de los automóviles.

Por la mañana, me llevé la cámara al hotel y le dije al encargado de recepción que quería de nuevo la misma habitación, esta vez por tiempo indefinido. En sus bigotes se adivinaban los restos de un estornudo. Le echó una ojeada a la cámara, dudó entre hacer o no algún comentario al respecto y, por fin, se limitó a alargarme la llave por encima del mostrador.

Una vez arriba, instalé la cámara sobre la cama y me senté a contemplarla desde una butaca. Me soplé las puntas de los dedos. Me desabotoné ambos puños y me arremangué apretadamente la camisa a una altura de unos dos centímetros por debajo de los codos. Meneé los hombros adelante y atrás, intentando relajar los músculos. Saqué el llavero y me limpié las uñas con la llave del buzón. Me soplé el nudillo del índice de la mano derecha. Con la otra mano, me sacudí los testículos hasta sentirlos cómodos. Por fin, expelí aire por la nariz tres veces sucesivas.

Austin Wakely se presentó justo a tiempo. Tal y como se le había indicado, llevaba un par de zapatos militares de color marrón lustrados hasta relucir y unos pantalones caqui de verano recién lavados. Los pantalones y la camisa procedían del vestuario de McCompex; los zapatos eran prestados. Austin me hizo diez o doce preguntas, de las que solo respondí a dos: que en aquello no había argumento y que rodaría toda la película en blanco y negro. Las respuestas que le di le fastidiaron tan solo algo menos que la ausencia de las demás.

—Admito que no sé demasiado de esto —dijo—, pero creo que aquí no hay

suficiente luz.

—Quiero que resulte natural. Me he traído unas cuantas bombillas potentes. Nos serviremos de ellas y confiaremos en que no salten los plomos. Creo que haremos de esa lámpara de pie la fuente principal de iluminación. Todo esto es lo que en ciertos círculos se conoce como amateurismo inspirado. Nuestra pequeña tarea de hoy es bien sencilla: una especie de firma que podría utilizarse tanto para el comienzo como para el final. Cuando comencemos a emplear sonido te daré las palabras con tanta antelación como me sea posible. Eso supone un máximo de veinticuatro horas. Confío en que logres entender mi letra.

—La entenderé.

—Ahora, escucha —dije.

Le di las instrucciones finales, cambié las bombillas y a continuación gradué la sensibilidad de la película y el mando de los fotogramas por segundo. Ajusté el visor. Austin se aclaró la garganta, aunque no tenía que decir nada. Estaba de espaldas a un espejo de cuerpo completo y miraba directamente a la cámara. Le desplacé ligeramente hacia un costado. Sirviéndome de una única posición de cámara, rodé desde los pies de la cama durante unos veinte segundos, una duración publicitaria típica.

Cuando acabamos resultaba patente que había cambiado el humor de Austin. Hablaba con entusiasmo de la película y del ignorado papel que tenía en ella. Su imagen había entrado a formar parte del banco de tiempo y ello constituía para él motivo suficiente de euforia. Por primera vez desde que le conocía, sentí que iba aventajándole. Habría que evitar los sutiles derramamientos de sangre y las largas campañas destinadas a dominar a otro individuo. Era yo quien tenía la cámara y con eso bastaba.

Cuando se hubo marchado, me di una ducha y luego le pedí a la voz de la centralita que me pusiera con la cadena.

—Estoy desnudo —dije.

—Qué excitante. ¿Quién hay contigo?

—El Coro del Tabernáculo de los Mormones.

—Qué afortunados —dijo Binky—. No pensé que volverías a llamar tan pronto.

—¿Qué edad tiene Harris Hodge?

—Tiene veintiséis años, David. No te enfades. Parece mayor.

—Vale. ¿Qué tal está Ted Warburton?

—Se desplomó sobre la mesa y hubo que trasladarle urgentemente al hospital.

—Eso ya me lo habías dicho, maldita sea, y creo que empleaste exactamente esas mismas palabras. ¿Desde cuándo hablas como un mensaje grabado? Quiero saber si ha habido noticias del hospital.

—No lo sé. Preguntaré por ahí.

—¿No ha intentado Weede ponerse en contacto con la señora Warburton?



—No lo sé —dijo ella.

—Bueno, pues entérate. La próxima vez que te acuestes con Weede, pregúntale si ha intentado ponerse en contacto con la señora Warburton. Utiliza exactamente esas palabras. ¿Crees que podrás hacer eso por mí, Binky?

—Sí.

—Lo siento —dije.

—Yo también, David. Me siento fatal por lo de Ted Warburton. Te lo digo en serio. Si quieres, puedo averiguar en qué hospital está para que puedas telefonarle.

—No, no hagas eso. Si Ted está realmente grave prefiero no hablar con él. No soporto hablar con gente que está realmente grave. Limitate a enterarte de cómo está y yo te llamaré la semana que viene.

—De acuerdo.

—Lamento lo que te he dicho acerca de Weede.

—No pasa nada. Al fin y al cabo, ya lo sabe todo el mundo. Cuando dijiste que estabas con el Coro del Tabernáculo de los Mormones ¿querías dar a entender que estabas en Utah?

—Sí.

—Utah está justo encima de Arizona.

—¿En serio? —dije.

—Así que llegarás al rodaje cualquier día de estos.

—Exactamente.

—Están todos muy excitados con el proyecto.

—No hables así.

—¿De verdad estás desnudo?

—Completamente.

—Siento lo de Harris Hodge.

Pensé en pedirle a Binky que transfiriera mi llamada al teléfono de Tana Elkbridge. Pero en ese caso sospecharía que Tana y yo estábamos teniendo una aventura y, dado que Tana estaba casada, no me pareció una buena idea. Claro está que podría haberle dado el número de la extensión de Tana sin decirle a quién pertenecía, pero ella, a su vez, podría haberlo averiguado sencillamente con consultar el directorio de la oficina. Era mejor no correr riesgos. Cuando terminamos de hablar, colgué y le dije a la voz que llamara de nuevo a la cadena. Pregunté por Tana Elkbridge. Contestó su jefe, y yo colgué inmediatamente. A continuación, llamé a Meredith a su despacho.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Aquí, en el Medio Oeste. ¿Qué tal marcha todo en Gramercy Park? ¿Hay bombas, huelgas, revueltas, plagas?

—Aquí todo está bien, pero he recibido noticias preocupantes de Turquía. Mamá está en un hospital de Ankara. Ha estado bebiendo de nuevo. Al parecer se puso realmente mal. Se cayó por unas escaleras.

—Quisiera poder estar contigo.

—Yo también, David.

—Te echo de menos.

—Sí.

—Creo que los dos hemos madurado —dije.

—¿Ha sido un viaje positivo para ti?

—Una perspectiva totalmente nueva.

—Antes de que me olvide, David: hace unos días, vi a mi prima Edwina. Ya me has oído hablar de ella anteriormente. Es la prima con la que estuve viviendo aquella vez que estuve en Londres. Su marido está aquí en viaje de negocios y acaban de pasar tres días en Nueva York. Ahora están en Boston, y de ahí se van a Toronto y luego a Chicago. Van a pasar tan solo dos días en Chicago, y había pensado que si estás cerca podías ir a verles. Edwina no conoce a nadie allí, y Charles se pasará el día metido en reuniones.

Anoté los detalles y luego seguí un rato compadeciéndola con el tema de la salud de su madre. Le pregunté si había hombres nuevos y excitantes en su vida, pero ella se mostró ambigua.

—Escucha —dije—. ¿A que no sabes una cosa? Sueño en color.

—¿Estás seguro?

—La otra noche soñé con un autobús azul enorme que viajaba por una autopista del desierto. Cuando me desperté, estaba completamente seguro de que el autobús era azul. Fue la primera vez que supe con seguridad que soñaba en color.

—Eso es fantástico, David.

—Sí.

—Y ahora, cuídate. Pásalo bien. Buena suerte con los indios. E intenta desplazarte a Chicago.

—Ha sido agradable hablar contigo, Merry.

—Y tú eres un encanto por haber llamado, David.

La secretaria de mi padre me dijo que estaba en una reunión. Le dije que aquello era una conferencia y que se trataba de algo relativamente urgente. Me dijo que iría a avisarle.

—¿Qué pasa, colega?

—¿Qué tal estás, papá? ¿Trabajando mucho?

—Acabamos de conseguir un negocio de Procter & Gamble. Una nueva línea de artículos de baño que se han inventado. Este país funciona orientado por los cuartos de baño. Lo sabes tan bien como yo. Nos pasamos la vida en el baño. Allí lo hacemos todo, menos cagar y mear. Maxine, vaya usted a mecanografiar ese informe. El baño es terreno consagrado. ¿Sabes a qué me refiero?

—Por lo que dices, podría ser una buena cuenta.

—¿Qué te preocupa, Dave? ¿Y dónde estás, si puede saberse?

—Ando por aquí, en el Medio Oeste.

—Si necesitas dinero le diré a Maxine que te lo envíe inmediatamente.

—No, no; solo he llamado para preguntarte una cosa.

—Dispara.

—Nunca has hablado mucho de tus experiencias durante la guerra. Todo cuanto he sabido es que serviste en el Pacífico, que te hirieron unas cuantas veces y que te han concedido varias medallas al valor. Me preguntaba si podrías ser algo más explícito al respecto.

—Yo no hablo de eso —dijo.

—Eso dice todo el mundo. Pero al final todos acaban hablando.

—Yo no, coleguilla.

—¿Por qué no?

—No hay nada que decir. Todo aquello acabó. Si quieres saber cómo fue, hay montones de libros al respecto.

—Quiero saber cómo fue para ti, no para otros. Es para algo que estoy escribiendo.

—Enterré vivo a un hombre —dijo.

—¿Dónde ocurrió eso, papá?

—En no sé qué puñetera isla. Y no pongas esa voz tan lastimera.

—No volveré a preguntarte acerca de ello. Lo siento. Era para algo que estoy escribiendo. ¿Hay noticias de Jane?

—El chaval está mejor. Y Jane está embarazada de nuevo.

—Me pregunto si Mary tendrá hijos.

—No hables de Mary. No hay ninguna Mary.

—¿Recuerdas lo que me dijiste del alma-cometa? ¿Aquello que dijo mamá cuando estaba embarazada de Mary? ¿Que era el alma-cometa de su madre? Dijiste que la frase sonaba a oriental, y en cierto modo tenías razón. Está extraída de uno de los libros infantiles que tenía mamá en su dormitorio. El libro era tan viejo que ya se estaba cayendo a pedazos. Un día, me puse a hojearlo y allí estaba la frase. Era una traducción de un texto para niños japoneses. Magníficamente ilustrado.

—Te gusta conservar pequeños retazos de información, ¿no es cierto? ¿Qué otras cosas sabes que yo no sepa? Te diré algo, muchacho: sé más de lo que crees. Mucho más.

—Sí —dije.

—Puedes estar bien seguro. ¿Qué es eso que estás escribiendo?

—Un guión de cine.

—De vuelta con esa afición, ¿eh?

—Supongo.

—Me estoy dejando la barba —dijo—. Crece sin problemas. Por ahora, no me la estoy recortando. Dejaré que crezca hasta convertirse en una enorme y espesa crin. Sale casi blanca, pero no me queda mal. Ya verás cuando vuelvas. Para entonces, me tamará toda la cara.

—¿Para qué quieres dejarte barba?

—A todo hombre le apetece dejarse barba antes de morir. Es una manera de mandar a todo el mundo a tomar por culo. Escucha, yo ya ando cerca de la línea de meta. Quiero tener barba. El solo hecho de vérmela en el espejo ya me pone de buen humor. No pienso empezar a recortármela hasta dentro de dos semanas por lo menos. Si es que lo hago. Si es que lo hago.

—No te imagino con barba.

—¿A qué viene esa voz tan disgustada?

—No lo sé, papá. Me resulta raro, eso es todo. Hace que cambien ciertas cosas. No sé explicarlo.

—Escucha, tengo que volver a esa puñetera reunión. Dame un toque cuando regreses a la ciudad. Comeremos juntos.

—De acuerdo, papá. No trabajes demasiado.

—Gracias por el consejo —dijo.

Saqué la libreta de direcciones de la cartera e intenté encontrar algún dato sobre Ken Wild. Descubrí la dirección y el teléfono de sus padres, que vivían en las afueras de Chicago. Se puso su padre, y le dije que era un antiguo compañero de universidad que quería ponerse en contacto con Ken. Me dijo que Ken vivía en Chicago y me dio los teléfonos de su casa y de su oficina. Dijo que era un placer hablar con cualquier amigo de Ken. Me dijo que si alguna vez pasaba por River Forest que me acercara por su casa a disfrutar de la piscina. Llamé a Wild a la oficina.

—Estás cordialmente invitado a una misa negra que tendrá lugar en tu torre Martello local<sup>[4]</sup>. Alzacuellos romano. Se ruega confirmación.

—Por Dios bendito —dijo—. No puede ser.

—Es.

—¿Dónde estás?

—Creo que cerca. Al menos, relativamente. He estado buscando tu nombre por ahí, Wild, pero los del comité del Pulitzer guardan un curioso silencio.

—Mi musa resultó ser una tortillera.

—Qué lástima —dije—. ¿A qué te dedicas?

—Soy Director de Proyectos en la empresa de sistemas industriales de mi padre.

—Acabo de hablar con tu padre. Me dijo que podía ir a disfrutar de la piscina.

—Culpabilidad —dijo Wild—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Seis o siete años, ¿no?

—Siete —dije yo—. ¿Te has casado?

—Y divorciado.

—Así que eres Director de Proyectos.

—Detecto un secreto regocijo en tu voz. ¿A qué te dedicas tú?

—A hacer películas —dije—. He realizado unos cuantos documentales. Digamos que intento abrirme camino hacia el largometraje. Todo de forma independiente. Mis cosas las ha venido distribuyendo Tek-Howard's. En este momento estoy en un

rodaje, pero es posible que dentro de unos días tenga que ir ahí a recoger unos equipos. Por eso se me ha ocurrido llamar. Quizá podríamos vernos.

—Fantástico —dijo—. Me apetece mucho. De verdad.

Me sentí mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo. Llamé una vez más a la cadena y pregunté por Weede Denney. Extraje un pañuelo del bolsillo del pantalón y lo utilicé para cubrir el micrófono. A mis oídos llegó la voz eternamente reprobatoria de la señora Kling, una voz que parecía diseñada para enumerar listas de acusaciones.

—Despacho del señor Denney. En este momento no está aquí.

—Llamo de Estudiantes por una Sociedad Democrática. En su depósito de agua potable hay un artefacto líquido invisible que está programado para estallar en el momento en que cuelgue el auricular.

Corté la comunicación, abrí de nuevo la libreta y consulté el número de Leighton Gage. Pedí que me pusieran con Simmons St. Jean.

—¿Todavía sigues ahí, Simmons? Soy David Bell. ¿Te acuerdas de mí?

—Desde luego. ¿Qué quieres?

—Últimamente me dedico a hacer películas. Ruedo en 16 milímetros. Digamos que intento abrirme camino hacia los 35.

—¿Te importaría ser breve? Salgo para Marrakech en cuestión de minutos.

—¿Qué tal te va, Simmons? ¿Sigues guardando todos los ejemplares de *Cahiers du Cinéma*? Escucha, ¿has visto lo último de Bergman? Es más deprimente que nunca. Yo lo vi poco antes de salir de Nueva York. Estoy en el Medio Oeste, trabajando en mi película. La he concebido como una manifestación profundamente personal.

—Bergman es el ejemplo típico del cineasta como sepulturero. Sus películas adolecen de *rigor mortis*. No he vuelto a ver nada de él desde la primera mención del dios-araña. Las nuevas comedias del Oeste de la Paramount valen más que cualquier pesadilla exegética de Bergman.

—El viejo Simmons de siempre. Me alegro de hablar contigo, Simmons. ¿Te acuerdas de Wendy Judd? Hoy en día, vive en Nueva York. Es una auténtica fiera en la cama. Pero verás por lo que te llamo: ¿recuerdas la escena de la nevada en *Ikiru*? El viejo tiene cáncer. Se va al parque y se sienta en un columpio. Comienza a nevar. Opino que es la escena más bella jamás llevada al cine. Y lo que quiero averiguar es lo siguiente. Primero: ¿acercaba Kurosawa la cámara al viejo? Segundo: ¿filmaba toda la escena sin cortes? Y tercero: ¿se columpiaba el viejo o permanecía inmóvil? He visto *Ikiru* tres veces, pero la última fue hace casi cinco años. Y la escena a la que me refiero es tan hermosa que siempre me olvido de estudiarla para ver cómo la hacía. Pensé que si alguien lo sabía tenías que ser tú.

—Nunca he visto *Ikiru* —dijo él.

—Eso es imposible.

—En cuanto a Wendy Judd, siempre he tendido a considerarla una especie de

ratón de campo más que una fiera. Quiero decir, que le encantaba mordisquearlo todo, ¿verdad?

—Estás mintiendo, Simmons. Eres un puto mentiroso de mierda, Simmons. ¿A qué vas a Marrakech? ¿A un festival de dibujos animados árabes?

Colgué el teléfono y me eché una siesta. Cuando desperté, ya eran pasadas las cinco. Llamé a recepción y les di el teléfono de Jennifer Fine.

—Jennifer, soy David. David Bell.

—Por supuesto —dijo finalmente.

—No estaba seguro de si seguirías viviendo en el mismo sitio, pero pensé que qué demonios, tampoco iba a suponerme tanto gasto. Estoy en el Medio Oeste. Lo digo porque si no se me oye muy bien ese es el motivo.

—Te oigo.

—Espero no interrumpir nada. Quizá no debería haber llamado. Solo quería decir hola. Nada especial. Estoy desnudo y llevo ya un rato llamando a gente por todo el país. Solo quería decirte que soy consciente de lo mal que te traté cuando estábamos juntos. Me llamaste fascista. ¿Lo recuerdas? En cierto modo, fue una noche divertida. O al menos la recuerdo divertida ahora, aunque entonces no lo parecía ni por lo más remoto. Creo que he madurado un montón desde entonces, Jennifer. Pero no pretendía sacar ese tema. No tenía ningún motivo especial para llamar. Sencillamente, quería hablar. A veces, al teléfono, las palabras parecen salir solas.

—Se ha muerto mi gato —dijo.

—No sé... creo que no sabía que tenías un gato. Es una lástima. Sé que algunas personas acaban muy unidas a los animales. Lamento sinceramente oír eso. Yo ando por aquí, haciendo una película.

—Ha debido de morir esta tarde. La asistenta estuvo aquí esta mañana y no me llamó a la oficina, así que debe de haberse muerto esta tarde. Volví del trabajo y me lo encontré muerto.

—De verdad que es una lástima.

—Aún está en el suelo. No me decido a tocarlo.

—Jennifer, creo que lo mejor que podría hacer sería colgar. Así podrías llamar a alguien para que acudiera a echarte una mano. Lamento de verdad todo. Me pondré en contacto contigo cuando vuelva a la ciudad. Comeremos juntos. Ahora te dejo. Adiós.

Colgué el auricular y busqué el teléfono particular de Weede Denney. Volví a cubrir el micrófono con el pañuelo. Respondió Weede en persona.

—Soy Ted Warburton —dije—. Tan solo quería que supieras que eres un déspota y un monstruito. Eres un puto cerdo calvo de los cojones.

Colgué, le pedí a la voz que me pusiera con información de Westchester y solicité comunicación con Valerio, de Old Holly. La operadora me dijo que aparecían listados dos Valerios, Annette y Joseph. Recordé que la madre de Tommy se llamaba Annette y anoté el número. Respondió un hombre.

—¿Es ahí donde vivía antes Tommy Valerio? —pregunté—. Estoy intentando ponerme en contacto con él. Somos viejos amigos.

—¿Ponerse en contacto con Tommy?

—¿Puede decirme dónde está ahora?

—Tommy lleva tres años muerto.

—¿Qué le pasó?

—Le mataron en la guerra.

—Pero ¿qué pasó? —dije—. Quiero decir, ¿cómo fue?

—¿Qué quiere que le diga? C. E. C. Caído en combate. Era subteniente. Tenía un montón de hombres a su cargo. Annette, ¿cuántos hombres tenía Tommy a su mando? En cualquier caso, lo cierto es que el Presidente nos envió una carta. El Presidente en persona le envió una carta a la madre de Tommy.

—¿Cómo está la señora Valerio?

—Está perfectamente. Nos ha pillado en mitad de la cena.

—Usted debe de ser el tío de Tommy. Creo que nos hemos visto una o dos veces. Me llamo David Bell. Tommy y yo éramos amigos.

—No recuerdo que mencionara a ningún David Bell. Nos ha pillado en mitad de la cena, pero a lo mejor quiere usted hablar con su madre. La tengo aquí al lado. Es alguien llamado David Bell.

—¿Qué? —dije yo.

—Estoy hablando con ella. Dice que era amigo de Tommy. La tengo aquí al lado. Espere un momento.

—No se preocupe. Dígale que no se preocupe. Les estoy interrumpiendo la cena.

—La tengo aquí mismo.

—Ahora tengo que colgar. Dígale que lo siento.

—Dice que lo siente.

—Adiós.

—Dice que por qué lo siente.

Llamé a Wendy Judd a su apartamento.

—Soy David. Quiero preguntarte algo. Y necesito una respuesta directa que refleje los hechos. ¿Te acostaste alguna vez con Simmons St. Jean en los viejos tiempos de Leighton Gage?

—¿Quién era ese?

—Teoría y crítica cinematográficas.

—¿Un tío pálido y atractivo de ojos siniestros?

—Supongo que esa sería una descripción acertada.

—La verdad es que no es asunto tuyo, ¿no te parece, David?

Colgué, llamé a McCompex y pregunté por Carol Deming. Tardó varios minutos en ponerse al teléfono.

—¿Te apetecería tomar una copa e ir luego a cenar? —dije—. Podemos quedar en Buster's. Ignoro dónde se puede comer algo semidecente en esta ciudad, pero quizá

tú puedas sugerir un sitio. ¿Qué tal es el marisco por aquí? Me muero por unas gambas fritas.

—Acabo de ver a Austin. No sé qué habéis estado haciendo hoy, pero está entusiasmado. ¿Cuándo me toca a mí?

—Podemos charlar de eso.

—David, eso es precisamente lo que hago aquí durante todo el día. El teatro es charla. Motivaciones, sentimientos, discursos, interpretaciones...

—El lenguaje conformado a las necesidades y limitaciones humanas.

—Exacto —dijo ella.

—Aún estoy intentando dilucidar para qué podría necesitarte. Cenemos juntos y hablemos de ello.

—David, no me apetece hablar. Te lo digo de verdad. Con nadie. Dame simplemente algo con lo que jugar. Una idea, un papel, una farsa. Algo que la cámara pueda comprender aunque nadie más lo haga. Intento ser franca.

—Escucha, un par de copas, eso es todo. Una copa. Estoy en Ames House, en el centro de la ciudad. Caminando, puedo estar en Buster's en quince minutos.

Llevaba ya cuatro copas y aún no se había presentado. Finalmente, crucé la calle en dirección a la caravana. Encontré a Brand solo, reclinado sobre uno de los camastros con las manos bajo la nuca.

—Está ocurriendo —dijo—. Puedo sentirlo en el interior del cráneo. La vieja violencia. Pensé que había desaparecido pero siento que regresa. No sé si con razón o no, asocio la afabilidad con la no violencia. Por eso es por lo que intento ser afable. Emplear palabras afables. Hacer cosas afables. He estado intentando no reavivar los viejos instintos. Pueden reavivarse con palabras, especialmente con palabras coloquiales. La teoría puede parecer estúpida. O, en el mejor de los casos, indemostrada. Pero para mí es cierta. Y está de vuelta. Esa vieja ansia. Más vale que no me pierdas de vista.

—No haces más que aparecer, desaparecer y reaparecer —dije—. Siempre has sido así. Nunca he sabido con exactitud quién eras. Siempre me has gustado, Bobby. O al menos me han gustado la mayoría de las distintas formas que adoptas. Pero luego siempre te marchas y vuelves transformado y yo me tengo que ajustar. ¿En qué modelo he de fijarme?

—Parecería que conseguir la afabilidad es lo más sencillo del mundo. Físicamente, yo ya lo he conseguido. Lo he logrado. Tengo el mismo aspecto que tienen otro millón de personas. Diez millones. Pero en el interior de mi mente no cesa la movida. Me metí en drogas duras para luego ir dejándolas. Fumo hierba para ir dejándola. Pero ya no puedo apartarme más de ellas. La vieja movida. Muerte al enemigo. Davy, no tienes ni idea de lo que es soltar munición de veinte milímetros sobre una aldea. Verla desintegrarse. Pasar en vuelo rasante y soltarle uno o dos pepinos. Unas latas de napalm. De cien kilos. Cohetes. Una vez, sorprendí a un tío en



bicicleta. Andaba pedaleando en las afueras de un pueblo. Sabíamos que era un hostil. Descendí tras él, a buena distancia, y fui siguiéndole un trecho por la carretera, casi tocando el suelo. Cuando estaba como a cien metros de él, empecé a disparar a su alrededor. Saltó en pedazos como si fuera de porcelana. Existe cierto placer atávico en acertar a un blanco en movimiento, ¿sabes? Algo se mueve y tú, *boom*, te lo cargas. Animal, ave o ser humano, la cosa es derribarlo. Es algo primario, Davy. Cimentado en el origen de las especies. Intento aprender a vivir con ello.

Libre del nervioso genio motorizado de la vigilancia de su padre, Bud Yost resultaba típico en todos los aspectos en tanto que beneficiario de una educación moralmente sólida, un carácter templado y una dieta equilibrada. Resultaba algo corpulento para su edad, y sus movimientos mostraban un ligero balanceo, como si viviera encaramado a una mecedora. Apareció saliendo de un pasillo y se detuvo sobre el suelo desierto del gimnasio de la facultad vestido con su uniforme de baloncesto, de color blanco con franjas y números dorados. Le había pedido que, a ser posible, intentara ponerse el 9, el viejo número de mis días de escuela preparatoria, pero el 9 pertenecía a un chaval que medía uno noventa y ocho y pesaba más de ciento cinco kilos, por lo que Bud vistió su propio número, el 11, con las palabras *Ft. Curtis High* escritas en letras doradas sobre el pecho. Le hice unas pruebas y le dije que hiciera lo que le diera la gana sobre la pista sin prestar la menor atención ni a la cámara ni a mí. Rodé primero desde arriba, desde la fila de asientos que dominaban la cancha. Él, a solas sobre la resbaladiza tarima tostada del gimnasio, fue desplazándose lentamente pista abajo, fintando y modificando la velocidad hasta colocar un tiro fácil. Luego, pasó a tiros de salto, primero de cerca, luego desde unos metros más allá, luego más lejos aún, inmerso en el peculiar sonido del balón cada vez que atravesaba la red o chocaba contra el suelo o el borde o el tablero, disolviéndose sus ecos en otros tantos duplicados del sonido original. Al cabo de un rato, bajé hasta la pista, apoyé una rodilla detrás del tablero y le enfoqué directamente. Metió cuatro seguidas desde el fondo, falló dos y encestó otras dos más desde la esquina. Era bueno. Tenía buena vista y resultaba mucho menos torpe corriendo y tirando que cuando simplemente caminaba. Agachado, el codo izquierdo doblado, siguió regateando desde el fondo y encestó desde una distancia de seis metros. Yo dejé de filmar y me quité los zapatos y la camisa. Nos pusimos a entrenar a dúo, alternando la ofensiva, y seguimos así aproximadamente una hora sin cruzar palabra. Era demasiado rápido para mí, y mis tiros salían completamente desviados. Cuando por fin solicité una pausa estaba a punto de echarme a llorar. Me incliné en un esfuerzo por recuperar el aliento, derrotado con veintiocho años y ya resignado a un futuro de papelajos arrugados y papeleras caqui en las habitaciones de hoteles de tonos pardos. Me senté en el suelo y comencé a atarme los zapatos.

—Espero que hayas conseguido lo que querías —dijo.

—Debería servir. Esta cámara está diseñada para los deportes, la naturaleza, los

reportajes... esa clase de cosas. Puede que te necesite una vez más.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Eso es todo por hoy, señores.

Se echó a reír y alargó una mano para ayudarme a volver sobre mis pies.

Pike dormía en el fondo de la caravana. Brand y yo estábamos en la parte delantera, esperando a Sullivan en el aparcamiento de un supermercado. Vi a un grupo de mujeres junto a un automóvil modelo ranchera. Había siete, todas ocupadas en introducir cajas de cartón y bolsas de la compra en la parte trasera del coche. De las bolsas asomaban tallos de apio y cajas de detergente. Alcé la cámara del regazo, me la llevé al rostro y, asomándome ligeramente por la ventanilla, la enfoqué en dirección a las señoras como si estuviera filmándolas. Una de ellas me vio e inmediatamente rozó con el codo a su compañera sin apartar los ojos de la cámara. Ambas saludaron con la mano, y las demás fueron reaccionando sucesivamente una por una hasta que todas estuvieron saludando y sonriendo. Parecían inmensamente felices. Quizá percibían que estaban saludándose a sí mismas, agitando la mano con la esperanza de que algún día en el que pudiera precisarse un testimonio de su paso por el tiempo —acaso por sus propias dudas— fuera posible rescatar de la cinta de plástico transparente el instante que habían vivido en aquella plaza deslumbrada por el sol. Y treinta años después, el día en que se necesitara dicha prueba, cabría confiar en que la película estuviera proyectándose en alguna pantalla y en algún lugar, la película en la que aparecen, verificadas, en una reencarnación química, saludando a su propia vejez, sonriendo su autoafirmación a las décadas, como una raza de eternas peregrinas bajo la luz polvorienta de un mercado, sus siete brazos extendidos en un saludo fabuloso al olvido de la existencia. ¿Qué otra mejor prueba (si alguna vez se precisa) de que verdaderamente estuvieron vivas? Su felicidad, pienso, estaba hecha de aquello, de la anticipación de una prueba irrefutable, y no tenía nada que ver con el momento presente, que habría de pasar junto con el resto para desaparecer en aquello, sea lo que fuere, que constituya lo opuesto a la eternidad. Fingí que seguía rodando, absorbiendo su luz consumida, franqueando a sus sonrisas el paso por la lente para vagar por el cuerpo de la cámara en busca de la bobina mágica, la gelatina que captura la imagen, la película que discurre a través del umbral expectante. Sullivan salió del supermercado y abatí la cámara. No podía evitar la sensación de que lo que estaba descubriendo en ese instante era una forma de poder.

Por la tarde, en Howley Road, nos sentamos en la caravana a escuchar la radio. Pusieron un resumen de noticias de la guerra. Yo no oía las noticias, sino simplemente las palabras, las familiares frases opresivas. Era como las difusas conversaciones de la cadena: nada era lo que significaba y, a menudo, tampoco su contrario.

—¿Quién quiere figurar en mi novela? —preguntó Brand—. Le costará quince

dólares, pero estoy en situación de garantizarle la inmortalidad.

—Yo quiero verme convertido en neurocirujano —dijo Pike.

—Ochenta dólares redondos.

—En amante —dije yo—. Haz de mí uno de los grandes amantes.

—Por ciento cincuenta dólares, te meto en la cama con el personaje femenino que elijas.

—¿Apareces tú en el libro? —le pregunté a Sullivan.

—Todos vosotros aparecéis —dijo Brand—. Aparece todo el mundo.

—En ese caso, apúntame con ciento cincuenta.

—¿No me pedirás luego las vueltas? —preguntó Sullivan.

—No creo.

—Porque yo ya tuve una aventura en otra novela hace muchos años. A mi pareja no le resultó satisfactoria en lo más mínimo. Era un oficial de la Armada con larguísima experiencia. Claro está que entonces yo no era más que una niña.

—A mí conviérteme en un neurocirujano con mal pulso —dijo Pike—. De un tema así podrías sacar mucho suspense.

—El suspense ya no es relevante —dije yo.

—Chorradas —exclamó Pike—. Eso son chorradas.

—Tranquilo —dijo Sullivan.

—La susceptibilidad de Pike alcanza proporciones monumentales —dije yo, muy satisfecho de mí mismo.

—Chorradas.

Las palabras fluían sedosamente de un rostro inteligente (sin duda), dejando atrás cierto punto de no retorno de tolerancia, y al poco parecían generar una existencia propia, exigir una independencia, habitar una silueta de significado más sutil y más astuta de lo que jamás podría saber la inteligencia que las había nutrido. Durante un rato, escuchamos en silencio. El locutor dijo que acababa de leer el boletín del día anterior por equivocación.

—Yo tengo fantasías en las que me enamoro de una vietnamita —dijo Brand—. Pero luego ella muere de una enfermedad poco común y yo me paso sufriendo el resto de mi vida.

Las nubes del monzón septentrional comenzaban a despejarse. Los comandos asesinos barrían los poblados. Por las noches, podías ver las trazadoras atravesando las zonas libres de fuego. Cada cargador contiene veinte balas.

—América solo puede hallar la salvación en aquello que intenta destruir —dijo Sullivan.

Pasé gran parte de los dos días siguientes en la biblioteca, investigando, pensando, preocupándome, escribiendo monólogos y diálogos. Avanzada ya la tarde del segundo día, me acerqué hasta la caravana y hallé a Pike solo. Le informé de mi intención de visitar Chicago. Luego le convencí para que me llevara en coche arriba y

abajo por una de las viejas y tranquilas calles de la población mientras yo filmaba unos metros por la ventanilla. Le indiqué que debía conducir a paso de andadura o incluso más lento. Carecía de abrazaderas con las que sujetar la cámara a la portezuela, y quería que hubiera la menor cantidad de movimiento posible. Asimismo, me gustaba la idea de retratar aquellas hileras de casas, extendiéndolas en el tiempo, entendiéndolas como objetos más importantes por su aspecto que por las voces y amarguras que contenían. Se trataba de una entrevista en el nuevo lenguaje. Y al no haber nadie a la vista, podía filmar a velocidades más elevadas de lo normal para reducir la vibración y prolongar aún más la escena. Avanzamos centímetro a centímetro a lo largo de la calle, las casas silenciosas y adorables, cual lenta conmemoración de un estridente momento interior no aplacado por el tiempo.

Hay un motel en el corazón de cada hombre. Allí donde la autopista comienza a dominar el paisaje, más allá de los límites de la ciudad inmensa y repetitiva y próximo a alguno de los principales centros de salidas y llegadas: allí es donde más probablemente se encuentra. Postales de su propia imagen sobre el mostrador. Un centenar de dormitorios herméticos. Las cuatro estaciones del año conservadas en un bote de aerosol dentro del armarito de las medicinas. Al verte interminablemente repetido de camino a tu habitación, es fácil que olvides quién eres; puedes sentarte en la cama y convertirte en *hombre sentado en la cama*, una abstracción capaz de competir con la infinitud misma; de tales lugares y momentos emerge el caos moderno hasta alcanzar el nivel de la matemática pura. A pesar de su tamaño considerable, el motel aparece como algo temporal. Puede que esta sensación emerja simplemente de la certeza de que nadie vive aquí más de uno o dos días seguidos. Por otra parte, también podría explicarse por la ubicación del motel, por esa ventosa sugerencia de misterio que rodea un edificio solitario edificado en lo que en otro tiempo era una ciénaga; del lago o bahía sopla una fría galerna, la luz del sol destella sobre los extremos de las alas de aviones distantes, los patos viran en contra del viento y no se divisa el menor signo de presencia humana a pie. El motel parece construido exclusivamente con baldosas de baño. Las sábanas están frías y levemente húmedas. Hay demasiadas perchas en el armario, como si la dirección intentara compensarnos por una secreta carencia demasiado lamentable de imaginar. De las diminutas asperezas de la pared emana el susurro constante y casi insoportable de la ventilación. Y con todo, a pesar de sus menoscabos espirituales, este no es el peor de los lugares. Encarna una repetición tan irresistible y tan insistente que hace posibles la liberación y el rescate, ya que no la libertad; poseído por el caos, te trasladas a territorios más difusos, alcanzas el refinamiento y la integridad, y te conviertes, si así lo quieres, en el hombre de la cama de la habitación contigua. La cabaña del bosque, la suite de habitaciones malva, el tugurio que hay encima de la casa de empeños, el apartamento prestado... son todos demasiado personales: son el instante irrepitible. Los hombres conservan firmemente el motel en sus corazones; aquí fluye el sueño de

la confluencia entre los viajes y el sexo.

Edwina Meers estaba alojada en un motel así, próximo al aeropuerto O'Hare, a unos veintisiete kilómetros aproximadamente del centro de Chicago. Meredith me había dado el nombre del lugar y yo había llamado a Edwina y a Charles para prevenirles de mi llegada. Luego, había tomado prestado el coche de Glenn Yost, un Pontiac gris espástico, y había emprendido el camino hacia el Norte en mitad de la noche. Era agradable volver a estar en la carretera, desafiando la lógica de la línea blanca. Pasaban numerosos camiones de remolque, con placas de matrícula procedentes de una docena de estados distintos, y el coche se bamboleaba bajo su impulso. Yo era parte del comercio, del romance del transporte a larga distancia, del canto épico de largo alcance de las guías de viaje de la Asociación Automovilística Americana.

Eran las nueve de la mañana, y Edwina acudió a la puerta vistiendo una falda floreada con cremallera frontal y una camiseta ajustada.

—Eres un suertudo, estoy sola. Vamos, entra. Charles ha salido corriendo a una reunión. Tenemos el equipaje tirado por todos sitios, así que tendrás que sentarte en la cama. ¿Te importa si dejo la televisión encendida? En este país emiten unos programas increíbles.

—¿Por qué no os habéis quedado en la ciudad?

—Charles se negó en redondo. El pobre tiene una fijación obsesiva por la puntualidad, y decidió que sería mejor alojar nuestros calientes cuerpecillos lo más cerca posible del aeropuerto, ya que nuestro horario parece cimentarse sobre una disponibilidad en fracciones de segundo digna de un sistema de misiles. Siente auténtico terror a llegar tarde a un despegue. Todo muy sexual, supongo.

—Si te apetece, podemos coger el coche e ir a comer al centro. Ya he venido antes a Chicago por viajes de negocios y creo que soy capaz de moverme por ahí bastante bien.

—Eso es todo un detalle por tu parte, David. En serio, estoy tan contenta de que hayas podido venir. Meredith me ha hablado mucho de ti. Es una chica fantástica, ¿no te parece? Tan fresca, no sé, tan homogeneizada...

Edwina tenía unas facciones redondas, vulgares y ligeramente pecosas, como una tortita. Debía de andar por la treintena y parecía encantada de la vida con todo. Olvidadas ya las tensiones de una adolescencia desprovista de belleza física, estaba acaso descubriendo que la frontera de los treinta había dado paso a su particular esplendor, a la edad de oro de su pasión y de su ingenio. En la televisión estaban emitiendo un anuncio. Una mujer tendida en una bañera se lavaba las piernas con una pastilla de jabón de belleza. Con una rodilla fuera del agua, iba guiando lentamente el jabón a lo largo de la pantorrilla, pasando luego sobre la rodilla y descendiendo por el muslo mientras la imagen derivaba hacia un fundido lento. Después aparecía en un plano largo y desdibujado, ya sobre el suelo de baldosas, la cabeza echada hacia atrás mientras las manos se movían lentamente sobre la toalla arrollada en torno a su

vientre y sus muslos. Edwina se reclinó sobre una cómoda.

—Estoy confuso —dije—. Por algún motivo, tenía la impresión de que eras norteamericana.

—Lo soy, David.

—¿Cuánto tiempo has estado viviendo en Inglaterra?

—Tiene gracia, pero casi diez años exactos. Charles y yo nos casamos en Filadelfia y nos marchamos. Antes de casarme con Charles, tuve un amante sudamericano que solo pensaba en tener niños. En cierto modo, era primitivo y terrible. Charles tuvo una aventura homosexual antes de conocerme. Su amante fue luego nuestro padrino de boda.

—¿Habías estado antes en Chicago?

—No, y Charles tampoco. Aterrizamos ayer por la tarde y alquilamos un coche. Luego, nos instalamos aquí y nos fuimos conduciendo hasta el centro. Nos habían invitado a una especie de fiesta de hombres de negocios con exceso de peso en casa de un tipo llamado no sé si Lawrence Thomas o Thomas Lawrence. El mismo al que ha venido a ver oficialmente Charles. La verdad es que se portó de un modo encantador, molestándose hasta ese punto con el único propósito de que Charles pudiera conocer a algunos de los ricachones locales. Pero debo decir que no fue ni con mucho la cena más ingeniosa a la que he asistido. Los hombres hablaban de aleaciones de acero y de tintes, y las esposas eran aún más aburridas, si es que ello es posible. ¿Sabías que existe una compañía llamada American Metal Climax Inc.? Dios mío, a quién se le habrá ocurrido eso. En cualquier caso, el hecho es que sirvieron *coq au vin* para cenar, con la salvedad de que allí había diez partes de *vin* por cada parte de *coq*. A continuación, se dedicaron a ofrecermé largos cócteles de ron afrutado llamados Volcanes Dormidos. Ni que decir tiene que al cabo de poco rato estaba como una cuba. Luego, ese tipo, el tal Thomas o Lawrence, nos llevó a otra fiesta que se celebraba en un impresionante piso de once habitaciones perteneciente a un sujeto que, por lo que se ve, es el *propietario* de Venezuela. No te creerías las cosas que había colgando de las paredes. Braque, Chagall, Mondrian, Renoir... no sabría decirte la lista completa. No me cabe la menor duda de que al pobre le habrían engañado con viles imitaciones, pero debo confesar que era una visión espléndida, todas aquellas paredes apestando a dinero. El tipo, que por lo visto se llama Arno Tumbler, estaba en su isla privada del Caribe. Está allí aprendiendo a convertirse en impresionista francés. En cuanto a la fiesta, era una porquería. En primer lugar, puede decirse que el tal Lawrence Thomas prácticamente me violó mientras bailábamos. Luego, llegó un grupo de chalados así como moteados, todos con las caras pintadas y vestidos con la ropa más horrible que te puedas imaginar. Un hatajo de idiotas medio paralíticos, si quieres saber mi opinión. Uno de ellos me enseñó los genitales. Yo me había limitado a señalarle a Charles que no creía que ni el equipo de cirujanos de la reina fuera capaz de determinar el sexo de algunas de aquellas criaturas y de repente me veo a aquel hombrecillo horrible mirándome a los ojos y sonriendo con el pito

colgándole entre las piernas. De verdad, David, ¿se supone que debo encontrar divertidas esa clase de cosas? Aquellos tipos se paseaban en grupos, saltando de un lado a otro con sus túnicas y sus plumas. Te sentías el centro de atención a fuerza de ser tan extraordinariamente normal.

Tenía que recordarme a mí mismo constantemente que era norteamericana. Cual conversa a una religión nueva, se mostraba más fervorosa que aquellos que llevan dos mil años entonando los salmos. Me pregunté qué pensaría su marido inglés de aquel lluvioso parloteo.

—¿Os vais cuándo?

—Mañana por la tarde —dijo—. Volamos a Omaha, Denver, Little Rock y Atlanta. Dios mío, qué horror. Poco antes de salir de Londres, comenzaron a llegarnos postales de prácticamente todos nuestros conocidos, que escribían desde sus vacaciones en los sitios más *super*. Gwyllam está en Cerdeña fotografiando bandidos y contrabandistas. Dilys, al parecer, está a punto de verse expulsada de Portugal por la fuerza a causa de su descarado hedonismo. Y Nigel y mi viejo y querido Harry están de nuevo en Madagascar, escribiendo unas memorias conjuntas y haciéndose la vida ferozmente imposible el uno al otro. Y no es que proteste porque no me guste Little Rock, ojo. Resulta divertido regresar a tu tierra natal. Pero realmente David, qué mugre tan espectacular. Quiero decir, que una lee cosas acerca del Medio Oeste y espera ver toda clase de *shakers*<sup>[5]</sup> y menonitas paseando por la campiña armados de escobas y brochas. El tiempo, sin embargo, es fantástico, ¿no te parece? Ya quisiera yo que fuera así en Londres. Y tengo entendido que aquí los filetes son algo absolutamente insuperable.

Al cabo de unos minutos estábamos en la cama. Una maleta abierta resbaló hasta el suelo. Ella hablaba sin cesar de su marido. La golpeé y se calló. Desnuda era aún más vulgar, y la voracidad que había imaginado en ella no se manifestó. Frente a su neutralidad y su silencio, yo opuse algo parecido a la desesperación. De nuevo, el viejo fascismo. Guerra, sadismo, autodegradación, en eso consistía todo. Y ella lo aceptaba, pero no para sí misma y no de modo permanente. Yo pensaba que habría querido darse un festín con mi cuerpo. Me había visto insertado en el sueño televisado del motel, en el placer de ser otra persona y no ser nadie. Me había quedado suspendido en aquel sueño, como algo extraído de una ficción moderna, el hermoso joven devorado por la semidesmoronada duquesa. Había esperado disfrutarlo intensamente: su avidez, su lengua y los posos de su fantasía. Pero ella había trepado a la cama como un viejo remendón, y yo me veía desbordado de partes —las suyas, las mías, las del sueño— sin que ella pareciera capaz de distinguir lo auténtico de lo repelente y lo brutal. Quizá ocurría que la última división ya se había desplomado.

—Dios mío, me pregunto qué pensaría Meredith de nosotros. ¿Crees que hemos cometido alguna forma medieval de incesto? ¿En tercer grado o algo así? ¿No te parece todo maravillosamente sórdido? Pero debes de pensar que soy carne fácil,

querido. Y detestas mi modo de hablar. No te preocupes, David, no eres el primero. He tenido una larga serie de amantes, todos los cuales aborrecían el suelo que pisaba y todos los cuales me suplicaban que volviera con ellos cuando inevitablemente los mandaba a paseo de puro aburrimiento. Mis hombres creen que les aburro, ¿sabes? Cuando en realidad sucede exactamente lo contrario. Los pobrecitos nunca lo comprenden hasta que su cese se convierte en un hecho consumado. Me necesitan, ¿comprendes? Necesitan una habitación vacía en la que desenvolver sus juguetes secretos. ¿Crees en alguna forma de vida después de la muerte?

—¿Para quién? —pregunté.

—Para quién, desde luego. No está mal la respuesta. Quizá los aburridos y los santos acaban mezclados y enviados indiscriminadamente al cielo o al infierno mientras que los demás no vamos absolutamente a ningún lado. La verdad es que no me importaría que así fuera. La nada sublime. Estoy estudiando a los hindúes. Ciclos y ciclos de existencia. Vicky Glinn y yo estamos recibiendo lecciones de un *swami* que vive en un pisito minúsculo de Battersea sumido en la más abyecta pobreza. Es un hombre impresionante, yo diría que completamente auténtico, pero transmite un olor espantoso. En este momento creo que nada me gustaría tanto como un par de horas de maravilloso sueño. Sugiero que te marches, David. De ese modo, yo obtendré mi descanso y tú tendrás libertad para analizar todo este episodio. Eres de ese tipo, ¿verdad? Ocurre que no soy completamente estúpida, ¿sabes? Tengo mis momentos de perspicacia. Recoge esa maleta, ¿no te importa? Y David, cuando realices la próxima sesión de análisis profundo, intenta mostrarte comprensivo tanto contigo como conmigo.

Ya en el coche, podía distinguir su sabor en el dorso de mi mano. Me detuve a llenar el depósito y llamé a Ken Wild a su oficina. Luego me dirigí al centro y busqué una tienda de fotografía. Compré un poco de película Tri-X reversible, un filtro de viento y un ligero trípode de metal con cabezal para panorámica y picado. Una hora después, Wild penetró en un restaurante situado a unas tres manzanas del Hotel Drake. Había ganado algo de peso, y su frente era un centímetro más elevada. Nos aproximamos a la barra y pedimos unas copas.

—Hacer películas —dijo—. Eso es estupendo. Háblame de ello. Detesto mi vida. He llegado al punto en el que lo que me apetece es oír hablar de las vidas de los demás. Es como saltar de ficción a biografía. El comienzo del fin.

—Es difícil hablar de lo que hago. Es una especie de actividad en primera persona, pero en la que yo tan solo intervengo físicamente de un modo fugaz; no exactamente a la manera de Hitchcock, por más que sí se trate de una breve comparecencia de mi persona, o al menos de mi imagen reflejada. Y de mi voz, cuando empleo el sonido. Es como alargar la mano hacia atrás en busca de ciertas cosas. Pero no solo eso. Es también un intento de explicar, de consolidar. Dios mío, qué se yo. Será en parte sueño, en parte ficción y en parte cine. Un intento por explorar zonas de mi conciencia. No del todo autobiográfico en el sentido de Jonas



Mekas. He hablado de «en parte cine». Con eso me refiero a ciertas yuxtaposiciones de las películas con la realidad, a ciertas imágenes que han permanecido conmigo, y también a ciertas influencias. Quiero decir, que puedes comenzar con nada más que tu propia realidad limitada y recalcar en una aproximación al arte. En términos técnicos: fantasmas y sombras por doquier. Bresson. Miklós Jancsó. Ozu. Shirley Clarke. La técnica de la entrevista. El monólogo. El anticine. La cámara en posición única. El actor sin expresión. El plano extendido hasta sus últimos límites temporales. Por cierto, acabo de echar un polvo.

—Te lo estás montando de miedo —dijo Wild—. No tengo la menor idea de lo que estás hablando, pero suena fantástico; suena realmente importante, suena a entrega.

—Siento que tengo que hacerlo. Al mismo tiempo, estoy realizando un documental sobre los navajos para la televisión. Lo rodaremos en Arizona y sus alrededores. Donde tienen la reserva.

—Pero no trabajas para nadie.

—Trabajo en plan independiente —dije—. No quiero a nadie tomando decisiones por mí. No me estoy haciendo rico, desde luego, pero me defiendo. Cuando acabe todo esto, puede que haga algo para la Svensk Filmindustri. Al lado de Suecia. Estocolmo, quiero decir. Territorio de Bergman. Conque estás divorciado. Lo siento.

—Era una zorra. Y yo, un hijo de puta. A paseo los dos. Detesto mi vida. ¿Qué me dices de ti?... ¿Casado?

—La verdad es que vivo con una vietnamita —dije—. El matrimonio es un arte del pasado. Puede que lo hagamos si decidimos tener niños. Si no, las cosas están bien como están.

—Los vietnamitas tienen unas mujeres preciosas —dijo Wild.

Terminamos nuestras copas y pedimos una mesa. Wild, obviamente, era muy conocido allí. Bromeó con el camarero y le pidió *angst* con pan integral de centeno. Luego, pidió que nos trajera otras dos copas.

—Pero ganas dinero, ¿no?

—Gano dinero —dijo.

—Apuesto a que tienes un apartamento magnífico lleno de toda clase de criaturas impresionantes entre las que elegir.

—Esta es la tierra de las conejitas —dijo—. Por mal que mates, te llevas las dos orejas y el rabo.

Regamos la comida con una botella de vino y a continuación pedimos dos brandys. Luego, regresamos a la barra y pedimos cócteles de menta con coñac. Wild no tenía prisa por volver a la oficina. Eran aproximadamente las tres. Yo me había pasado buena parte de la noche anterior al volante y me sentía algo fatigado y aturdido. Bebimos en silencio durante media hora.

—Actuamos como consultores para el Gobierno y la industria —dijo Wild finalmente—. ¿Quieres información sobre sistemas de producción? ¿Sobre

manipulación de materiales? ¿Sobre centralización de procesos y distribución? Como sabrás, la automatización no es necesariamente la única respuesta. En primer lugar, analizas la operación. Luego, analizas el sistema en términos de costes y elementos funcionales. Y, a lo mejor, resulta que la automatización no es la respuesta en absoluto. Quizá lo que necesitas es una automatización selectiva. Puede bastar con uno o dos cambios de menor importancia, como reubicar una cinta transportadora o diseñar un componente especial. Hay demasiadas personas convencidas de que la automatización es la respuesta a todo, pero eso es una falacia. Trabajo con tipos estupendos. Hacen su trabajo, les gusta lo que hacen y no protestan jamás. Una vez, salí con la hija de uno de ellos durante unos cuantos meses. Era toda tetas. Me caía bien. Pero empleaba constantemente una expresión que no lograba soportar. Siempre la utilizaba. Me pegué un salto al museo. Me pegué un salto por el parque. Me pegué un salto por la calle Rush. La automatización no es ninguna panacea. Es algo que puede comprobarse en compañía de mi padre. En Norteamérica, nuestro verdadero arte es la planificación de sistemas. Más que el jazz, demonios. Somos insuperables en mantenimiento. Comprendemos las interrelaciones. Hacemos que todo funcione, desde la admisión de mercancía hasta la distribución interna, pasando por las rutas y los horarios de transporte terrestre. Sabemos exactamente dónde hay que clavar el clavo para colgar la escoba. Hay montones de países incapaces de hacer eso. No saben cómo. En Europa, prácticamente nadie sabe dónde clavar el clavo. ¿Sabes lo que dijo el francés ese que escribió ese libro? Existen tres grandes potencias económicas en el mundo. Norteamérica. Rusia. Y Norteamérica en Europa. Tenemos que enseñarles dónde clavar el clavo. Pero los rusos aún van a la zaga. Van a la zaga en investigación industrial, en computarización, en sistemas automáticos... Van a la zaga. Nosotros sabemos cómo planificar las cosas: cosas como una política corporativa general, como la gestión de inventarios, como la distribución o la compatibilidad. Somos expertos en sistemas de *containers*, en unidades de carga, en procesos electrónicos de datos, en estudios de viabilidad. Sabemos cómo dar en el clavo. ¿Qué hay de malo en eso?

Aproximadamente quince minutos después, dijo:

—El talento lo es todo. Si tienes talento, lo demás no importa. Puedes joder tu vida personal todo lo que quieras. ¿Y qué? Si tienes talento, ahí queda, de reserva. Los que tienen talento saben que lo tienen y punto. Es lo que te hace ser como eres. Lo que te dice que tú eres tú. El talento lo es todo; la sensatez no es nada. Estoy convencido de ello. Creo que yo, en cierto momento, tenía algo. Parecía que prometía, ¿verdad, Dave? En serio, tenía algo, ¿a que sí? Pero era demasiado sensato. No lograba dar el salto que me trasladara de mi alma al alma del universo. Ese es el salto que todos dan. De Blake a Rimbaud. Lo único que yo escribo son cheques. Leo ciencia-ficción. Viajo por cuestiones de negocios a South Bend y a Rochester. Al Rochester de Minnesota, no al de Nueva York. A Rochester, Minnesota. No logré dar el salto.

Cuando abrí los ojos ya se estaba poniendo el sol. Estaba en un barco. Podía ver las torres de Marina City. Estaba en un barco turístico en el río Chicago, ese riachuelo ridículo que fluye hacia atrás por obra de la ingeniería moderna. Me dolían terriblemente las costillas del costado izquierdo. Se estaba poniendo el sol y, de un modo u otro, había perdido varias horas. Pero entonces llegamos al muelle y eché a andar hacia el Drake, intentando recordar dónde había estacionado el coche. Me detuve en un *drugstore* y llamé a Wild a su apartamento.

—¿Qué ha ocurrido? Acabo de despertarme en un barco de turistas.

—Serás hijo de puta —dijo él.

—Estábamos en el bar. Eso es todo cuanto recuerdo. Me he despertado hace diez minutos. ¿Qué ha ocurrido entretanto?

—Este cuello... maldita sea.

—Mis costillas —dije yo.

—Ni siquiera debería dirigirte la palabra.

—Estábamos en el bar. Bebiendo menta con coñac.

—Te pusiste a discutir con Chin Po.

—¿Quién es ese?

—Chin Po es el tipo que había sentado junto a ti. A un lado me tenías a mí, y al otro, a él.

—De acuerdo —dije—. ¿Y luego qué?

—Empezamos a brindar. Tú, Chin y yo. Brindamos unas cuantas veces por Chiang Kai-chek.

—Magnífico. Realmente estupendo.

—Y entonces empezasteis a discutir. Tú y Chin.

—¿De qué discutíamos?

—De la vida después de la muerte —dijo—. De si hay o no vida después de la muerte.

—Increíble. Ni siquiera mantengo convicción alguna al respecto. ¿Qué postura tomaba yo? ¿En favor o en contra?

—No lo sé. Esa parte la tengo borrosa. Lo único que recuerdo es que Chin y tú discutíais violentamente acerca de la vida después de la muerte.

—¿Y luego qué?

—Luego le lanzaste un puñetazo a Chin.

—Dios.

—Por fortuna, tan solo le rozaste, y yo tuve tiempo de interponerme y tratar de calmaros antes de que pudiera devolvértelo.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Me sujetaste la cabeza con una llave de judo.

—Dios mío, Ken.

—Me sujetaste con una llave de la que no podía desasirme. Me tenías la cabeza retorcida debajo de la axila y apenas podía respirar.

—Lo lamento de veras. Sencillamente, no sabía lo que hacía.

—Y entonces perdí el conocimiento —dijo—. No podía liberarme y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí, el camarero te estaba golpeando en las costillas para que me soltaras y el viejo Chin había vuelto a encaramarse tranquilamente a su taburete y estaba encendiendo un cigarrillo.

—Increíble.

—Frank, el camarero, siguió pegándote en las costillas hasta que por fin me soltaste. Me fui derecho al baño, rebotando contra algunas de las sillas, me metí allí, vomité una o dos veces, me mojé la cara con agua fría y luego me senté en el suelo. Cuando salí de allí, unos cinco minutos después, te habías marchado. No estoy seguro, pero creo que entraste al baño un instante y que me estrechaste la mano. Pero no estoy seguro.

—Ken, no sé qué decir. De verdad que lo siento.

—Mucho más lo sentirías si Chin Po llega a ponerte la mano encima.

—¿Por qué?

—Según Frank, es cinturón negro de kárate.

—Dios.

—Te habría partido la tráquea en un abrir y cerrar de ojos.

—Lo sé, Dios santo.

—El gordo de Chin. Te habría dejado inválido de por vida.

—Y sigo sin saber qué me ha pasado durante las últimas dos o tres horas. Por Dios bendito, es para dar miedo. Lo lamento de verdad, Ken. Intentaré compensártelo de alguna manera.

Pero no lo lamentaba. Si acaso, me sentía eufórico. Wild era un tipo robusto y fornido; rebosaba fortaleza. Y, así y todo, no había sido capaz de liberarse de mi llave.

—Olvidémoslo —dijo—. Escucha, últimamente he trabajado mucho, he bebido yo diría que demasiado y necesito unas vacaciones. Había pensado en ir a airearme a algún sitio. Dijiste que ibas a Arizona o a no sé dónde a rodar un documental. Tal vez podría reunirme allí contigo. ¿Cuándo tienes que estar en el rodaje?

—Mañana —dije, y era la verdad.

Me marché apresuradamente hacia el hotel con los bolsillos llenos de trozos de papel, tarjetas de archivador, hojas pulcramente dobladas, fragmentos pegados con cinta adhesiva, desperdicios aplastados y sin arrugar, qué basura y qué gozo, qué día granuloso, hijo de Godard y de la Coca-Cola.

Pregunté al recepcionista, en esta ocasión un viejo con el rostro azulado de venillas rotas, si podría localizar un televisor portátil en algún lugar del edificio. Lo necesitaba durante una hora, y estaba dispuesto a deslizar un billete de cinco dólares discretamente plegado en el bolsillo frontal de su recia camisa de venta por correo. Subió al cabo de un rato con él a cuestas: un aparatoso Motorola que transportaba como si se tratara de un herido al que no viera el momento de depositar en algún sitio. Lo enchufé, bajé el volumen al mínimo e instalé la Canon Scoopic sobre el trípode.

Al poco rato llegó Glenn Yost. Le di las gracias por dedicarme su hora de comer, explicándole que teníamos que rodar a primera hora de la tarde para obtener el tipo adecuado de programas y anuncios televisivos, y luego le dije que se leyera las páginas que le había preparado. Leeríamos mis preguntas y sus respuestas y las grabaríamos en cinta magnetofónica: él no aparecería en escena durante esta parte. Procuré hablar deprisa, para no darle tiempo a cambiar de opinión.

Estaban emitiendo un programa concurso, en el que intervenían un maestro de ceremonias de suaves movimientos deslizantes y jóvenes parejas casadas como concursantes. Se incluían frecuentes anuncios: los habituales espasmos diurnos sobre detergentes e higiene bucal. Eso fue lo que filmé durante unos ocho minutos: la pantalla del televisor, interrumpiendo la grabación en dos ocasiones para recargar mientras Glenn y yo, en *off*, leíamos de las arrugadas y dispersas páginas del guión. Glenn empleó en todo momento un tono monótono.

—Vamos a hablar de modelos de cartas de ajuste. De ciertas formas de oscuridad. De un pequeño rincón del siglo xx.

—Tengo todas las respuestas.

—Y yo tengo las preguntas —dije—. Comenzamos del modo más sencillo: con un hombre que está viendo la televisión. Posiblemente, se está volviendo loco lentamente, por etapas, programa a programa, interrupción a interrupción. Pero sigue mirando. ¿Qué hay en esa caja? ¿Por qué la contempla?

—El televisor es un paquete lleno de productos. En su interior hay detergentes, automóviles, cámaras, cereales para el desayuno y otros televisores. Los programas no se ven interrumpidos por anuncios; más bien ocurre exactamente lo contrario. Un televisor no es más que una forma electrónica de embalaje. Tan simple como eso. Sin los productos no hay nada. La televisión educativa es una tomadura de pelo. ¿Quién hay en América que quiera ver una televisión sin anuncios?

—¿Cómo afecta al espectador un anuncio de televisión eficaz?

—Hace que desee cambiar su modo de vida.

—¿En qué sentido? —pregunté.

—Le traslada de su consciencia en primera persona a otra en tercera persona. En este país existe una tercera persona universal, el hombre que todos ansiamos ser. La publicidad ha descubierto a este hombre, y lo emplea para expresar las posibilidades que se abren ante el consumidor. En Norteamérica, consumir no es comprar: es soñar. Los anuncios constituyen la sugerencia de que el sueño de entrar en la tercera persona del singular podría quizá llegar a realizarse.

—En ese caso, ¿en qué se diferencia un anuncio de televisión de una película? Las películas están llenas de gente que nos apetecería ser.

—La publicidad nunca es más real que la vida. Intenta no sobrepasar en demasía el límite de la fantasía; de hecho, a menudo se burla de distintos temas de fantasía que asociamos con las películas. Escucha, no hay motivo alguno por el que no puedas volar a Acapulco con la Eastern Airlines y compartir dos semanas enteras de sexo y aventuras con una mecanógrafa de Iowa City que esté allí de vacaciones. Pero la publicidad nunca pretende hacerte creer que puedes hacértelo con Ava Gardner. Solo Richard Burton puede conseguir eso. Puedes cambiar tu imagen, pero no puedes cambiar la imagen de la mujer que te llevas a la cama. La publicidad ha comercializado esa distinción. Hemos explotado la limitación de los sueños. En ello reside nuestro mayor logro.

—¿Cuáles son las virtudes de un buen publicitario?

—Sabe cómo hacer que se mueva la mercancía en los estantes. Tan sencillo como eso. Si el negocio de la publicidad quebrara mañana, me iría a Macy's a pedir trabajo como vendedor de ropa interior de hombre.

—Volvamos a las imágenes. ¿Tú crees que los creadores publicitarios tienen en cuenta esta consciencia en tercera persona a la que te has referido tan entusiástica y persuasivamente?

—Se limitan a filmar sus películas artísticas de veinte segundos. La tercera persona es un invento del consumidor, del gran soñador de butaca. La publicidad descubrió la importancia de la tercera persona, pero fue el consumidor quien la inventó. El país entero la inventó. Llegó a bordo del *Mayflower*. Estoy esperando a que me preguntes acerca de la antiimagen.

—¿Qué es eso?

—Es la guerra de guerrillas que se libra tras las líneas de la imagen. Es una escena de devastadoras atrocidades espirituales. El ejemplo perfecto de la antiimagen en publicidad es el comercial «sacado de la vida misma». Una escena identificable de cualquier hogar acomodado de los Estados Unidos de América. Un diálogo entre papá y *junior*, o entre Madge y sus compañeras del club de bridge. Problema: Madge sufre de estreñimiento. Solución: bébete esto y hallarás alivio inmediato. El fundamento de esta clase de anuncios es que el consumidor se identificará con

Madge. Pero eso es un error. El consumidor nunca se identifica con la antiimagen. Se identifica con la imagen. El hombre de Marlboro. Frank Gifford y Bobby Hull con sus bañadores Jantzen. Generalmente, los anuncios de la vida misma tienen que ver con los aspectos más depresivos de la vida: olores, pústulas, vejez, fealdad, dolor... Por fortuna, la imagen es lo bastante poderosa para absorber la antiimagen. Y no es que me oponga a la antiimagen por principio. Tiene sus posibilidades; quizá no está muy lejano el momento en que nos cansemos de los sueños. Pero la antiimagen se presenta de un modo demasiado literal. Los mismos temas de siempre. Diálogos estereotipados. Le hace falta algún toque de horror, alguna risa diabólica procedente de la tumba. Uno de estos días, algún redactor de textos publicitarios más listo que los demás percibirá el auténtico misterio interior de Norteamérica y desarrollará una imagen renovada de «la vida misma». «La muerte misma.»

—¿Has trabajado la mayor parte de tu vida adulta en el negocio de la publicidad?

—Con excepción de cuatro años.

—¿Dónde los pasaste? —dije.

—Serví en el Ejército durante la guerra.

—¿Dónde?

—En el Pacífico.

—¿En qué parte del Pacífico?

—Filipinas.

—¿En qué parte de Filipinas?

—En Bataan: se han rodado dos películas ambientadas allí.

—¿Alguna vez experimentas angustia acerca del lugar que ocupas en el planteamiento incorpóreo y constantemente evolutivo de las cosas?

—Solo cuando intento apropiarme de la verdad.

—¿Qué significa eso?

—Uno de los clientes para los que trabajo es la Nix Olympica Corporation. Fabrican toda una línea de diferentes productos para el cuerpo humano. Depilatorios, pomadas, polvos para los pies, lápices hemostáticos, elixires bucales, bastoncillos de algodón para los oídos, desodorantes para las axilas, desodorantes genitales masculinos y femeninos, cremas medicinales para el acné, remedios para la sinusitis, abrillantadores dentales, laxantes, callicidas... Estábamos preparando una campaña para su división Dentex, dedicada fundamentalmente a elixires bucales. Pues bien, nos concentramos en uno de los ingredientes esenciales, el cuasi-cinamaldehíduplus, o CCP. Cogemos el camino más difícil. El Dentex con CCP tarda treinta y dos veces menos en matar los venenos bucales y las impurezas que provocan el mal aliento. Sé específico. Sé concreto. Promete algo. Bien, el caso es que un pequeño cretino va y me dice en una reunión: ¿treinta y dos veces menos que qué? Obvio, le digo: treinta y dos veces menos que el propio Dentex si no tuviera CCP. El hecho de que todos los elixires bucales contengan el cinamaldehído de marras es algo que no viene al caso; nosotros éramos los únicos que lo mencionábamos. A eso se denomina apropiarse de

la verdad. Los creativos fabrican un guión. Abrimos con un coche de carreras de Fórmula 1, el número seis, Watkins Glen. Acción, ruido, multitud, aceleradores, choques, explosiones. El número seis entra en primer lugar. La reina de la belleza se acerca corriendo al coche y se inclina para besar al piloto, pero en lugar de hacerlo vuelve la cabeza con una mueca. Mal aliento. No quiere besarle. Corte a un laboratorio médico, en el que hay un tipo vestido con una bata blanca. Esto se llama dramatización: mapas, diagramas, comparsas, CCP tarda treinta y dos veces menos. Volvemos al tipo del principio, el número seis, en una carrera diferente. Cae la bandera de cuadros, el tipo gana, le ponen la corona de flores al cuello, la reina de la belleza le besa, fundido a una fiesta posterior a la victoria mientras bailan, se besan, susurran, bailan, se besan. Les mostramos la idea a los de Dentex. Les encantó. Se la llevamos a Nix Olympica. Les encantó. Les volvió locos. Nos dieron el visto bueno para rodar. Buscamos los pilotos, los coches, los extras. Vamos a Watkins Glen. Empleamos helicópteros, empleamos planos de seguimiento, empleamos cámara lenta, empleamos *stop-action*, zoom y gran angular, montamos un par de pequeños accidentes y una superexplosión con un coche que da una vuelta de campana y por poco se carga a medio equipo de rodaje. Convoqué a los miembros del consejo de planificación de la agencia para una reunión especial y les proyecté la película final. Les encantó. Y cuando les dije que proporcionalmente había costado lo mismo que el largometraje de *Cleopatra* les chifló. Tendrían algo que contar a sus esposas aquella tarde. Al día siguiente, les mostramos el anuncio a los de Dentex. Les encantó. Se lo subimos a los de Nix Olympica. Lo rechazaron de plano. Lo del dinero no les importó. Lo del dinero les impresionó. Tendrían algo que contar a sus esposas. Pero lo rechazaron de plano. Nos ordenaron volver a filmar las dos secuencias del campeón con su círculo.

—¿Por qué?

—Por el oriental. Por el viejo que aparece de pie junto al borde del grupo de extras que rodean en ambas ocasiones al círculo de allegados del campeón, primero cuando la reina de la belleza se niega a besar al número seis y luego cuando por fin le besa. Estaba allí en ambas ocasiones, un hombrecillo encogido, un oriental. ¿Quién era? ¿Quién le había contratado? ¿Cómo se unió al grupo? Nadie lo sabía. Pero allí estaba, desde luego, y los de Nix Olympica le vieron. Todos los demás extras eran chicos y chicas jóvenes, saludables y relucientes. Es un anuncio de elixir: hay que mostrar salud, felicidad, frescura, atractivo bucal. Y este viejo enfermizo, este oriental apagado y deprimente, revoloteando por allí. Escucha, me encanta este negocio. Me nutre. Pero no puedo evitar preguntarme si no he echado mi vida a perder simplemente a causa del viejo que estropeó el anuncio del elixir. Una tarde de primavera, hace algunos años, durante la época en que mi mujer estaba tan enferma, cuando el final ya se aproximaba, eché a andar por una calle de las Treinta superiores, doblé a la derecha en dirección a Park Avenue y ahí estaba el edificio de la Pan Am, un kilómetro de alto por medio de ancho, con todas las luces encendidas, una masa



increíble de piedra cortada a pico que se elevaba sobre mí y desplazaba a cualquier otra cosa, el cielo incluido. Era como ver a Dios. Nunca había visto el edificio de la Pan Am desde aquel lugar, y no estaba preparado para semejante sorpresa, para el modo en que esa impresionante hilera de luces hacía a un lado al cielo. Te juro que era como ver a Dios Padre. ¿Qué quería yo decir con todo esto?

—No lo sé.

—Tampoco yo. Supongo que ese es el resultado de intentar apropiarse de la verdad.

—¿Cuál es el papel de la televisión comercial en el siglo xx y más allá?

—En mis peores estados de humor, siento que nos anuncia el caos a todos.

—¿Qué haces para superar esos estados de humor? —dije.

—Me doy un suave y relajante baño de Palmolive, me cepillo los dientes con Crest, me trago dos tabletas de Sominex e intento desesperadamente quedarme dormido sobre mi colchón Simmons Beautyrest.

—Gracias. Me di una ducha y a continuación llamé a la cadena y solicité hablar conmigo mismo, preguntándome qué sucedería si oía mi voz respondiendo al teléfono.

—Despacho del señor Bell —dijo Binky.

—Le habla Charles desde el Ritz. Nuestra barra de labios del mes es puré de salmón.

—David, ¿dónde diablos estás?

—Dame diez segundos y me acordaré.

—Vamos, no hagas el payaso; el señor Denney está furioso. Hay un equipo entero esperando en la reserva y no pueden hacer nada hasta que tú llegues. ¿Dónde estás?

—A unos dos mil quinientos kilómetros de donde debería estar.

—No me lo creo. Estás chiflado. Te despedirán.

—Dile a Weede que envíe a Harris Hodge. Es joven y dispuesto. Se las arreglará sin problemas. Me han hablado bien de él.

—Es tu proyecto, David. Tienes que estar tú allí.

—No pienso ir a Arizona, Binky. Al menos, no ahora mismo. Querría estar allí en vez de aquí, pero estoy haciendo una cosa.

—¿Qué cosa?

—El único motivo por el que he llamado es para que sepáis que estoy bien. Pensé que igual os preocupabais si no oíais nada de mí.

—Me tienes preocupada, David. ¿Qué cosa?

—Estoy en medio de la ciénaga. Escucha, ¿cómo está Warburton?

—Ha muerto —dijo ella.

—Juraría que ya lo sabía estos dos últimos días. Confío en que le entierren en Inglaterra. ¿Ha escrito Freddie Puto-Loco algún memorándum?

—¿Quién es ese?

—Weede —dije—. ¿Ha escrito algún memorándum acerca de Ted Warburton?

—No deberías llamarle cosas feas. Hasta ahora se ha mostrado muy comprensivo con tu ausencia de Arizona. Te ha respaldado en todo momento. Le dijo a Livingston que debías de haber sufrido algún retraso inevitable. Un accidente o algo así. David, voy a tener que decirle que has llamado y que no piensas ir.

—¿Qué decía el memorándum? ¿Decía que Ted era un antiguo socio y un fiel amigo y que ningún hombre es una isla?

—Algo así, creo.

—Warburton era Trotski —dije.

—David, no.

—No se lo digas a nadie. Deja que lo averigüen por sí mismos, esos hijos de puta. Se acabaron los memorándums. Después de todo, era lo único que hacía que ese lugar mereciera la pena.

—¿Necesitas dinero?

—Tengo suficientes cheques de viaje para unos diez días, y no pienso quedarme aquí más tiempo.

—¿Regresarás a Nueva York?

—No lo sé, Bink.

—¿De dónde vas a sacar el dinero?

—No lo sé. No lo he pensado.

—¿Y qué hay de tu apartamento?

—No lo he pensado.

—¿Es que no piensas decirme dónde estás ni lo que estás haciendo? Te prometo no contárselo a nadie.

—No pasa nada, Binky. Todo va bien. Te echaré de menos. A ti y a los memorándums de Trotski. Sois las únicas cosas por las que ese lugar merecía la pena.

—Muchísimas gracias, no te jode —dijo ella. El viejo vino a recoger el televisor. Luego, llegó Carol Deming vestida con unos pantalones y un jersey negros y sin maquillaje. La recibí con un beso de negocios en la mejilla, gesto al que ella respondió con una sonrisa plana frente a la cámara. Se sentó en la butaca con las piernas dobladas y le echó una nueva ojeada al guión. Yo, ajustando el trípode, me dirigí a ella desde la posición agachada propia de un director. Ella se mordió el pulgar doblado, como una estrella bajo la mágica luz de los focos. La cámara y la grabadora estaban conectadas y listas para sincronizarse.

—Bien, esto tiene que tener una primera parte simple, directa, franca. En la segunda parte, comenzarás a retraerte. Quiero sentir que estoy escuchando a un extraño a través de la niebla. Las dos mujeres son muy diferentes. Quizá hayas visto *Persona*. Hay dos mujeres, una enfermera y una paciente, muy distintas la una de la otra, que comienzan a mezclarse mientras sus personalidades derivan casi la una hacia la otra para luego reaparecer con algo añadido o algo que falta, no estoy muy seguro, pero es una gran película, una película jamás superada sobre la naturaleza de la existencia menguante. Me estoy apartando del tema.

—¿Cómo quieres que me sienta, David?

—Como estás ahora. Quiero que se vea la butaca por entero. Mira directamente a la cámara. Habla en voz muy baja. Mantén la actuación a un nivel imperceptible. Luego, cortaremos y haremos la segunda parte.

—Estoy asustada.

—Todos lo estamos.

—Pero creo que sé lo que quieres.

—Empieza —dije.

—Al principio, tuvo que pedirle prestado a su padre, pero al cabo de algún tiempo volábamos ya solos. Era un matrimonio divertido. Teníamos montones de amigos y nos pasábamos la vida llamándoles sin venir a cuento para invitarles a casa. Cada vez que se nos agotaban los temas de conversación y no teníamos nada que decirnos, cogíamos el teléfono y llamábamos a los amigos. Si no podían venir, nos íbamos al cine. Íbamos al cine tres o cuatro veces por semana. Íbamos a ver *Vivir sin aliento* siempre que la reponían: la vimos por lo menos media docena de veces. A él le encantaba. No recuerdo ninguna de las otras películas que vimos. Solíamos ir juntos a comprar ropa. A veces yo le compraba cosas a él y a veces me las compraba él a mí. Nos gustaba que nos vieran juntos. Nos invitaban a todos sitios, y siempre íbamos. Los fines de semana salíamos juntos a descubrir la ciudad. Era fantástico. Se inició entonces un período en el que empezó a hacer cosas raras. Una vez me pegó. Me pidió que le mirara mientras hacía eso que hacen los chicos. Una vez, en las Hamptons, desapareció durante doce horas. Cuando regresó, anunció que había estado haciendo un viaje a lo largo de las edades del hombre y encontrándose consigo mismo a lo largo del recorrido. Durante aquella época llamábamos a nuestros amigos con mucha frecuencia. Cada vez llamábamos a más amigos para invitarles a venir a casa. Me compré un montón de sombreros. Quería tener un niño. Le vi en Rockefeller Center con una chica vestida con un impermeable verde. Estaban contemplando a los patinadores. Tenía que estar helada.

Carol se aproximó a la ventana y consultó el guión. Sin decir palabra, arrojó las páginas al suelo, encendió un cigarrillo y regresó a la butaca, acomodándose esta vez con los pies desnudos sobre el asiento, las rodillas altas y separadas, la espalda recostada y el rostro enmarcado entre las piernas, exhalando humo de su cuerpo hacia el ojo expectante de la cámara como si fuera la chimenea de una cabaña. Empecé a rodar. Carol, con gran sagacidad, contuvo el humo e hizo una pausa de diez segundos antes de comenzar.

—Su sentido del insulto era demoledor. Si alguien empleaba una palabra obscena en mi presencia, él exigía una disculpa inmediata y, dada su reputación, ni que decir tiene que siempre la obtenía. Estaba dispuesto a matar, literalmente a matar, para vengar el honor de un ser querido. Se pasaba el tiempo jurando sobre la tumba de su madre. En la compañía militar a la que había pertenecido, exclusivamente masculina, no existía mayor compromiso o prueba de honor que jurar por la tumba de la madre.

Podías obtener en préstamo cualquier cantidad de dinero, solicitar cualquier favor, si jurabas por la tumba de tu madre que saldarías la deuda. Me habló de un amigo suyo, llamado Madre Cabrini. Cabrini explotó cuanto pudo la tumba de su madre hasta que se supo que su madre no había muerto. Cuando me lo contaba, daba la impresión de sentirse indignado y divertido a la vez. Eran todos unos chiquillos, por supuesto, pero no en el sentido en que lo somos los demás. Hemos aprendido a no temer la oscuridad, pero hemos olvidado que la oscuridad equivale a la muerte. Ellos no lo han olvidado. Siguen aún en las colinas de Sicilia o de Córcega, sea cual fuere el lugar del que proceden. Obedecen a sus madres. Cada vez que entran en un sótano oscuro se ponen en guardia por si un zombi intenta estrangularles. Se santiguan constantemente. Y nosotros, ¿qué hacemos? Vemos la televisión y jugamos al Scrabble. Ahí está: hijos de la luz y de la oscuridad. Tan solo existen varios modos de morir, y yo acabo de mencionar dos. Yo ya no podía soportar el modo en que estaba muriendo, por lo que decidí probar suerte con él. Hicimos el amor por primera vez en el asiento trasero de su Cadillac, en algún lugar entre Boston y Nueva York, a las diez de la noche y en el sendero de acceso de una casa cualquiera. Por entonces, yo ya no era virgen, y aquello le disgustó. No podía comprender cómo una chica de diecinueve años y de buena familia, etc., etc. Vivimos juntos, a intervalos. A veces se marchaba en uno de sus viajes de negocios y yo me quedaba pensando hasta qué punto la naturaleza de su trabajo influía sobre nuestra relación. No podía evitar la sospecha de que todo era una fabricación mía: la necesidad que tenía de él, simplemente para evitar aquello que yo consideraba posibles opciones alternativas. Ese es uno de mis rasgos más irritantes. Soy incapaz de relajarme y dejar que algo crezca por su propio impulso hasta revelar finalmente su certeza o su horror. Tengo que andar tanteándolo desde el exterior. Pero ahí está, o lo tomas o lo dejas, y yo me quedaba en la cama pensando hasta qué punto le necesitaba después de todo y qué habría hecho cualquier otra persona, cualquiera que hubiera corrido todas las noches el peligro de sufrir una muerte violenta. La necesidad de derrotar el aburrimiento tiene que tener un límite. Y yo, al derrotarlo, podría haber traspasado ese límite. Para creer que estaba viva necesitaba la muerte, necesitaba una atmósfera de muerte mucho más real y personal de lo que cualquier periódico puede ofrecer. No quería que dejara sus negocios. Creo que de haberlo hecho le habría abandonado. Conque allí estábamos, el hijo de la oscuridad y la criatura que huye de la luz, él con su faca siciliana reluciendo en el interior de una cueva y yo con la mano entre las piernas a las cuatro de la madrugada, anticipándome a su sangriento retorno. ¿Cuántas noches pasé divagando acerca de la belleza de su muerte? Acribillado en Utica por un asesino a sueldo. Girando sin cesar sobre un sillón de peluquería sangrientamente estupefacto. La posibilidad me producía algo similar a un estado de celo. Solía imaginar mi propio duelo, silencioso y espléndido. Habría sido la suya —llenándome a mí de vida— la más hermosa de las muertes. Era alto y muy guapo, en el estilo de los hombres bandera de los años treinta. Se movía como se movería un animal casi insoportablemente orgulloso, un

animal que fuera todo él sexo y muerte. Tenía miedo de la oscuridad. Hacía pesas. Para mantenerse en forma, decía, pero en realidad por pura vanidad física. A menudo se sentaba a la mesa en calzoncillos. Se santiguaba cada vez que pasaba junto a una iglesia. Creía en fantasmas y demonios. Intentaba no emplear jamás palabras malsonantes en mi presencia, y se mostraba sorprendido y divertido cuando yo lo hacía. Iba a menudo a las carreras y perdía grandes sumas. Me compró un abrigo de visón y me llevó al Copa. Lo era todo para mí: no tanto un hombre como una filosofía; y es raro —¿no te parece?— que alguien como yo, con mi educación, mis estudios y mi supuestamente bien adiestrado intelecto tuviera algo tan significativo en común con aquel hombre. Su instinto le decía que la muerte no tiene sentido a no ser que se produzca con violencia.

Sullivan sacudió unas briznas de ceniza de su cigarrillo sobre la ensalada que estaba removiendo.

—Cada vez que concluía una misión solíamos ir a sentarnos a nuestros barracones —dijo Brand—. Estábamos Thaw, Hoppy, Bookchester y un chaval llamado Eldred Peck que asistía a una oscura facultad del Sur en la que escribió su tesis doctoral acerca de la esvástica a lo largo de la historia. Ya sabéis, siguiéndole la pista hasta los antiguos budistas, casi hasta el amanecer del hombre. Era su expresión favorita. El amanecer del hombre. Y fue Eldred el que inventó un juego al que solíamos jugar en el barracón al terminar las misiones. Solo que en realidad no era un juego. Era más bien una forma peculiar de conversación, casi un cántico religioso. Tenía incluso nombre. Se llamaba Dios Salve. Siempre era Eldred quien lo iniciaba. Era más joven que cualquiera de nosotros, y sus cabellos eran más blancos que rubios, tan blancos que casi parecían rosados; un chaval flaco y huesudo que casi desaparecía cada vez que se ponía el uniforme de alta gravedad. Dios salve a las 94 mujeres y niños que he vaporizado esta mañana, solía decir. Y todos hacíamos lo propio. Dios salve al monje ciego que he incinerado con napalm, decía Hoppy. Dios salve la guardería que he reducido a cenizas. Dios salve la residencia de ancianos que he borrado del mapa con una bomba de 350 kilos. Dios salve a los 328 bibliotecarios que he fundido como si fueran queso suizo. Dios salve al equipo de observadores neutrales que he convertido en tostada. Dios salve a los miembros del grupo misionero multirreligioso que realizaban su excursión de diecisiete días cuando murieron sin saber qué les había caído encima. Al cabo de un mes aproximadamente, Eldred refinó la salmodia. La hizo más ortodoxa, más rígida; la purificó. Nos hacía recitar las mismas palabras cada vez. Cada hombre tenía su propio cántico, y era el único que se le permitía utilizar. Lo entonábamos por orden: Eldred en primer lugar, y luego Bookchester, Thaw, Hoppy y yo, repitiendo a veces los Dios salve durante dos horas o más, las mismas cinco líneas, una serie para cada uno de nosotros. Dios salve los legados de este mundo cada vez más real. Dios salve a esos pobres cabrones de nuestro propio bando que se ven diseminados en forma de perpetuo revoltillo

espiritual por nuestras bienintencionadas bombas. Dios salve a los seres queridos que hemos dejado en casa y permita que sus vaginas se expandan y florezcan. Dios salve el amanecer del hombre, que se anuncia de nuevo inminente dentro del ciclo de inversión del tiempo. Dios salve a Dios. Ese era mi cántico. Dios salve a Dios. Era como una ceremonia religiosa, pero llena de ironías que uno no encuentra en la mayoría de las religiones. Y a veces nos pasábamos el ritual riendo. Eldred era un muchacho peculiar. Era parecido a como yo soy ahora. Pero estaba adelantado a su tiempo. Anticipaba ya el retorno del mundo real. Las cosas se tornan más reales en proporción a la irrealidad de las vidas individuales. El mundo nunca ha sido tan real como lo es ahora. Eso no lo aprendí en Yale. Lo aprendí de Eldred. El cielo le devoró. Fue el primero en caer. Pero ello no significó el fin de los Dios salve. Nos limitamos a suprimir su letanía y a cambiar la de Thaw. Dios salve a Eldred Peck y a su pequeño peckerito rosado. A continuación cayeron Bookchester y Thaw, los dos en el mismo día. Aeronaves hostiles. Los malos. Dios salve a Dios, canté aquella noche. Pero Hoppy se limitó a atiborrarse de cerveza.

—¿Quieres que te líe uno? —dijo Sullivan.

—Gracias, señora. Pienso que quizá más tarde.

Comimos, y luego Sullivan y Brand decidieron dar un paseo hasta el pueblo en busca de un lugar donde vendieran juegos de ajedrez. Aquello me irritó ligeramente debido a que era un juego que desconocía por completo. Cuando se hubieron marchado vi cómo Pike echaba la cabeza hacia atrás y tragaba, crispándosele el rostro al notar el ardor del whisky en la garganta.

—Si quieres, podemos salir hacia Colorado dentro de una semana o así.

—¿Para qué?

—¿No querías enfrentarte a un puma antes de morir? Sin barrotes de por medio. Iremos a las Rocosas.

—Pásame ese cenicero.

—Quieres ir, ¿verdad? Ese es el motivo por el que te decidiste a venir, ¿no es cierto?

—Una vez, en Baltimore, vi todas las especies de aves y animales sin salir de mi habitación. Me pasé dos o tres semanas borracho como una cuba. ¿Quién necesita las Montañas Rocosas? La vida no es tan grande como para que no se pueda meter en una botella.

—Sully me dijo una vez que le habías salvado la vida. ¿Lo decía literalmente?

—Dice todo literalmente. No te engañes a ti mismo con esa dama. Lo dice todo literalmente.

—¿Cómo le salvaste la vida? —pregunté.

—Una mosca estaba devorándole el cerebro. Se le había quedado una mosquita atrapada en el oído y, de algún modo, consiguió introducirse en la cabeza. El zumbido la estaba volviendo loca. Y entonces comenzó a devorarle el cerebro. Sully alcanzaba a oír el ruido de las mandíbulas en su interior. Así que subimos a su estudio

y, a pesar de que me temblaban las manos, la sometí a una delicada operación de neurocirugía. La mosca había entrado siendo apenas una mosquita, pero cuando le abrí la cabeza y la saqué, había comido lo suficiente para alcanzar el tamaño de un caracol respetable.

—¿Quién paga todo el alcohol que te bebes? Me cuesta trabajo creer que hayas podido ganar tanto dinero en toda tu vida.

—Vete a la porra, Jack.

—Me llamo Dave.

—Jack. Chapullo. Chaperero. Chaquetero. Chacal. Chacal que se alimenta de pumas muertos. Chacal B. de Mille. ¿Qué sabes tú de hacer cine?

—Llevo veintiocho años en el cine —dije.

Austin Wakely era un actor novato, y no había misión que no estuviera dispuesto a cumplir con tal de complacer el ego de la cámara. Había dispuesto de tan solo cuatro horas para aprenderse sus diálogos, pero aseguró no haber estado nunca tan preparado como entonces. Yo jugueteaba con los gigantescos diales de la grabadora.

—Esta técnica tipo entrevista no es nada nuevo, ¿sabes?

—Estoy inventando lo primitivo —dije yo—. Los otros, en su ansiedad, andan dando traspiés entre ciertas formas pseudoarcaicas. Yo mismo hice algo similar y de mi propia cosecha para un programa de televisión. Pero eso era para la televisión.

—¿Puedes panear con ese trípode?

—Esta noche no.

—¿No tienes un minimicro que dejarme?

—No.

—¿Sabes? Existen unas cosas llamadas filtros de difusión que se emplean para suavizar los rasgos de los actores en los primeros planos.

—Austin, dejémonos de terminologías y veamos si es posible tejer cierto encanto sobre esta tarde abrilena. No va a haber primeros planos. Quiero que te coloques de pie contra ese trozo de pared desnuda. Por cierto, ¿está casada Carol?

—Si lo está, primera noticia.

—Una chica interesante —dije.

—Drotty opina que es demasiado intensa. Intenta hacer que se exteriorice.

—De acuerdo, estamos listos. Trata de evitar las pausas dramáticas. Y procura mantener las inflexiones al mínimo.

Enfoqué la figura de Austin sobre la pared y comencé a rodar, modulando mi voz como una alegre máquina diseñada para interrogar a los desorientados y desarraigados.

—Estado civil.

—Divorciado.

—Hijos.

—Ninguno.

—Apéndice.

—Extirpado.

—¿Qué opina de la guerra? —pregunté.

—La he visto por televisión. La patrocina, entre otros, una marca de café instantáneo. Los anuncios están realizados con exquisito gusto, siempre en una línea de gravedad acorde con el contenido del programa. Algunos de los anuncios están racialmente integrados. Dado que trabajé durante siete años como empleado de la cadena responsable de los boletines de guerra, me encuentro capacitado para señalar que tanto la cadena como la agencia unieron sus fuerzas con objeto de convencer al patrocinador de que resultaba aconsejable realizar anuncios integrados. Su principal argumento era que la propia guerra es un fenómeno integrado. Uno de los principales objetivos de la cadena ha sido siempre lograr una programación equilibrada.

—Situación militar.

—Fui a pasar el examen médico nada más salir de la universidad. Tenía una rodilla débil, y caspa en estado terminal. En aquella época eran más selectivos.

—¿Durante cuánto tiempo estuvo casado?

—Unos tres años.

—¿Puede revelar a la cámara por qué no ha tenido hijos?

—Queríamos divertirnos primero. Decidimos que los niños podían esperar hasta que hubiera pasado la diversión. Hasta después de Europa. Hasta que nos hubiéramos establecido.

—¿Viajaron a Europa?

—No hasta después de divorciarnos. Nos reunimos en Florencia para tomarnos una naranjada. Yo estaba alojado en un *palazzo* del siglo XIV. Una tarde, en el comedor, inicié una conversación con una muchacha sumamente poco atractiva que resultó ser alemana y también coja. Pasamos parte de la noche en su habitación —no en la mía— y por la mañana me reuní con mi exmujer en el Ponte Vecchio y paseamos juntos por la ciudad durante horas. A primeras horas de la tarde, había desarrollado una leve cojera, y descubrí que ya no quería estar más con ella.

—¿Cuál fue la causa de su divorcio?

—Mi imagen comenzó a tornarse difusa, y ello se convirtió en un problema para ambos. De todos modos, seguimos conservando un gran afecto mutuo. El divorcio es un invento magnífico, mucho mejor que las separaciones prolongadas o el asesinato. Destruye la tensión. Libera numerosas y saludables emociones que yacían bajo la tiranía de diversas crueldades mentales. El divorcio es el camino más educativo hacia una profunda comprensión entre dos personas. El segundo paso, y el más importante, para alcanzar una forma verdaderamente radiante de autoentrega amorosa. Evidentemente, el primero es el matrimonio.

—Padres.

—Madre fallecida.

—Padre.



—Enterrado vivo, pero aún respira. La verdad es que no ansío su muerte. Aunque admito que representaría un alivio.

—¿Por qué? —dije.

—Recuerdo el sonido de sus pies descalzos sobre los escalones. Mi padre nunca usaba zapatillas. La gente siempre estaba regalándole zapatillas por Navidad. Pero existe un cierto tipo de masculinidad norteamericana que excluye el empleo de prendas de vestir que pudieran amortiguar el efecto de la brutal realidad de nuestro entorno inmediato.

—A la cámara no le gustan las evasivas. Como advierte el señor Hitchcock, no debemos servirnos de la retrospectiva como método de engaño. ¿De qué se siente usted orgulloso, si es que se siente orgulloso de algo?

—He realizado numerosos cortos de diversos tipos. Películas de fin de semana. Simulacros de orgía. Cosas desprovistas de argumento, con los amigos. Representa algo más que una afición, pero no mucho más. Hasta ahora, por supuesto. Y solía sentirme orgulloso de una de las cosas que hice. La filmé en Central Park, durante la ceremonia que siguió a uno de los asesinatos. Al fondo de la muchedumbre, había una pareja de negros de edad avanzada. El hombre era alto y esbelto, y su rostro parecía el de una roca asomada al mar. Vestía un traje negro, una camisa blanca con cuello alto y almidonado de bordes redondeados y una corbata negra anudada un par de centímetros por debajo del botón superior de la camisa. Sostenía en la mano un sombrero negro. La mujer era casi tan alta como él, y su rostro, en cierto modo, poseía la misma fortaleza, aunque quizá algo más blanda: más de tierra que de piedra. La palabra «dignidad» resulta inevitable. Y, por algún motivo, pensé que no eran marido y mujer, sino hermano y hermana. Fueran lo que fuesen, su aspecto era el de sendos pilares de la Iglesia Baptista negra. Escuchaban los discursos y la música completamente enhiestos, completamente inmóviles, y yo alcé la cámara y empecé a filmar. De vez en cuando, me internaba entre la muchedumbre o enfocaba a algunos de los oradores que subían al estrado. Pero siempre regresaba a la anciana pareja de negros. He debido de verme ese trozo de película cincuenta veces. Significaba mucho para mí. Estaba orgulloso de ella. No era simplemente un día en el parque o algo que ves en las noticias de las siete. Aquellos dos rostros parecían más sólidos que la propia República. La película comenzaba con ellos y concluía con ellos. Enmarcaban un sentido de confusión. Al menos, eso pensé yo. Tardé mucho tiempo en comprobar lo equivocado que estaba. La cámara implica significado donde no existe significado alguno. Yo no había ensalzado a aquellos hermanos. Me había burlado de ellos. Había explotado su dolor. Había intentado convertirlos en parte de un mensaje de esperanza sobre el estado de la Unión. Ser negro equivale a ser el actor. Ser blanco equivale a ser el crítico.

—¿Hay algo más que quisieras decirle a la cámara?

—Solamente hola. Hola a mí mismo en un futuro remoto, cuando contemple esto desde el miedo y las tinieblas. Hola a esa Norteamérica, sea lo que fuere lo que esté

haciendo o deshaciendo. Confío en que finalmente te hayas incorporado a tu tiempo, David. Ibas siempre un poco retrasado; frenado por sensibilidades obsoletas.

—¿Tienes alguna ambición especial en esta vida?

—Salir vivo de ella.

—Gracias —dije.

Apagué todos los aparatos de filmación y grabación, y conversamos durante un rato de temas que a ninguno de los dos interesaban. Luego, Austin se marchó y yo cogí un trozo de papel en blanco, lo arrugué hasta formar una apretada esfera y comencé a lanzar tiros de salto a la papelera. Imaginé que era Oscar Robertson contra Jerry West. Una hora más tarde, acerté con un largo gancho de izquierda y me metí en la cama. Se cumplía el octavo aniversario de la muerte de mi madre.

Me compré un sombrero, el primero que había tenido desde que era niño, una gorra de jazz de cuadros grises que me puse con esa mágica fe de los niños en la infinitud de las cosas corrientes. Durante el trayecto de Nueva York a Maine había llevado a veces una gorra caqui de campaña prestada por Pike, pero acabó por quitármela y sepultarla en su hatillo: no se permitían juegos con su equipo de combate privado. Ya en el hotel, me había echado a descansar con la gorra sobre los ojos. Toda una mañana se deslizó a través de las persianas estremecidas. Fellini, maestro de sombreros y narices, comprende la naturaleza filosófica del atuendo. Mis veintiocho años en el cine. Una vida tan sencilla y tan poco complicada que un sombrero en la cabeza podía convertirse en el hombre. El sombrero me llevaba a mí. *Arrivato Zampanó*: la caravana y la carretera, su imperfecto cuerpo de niño anunciando el futuro forzado, y él encadenado, vociferando. Mis dientes castañeteando en la oscuridad frente al cine de la calle Bleecker mientras danzan sobre el firmamento, un collar de figuras de ajedrez, las manos entrelazadas bajo el amanecer septentrional. Con los ojos cerrados, inhalé un poco de melancolía industrial del suave forro del sombrero, L. S. Stratford Ltd., Finney cayendo por las escaleras. Escruté las grietas de la oscuridad. Burt Lancaster secándose el pecho con una toalla: (y aquí vivimos nosotros, hozando entre los poros). Bell contemplando el cartel de Belmondo contemplando el cartel del viejo y decidido Bogart. El viejo del columpio, Watanabe, cantando a su infancia nunca vista. Paseé en torno a la cama, añorando aquellas rancias habitaciones del distrito Oeste, agradablemente epicenas a su modo, con un toque de raído glamour que flota procedente de Needle Park, hombres pálidos y afilados que viven para las películas de los años treinta. Shane cabalga en pos de las inmaculadas montañas.

Salí a Howley Road. Hacía una noche fresca, congelada bajo una bóveda de estrellas. La luz del interior de la caravana estaba encendida, y a medida que me acercaba fui experimentando en el estómago la deliciosa sensación del chiquillo que se imagina a sí mismo como un explorador que se interna en territorio enemigo a través de la

oscuridad, en dirección a un puesto avanzado en el que el confiado adversario fuma sentado, a pocos segundos de una muerte silenciosa y experta.

—Hoy es mi cumpleaños —dijo Brand—. Estamos pensando en posibles modos de celebrarlo.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta.

—Eres dos años mayor que yo. ¿Qué se siente con treinta años? Un amigo mío me contó que al llegar a los treinta le ocurrieron tres cosas. Engordó en torno a la cintura. Dejó de leer novelas. Y durante un año experimentó un sueño recurrente acerca de una tenia que habitaba en su estómago y que llegaba a crecer tanto que literalmente le desbordaba. Se alimentaba de sus órganos vitales, e iba creciendo cada vez más a la par que él se debilitaba y encogía. Hasta que, finalmente, cuando sale por su boca (devorándole dientes y encías al hacerlo) pesa unos ochenta kilos, la mayor parte de los cuales provienen de él; y él, que se ha quedado en quince kilos de hueso y de piel traslúcida, se desploma sobre el suelo y ve las enormes mandíbulas pegajosas de la tenia acoplándose sobre su cabeza en el momento de despertarse. Esa historia me la contó Warren Beasley, el personaje de la radio.

—¿Qué quieres decir con eso de que dejó de leer novelas? —dijo Brand.

—Eso me dijo. Ignoro lo que querría decir con ello.

—Estoy quitando de mi libro todo el lenguaje coloquial. Estoy inventándome un lenguaje coloquial completamente nuevo.

—Sully, ¿no habrás visto *Ikiru* por casualidad?

—Espera un segundo, Davy. Estamos hablando de novelas. Pienso quitar todo el lenguaje coloquial y reemplazarlo con formas nuevas, con modos nuevos. Es posible que elimine incluso el propio lenguaje. Quizá sea posible descubrir un modo completamente nuevo. He estado pensando en esto últimamente. Me gustaría saber tu opinión.

—En mi películita casera, en eso que estoy haciendo ahora, yo no he reducido el valor del lenguaje en absoluto. De hecho, lo he reforzado. Lo que he reducido es el movimiento, o esa clase de movimiento que nos cuenta una historia o crea una armonía. Quiero que el lenguaje evolucione desde formas estáticas. La película es una suerte de subespecie del underground. Lo que estoy rodando ahora no es más que un pequeño segmento de algo que terminará por incluir temas más generales: funerales, atascos de tráfico, muebles, sucesos reales, mujeres, puertas, ventanas. Autoficción. Actores, gente encarnándose a sí misma, versos de poesía. Cuando acabe, quisiera meterlo todo en el congelador y luego proyectarlo sin cortes dentro de treinta años.

—Para entonces, yo tendré sesenta —dijo Brand.

—Yo tendré gusanos —dijo Pike.

—Sully, me pregunto si estarías dispuesta a aparecer en la película. No llevará mucho tiempo. Podemos hacerlo mañana. Una escena breve. Ya sé que últimamente

no he pasado mucho tiempo aquí, pero ello se debe únicamente a lo ocupado que he estado. Os agradezco que ninguno os hayáis quejado de todos los días que hemos pasado aquí. Dime, pues: ¿lo harás? Una escena breve. Háblame, dama de los ojos tristes y las tierras bajas.

—Claro, David. Por ti, cualquier cosa.

A Brand le apetecía echar un pulso. Juntamos las manos e intercambiamos miradas aceradas. Ignoraba hasta qué punto se lo tomaba en serio. Comenzó a ejercer presión, y yo agaché la cabeza y me concentré, intentando mantener los codos rectos sobre la mesa. Forcejamos durante varios minutos, apenas ganando o perdiendo terreno. Yo, tenso el antebrazo y los músculos zumbando, pasé a la ofensiva pivotando toda mi energía, todas mis fuerzas; de mi muñeca sobresalía una vena, su brazo comenzaba a ceder y su codo perdía tracción. Entonces, súbitamente, se envaró y nos vimos de nuevo empatados. Sullivan permanecía en pie junto a nosotros sosteniendo una extraña muñeca de madera y alambre pintada de colores.

—Es tu regalo de cumpleaños —dijo—. La he hecho esta tarde para ti. Es una diosa-muñeca de la India. Una amenazante y puñetera divinidad hermafrodita.

—Creo que me da miedo —dijo Brand.

La hierba estaba húmeda, y los soportes de acero de los columpios que se alzaban tras el quiosco de música del parque mostraban una tonalidad plateada y opaca bajo la clara luz de la mañana. De mis doce años recordé a los niños en sus trineos, divisados a cámara lenta a través de la neblina, sus rostros redondos y vaporosos disolviéndose en la nieve, la pasión que sentía por mis pesadas botas y sus herrumbrosas hebillas entrelazadas; la entrada en el invierno, pura y vacua, cual criatura marina (cerebro) que pulsa desde el frasco de las galletas, el arte y la ciencia de los apaleadores de nieve, el repetitivo soniquete de la mecedora atronando la casa, sus manos aferradas al borde del reposabrazos, blancos los nudillos, y me pregunté por qué pasaría eso, si sería debido a que la sangre se estancaba en los vasos de las manos o si retrocedían a lo largo del brazo en espera de que la mano se relajara, meciéndose en la oscuridad mientras la nieve caía lentamente. Pero ahora ya no había nieve, por lo que tendría que aguardar la llegada del día para rodar. Sullivan se hallaba detrás de uno de los columpios, sin hacer preguntas ni ofrecer explicaciones, una mujer, una figura en un paisaje aunque la nieve era imposible y la enfermedad no pulverizaba sus células, un actor, mujer al fin y al cabo, cuya fuerza generativa arrebatava a la cámara parte de su poder, debilitando misericordiosamente lo que para mí era un instante demasiado personal y significativo. Había pájaros posados sobre las chimeneas de numerosas casas, estorninos o reyezuelos, por lo que a mí respectaba neopterodáctilos a todos los efectos, Iowa a todos los efectos, Alexandria, Kamakura, y a través del visor vi pasar tras ella un camión articulado de color azul con una única palabra —*Smith*— escrita en el costado. Ya más cerca de Iowa y más reconfortante. Las ocho de la mañana. El cuenco invertido que cubre el estrado de la banda. Árboles y hierba húmeda. La arena

de la zona infantil apelmazada por la lluvia de la noche anterior. La huella de una pierna estirada. La huella de cuatro dedos de una mano. El círculo perfecto de un cubo. Ajusté el filtro de viento y ella se sentó en el columpio con un crujido náutico que recorrió los eslabones de las cadenas que ella tocaba levemente con la punta de los dedos. Comenzó a incorporarse hacia mí. No había nada en su mirada.

—Me veo a mí mismo en una enorme casa de piedra junto a la costa de Oregón —dijo Brand—. Tengo exactamente sesenta años. He construido la casa yo mismo, piedra a piedra. Me veo como uno de esos viejos escritores singulares que aún gozan de respeto por lo osado de sus ideas y de su estilo. Mis jóvenes discípulos acuden a visitarme en peregrinación. Acuden caminando hasta mi casa provistos de mochila y de ejemplares de mis libros. No hay carreteras en la zona. Es como Big Sur, pero aún más solitaria y remota. La casa se halla edificada frente al océano, y puedo divisar las focas que toman el sol sobre las rocas y las enormes y esbeltas aves marinas que vuelan rozando las olas; incluso algún tiburón de vez en cuando, la aleta de un hermoso y enorme tiburón, reluciente bajo la luz del sol. El tiburón es mi símbolo personal. En el dorso de todos mis libros aparece la silueta de un tiburón, como el perro lobo que aparece en los libros de Alfred A. Knopf. Las olas rompen estrepitosamente contra la playa rocosa. El viento procedente del agua sopla junto a la casa y huye silbando a través de los bosques que se extienden tras ella. Me veo a mí mismo enjuto y curtido. Mis jóvenes discípulos acuden de todos los rincones del mundo. A veces vienen en grupo, una partida de jóvenes franceses con sus novias que me traen saludos de viejos y célebres escritores y filósofos de su país, gente con quien he participado en simposios y con la que he firmado manifiestos, viejos y célebres intelectuales franceses que no han renunciado a sus ideas revolucionarias y que aún ejercen una profunda influencia en la política exterior francesa. Los jóvenes discípulos suelen quedarse en torno a una semana. Mantenemos apacibles charlas y paseamos por la playa. Me preguntan acerca de mi vida y de mi pensamiento. Algunas veces llega alguien en solitario, quizá una joven discípula que ha viajado desde Suecia a costa de un gasto y un esfuerzo considerables. Es joven, rubia y encantadora. El experimento sueco no ha funcionado, me cuenta. Nos acostamos juntos. Podemos oír el viento y las gaviotas. La habitación no contiene otra cosa que la cama y sus cuatro muros de piedra. Luego me dice que parezco tener la mitad de los años que tengo. Hablamos tan solo en raras ocasiones. Me prepara sencillas recetas de cocina sueca. Paseamos por la playa. Le leo el primer capítulo de la obra en la que estoy trabajando y ella me dice que es lo mejor y lo más sincero que he escrito nunca. Me pregunta por mi mujer. Años atrás, había estado casado con una vietnamita bellísima que murió posteriormente de una rara afección pulmonar. No le cuento nada a la sueca. Simplemente, la cojo de la mano y la conduzco hasta la cama. Dos semanas después, le digo que debe marcharse. Mi obra exige la tensión de la soledad. Ella lo entiende. Regreso a mi trabajo. Todo lo que me rodea es duro y

limpio. Las olas rompen estrepitosamente contra las rocas. Un mes después, una alta y encantadora australiana con los cabellos de un tiziano asciende caminando por el empinado sendero rocoso. Lleva consigo una mochila y mi único libro de versos.

Por la tarde me fui a la biblioteca. Luego, regresé a Howley Road, casi sin apercibirme de la luminosidad y la calma del día ni de los árboles, que se combaban con grácil avidez y desprendían un aroma a tierras altas. Súbitamente, añoré la tranquilidad de las tierras bajas, del nivel del mar, y pensé que de hallarme en una comarca montañosa mis bienintencionados planes podían muy bien haberse visto arrastrados por el viento. En la despiadada locura de la naturaleza sobre las siluetas de los bosques no se precisa otra resolución que la de un río que cambia de color mientras discurre hacia el continente, en pos de su pasado y de su propia promesa. Pike estaba solo en la caravana, ladrando suavemente en sueños, y en el bar situado al otro lado de la calle no había nadie.

Me pasé dieciséis horas seguidas aplicando pintura blanca a las mortecinas paredes verdes de mi habitación de hotel; luego, con una brocha mucho más pequeña, escribí con pintura negra las dos mil palabras de la siguiente parte del guión.

Terminé a primera hora de la mañana y salí en dirección a la caravana, donde pasaba la mayor parte del día durmiendo o contemplando las partidas de ajedrez entre Sullivan y Brand. Por la tarde, regresé al hotel. Glenn Yost vino a la habitación y paseó la mirada por las paredes. Le dije que aquello me había costado dos propinas considerables y la promesa de pagar el repintado cuando me marchara. Su ojo enloquecido mostraba una gran actividad. Le dije que durante el rodaje tendría que situarse junto a la butaca y leer las palabras y las frases siguiendo el recorrido que describían por la habitación. Aparecería en escena de modo intermitente; de vez en cuando, filmaría una panorámica de alguna de las paredes, quizá la que se correspondiera con lo que estaba leyendo, quizá otra diferente: el hombre y la cámara leyendo en direcciones opuestas. En ocasiones, anticiparía el guión. Rodaría asimismo pasajes que ya hubiera recitado. En algún momento del rodaje, cortaríamos, cargaríamos, cambiaríamos de posición y comenzaríamos de nuevo. Le di el tiempo necesario para leérselo todo, mostrándole con exactitud los lugares en los que proseguían ciertos pasajes después de verse interrumpidos por una ventana o por el marco de una puerta. Su ojo izquierdo brincaba. Le dije que se relajara, que todo aquello no tenía la menor importancia.

—Estoy francamente estupefacto.

—Tienes el ojo realmente desatado —dije.

—No sé por qué, pero preferiría estar en casa, arreglando la puerta de rejilla.

—Afirma Fellini que el ojo derecho es el de la realidad, y el izquierdo el de la fantasía. Cuando quieras, Glenn.

—Qué demonios, empecemos.

Me situé tras el trípode y le hice un gesto con la mano.

—Aquel año, nuestra suerte fue flaca. Éramos unos diez mil. El resto eran indígenas. Estábamos dispersos por todo el sur de la península, rindiéndonos al primero que llegara. En conjunto, unos setenta mil hombres entre norteamericanos y filipinos, y los japoneses tenían que sacarnos de allí para que pudieran entrar los suyos y preparar el gran ataque sobre Corregidor. Estábamos sencillamente estorbando, lo que no deja de ser una sensación nueva para quien se considera un fusilero bastante competente y piensa que su país es la única potencia invencible sobre la tierra. Lo primero que querían era reunirnos a todos en un lugar llamado Balanga. Teníamos que llegar allí por nuestros propios medios, independientemente de la compañía o el pelotón o el puesto de mando que hubieran hecho caer a nuestro alrededor a base de bombas, hambre, enfermedades o aburrimiento. Nueve de nosotros decidimos echar a andar a través de una zona de batalla previamente despejada en dirección a Balanga. Era un trayecto de tan solo veinte o veinticinco kilómetros desde donde estábamos. No nos dieron comida, pero eso era algo habitual. Llevábamos algún tiempo recurriendo a procedimientos extremos de supervivencia y, siguiendo el ejemplo de la población indígena, nos alimentábamos de perros, monos y lagartijas. En cierta ocasión vi a uno de ellos, un filipino, devorando la carne de una pitón. Personalmente, nunca comí pitón y nunca comí mono, salvo una primera vez. Las lagartijas las puedes digerir, pero comer carne de mono es como comer algo que sale brincando y fustigando del mismísimo infierno, y yo estaba dispuesto a someterme a los procedimientos de supervivencia tan solo hasta cierto punto. Luego estaba la malaria. La padecía todo el mundo. Pero no era para tanto. Cortábamos caña de azúcar de los sembrados y nos la comíamos, y había arroyos en los que beber. Con nosotros viajaba un coronel al que no sé qué oficial chinorri le había dado un pase cuando nos rendimos. Se lo enseñaba a todos aquellos con los que nos atravesábamos en el camino y nadie nos ponía demasiados problemas. Nos registraban y se llevaban las sortijas y los relojes y todo cuanto podían hallar, como mi mechero Zippo, algo que empecé a lamentar veinte años después porque me habría venido muy bien para un anuncio en la campaña que tenían montada, a base de anuncios en blanco y negro a toda página con testimonios de los auténticos poseedores de diversos objetos: ESTE ZIPPO SOBREVIVIÓ A LA MARCHA DE LA MUERTE DE BATAAN. Aquella noche llegamos a Balanga. Habíamos cubierto el trayecto en un día sin fatigarnos en lo más mínimo. Nos enteramos luego de que el enemigo había ejecutado a unos cuatrocientos miembros militares indígenas, entre oficiales y suboficiales. Los filipinos andaban camino de Balanga, al igual que el resto de nosotros, cuando les detuvieron unos chinorris que formaban parte de una fuerza de contraataque. Dejaron marchar a todo el mundo con excepción de los oficiales y los suboficiales, a los que alinearon en varias columnas después de atarles las muñecas con hilo telefónico. A continuación, desenvainaron sus sables y sus bayonetas y los mataron. No emplearon armas de fuego, por lo que tardaron unas dos horas en terminar con los cuatrocientos. Debió de

ser algo digno de verse. Oímos que había sido un acto de venganza por algo que habían hecho los indígenas, pero nadie sabía de qué podía tratarse. La verdad, tampoco creo que a nadie le importara. En la situación en la que nos encontrábamos —de total, completo e insuperable calor, aburrimiento e incertidumbre acerca de qué especie de insecto costroso y reptante nos tocaría cenar esa noche—, cuatrocientos filipinos decapitados no eran más que un tópico apropiado para agradables charlas en el club, algo que mencionas por encima con cierto sobrecogimiento y una sensación casi de admiración hacia los chinorris por demostrar que tienen, al menos, cierto sentido del espectáculo; algo hacia lo que sentirnos agradecidos en parte por habernos distraído de nuestros propios problemas. Lo de Balanga fue para no olvidarlo. La ciudad soportaba la entrada de un torrente de miles de hombres. A algunos de nosotros nos instalaron en los prados. A otros, los albergaban en pequeños patios rodeados por alambre de espino. Estábamos todos apelotonados; resultaba imposible sentarse en ningún sitio, y toda la ciudad olía a excrementos. Toda la ciudad. Nos habían dicho que utilizaríamos una zanja, pero estaba llena de cadáveres, y el hedor de los muertos y de los agonizantes mantenía alejados a la mayoría. Los que padecían disentería no podían controlarse, y defecaban allí donde se encontraban. Otros, sencillamente, se desplomaban y morían. Durante todo el tiempo que pasé en Balanga, de pie en medio del prado o, más tarde, enterrando a los muertos, intenté pensar en mi mujer y en mis dos hijas pequeñas, en la cordura, en una casa con una cama, en sus pechos y sus labios y sus manos maravillosas, pero su imagen se desvanecía constantemente, y yo me hallaba demasiado entumecido e insensibilizado para preocuparme realmente de si lograría recuperarla, si conseguiría volver a verla desnuda en una habitación oscura; entretanto, junto a mí, tendido de espaldas sobre el suelo, un tipo al que había creído muerto se la estaba cascando frenéticamente en silencio. Los chinorris nos entregaron copias de la Cláusula Humanitaria sobre Atrocidades que figura en los Acuerdos de Ciudad del Cabo. Luego, nos dieron arroz para comer y nos enviaron al Norte. Esta vez, llevábamos guardias. Nos dirigíamos a un lugar llamado Orani. Vimos un montón de cadáveres en las carreteras. Algunos indígenas no combatientes nos proporcionaron comida, y para beber recurríamos al agua contaminada de los arroyos y los charcos. Se suponía que no podíamos romper filas, pero lo hacíamos de todos modos. Teníamos que conseguir agua. Lo miraras como lo miraras, el riesgo merecía la pena. Muchos murieron acribillados o apuñalados mientras intentaban conseguir agua. Uno de los guardias caminaba junto a nosotros bajo el sol ardiente cantando una canción; sonriendo y cantando una canción. Un sargento llamado Ritchie, un experto en demoliciones del destacamento de seguridad antitránsito, se salió de la fila en una ocasión, atacó al guardia por la espalda y arrojó su arma a una zanja. A continuación, se sentó a horcajadas sobre él y la emprendió a zarpazos con su garganta. No creo que tuviera intención específica de matarle. Tan solo quería abrirlo e inspeccionar su interior. En ese momento, llegaron trotando otros dos chinorris y le pegaron a Ritchie un tiro por la espalda. Cuando



llegamos a Orani, olía aún peor que Balanga. En las afueras de la población, sin embargo, a eso de kilómetro y medio de distancia, vi algo tan extraño que creí que podía tratarse de una visión producida por el hambre y la malaria. Al borde de un campo vacío podía verse un columpio colgando bajo los árboles. Se trataba, obviamente, de un columpio de fabricación casera, y consistía sencillamente en una tabla y dos cuerdas atadas a la rama. Sentado en el columpio había un oficial chinorri, y no sé si sería debido al resplandor del sol o a la distancia, pero se me antojó un hombre muy viejo, casi anciano, aunque estaba seguro de que llevaba uniforme de chinorri. Nos miraba y se columpiaba muy lentamente, unos centímetros hacia delante, unos centímetros hacia atrás, con las piernecillas bien separadas del suelo, mirándonos y cantando una canción. Al principio, no había advertido que estaba cantando, pero de repente me llegó el sonido desde el otro extremo del campo: era una canción lenta y aparentemente muy triste. Quizá se debiera a mi imaginación o a mi desconocimiento de la lengua, pero creí reconocer la misma canción que había estado cantando el guardia antes de que Ritchie le atacara. El viejo siguió allí sentado, avanzando y retrocediendo unos pocos centímetros, cantando aquella canción tan triste y tan bella, hasta que por fin hizo un gesto con la mano como para bendecirnos, pero un gesto circular, una bendición extraña. Si fue una visión, tuvo que ser una visión en masa, porque todos desviamos la mirada hacia el mismo punto mientras avanzábamos por la carretera. Pero nadie dijo nada. Nos limitamos a mirarle y a escuchar la canción. Un poco más adelante, pasamos junto a uno de los centros de despacificación del poblado construidos por el Segundo Cuerpo Técnico y el Departamento de Operaciones Psicológicas antes de que el enemigo acabara con el proyecto en cuestión. Permanecimos en Orani cosa de un día. Luego, reanudamos la marcha hacia otra población y, una vez allí, nos recluyeron en una nave industrial. Debíamos de ser miles los que estábamos allí apretujados, abriéndonos sitio a codazos y enloqueciendo lentamente. Nadie podía dormir. Yo me moría por poder enjuagarme la boca. Hubiera querido tener barriles enteros de verde y espumoso elixir para todos. Nos habían encerrado a todos juntos, y el hedor era peor que nunca por la falta de aire libre. De allí nos condujeron a una estación de ferrocarril en la que había trenes esperándonos. A algunos nos dieron comida, y a otros no. A todos nos apetecía subir al tren. Ciertas zonas difusas y apenas activas de nuestras mentes debían de recordar Dios sabe qué épocas de nuestra niñez que habríamos pasado cerca del tren, el *Zephyr* de las Ciudades Gemelas<sup>[6]</sup> si eras del Medio Oeste, o el *Chief* de San Francisco, o el *Afternoon Hiawatha*; alguna visión nebulosa en la que recorres las grandes llanuras en un tren de la Union Pacific y todo te resulta vasto y salvaje y misterioso porque tienes diez años y Norteamérica es ancha como el planeta entero y el doble de invencible.

»Nos apetecía el tren, pero ahora me parece mentira que para entonces siguiéramos siendo tan ingenuos. Nos metieron en furgones. Fuera cual fuese la postura en la que te encontrabas cuando te metían en los furgones, no había modo de

cambiar durante el resto del trayecto. No había ventanillas, y las puertas estaban cerradas. Era otra vez lo mismo que en la nave industrial, pero ahora sobre ruedas. Pocos minutos después de arrancar el tren, alguien empezó a mugir. Eso nos desató a todos. Al cabo de un rato estábamos todos mugiendo, rezongando y emitiendo sonidos como los de las ovejas, las vacas, los caballos y los cerdos. Los de Operaciones Psicológicas nunca nos habían hablado de aquellos modos de reacción ante el entorno. Nadie se reía. No estábamos de broma. Aquello no era una celebración humorística del indomable espíritu humano. No era una protesta contra la inhumanidad. Éramos ganado y lo sabíamos. Simplemente, estábamos confirmándonos a nosotros mismos que éramos ganado, y mugíamos y balábamos con total seriedad y con absoluto e irresistible autoaborrecimiento. Éramos reses. ¿Quién podía negarlo? ¿Qué otra cosa podíamos ser sino reses, encerrados en aquellos furgones y pisoteando los charcos licuados de nuestra propia mierda? No sentíamos odio hacia los chinorris. No eran ellos los que nos habían metido en aquello. Habíamos sido nosotros, o nuestros generales, o nuestro país, que tanto atesoraba el sacrificio de sus hijos, fabricando eslóganes inspirados en su muerte y utilizándolos para vender bonos de guerra... o jabón, que nosotros supiéramos. El viaje pareció durar años. Nos sentíamos como si estuviéramos atravesando el continente asiático. Cuando hubimos descendido todos del tren, nos llevaron a un campo de prisioneros de guerra donde nos procesaron con uno de nuestros propios simuladores incrementales de modo. La marcha había concluido, e intenté retornar a la delicada belleza de sus blancos pechos y a mis dos niñas, tan maravillosamente acogedoras que mis dedos querían derretirse cada vez que las tocaba. Y la tercera criatura, en camino. Pero no pude volver. La avenida West End. Daba la sensación de que todos los que allí vivían recibían clases de música. Harkavy, el terrateniente, vestido con su pijama de barras y estrellas y bebiendo Jack Daniels con hielo. Y mi madre (cómo se llamaba) quitando el polvo de aquella vieja casa como la viuda de un faraón, que acudiera a limpiar el sepulcro todos los jueves por la mañana. Alexandria. Nuestra boda en el jardín. Todo aquello residía en una zona oscura de mi mente, y tenía que retornar a ella porque había sido en Balanga donde nos habían obligado a enterrar a los muertos. Había sido en Balanga donde nos habían obligado a enterrar a los muertos. Había sido en Balanga donde nos habían obligado a enterrar a los muertos y yo estaba arrojando tierra sobre el cuerpo de un filipino cuando, de repente, se movió. Un pobre chiquillo con uniforme filipino y el rostro ensangrentado. Comenzó a incorporarse en medio de la zanja. A su alrededor, docenas de muertos llenos de gusanos, cubiertos completamente de gusanos hasta el punto de que el suelo, la tierra parecían moverse. Cuerpos en descomposición por doquier y la zanja a punto de estallar. Se incorporó sobre un codo. Yo solté la pala y me incliné sobre el borde de la trinchera, viendo todos aquellos millones de cosas espantosas metiéndose por la boca de mis compañeros muertos y de sus compañeros muertos y de los compañeros de sus compañeros y de los soldaditos indígenas,

morenitos y duros. Intentó extender la mano hacia mí. Me incliné hacia delante y noté algo que me golpeaba en las costillas. Era la bayoneta de un guardia, que me pinchaba con ademán ligero, distraído, condescendiente. Casi aristocrático, como si fuera un puñetero oficial británico del Undécimo de Dragones Ligeros empujando a un mozo de cuadra indio con la fusta. El otro intentó levantarse. Le señalé, señalé que intentaba levantarse, y en ese momento el guardia decidió señalar también él. Señaló con la bayoneta a la pala que reposaba en el suelo y luego al muchacho de la zanja. Qué eufemismo más hábil, pensé. Quería que enterrara al morenito de todos modos.

—¿Por qué te detienes? —pregunté.

—Ya no hay más —dijo Glenn.

Cuando se hubo marchado, consulté el número de Owney Pine en la guía local. Me dijo que le gustaba probar de todo al menos una vez, y quedamos citados para el día siguiente.

Si pudiera ordenar todos los recuerdos revoloteantes que tan insistentemente se me anuncian entre las distracciones de cada nueva tarde introspectiva (modelos de barcos, libros, lo que queda de brandy), elaboraría mi índice no según buenos y malos, infantiles o adultos, inocentes o culpables, sino más bien en dos grandes categorías bastante sencillas: cooperativos y no cooperativos. Algunos recuerdos parecen contentarse con existir como unidades aisladas; se deslizan limpiamente en la ranura apropiada y no proporcionan indicación alguna de continuidad. Otros, los no cooperativos, se esfuerzan por evadirse, por camuflarse, por disolverse en imágenes no deseadas. Cuando ordeno a la nieve que vuelva a caer sobre las calles de Old Holly, con las manos de mi padre curvadas en torno al mango de la pala, no puedo estar seguro de conseguir el preciso momento que busco. Basta un segundo de adelanto para que vea a mi madre sentada en la mecedora; o un segundo de retraso para que el recuerdo se subdivida y una de sus partes se pierda en la fantasía: me arrastro a través de la jungla con un cuchillo entre los dientes, en dirección a la casa del doctor Weber. Somos lo que recordamos. El pasado está aquí, en el interior de este reloj negro que, más taimado que la noche o la niebla, determina cómo vemos y qué tocamos en este instante irremplazable del tiempo.

—¿Cuánto tiempo lleva usted ejerciendo la medicina, doctor?

—Veamos... yo diría que veinticuatro años. ¿Concuerta eso con sus cálculos?

—No tiene importancia —dije—. ¿Dónde ha trabajado como médico residente?

—La primera vez fue en el Hospital de Ojos, Oídos, Nariz y Garganta de Brooklyn. Luego en el Geriátrico de Pelham, en el Forense de Nueva York, en el Jewish Discount y en la Maternidad de Santa Verónica. Más tarde tuve una breve estancia en el Neurológico de Pasadena y en la Residencia Roy Rogers. ¿Le importa que fume?

—En absoluto, doctor. ¿Y después de trabajar como residente?

—Me dediqué a la medicina privada en Westchester. Me adoraban. Puede comprobarlo con cualquiera de los vecinos del pueblo. Mis feligreses me adoraban. Mis pacientes, quiero decir.

—Hablemos de esa enfermedad en la que todo el mundo piensa hoy en día.

—La gran C. Encantado.

—¿Querría contarle a la cámara los distintos modos en los que puede manifestarse?

—Hay que estar ojo avizor ante cualquier clase de bulto. Hemorragias irregulares de cualquier orificio del cuerpo. Cambios de color en los lunares o en las verrugas. Tos persistentes, dolor de huesos, indigestión, pérdida de peso. Diarrea. Estreñimiento. Fatiga y desgaste. Dolor al orinar o signos de sangre o mucosidades al toser. Llagas en los labios. Dolores en la rabadilla. Hinchazones. Si nota que de pronto le disgusta la carne, atención porque tiene un problema. Heces sanguinolentas, retención urinaria, bultos en la garganta, esputos con sangre, supuración de los pezones, bultos en la axila. Atención a los lobanillos, las úlceras, los pólipos y las marcas de nacimiento que aumentan de tamaño. Todos lo padecemos en cierta medida. Oh, sí. Palpe usted la próstata. Centrifugue la orina de ese pobre cabrón a altas velocidades. Bombardee a la víctima con ondas sonoras de ochocientos mil ciclos por segundo. El sonido mata a las células invasoras y vuelve loco a la víctima. Ay, sí; ay, sí. Pero, por la gracia de Esculapio, dios de la medicina, mataremos a la gran C y convertiremos Norteamérica en un lugar seguro para los bebés y las demás cosas en crecimiento. Radiación y/o cirugía. Cortar y quemar. Cortar y quemar. Alcánceme ese paquete de cigarrillos.

—¿Había algún paciente que maldijera el terreno que pisaba?

—¿Bromea usted? Mis pacientes me adoraban. Las mañanas de primavera, mientras hacía mis rondas, les saludaba por la calle con un gesto y ellos me devolvían el saludo. Muchas veces, eran ellos los que saludaban primero.

—El cuello del útero, doctor.

—El cuello del útero. Raspe la superficie de la vagina para recoger el flujo. O extráigalo mediante un tubo. Luego, analícelo; es una de mis pruebas favoritas. Flujo seco en un portaobjetos de vidrio. Coloréelo. Entrégueselo al patólogo. Entone la oración del médico. Dame la fuerza, el tiempo y el celo necesarios para incrementar mis conocimientos. Nuestra labor es grandiosa, y la mente de los hombres nos acucia de modo incesante. Me has escogido, por Tu gracia, para vigilar la vida y la muerte de Tus criaturas. Estoy dispuesto a cumplir mis deberes. Guíame en esta inmensa obra para que pueda beneficiar a la Humanidad, ya que sin Tu ayuda ni la menor de las empresas puede tener éxito. Me gusta esa parte que habla del tiempo.

—Examen interno, doctor.

—Palpa e investiga. Busca y encuentra. Lleva a cabo resonancias. Obtendrás un magnífico aroma a tierra y mar. Al cambio de las mareas. A madera de sándalo y especias. A la época de la cosecha en Flandes. Me gusta vacilarles un poquito. Les

relaja.

—La muerte, doctor.

—Nunca pronuncies la palabra, es mi consejo. Inyecta glicerina en el sistema circulatorio. Mete el cuerpo en una bolsa de plástico con hielo. Introdúcelo en una cápsula de vacío llena de nitrógeno líquido. Enfríalo a ciento sesenta grados bajo cero. Tan pronto como descubramos el modo de descongelar a esos cabrones tendremos resurrecciones en masa de costa a costa.

—Se nos ha acabado el tiempo —dije.

—Serán ciento cincuenta dólares en total.

Cualquier descripción de la calle principal de Fort Curtis puede comenzar y finalizar con esa misma frase. Más allá de eso, solo encuentro redundancias. Esas mismas seis palabras identifican el objeto descrito y sirven para describirlo. La calle principal de Fort Curtis.

Por ella vagaba en compañía de mis actores paseantes, Austin Wakely y Carol Deming, repletos los tres de esas contracorrientes de afecto que circulan entre quienes colaboran en actos secretos, creadores, intérpretes, artesanos, cartógrafos, tejedores de la velocidad de la luz. La gente nos adelantaba por la calle de un modo distante, inconsciente de nuestra entrega, en número bastante nutrido aquella tarde cálida, de camino al cine o a la compra de artículos de temporada: pintura, rejillas para las ventanas, zapatos ligeros. La brisa olía a comercio, a artículos de cuero y a gases de combustión, sumamente agradable en cierto modo, higos griegos de nuestra niñez. Aquella calle era un lugar profundamente norteamericano, un monumento a la nostalgia colectiva, y nosotros leíamos los carteles en voz alta y contemplábamos las relucientes fotos protegidas por vitrinas que adornaban la sala de cine. Nadie sabía quiénes éramos, y no nos conocíamos los unos a los otros.

Se mostraron fascinados por las paredes de mi habitación, y yo colgué una sábana para tapar las palabras de la zona en la que tendrían que sentarse. No tardamos en estar todos dispuestos. Austin, en calzoncillos, se hallaba sentado en una silla frente a la sábana. Carol, ataviada con ropa interior negra de tipo biquini, estaba sentada junto a Austin en una silla de respaldo idéntica a la suya. Ahora estaba comenzando a complicarme: no me limitaba a rebuscar en el pasado y a cambiarle ligeramente el color, sino que entremezclaba los distintos pasados para finalmente obtener la película de una película, al menos en parte. Terriblemente complicado. Pero los actores no hicieron preguntas. La ropa interior resulta cómica, y solo las mentes antidemocráticas cuestionan el humor.

*Chico:* Hablemos del futuro próximo.

*Chica:* Empieza tú.

*Chico:* Creo que deberíamos casarnos. Podemos irnos a pasar mi año de licenciatura a la costa. Será muy divertido. Allí pueden practicarse toda clase de deportes acuáticos.

*Chica:* Me gustaría aprender esquí acuático. Pero el matrimonio es un paso tan importante...

*Chico:* ¿Me quieres?

*Chica:* No lo sé. Creo que sí. Supongo que sí.

*Chico:* Tendré el coche ahí fuera. Podemos ir por el desierto. Quizá pueda incluirte en mi película. Voy a hacer una película. Podemos hacer prácticamente lo que queramos, ahí fuera. Podemos quitarnos la ropa e intentar sentirnos libres. Cuando piensas en todas las personas que hay en el mundo que desean vestirse libremente y que no tienen que andar discutiendo horas y horas cada vez que se quieren quitar la ropa... es increíble.

*Chica:* Este es mi conjunto favorito de ropa interior.

*Chico:* Y este el mío.

*Chica:* ¿Qué grado de libertad se disfruta por ahí? ¿Con cuántas chicas has hecho cosas?

*Chico:* Uno no lleva la contabilidad de esas cosas.

*Chica:* Eso resulta muy británico y muy divertido.

*Chico:* La experiencia es importante.

*Chica:* La experiencia es algo que me gustaría tener sin tener que sobrellevar el esfuerzo de adquirirla.

*Chico:* Tal y como yo lo veo, no hay motivo por el que no debiéramos casarnos. Nos gustamos mucho mutuamente. Respetamos nuestros respectivos gustos en lo que se refiere a ropa. Coincidimos en muchas de las cosas que a los dos nos gusta hacer. Y todo el mundo dice que somos una pareja atractiva.

*Chica:* ¿No te parece que hay que considerar también otras cosas?

*Chico:* Uno no lleva la contabilidad de ciertas cosas.

*Chica:* Esa observación es realmente divertida.

*Chico:* Una cosa te prometo. Si nos casamos, te incluiré en mi película de todas todas. Se supone que tenemos que coger a estudiantes como actores, pero estoy seguro de que harán una excepción en este caso. Tendrá incluso banda sonora.

*Chica:* ¿Puedo aparecer con lo que llevo puesto?

*Chico:* Puedes llevar lo que quieras. Y puedes decir lo que te apetezca.

*Chica:* Va a ser enorme. Va a ser tremendo. Va a ser demasiado.

Cuando Austin se vistió, le pedí que se marchara, y él repuso que esperaría fuera, en el coche. Carol se puso una de mis camisas y leyó la siguiente escena en voz baja. Yo intenté no hurtar miradas en su dirección mientras manipulaba la grabadora. Sentía que era importante mantener las cosas a un nivel estrictamente profesional, y hubiera querido hacer alguna observación en tono distraído, algo técnico relacionado con el sonido o la luz, pero no tenía nada demasiado científico en la punta de la lengua. En ese momento se presentó Brand, sorprendentemente puntual. Carol se metió en el cuarto de baño, y Brand se quitó la ropa con excepción de los calzoncillos, un modelo de perneras largas estampado con despertadores de color

verde. Carol salió vestida con un camisón que le cubría hasta los muslos y se dirigió hacia la cama sin mirarnos. Conscientes del blando e imperioso balanceo de sus pechos, Brand y yo intercambiamos miradas cuidadosamente preparadas para no mostrar otra cosa que un tibio interés. Carol se subió a la cama, apoyó las manos en las caderas, miró a su alrededor como para asegurarse de que el plató había sido despejado a excepción del personal esencial y finalmente se agachó sobre una almohada, en la que se sentó arropándose con sus propias extremidades, escenificando una entrada y un posicionamiento de humor totalmente serio, con un nivel de personalidad que, ya en su papel, intentaba exigir obediencia al otro, el cual, acaso, comenzaba a odiar a la cámara. Brand se sentó en la otra almohada. Le dije que se quitara las gafas y charlamos de lo que había de venir a continuación. Aunque Brand me aseguraba que había memorizado sus líneas, yo insistí en improvisar una escena; en primer lugar, porque no me fiaba de él, y en segundo lugar porque no me gustaba lo que había escrito. Le dije que conservara el espíritu del conjunto y que se olvidara de los detalles. Carol contemplaba los perros dibujados con tinta azul sobre el antebrazo de Brand, los perros fornicadores. Él parpadeó varias veces y alargó la mano en busca de sus gafas, pero yo las aparté hasta que estuvieron fuera de su alcance. Instalé la cámara y el trípode a los pies de la cama.

*Hombre:* Había una luna roja.

*Mujer:* Schenectady es célebre por sus lunas.

*Hombre:* Pronto empiezas a preguntar. Es mejor que no sepas nada. Se supone que no debo decirte nada, pero siempre consigues que te lo diga.

*Mujer:* Me dices dónde, pero eso es todo.

*Hombre:* Es suficiente. Es demasiado. A veces me asombras. Siempre estás preguntando. ¿Acaso no es mejor que no lo sepas? Te interesas demasiado. No deberías interesarte tanto.

*Mujer:* Eres mi novio. Quiero saber a qué te dedicas en tus viajes de negocios.

*Hombre:* No está bien que quieras saber eso. Hay algo malo en todo ello. A veces me asombras.

*Mujer:* Lo más fascinante de la gente como tú es vuestro resplandeciente sentido de la moralidad. Vuestra devoción al concepto de cada cosa en su sitio y un sitio para cada cosa. Cuando lo analizas, descubres que eso es la moralidad para un moralista. Significa tirar a matar, pero no en zonas hospitalarias. Por si se despiertan los pacientes.

*Hombre:* ¿Se puede saber de qué estás hablando? ¿De qué estás hablando?

*Mujer:* Hablo de tu ropa interior. ¿Te has comprado esos calzoncillos en Shenectady? ¿Antes o después de cumplir el contrato? Nunca los había visto antes. Son maravillosos. Rebasan los límites de lo extravagante para internarse en un campo privado de la metafísica. Todos los relojes marcan las nueve cuarenta y cinco. ¿Crees que se trata de la mañana o de la tarde? De algún modo, se te antoja como algo terriblemente importante. Tienes que decirme el nombre de la tienda para que pueda

llamarles y preguntar. Entretanto, quiero que me digas con absoluta certeza si llevabas esos calzoncillos cuando cumpliste con el contrato.

*Hombre:* Volvamos a lo que estábamos diciendo.

*Mujer:* Ni siquiera recuerdas lo que estábamos diciendo. Y ahora, responde a mi pregunta. ¿Llevabas puestos esos calzoncillos cuando cumpliste con los términos establecidos en letra pequeña?

*Hombre:* De acuerdo: llevaba estos calzoncillos.

*Mujer:* Ahora dime qué hora era exactamente cuando le mataste.

*Hombre:* Sabes que no hablo de esas cosas. Malo es que te diga dónde. Los detalles ocasionan problemas. Es algo que uno aprende en este trabajo. Los detalles ocasionan problemas.

*Mujer:* Dime qué hora era. ¿Qué daño puede hacerte eso?

*Hombre:* Era la una y diez.

*Mujer:* Repite eso.

*Hombre:* Era aproximadamente la una y diez de la mañana.

*Mujer:* Eso pensé. Lo sabía.

*Hombre:* ¿Cómo podías saberlo?

*Mujer:* Lo llevas escrito en el rostro. Literalmente escrito en el rostro. Esos relojes de tus calzoncillos son una prueba delatora.

*Hombre:* Los relojes marcan las nueve cuarenta y cinco.

*Mujer:* Exacto. De eso se trata precisamente. Tienes que quemarlos cuanto antes. Podemos ir a casa de Nell y quemarlos allí.

*Hombre:* Escucha, si tienes que saber exactamente cómo lo hice, te lo diré.

*Mujer:* No me interesa.

*Hombre:* Estaban saliendo los de la última sesión. La taquilla estaba cerrada. El signo luminoso estaba apagado. Apenas salieron diez personas. Salí del coche y me aproximé a él. Extendí la mano como si quisiera estrechar la suya. Cuando alguien te alargaba la mano como hice yo, la reacción natural es aceptarla. Yo sabía quién era él, pero él no me conocía de nada. Nunca me había visto hasta entonces. Pero me alargó la mano de todos modos. Es la reacción natural. Cualquiera habría hecho lo mismo. Nos quedamos allí, estrechándonos la mano, y yo le obsequié con una amplia sonrisa y le llamé por su nombre. Él quería soltarme, pero yo le aferraba la mano con fuerza. Entonces, sin dejar de sujetarle, introduje la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta, saqué el 38 y disparé tres veces sobre el bolsillo delantero de su camisa. Ponían una película de guerra.

*Mujer:* ¿Cómo sonó?

*Hombre:* ¿Qué más da cómo sonara?

*Mujer:* ¿Sonó un *bang*? ¿Sonó como un gemido? ¿Restalló, resonó, *bum*, *ping*?

*Hombre:* Sonó como un cañón de veinte milímetros. Sonó como cuando acribillábamos las pistas de aterrizaje con nuestras veinte milímetros. Ahí tenemos de nuevo el lenguaje coloquial. Ahí está.



*Mujer:* ¿Cómo te sentiste después?

*Hombre:* ¿Cómo te sentirías tú? Era una zona de hospital.

*Mujer:* Rompiste una regla cardinal.

*Hombre:* Le rompí la espalda al cardenal. Avanzaba montado en su bicicleta, aquel cardenal budista, cuando le hice merecedor de su cláusula de doble indemnización.

*Mujer:* ¿Cuál era su postura política, tesoro?

*Hombre:* Ligeramente a la izquierda de Dios.

*Mujer:* Eso le convertiría en un republicano de los de Taft.

*Hombre:* ¿Qué Taft?

*Mujer:* ¿Qué Dios?

*Hombre:* El que fabricaba relojitos verdes.

*Mujer:* Y jovencitos blancos que puedan lucirlos.

*Hombre:* Más respeto para tu marido.

*Mujer:* Tú no eres mi marido. Mi marido es negro. Negrísimo. El más negro de los negros.

El automóvil de Austin salió despedido del bordillo con un alarido histérico de caucho. Sabía que me llevaría un rato poder dormir, así que eché a andar hacia Howley Road en compañía de Brand. Avanzamos juntos, corriendo parte del camino, como dos boxeadores que se entrenan, lanzando breves golpes de derecha e izquierda mientras danzábamos al trote, realizando giros de 360 grados sin interrumpir la zancada, hundiendo el morro sobre la oscura carretera. Luego aminoramos la marcha hasta regresar al paso.

—Me sorprende que hayáis decidido permanecer aquí —dijo él—. Pensé que os cansaríais de este lugar. No pensé que esto que estoy haciendo me llevaría tanto tiempo.

—Nadie ha decidido quedarse —dijo él—. En ningún momento hemos hablado de ello. En ningún momento hemos hablado de nada y, que yo sepa, nadie ha tomado ninguna decisión. Sencillamente, nos hemos quedado.

—¿Pero no estáis hartos de este lugar?

—No lo he pensado. Y además, ¿adónde íbamos a ir sin ti? Eres tú quien guía la expedición.

—No creo que esa situación pueda considerarse vigente. Lo único que ocurre es que nunca pensé que me llevaría tanto tiempo hacer esto que estoy haciendo.

—Nadie ha dicho nada de seguir camino —dijo él.

—¿Qué hay de tu libro?

—No hay ningún libro, Davy. Hay once páginas, y siete de ellas no tienen una sola palabra escrita. Y no estoy demasiado satisfecho de las otras cuatro.

—Pensé que te habías pasado escribiendo todo el tiempo que estuviste en Maine. ¿Cuánto tiempo viviste allí?

—Casi un año —dijo él.

—¿Qué hiciste durante todo ese tiempo?

—No lo sé. La verdad es que no lo recuerdo mucho. Me imagino que pasaría trompa la mayor parte del tiempo. Creo que debió de fundírseme un fusible o algo parecido. Mi cabeza dejó de funcionar. Es la única manera que tengo de explicarlo. Algo en mi interior se fundió y dejó de funcionar. Se apagó.

—Y te pasaste todo un año en aquel garaje. Sin hacer nada.

—Estaba haciendo algo. Estaba matando a mi cabeza.

—De acuerdo —dije—. Pike ladra mientras duerme. No le importa dónde está con tal de tener una botella al alcance de la mano. Tú no estás escribiendo ninguna novela y no tienes prisa por volver a Maine ni a ningún otro sitio, pero ¿qué me dices de Sully?

—Tendrás que preguntarle a ella. Te lo he dicho: en esta familia, nadie habla de nada. Somos un grupo de lo más reservado.

—¿Cuánto tiempo va a duraros el dinero?

—La señora lleva unos diez días encargándose de las facturas.

—No lo sabía —dije—. Me gustaría poder prestaros algún dinero, pero tampoco creas que yo ando muy bien. Y presumo que a estas alturas ya estoy en el paro.

—He estado pensando en eso. Yo, en tu lugar, hablaría con ella.

Corrimos un poco más, bebiendo de aquel aire fresco, bebiéndolo y escupiéndolo a continuación, lanzando puñetazos al viento. Luego, nos sentamos los cuatro en torno a la mesa de la caravana, emitiendo leves sonidos con los pies y los codos.

—He estado pensando en eso —dijo Sullivan—. Creí recordar que tenías que estar en el Sudoeste en algún momento de la semana pasada, pero no estaba segura. No dijiste nada.

—He estado ocupado.

—Era un buen empleo, David.

—Ganaba veinticuatro mil quinientos. Escucha, te necesito una vez más para esa cosa.

—Allí estaré —dijo.

—Me quitó las gafas y me arrojó en la cama —dijo Brand—. Pero no resultó tan divertido como esperaba. Esa Carol Deming o como se llame. Al final empezó a hacer cosas raras. Además, ¿qué sentido tiene todo esto?

—Vete a jugar con tu muñeca —dije.

Austin se vistió con la misma ropa que había empleado para la primera secuencia. Yo llevaba un jersey de cuello vuelto color lima y unos chinos con franjas tipo chistera.

—Conque aquella chica coja de Florencia era real —dijo.

—Eso es. Sirvió para suavizar el encuentro con mi exmujer. Habíamos estado sugiriéndonos veladamente la posibilidad de una reconciliación. Pero la coja provocó en mí un extraño cambio de enfoque. No es fácil de explicar. Por aquel entonces, los

padres de mi exmujer estaban en Alemania. La coja era alemana. Y aquel día, algo más tarde, mi exmujer comenzó a cojear. Todo aquello no tenía significado alguno. Pero me desorientó bastante. Intenté atar cabos. Pero no se dejaban atar del todo. Simplemente, bastó para desbaratarlo todo. La coja era acogedora, y ello no ayudaba precisamente.

—Me cuentas algunas cosas, pero otras no. ¿Por qué he tenido que ponerme otra vez este uniforme, por ejemplo?

—¿Acaso Fred Zinnemann le contaba esas cosas a Burt Lancaster?

—En McComplex me han acostumbrado a hacer lo que se me ordena —dijo—. Pero no hay motivo para que no te muestres un poco menos cascarrabias.

—Contra la pared, hijo de puta.

Era la escena final. Le enfoqué, de pie frente a aquellas palabras impresas en negro. Luego, inicié la narración, inventándomela a medida que avanzaba.

—Estamos en 1999. Contemplas un noticiario de tiempos pasados. Hay un hombre en una habitación y es Norteamérica. Eres tú, David, más o menos. ¿Qué podéis deciros el uno al otro? ¿Cómo puedes drenar las décadas intermedias? Resulta posible apoyar la mano sobre una pantalla de cine y obtener una fracción de segundo de luz: un taxi que dobla una esquina, digamos, y lo tienes ahí, en el pulgar. La calle Cuarenta y nueve esquina Madison Avenue. Puedes hablar a la pantalla y a lo mejor te responde. Apenas recuerdas al tipo que estás contemplando. Pregúntale cualquier cosa. Conoce todas las respuestas. Por eso guarda silencio. Ha viajado a través del tiempo para responder a tus preguntas. Permanece inmóvil, pero se está moviendo. Sus respuestas son silenciosas. Tienes veinte segundos para hacerle tus preguntas. (Mantuve la cámara enfocada sobre Austin Wakely, rígido frente a la pared, inexpresivo, y conté quedamente los segundos: desde uno hasta veinte.) Y ahora llegamos al final del silencio grabado.

Austin y yo compartimos una botella de Coca-Cola caliente.

—Escucha —dije—. ¿Podrías hacer algo por mí?

—¿De qué se trata?

—Consígueme a Drotty. Necesito a Drotty durante una hora.

—¿Por qué le mataron?

—Cometió un error en la oficina. Confundió un pequeño detalle. Los detalles ocasionan problemas. Él mismo solía decirlo.

—¿Cómo le mataron?

—¿Cómo mueren la mayor parte de los hombres de negocios? El corazón les falla y se desploman sobre la alfombra. Sufrió un ataque cardíaco con ciertas variaciones. Nadie puede decir que su muerte no tuviera sentido.

—¿Qué harás ahora?

—Iré a Topeka, Kansas.

—¿Por qué allí?

—Siempre he deseado sentarme en una lavandería de Topeka, Kansas. Creo que tiene algo que ver con mis recuerdos prenatales.

—¿Piensas ponerte en contacto con tu familia?

—Prefiero dejar que se aposente el rencor. En este momento, cualquier clase de contacto no haría más que crear una confusión general.

—¿Estás seguro de que aún guardan rencor?

—Todos menos mi hermano. Mi hermano nunca sintió eso por mí.

—Entonces, ¿te pondrás en contacto con él?

—No.

—¿Por qué no?

—Me da miedo comprobar qué habrá sido de él después de todo este tiempo.

—La cámara te agradece el esfuerzo de aparecer ante ella en circunstancias tan difíciles.

Hasta ahora, he tratado de evitar grandes revelaciones en lo que respecta a los profesionales del reparto. Para mí, Carol y Austin eran elementos entremezclados. No estoy seguro con exactitud de cuándo me di cuenta de que podían resultar valiosos, pero sí sé que de un modo u otro la idea fue desarrollándose a partir de mis primeras impresiones. En el caso de Austin, resultaron vitales su edad y su aspecto; el hecho de que fuera actor carecía de importancia. Carol, a la vez desbordante e irritantemente retraída, parecía —actriz o no— poseer un talento especial para tamizar cualquier momento, para desplazarse por tu paisaje mental como un recurrente diseño de sol y de nubes; se trataba de una habilidad difícil que desafiaba todo análisis y cuya contemplación resultaba frustrante hasta que se manifestaba frente a la cámara, una habilidad mezquina e incluso neurótica para ocultar cosas que era innecesario ocultar, o para fingir ocultarlas, o fingir que se revelan, o para dejar caer pistas o parpadeos candorosos; en otras palabras, un perfecto coñazo.

Si hasta el momento estas dos personas han parecido remotas, casi indescifrables (sobre todo la chica), es preciso entender que tampoco yo quería comprenderles demasiado bien. Para mí eran elementos entremezclados, personajes vivientes que resultaban válidos (incluso sobreestimados) a causa de mi propio pasado, de mis fantasías, vanidades, honores, vergüenzas, y por aquellos que amaba o dejaba de amar. Conocerlos demasiado bien habría servido para confundir el aspecto principal de la cuestión, y el aspecto secundario de la cuestión, y la novia de la cuestión, y la hermana de la cuestión. Así pues, he intentado retratarlos tal y como los conocía o dejaba de conocerlos.

Ahora, brevemente y en retrospectiva, creo que puedo afirmar que Carol era tan solo una muchacha desorientada que intentaba aprovechar al máximo su invisibilidad. Incluso sus cabellos parecían criticablemente rubios. Conviene señalar que tan pronto se plantó por vez primera ante mi cámara dejé de preocuparme por el resto de sus papeles, de todas esas fluidas ambigüedades que al principio me habían resultado tan

atractivas y luego tan inquietantes la noche en que estuvimos tumbándonos a fuerza de charla en el Buster's Bar & Grill. La cámara masticaba aquellas partes y las escupía a continuación. Carol era el mejor personaje del reparto debido a que era la más consistentemente invisible.

Con Austin Wakely me resultaba fácil mantener el interés al mínimo. No había experimentado curiosidad alguna por Austin, ni antes ni después de convertirse en una de mis piezas. Tenía una barbilla exuberante y robusta, y una dentadura reluciente. Podría haber nacido con una verruga en la espalda que fuera roja, blanca y azul y tuviera forma de bandera y, así y todo, sería su rostro lo que habría puesto frente a la cámara.

Carol estaba sentada en la butaca con los ojos cerrados, trasladándose de una atmósfera etérea a la siguiente. Había sido, con mucho, la más sencilla de sus escenas, y sin embargo parecía agotada. Me acerqué hasta la ventana. Un hombre depositó una moneda en el parquímetro y rodeó la esquina. Era casi mediodía, y en la calle había bastante gente. La zapatería anunciaba una venta de saldos. Un coche se caló frente al semáforo.

—Acabo de darme cuenta de qué pocas caras negras he visto desde que estoy aquí.

—En este pueblo, hasta las biblias son blancas —dijo ella.

—Teniendo en cuenta la clase de sitio que es, dudo que sepan qué es lo que ocurre en el resto de este condenado país.

—Lo ven en la tele. Es como ver la luna a través de un telescopio.

—Todo funciona, pero es igual de aburrido —dije.

Sus ojos permanecían cerrados. Estuve a punto de avanzar hacia ella. Recordé el banco del parque, aquel momento de ego en que nuestros cuerpos apenas se tocaban. Seguimos así, butaca y alféizar, durante largo rato. Entre nosotros no podía suceder nada bueno, ni siquiera temporalmente bueno, ni aun durante un lento segundo. Ignoro por qué estaba tan seguro de ello. Quizá porque estaba demasiado encerrada. Así me gustaba imaginarme a mí mismo en ocasiones, y quizá sentía que nada podía robársele a cambio de aquello a lo que habría que renunciar para alcanzar aquella conciencia íntima. Por otra parte, tampoco sabía qué pensaba de mí. Y no sabiendo eso, ignoraba qué forma podríamos adoptar juntos. También influía el hecho de que mantuviera los ojos cerrados.

—Pareces cansada —dije.

—Es este tiempo, tan lleno de vida y de dulces aromas. Sobrellevar esta clase de tiempo supone un esfuerzo. Me gusta proyectar mi existencia sobre un gráfico mental de fiebre. En Nueva York, durante la época húmeda, solía subirme la fiebre, y una vez, en Montana, con seis grados de temperatura exterior, estuvo a punto de salir disparada del gráfico y pensé que moriría de exceso de vida. Opino, de todos modos, que esa clase de cosas obedecen fundamentalmente a la autosugestión. Soy capaz de

persuadirme a mí misma casi de cualquier cosa. Cuando muera, me autoconvenceré de que debo ocupar un nuevo útero y comenzar de nuevo. Eso hacen en el Tíbet: gentes que ni siquiera fueron capaces de obtener el ingreso en Princeton se dedican a ocupar úteros nuevos como locos.

—A través de una puerta uterina.

—Eso es —dijo ella—. Y hay úteros buenos y úteros malos.

—No sabía eso.

—Como lo oyes.

—¿Tienes hambre? —dije—. Yo tengo hambre. Comamos algo.

—Tengo ensayos a los que asistir.

—¿Tienes que marcharte enseguida?

—Me temo que sí, David.

—No hemos tenido demasiadas ocasiones de hablar desde la noche del cenador.

—La gente que habla conmigo cada vez habla con algo menos consistente.

Confío en que la disminución de la existencia no sea algo contagioso.

—Yo más bien la calificaría de pandemia. Me gustaría que abrieras los ojos.

—¿Hay algo que ver?

—Quizá no.

—Hasta las biblias son blancas —dijo—. Solíamos acudir al muelle de la calle Gansevoort durante la puesta de sol. Aquellas tardes húmedas, en aquellas zonas desiertas de Nueva York, cuando vivía casi más allá de la vida. Y Roy me dijo una vez ahora sé por qué Nueva Jersey está donde está y no junto a Alabama, que es donde probablemente debería estar. Para que el sol pueda ponerse tras ella.

Drotty vestía de seda negra y de pana color verde pálido. Su aspecto recordaba el de una daga en uno de cuyos filos destellara un malhumor serrado e imperceptible. Sin embargo, fumaba su cigarrillo casi con ternura, cada movimiento de su mano una suave y cuidadosa orquestación. No le había imaginado tan joven. De hecho, no había contado con que se presentara siquiera. Pero parecía perfectamente dispuesto a participar en lo que debía de parecerle una forma de teatro incomparablemente frívola, si no bárbara. Este guión no estaba encuadrado; esta habitación de hotel no estaba insonorizada; este director apenas tenía nada que decir; esta grabadora era una maldición sociológica; esta película estaba condenada al fracaso. Drotty no mencionó nada de todo ello; se limitó a fumar y a moverse lentamente por la estancia con sus botas negras de estilo español y cierta violencia huraña presente en cada paso. Su rostro, un rostro pequeño, se esforzaba intensamente por mantenerse inexpresivo.

—Supongo que Austin y Carol ya te habrán dicho que vienen formando parte de esto desde el principio.

—No tengo inconveniente en que mi gente se dedique a otras cosas siempre y cuando no perjudique su trabajo en el teatro.

—Confío en que no haya sido así.

—No ha sido así —dijo—. Parecen intrigados por lo que haces. Quizá debería sentirme celoso.

—Parecen aún más intrigados por lo que haces tú. Se pasan el tiempo hablando de ti.

—Comienzan a aburrirse. Con el tiempo, el teatro de provincias acaba aburriendo a todo el mundo. La gente acude a él por un sentido del deber. Intentamos conmocionarles, pero llevan años conmocionados. ¿Sabes una cosa? Dentro de cinco años, todo el teatro norteamericano, lo que quede de Broadway incluido, se habrá convertido en una institución semirreligiosa financiada por el Estado. Más o menos como el Parque Nacional de Yellowstone. Habrá carteles de NO ARROJAR BASURAS por todas partes.

—Guapas botas —dije.

—Me las regaló una profesora de lenguas romances cuyo único ejemplar de la séptima obra que había escrito sin que nadie quisiera producirla terminó incinerada en mi chimenea por un afroamericano que decía llamarse Abdul Murad Bey. Me horrorizaba tener que contárselo, pero cuando llegó el momento pareció aliviada, y al cabo de pocas semanas me regaló estas botas. Hace poco ha llegado a mis oídos que Abdul Murad Bey fue en parte responsable de los disturbios raciales de Filadelfia, a su vez una suerte de obra sin producir.

Concluyó su anécdota crispando las facciones y mostrándose aún más inexpresivo que antes. Yo ignoraba si debía reírme o no, por lo que me limité a exhalar por la nariz a la vez que intentaba imprimir al sonido un tono alegre. Me di cuenta de que ni él ni yo nos habíamos llamado hasta entonces por el nombre ni por el apellido. El despiste en cuestión pesaba sobre el comienzo y el final de cada una de nuestras observaciones. Aunque claro está que no se trataba de un despiste.

Comentamos sus líneas. Él depositó el cigarrillo sobre un cenicero, se encaminó lentamente a la butaca y se sentó. Tuve que ser yo quien le apagara el cigarrillo. Finalmente, nos sentimos listos para comenzar.

—El cine debe dejar tras de sí un residuo emocional. El aspecto retentivo es el único criterio cierto. ¿Qué obtengo de una película, y qué rescato de todo ello? Algo más que ropa interior, espero. Opino que lo que uno tiene que hacer llegado a este punto es ampliar su estética. Mi tarea consiste en ayudar a mis alumnos más serios a desarrollar alguna clase de estilo de vida cinematográfico. Admito que tu película despierta en mí cierto interés marginal. Apela al niño que albergo en mi interior. Me gustan las tonterías. Me gustan las ideas absurdas. Muchas grandes películas son básicamente tontas, y el protagonista cinematográfico es, por lo general, un cretino. Brando, por ejemplo, ha encarnado a un cretino detrás de otro. Igual que Belmondo, igual que O'Toole, igual que Toshiro Mifune. Todo es una cuestión de niveles. La vulgaridad de Preminger es una vulgaridad postuniversitaria; la tuya aún anda matriculándose. Dado que este será nuestro último encuentro, creo que se impone una sinceridad absoluta. Me caes sumamente mal. Siempre me has caído mal. Apenas has

manifestado respeto hacia mí si es que me has demostrado alguno. Una y otra vez, has intentado socavar mi posición como profesor y como ser humano frente a mi alumnado del sexo femenino. Estás obsesionado por enterarte de mis relaciones con cierta jovencita que ambos conocemos. Te encantan las malas noticias, la derrota, el castigo. La derrota filmada siempre resulta gloriosa. El perdedor resulta ennoblecido por el sufrimiento y la muerte. No hay cámara que se resista ante el hombre que se rinde ante la derrota: él es el único que manipula todos los mecanismos y la atención de todas las mentes. Es posible que te veas a ti mismo como un héroe de la pantalla grande. He olvidado por completo qué es lo próximo que tenía que decir.

La mujer de Glenn Yost era una mujer corpulenta y amigable que probablemente no se había quitado la bata de andar por casa desde que cumplió tres años. Era de las que te tocan y te gastan bromas, y resultaba obvio que ambos Glenn la adoraban; era de esa clase de mujeres que se lucen en las excursiones campestres: ríen y cuentan chistes, propinan palmadas en la espalda a los hombres, gastan bromas a los críos y cotillean con las señoras como un vasto frente cálido que avanzara a través de las llanuras.

Presenté a Sullivan a los miembros de la familia. A continuación, la señora Yost, Laura, nos dijo que habían estado esperando a que llegáramos para sacar el postre — pastel de melocotón y helado de vainilla—, y nos sentamos todos a comer y a charlar. Los Yost no hacían más que contar anécdotas divertidas unos de otros. Había en su afecto algo extraordinario, algo risible en el mejor sentido de la palabra: cada uno de ellos parecía una leyenda ante los ojos de los demás, una obra maestra de meteduras de pata, de ingenio y de aficiones desastrosas. Laura era la que más historias contaba en su ir y venir del salón a la cocina, vestida con su bata amarilla y sirviéndonos café hasta hacer rebosar las tazas. Yo estaba allí para finalizar una tarea irreal, para completar la peor parte de la travesía, y la realidad de aquel afecto sin reservas no me ayudaba en absoluto. Mi cámara, por otra parte, no estaba interesada en las tradiciones orales. Miré a Sullivan, ocupada en fragmentar migas de pastel con la uña del pulgar.

—¿Podemos empezar, Glenn?

—La despensa está ahí dentro —dijo él.

—Quizá podríamos entrar Bud, Sully y yo y hacerlo ahora mismo. Tan solo nos llevará unos minutos.

—¿No estará demasiado oscuro? —preguntó Laura.

La despensa se abría directamente a la cocina. Glenn me encendió la luz y se quitó de enmedio. Yo puse rápidamente una de las sillas de la cocina contra la pared del fondo de la despensa y le dije a Sullivan que se sentara en ella. La observé durante unos instantes. Entonces advertí que Bud se hallaba junto a mí, sosteniendo la cámara. Sin perder tiempo, se la arrebaté, enfoqué a Sullivan en su silla y comencé a filmar. Cuando hube concluido, cinco o seis segundos más tarde, le pedí que se



pusiera en pie contra la pared y metí a Bud en la despensa, de cara a ella y de espaldas a la cámara. Volví a situarme en el umbral. Glenn y Laura estaban detrás de mí. Tenía que sacarles de allí. Su presencia era como tener los dedos pringados de miel, y yo necesitaba el sabor del vinagre, del vinagre y del chirrido del metal al rojo sobre mi lengua si es que pretendía acabar aquello alguna vez. Les pedí que se marcharan. Les dije que abandonaran la cocina por completo. Y entonces, con Sullivan y el muchacho aún de pie, rodé veinte segundos más, mi anuncio privado, una vida en la vida. Luego, corté de nuevo y le dije a Sullivan que se aproximara a él y que le pusiera las manos sobre los hombros. Él se volvió y me miró, bien porque no comprendía el motivo por el que había echado a sus padres, bien porque aquello era muy distinto a jugar al baloncesto en un gimnasio universitario y necesitaba de mí una mirada, una palabra, algo. Advertí entonces que eran papá y mamá quienes sopesaban sus ojos bajo aquella amarga luz; eso era lo que mostraba su rostro: una mirada apuñalada que pendía firmemente de la pequeña traición de un hermano, sin comprender cuál era mi objetivo y, sin embargo, inmóvil, retenido allí por la cámara que sostenían mis manos o quizá por ella, por ella sin duda, como un ave esbelta y oscura; claro que sí; sería imposible escurrir los hombros de la fresca laca de aquellas manos, volver la espalda a una presencia semejante. En la despensa reinaba una luz pobre. Estaba haciéndolo todo demasiado deprisa, y supe que sería cuestión de pura suerte si algo de todo aquello cobraba vida, si captaba el cristal plateado y comenzaba a crecer. Me parecía estar viéndolo anticipadamente, subexpuesto, los cuerpos incompletos, el rostro de ella un nido de crepúsculo disperso, una luz grisácea prendida de los bordes de la pantalla, y me pregunté si alguna vez lo visionaría, aquello o cualquier parte de aquello, y me pregunté también por qué aquel mudo soliloquio entre mujer y adolescente tendría que significar algo más para nadie — incluso para mí— de lo que tan claramente era: el rostro de la una y la cabeza del otro, y me pregunté finalmente si aquel anuncio conseguiría vender el producto. Me concentré de nuevo, las manos de ella sobre los hombros de él, una expresión extraña, muy extraña, algo parecido a la curiosidad que persigue al hombre que sale de una habitación, una mirada totalmente irreconocible en sus ojos. No experimentaba poder alguno al hacerlo así. La luz era mala a más no poder, y no había realizado las lecturas adecuadas. Estaba yendo demasiado deprisa. No estaba encuadrando. Estaba cortando los planos demasiado pronto. Pero tenía que hacerlo, y terminar con ello, y quizá aquel era el mejor modo de llevarlo a cabo, pulverizando el recuerdo a base de burlarme de él, sin poder alguno, esparciendo la semilla bajo la luz aún no capturada. Entonces empecé a rodar la última secuencia y descubrí que no podía parar. Les vi a través del objetivo, inmóviles, insuperablemente pacientes, inmutables, los alargados dedos de la mujer visibles sobre sus hombros de los nudillos a la punta, su ojo izquierdo atisbando junto a la oreja de él en dirección al objetivo, y seguí filmando durante otros dos o tres minutos, perdido sin saber dónde, reclinado bajo veinticinco vatios de luz, aguzando el oído en busca de algún sonido a mis espaldas, y de todas

las cosas que me pregunté aquella tarde la última fue cuánto sabría ella.

Laura no estaba en el comedor. Glenn, sentado a la mesa, no alzó la mirada. Le di las gracias por todo. Le dije que era lamentable pero necesario que en ciertas ocasiones hubiera que hacer cosas que parecían irreflexivas en exceso. Sullivan me esperaba en la puerta. Le dije que las personas, sometidas a presión, hacen o dicen cosas a veces que en ese momento parecen necesarias pero que posteriormente se nos antojan estúpidas e imperdonables. Bud nos miraba desde el umbral de la puerta de la cocina, y también a él le di las gracias y le pedí perdón. Luego, me acerqué a la mesa y extendí la mano. Glenn alzó la mirada, la aceptó, sonrió, apretó y me maldijo quedamente. Fue todo muy dulce, como un retazo del Hollywood de los años dorados, y a cambio obtuve una sonrisa. Nos soltamos la mano y retrocedí. Entonces flamearon en su ojo enloquecido los capilares, las delgadas franjas susurrantes, los atisbos de fría cólera de diácono, esa clase de frío que quema, que se pega a las manos, esa furibunda luz gélida que maldecía mi alma, esas ráfagas árticas, esas venas del cubo de hielo que anidaba en su ojo.

Estaba en la acera, contemplándome mientras descendía del porche. Esperar era algo desacostumbrado en ella: había esperado verla ya a medio camino de la calle, y entonces recordé el modo en que me había mirado a lo largo de la última secuencia, durante aquellos dos o tres minutos en los que no me había sido posible determinar con seguridad dónde me encontraba. Ahora, su cuerpo despedía cierta suavidad. Habían encendido las farolas. Yo portaba la cámara sobre el hombro derecho.

—Me gustaría tomar un baño —dijo—. En la caravana nos lavamos a base de esponjas. Cuando hace suficiente calor, bajamos al río. Al principio, no pasaba de ser una incomodidad. Pero ahora es una incomodidad que amenaza con convertirse en un modo de vida.

—¿Te han visto desnuda los otros?

—Procuramos tener muchísimo tacto, David, te lo aseguro. Se han dispuesto complicados horarios. Pike es un maestro para esa clase de cosas. De hecho, es como un oficial de intendencia. Se ha dedicado a colgar por las paredes toda clase de registros, órdenes del día e inventarios. Te lo aseguro, resulta todo de lo más discreto.

—Vayamos a un motel —dije—. Puede llevarnos un taxi.

—¿Tú crees que es necesario?

—Creo que en los hoteles no quieren que los hombres suban con mujeres a la habitación. Son muy... ya sabes, muy pesados.

—Nosotros les aligeraremos.

Sullivan se pasó casi una hora en el cuarto de baño. Durante ese tiempo, estuve contemplando la puerta entreabierta e intentando no pensar en nada. Luego, me situé en el umbral. Ella sacó una pierna del agua —sabía que lo haría—, deslizó ambas manos a lo largo de la pantorrilla y volvió la cabeza para mirarme por encima del hombro. En ese momento llegó hasta mí una palabra procedente del ojo del diácono

Yost. Abominación. Regresé a la cama y me senté. Me había mirado para comprobar si estaba complacido. Continué sentado, esperando. Luego, encendí la lámpara que había junto a la butaca y apagué la luz del techo. Sullivan salió de la bañera. Yo entré apresuradamente y la observé mientras se secaba con una enorme toalla blanca bordada con un monograma. A continuación, me acerqué a ella y, lentamente, deslicé mis manos sobre el tejido que cubría su cuerpo. Ninguno de los dos dijimos nada. La seguí hasta la cama, en pos de una sensación de placer inimaginable, sabiendo que me hallaba ante la vieja culpabilidad yanqui de bromuro. Las paredes eran blancas y negras, y ella ya estaba en la cama. Abominación.

Se había tapado, los pechos incluso, y permanecía tendida en actitud rígida, mensaje que significaba que aquello era el final de una estrofa, que ahora sería ella quien aguardara la llegada de mi turno. Cuánto sabía acerca de aquel momento, y cuánto me enseñó con su absurdo disimulo: que la mejor y más auténtica lascivia — esto es, la más horrible— no es otra cosa que una modestia tan fanática que no soporta desplazarse por miedo de entrar en contacto consigo misma. Me desnudé junto a la cama, al igual que había hecho aquella noche en Maine, a oscuras entonces, en una habitación diferente, preguntándome si podría verme aquella lúbrica virgen de Maine. Ella alzó la vista para mirarme, y yo intenté no pensar en nada. Se mantenía absolutamente inmóvil, contemplándome, sin agitarse ni un milímetro, abriendo nuevas estancias a base de cerrar sistemáticamente sus puertas. Y, consciente de ello, no alargó la mano ni se alejó ni se acercó al tenderme yo en la cama. Me estiré sobre las sábanas. Siempre me he sentido orgulloso de mi cuerpo.

—No tengas miedo —dijo—. Dime qué quieres que haga.

—Todavía no lo sé. Quedémonos así un rato. ¿Recuerdas la noche que pasamos en aquel viejo caserón de Maine? Me contaste un cuento de buenas noches.

—No tengas miedo, David.

—No lo tengo.

—Aquel día estabas aterrorizado.

—Sí —dije.

—No debes tener miedo. Yo te ayudaré. Haré cualquier cosa que desees.

—En primer lugar, y antes que nada, quiero que me cuentes un cuento. Lo mismo que en Maine. Igual que aquel cuento que me contaste entonces, antes de dormirme.

(Tan dispuesta, tan lasciva, tan ávida se mostraba Sullivan, tan hábil era la artista inmersa en su oficio, que ni siquiera vaciló ante mi petición, ni mucho menos rompió en carcajadas de risa liberadora.)

—Y bien profundamente que dormiste —dijo.

—Un cuento. Un cuento de buenas noches.

—Tengo uno perfecto. Trata de un viejo y malvado tío mío y de la increíble experiencia que compartimos en una barquita un día de niebla, en Somes Sound.

—¿Piensas inventártelo?

—Es verídico —dijo—. Me lo hiciste recordar cuando mencionaste Maine.

—Entonces, cuéntamelo.

—Tenía yo un tío al que temía y odiaba, un sanguinario ulsteriano —dijo Sullivan—. A los dieciocho años, dejó Dublín para irse a Belfast, renunciando así a la Iglesia, al Estado, a la familia y a la adúltera sombra de Parnell. Era hermano de mi padre y el excatólico más quemado que he conocido, un blasfemo al estilo militante y fanático, en absoluto alegre, bromista y pícaro como mi padre, que en paz descanse. Años después, vino a este país y terminó instalándose en Maine, en una pequeña población no lejos de Bar Harbor. Y yo fui a visitarle una vez, en un intento por zanjar una vieja rencilla familiar. Era un pueblo sencillo y tranquilo, un lugar perfecto para el tío Malcolm. Cuando salió a abrirme la puerta yo ya casi había olvidado lo salvaje y ominoso de su aspecto: calvo, firme, compacto, sólido como una jarra de cerveza negra. Sus ojos, oscuros, parecían dos pilotos encendidos, y me miró como si fuera la concubina favorita del Papa. Detestaba a los católicos. Detestaba a mi padre como a la peste, como al incienso. Y eso que eran hermanos, proa y popa, Shem y Shaun, el Dublín recio y el aún más recio Belfast. En mi carta, no le había ofrecido ninguna indicación sobre el propósito de mi visita. Nos sentamos en el porche. Era una noche de luna. Sobre el césped se alzaban estatuas de patriotas. No había jovencuelos que salieran cantando de los pubs, ni había una gota de Guinness a la vista. No había pubs: había estatuas. Yo también esculpo, como bien sabes, y aquellas estatuas, David, me estremecieron. Cuánto cristianismo. Qué poco espíritu cristiano. Parecían maestros de escuela sodomizados fingiendo que lo único que tenían en el culo era la esquina de una mesa. La guerra posee cierto sentido de gracia: nuestra revolución, desde luego, lo tenía. Pero ni un ciego manazas hubiera descubierto la menor gracia en aquellas piedras. No había en ellas nada demoníaco, no había vuelo de túnicas, ni caza, ni pesadillas, ni valentía. Todas enderezadas, enhiestas y enculadas. (Que Dios me perdone.) Así es el cristianismo. Las épocas de Omdurman y Chillianwalla. La perversión de Jesucristo. El Niño de Praga sobre el salpicadero bendiciendo la caja de pañuelos que hay en la bandeja trasera. Curas con halitosis clamando por mi alma en la negra y desnuda selva del confesionario, persiguiendo la curva de la gracia regeneradora con sus dedos somnolientos. El tío Malcolm y yo nos sentamos en unas mecedoras. De hecho, nos mecíamos al unísono. No me preguntó por qué había ido. Se limitó a contemplar las estatuas bajo la penumbra como si pensara que la piedra patriótica no aporta nada a nuestra comprensión de la historia a no ser que repose bajo el lenguaje; guardar silencio bajo el silencio de la piedra es como el comienzo de una unión con el pasado. Aunque tal vez solo estaba pensando en su barco. Porque eso fue lo que mencionó a continuación. Tenía un balandro, dijo, un Hinckley adaptado al viento del Sudoeste que conservaba amarrado en una cala al otro lado del cabo de Bar Harbor, lo que apenas suponía veinte minutos conduciendo desde aquel porche.

—Esto se está poniendo aburrido —dije.

—Debes concederme al menos una fracción de la egolatría que reservas para tus

fatigados intereses. No pretendo resultar agresiva. Pero te he ayudado hasta ahora, y estoy dispuesta a proseguir en pos del objetivo que nos tengas designado, sea cual fuere. Y eres tú quien me ha pedido un cuento de buenas noches.

—Lo siento. Continúa, por favor.

—Ya comenzarán a manifestarse cuestiones más importantes a partir de la tediosa serie de beaterías que he estado encadenando hasta ahora. Esta labor no me resulta fácil.

—¿Has ensayado algo de todo esto? —pregunté.

—Por las noches, en la cama, converso a menudo con las grandes figuras angloparlantes de la Historia. Creo que eso es algo que puedo admitir ante ti. Desarrollo filosofías, leyendas, notas autobiográficas, pequeños fragmentos de sabiduría femenina, anécdotas y mentiras. Lo someto a la consideración de alguien como Swift o Blake; y luego, al igual que Swift o Blake, comento y critico. Quizá se trate tan solo de una ilusión, pero mi mente parece alcanzar su mejor estado inmediatamente antes del sueño. He sostenido, creo, algunos diálogos brillantes conmigo misma; o, mejor dicho, con las grandes figuras del pasado. O sea que tu instinto no te engaña. En cierto modo, sí he ensayado esta historia. De hecho, la he relatado numerosas veces, refinándola, corrigiéndola, puliéndola, acercándome cada vez más a la terrible verdad. Pero nunca he revelado aún esa verdad. Nunca le he contado a nadie la historia completa; ni a Coleridge, ni a Melville, ni a Conrad. Nunca he revelado el misterio de las horas finales de aquel día de niebla en un balandro de diez metros en Somes Sound... no se lo he revelado a un alma, ni viva ni muerta.

—Un momento, por favor —dije—. Quiero apagar la luz.

—Las mecedoras avanzaban y retrocedían en perfecta formación militar. Mi tío seguía contemplando aquella mohosa vista histórica, aquel Yorktown, Shiloh, aquel atisbo descabezado de Jartum. Dijo entonces que pensaba salir a navegar a la mañana siguiente, y me preguntó si querría acompañarle. Nuestras miradas se cruzaron y se produjo una descarga. Pero, claro está, acepté. Fue como un momento bíblico. Rechazar aquella oferta hubiera equivalido a maldecir los conceptos que habían hecho salir corriendo a mi tío en dirección a Belfast y a mi padre en dirección al pub para tomarse una pinta de cerveza amarga. Pasamos la mayor parte de lo que quedaba de noche en silencio. Preparó un guiso que sirvió en dos cuencos dispares, proclamando la profundidad y tenacidad de su empedernida soltería incluso a alguien tan desinteresado como podía ser yo, una pariente consanguínea. Dormimos en extremos opuestos de la casa. Mi dormitorio tenía un toque del delirio del capitán Ahab: desnudo, frígido, ladeado como una cubierta de popa; ni asomo de afecto por el elemento escogido por su dueño, ni rastro de adornos hechos de barbas de ballena, ni una jarra, ni una roca de acantilado, ni grabados con goletas, ni siquiera calcos de lápidas: desnudo, helado, septentrional, y húmedo como una estrella neblinosa. Despertaba el alba gélida cuando vino a aporrear mi puerta. Bajé las escaleras y

consumí un desayuno compuesto únicamente de melaza y proteínas aglutinadas, un concepto basado en la creencia marinera de la necesidad de cimentar los huesos para que no se los lleve el viento. Al cabo de media hora, caminábamos muelle abajo en dirección a su bote, y pronto salimos remando a través de una niebla apenas rota por levísimas franjas de luz hasta que apareció su barco, flotando sobre la superficie, verde y blanco, oscilando al ritmo de los suaves empujones de la marea, e incluso en aquella penumbra pude distinguir que aquella embarcación no tenía nada de él. Subimos a bordo y me explicó sucintamente dónde estaban las cosas, para qué servían y cómo se apretaba esto o se soltaba lo otro. El barco se llamaba *Marston Moor*, y era el más lindo que había visto en mi vida. Era ligero y parecía rápido. Cada centímetro de su superficie relucía. Era una nave preciosa, David, pero brutalmente bautizada, aunque algo así era de esperar. Mi tío izó el foque. Yo lo aparté de su amarre e icé la vela mayor y, al fin, nos internamos en una mañana plagada de cuestiones no preguntadas y aún menos respondidas. Las luces de navegación iluminaron una paloma. Repiqueteaban las campanas. Gaviotas sobre las boyas. Langosteros flotando bajo la niebla, sus sirenas mugiendo y una o dos figuras arrebujadas contemplándonos desde las cubiertas, tan silenciosas, tan estratégicamente silenciosas, el ojo maldito del marino que sueña con sus huesos a cincuenta brazas y reniega del intruso porque el intruso no se ha ganado aquella parcela de mar en particular. Qué inmensos cretinos debían de considerarnos aquellos langosteros por andar vagando sobre aquel engrudo. Mi tío atisbaba la brújula que tenía frente a él por encima de la pequeña rueda de timón. La brújula, la escota mayor y el timón eran suyos. Yo me ocupaba del foque. Apenas nos decíamos nada el uno al otro. Al cabo de dos horas, la niebla comenzó a disiparse y pudimos divisar los bosques de pinos de la isla de Mount Desert y, al cabo, los pies de las laderas y las anchas y pardas cimas de las montañas Cadillac y Pemetic. Una vista magnífica. La neblina aún arropa las zonas más desnudas de las laderas. Los verdes pinos bajos y los senderos de carretas. Las olas se imprimen sobre los salientes y las grietas de las rocas de la bahía. Frenchman's Bay. El advenimiento de las reales normas de Europa. A las doce, ya era un día diferente, más cálido, más ventoso, completamente azul, vivificante y cegador, y el resplandor del sol comenzaba a derretirnos sin apiadarse de nosotros por el amor de Dios. Y es que era un mundo de Dios, David, y no cabía que penetrara un pensamiento en las mentes que no reconociera tal hecho. Una vista magnífica. El azul de aquellas aguas era el azul de los ángeles. Sobre las escolleras se alzaban faros de color blanco. Vimos gaviotas arenqueras y cormoranes. Las marsopas saltaban del mar encabritadas, y resonaban las campanas. Imperaba una sensación de firmamento, un mundo inabarcable que se extendía sobre nosotros bajo el roce de los jirones de una nube solitaria. La luz del sol penetraba en aquellas aguas como una espada. Nada había allí que hubiera sufrido otras modificaciones que las suyas propias. Dios. Lo creado por Dios e intacto por el hombre. Incluso nuestra embarcación, hermosa y sesgada, escorada por el viento bajo aquel inmenso yugo de

luz, incluso el *Marston Moor* era como un virus leve que reducía nuestro retazo de mar a la categoría de una bonita fotografía. El tío señaló en dirección a Isle au Haut, esa isla espléndida que, donde otras se reclinan o sestean, parecía erguirse como el último bastión, el último baluarte de los árboles y la tierra ante el acoso del Atlántico. Creo que en ningún momento perdimos de vista la tierra. Algunas de las islas eran grandes, bordeadas de píceas y pinos, y podían verse pequeñas aldeas encaramadas sobre el perímetro de los riscos. Otras, igualmente pequeñas, estaban deshabitadas, y algunas apenas eran otra cosa que voluminosas masas de granito. Para entonces, navegábamos muy escorados, y miré al tío. Aún llevaba puesto su atuendo para el mal tiempo, y manejaba el timón con la mano derecha sin dejar de gobernar la vela mayor con la izquierda. Más que navegar, parecía estar cabalgando en aquel barco; estaba montando un delfín o una mujer, una criatura joven que acaso nunca podría ser vencida. Yo estaba muerta de hambre, y tan pronto como amainó el viento bajé a la cabina y preparé un pequeño almuerzo en la estufa de queroseno. Él me dio las gracias. Durante la primera mitad de la tarde no llegamos a disfrutar de auténtica calma, pero así y todo mi tío se veía obligado a escrutar las crestas de las olas en busca de ráfagas de viento. En ningún momento pareció considerar la posibilidad de utilizar el motor. Yo contemplaba las islas a través de los prismáticos. Pude ver a una mujer que portaba una cesta de ropa limpia, a un chiquillo que corría y a un hombre situado frente a las curvas encaladas de un faro. Unos y otros se me antojaban descubrimientos increíbles, piezas de una extraña mezcla de minerales, marineros en tierra que habían aprendido que las líneas rectas matan. Y las islas más pequeñas: azules por entero y del más puro granito. Sin un alma a la vista. Pero no silenciosas. No, contaban con la gloria de una voz propia compuesta por el chillido de las aves marinas y el interminable e inabarcable rugido de las olas. Al cabo de un rato, me puse al timón y el tío bajó a la cabina para consultar sus mapas. La brisa comenzó a soplar más fresca entonces y, tras un prolongado recorrido en dirección al crepúsculo, arriamos las velas, encendimos el motor y nos internamos en una ensenada formada por dos islas diminutas, apenas dos retazos de tierra. Una de ellas era pura roca casi en su totalidad; la otra, algo más grande, estaba arbolada. El tío me alargó la sonda y yo la arrojé y le canté las brazas, intentando imprimir algún soniquete náutico a mi voz sin remedio. Por fin, echamos el ancla y nos sentamos en cubierta a contemplar la puesta de sol. Vimos entonces los veleros, tres de ellos navegaban hacia nosotros procedentes de aquella herida tan sobrecogedoramente bella que partía el firmamento, sus aparejos de velas cuadradas en alas del viento, incandescentes de yodo celeste, completamente irreales, pasando ahora tras la más pequeña de nuestras islas, desapareciendo el primero, luego el segundo, hasta ocultarse el último en el instante en que reaparecía el primero, los mástiles entrecruzándose en las alturas sobre el granito, la dignidad de aquellas embarcaciones, su tránsito abrasado del horizonte rojizo al azul y ahora a la oscuridad, la venida de los Magos. El tío dijo que estaban llenos a rebosar de turistas de Camden. Ah, sí. Cuando se perdieron de vista cenamos

bajo cubierta a base de huevos con picadillo bajo la oscilante luz de bronce. Y, finalmente, le revelé por qué había ido. Se trataba de una antigua rencilla, y más profunda que las feroces quemaduras de pólvora que separaban a los Naranjas y los Verdes. Antes de morir en el Hospital St. Vincent, mi padre me había contado que el tío Malcolm, antes de partir de Dublín, se las había ingeniado para adquirir por medios ilícitos el título de propiedad de una parcela familiar situada en la costa oeste de Escocia, al norte de Lochcarron. Se trataba de unas tierras legadas a la familia por cierto pariente remoto que, según la historia, poseía lazos de consanguinidad con antiguos clanes. Tierras que durante generaciones habían permanecido en poder de diversos caciques, terratenientes, nobles y personalidades diversas. Y luego, finalmente —al giro de la historia, como la recámara de un fusil—, de mercaderes, necios e hijos de emigrantes. Todo esto es nuevo para mí. Unos centímetros de Escocia en mi sangre. Los orígenes, por supuesto, se habían perdido, y la mezcla acaso solo la habría conocido aquel primer hombre que atravesó las tierras altas y se embarcó en el canal del Norte en dirección, sin duda, a Belfast, llevándose quizá consigo a una novia que le dio hijos, algunos de los cuales pudieron haber regresado a la tierra de sus ancestros; y es posible que algunos de ellos, hijos errantes del hogar de su padre, se instalaran en Eire para iniciar la nueva línea de cuya cosecha nacieron el padre de mi padre, y mi padre, y su hermano, mi tío Malcolm, con su alma de cuatrero. Y al decirme más o menos aquello, diríase por sus ojos que mi padre se reservaba algunas cosas. Recupera la tierra. Sé fuerte donde yo he sido dócil. Arregla todas las cuentas, venga todas las injurias, honra la memoria de tu madre, que también supo a qué bajezas era capaz de llegar ese hombre. Tu pobre y querida madre. Ese ángel adorable. Que Dios se apiade de ella. Así pues, debía exigir lo que era mío por derecho de nacimiento. Una mínima porción de las tierras altas. Ese era el meollo de la cuestión. Mis profundos odios y mis confortables intolerancias se reducen a esto. ¡Escocesa-irlandesa! ¡Americana! (Ineluctable, señor Faulkner; coetáneo, señor Joyce.) Una súbita arrancada en la andadura de mi sangre. Sables y gaiteros. Las colgantes tetas de las montañas Ozarks. Siglos de Iglesia de Escocia. Le conté a Malcolm aquella primera parte: las tierras al norte de Lochcarron. Él respondió que eran tuyas, que las había adquirido honradamente y que no quería oír una palabra más al respecto. ¿Qué planeaba hacer con ellas, entonces? Pasaría allí los últimos años de su vida, dijo, y descansaría enterrado en su suelo. Había hecho testamento. Todo se había organizado como es debido. Tenía su palabra. Subió a cubierta y yo le seguí. Reinaba la calma. Observamos una hora de silencio, escuchando el chillido enloquecido de un pájaro del bosque. Belfast y Maine. Mazmorras de silencio. Toneladas y eones de silencio. Aprender que la historia no puede comunicarse con nuestra sangre a no ser que la escuchemos. Secretos de los canteros de Nueva Inglaterra. Todos esos pueblos impenetrables, ufanos de sus campanarios Bulfinch y de sus campanas Paul Revere. Con armadas construidas sobre el silencio de Belfast. ¿Y no hay acaso dieciocho Belfast en América? ¿Y acaso



no pobló el Ulster las colonias? Hombres, patatas y rucas. Naranjas, y no Verdes, muriendo por nuestra revolución. Pero mi odio podía remontar cascadas con el delirio del salmón para hallar su remanso de origen y de verdad. Entonces, me cantó una canción, allí en cubierta, en la oscuridad, pronunciando apenas las palabras, con un acento en el que había destellos de Irlanda, de Escocia e incluso de Shakespeare. Ni siquiera estoy segura de si era consciente de estar cantando en voz alta.

Venía del Norte, por lo que no hablaba mucho,  
pero su voz era amable, y su corazón era sincero,  
y supe por sus ojos que no había en él doblez,  
y yací con mi hombre de las tierras del Norte.

Repitió la estrofa varias veces, como una canción de cuna, hasta que finalmente descendimos al interior. Yo dormí en la cabina propiamente dicha, y el tío se instaló en la bodega de proa, arrollado sobre sí mismo como una maroma. Durante el sueño, le oí hablar en gaélico.

—¿Eso es todo? —dije.

—Y a la mañana siguiente regresamos bajo una llovizna gris, y pude ver, sobre el lejano horizonte del océano, un banco de niebla que avanzaba en plena formación, pardo y amenazante, y aguardé en vano a oír de mi tío alguna palabra tranquilizadora. Pero él hablaba de todo menos de la niebla. Hablaba, sí, como si solamente una prueba o un voraz zarpazo de peligro pudiera disipar las neblinas de su alma. Se veían pocos barcos navegando, pero los pocos que divisábamos le inspiraban vigorosas elocuciones sobre sus rasgos y categorías. Vela cangreja. O a barlovento. O buena manga. O amura de babor. O mira cómo orza ahora. O yola azul de Darkharbor. Maldito puritano sabelotodo. Navegamos durante todo el día a través de una suave llovizna, mientras el frío iba penetrando en lo más profundo de mis huesos y de las mismas jarcias y planchas del balandro. Y aquella masa de niebla acercándose a nosotros. Y con tantas cuestiones aún sin responder, y sin preguntar. Esto, David, como luego verás, es un cuento de fantasmas. ¿Por qué me había pedido que le acompañara en aquel crucero absurdo? ¿Sabía que había llegado a Maine consciente del asunto de la tierra? Y mi padre. Mi rosado y suave padre con su cerveza y su tabaco. ¿Qué minúsculas delicias había omitido servir desde su último lecho? Silencio en la Torre de Londres. Silencio en los parques del poblado. Viento septentrional. Río de sangres norteñas devastando el famélico y oscuro Sur. En el nombre del Cristo de los perros de la guerra. Bandoleros que se extienden saqueando tierras y deidades. Ciertamente, Inglaterra y la Iglesia de Dios han obtenido un inmenso favor del Señor con esta gran victoria que nos proporciona; esto no es otra cosa que la mano de Dios, y solo a él pertenece la gloria. Mosquetes y jubones de cuero. Piqueros en el centro, mosqueteros en los flancos. ¿Y cómo concluye esta oración de *Marston Moor*? La cabeza cercenada de Cromwell parpadeando sobre una

pica en el cadalso de Tyburn. ¿Acaso entonces lo único que buscaba mi tío, disfrazado con su tartán de escocés, de puritano y de Ulster, era devolver algún Norte sagrado? Las tierras al norte de Lochcarron. Chapotear en el terrible y reluciente charco de lodo de Dios y patria. Cuchillo Negro, ancho y sentado como un tocón de árbol bajo una noche de luna en las alturas de las Dakotas, había representado el eco que respondía a mis más profundos odios. Y la cuestión final sobre la que aún había que reflexionar mientras la isla de Mount Desert iba apareciendo ante nuestra vista, y mi tío interrumpía su cháchara y enfilaba la boca de Somes Sound, un auténtico fiordo, una puñalada de siete millas abierta en los elevados riscos de la isla. ¿Había pensado hallar refugio allí, o quizá un mayor peligro para una mayor gloria? Las colinas se elevaban a ambos lados de nosotros, y ya habíamos penetrado unas dos millas en el estrecho cuando me volví y la vi venir, a tan solo unos metros, hasta que estuvimos inmersos en ella y el silencio se fundió con sus tinieblas. Era una niebla nórdica, fría, húmeda y oscura, el septentrión, y él ya había alcanzado las estribaciones del misterio y condujo la embarcación a las profundidades del fiordo, sus ojos despidiendo niebla y fuego, cabalgando sobre aquel velero como un hombre dominado por el celo religioso montaría a lomos de una mujer, y me sentí aterrorizada, David, completamente espantada hasta en mis huesos irlandeses, aterrorizada de la niebla, de él, de la pregunta final que entonces, y solo entonces, comenzaba a responderse a sí misma. Pues recordé que se habían encontrado en otra ocasión, mi padre y mi tío, largo tiempo después de que este último renunciara a todo lo que el seno apostólico venera como sagrado; se habían visto poco después de que mi padre contrajera matrimonio con ese hermoso y frágil lirio que era mi madre; se habían encontrado en Derry, New Hampshire (la sólida población ulsteriana en la que vivía mi tío por entonces), en un intento inútil por recobrar la armonía. Y algunas partes de todo aquello me las había contado mi madre años antes de su muerte: que sus rencores y su furia habían estado a punto de incendiar la casa, y algunos pálidos retazos de sus recuerdos, algunos cabos sin atar, podían llevarme ahora hasta el lecho de muerte de mi padre —¿me sigues?— y a sus omisiones tácticas, y podían llevarme también a la mención del testamento por parte de mi tío y a su palabra de que la tierra, su propio lecho de muerte, sería debidamente administrada. Y entonces un filo de plata se abatió sobre las tinieblas como una espada vikinga sobre un yunque, y comenzamos a distinguir la débil silueta de una costa. Verdaderamente, la pasión de mi tío se había visto guiada por el cielo, o por el infierno, y no parecíamos correr riesgo de embarrancar. Una vez más, esperé alguna palabra de él. De pronto, se alzaron los vientos, y el estruendo comenzó a elevarse y a oscilar: vientos, se diría, procedentes de todas partes, que se enroscaban en torno a nosotros resonando como los clarines de la batalla, verdaderamente sobrecogedores, despejando ligeramente la niebla pero maltratando nuestro barquichuelo hasta que no me cupo duda de que zozobraríamos en cualquier momento. El viento soplando desde los acantilados. El viento lanzado a través del agua desde la boca del sonido y de la lejana mar. Un

viento procedente de todas direcciones que nos escoraba peligrosamente a estribor, luego a babor, el mástil resistiendo apenas, el bauprés oscilando, una verga saliendo despedida de la vela mayor junto a mi cabeza mientras intentaba nivelar el bauprés. E incluso mi tío, incluso mi tío comenzó entonces a perder su calma cristiana, pues aquellos eran vendavales bíblicos, tempestades de un Dios colérico con el que no se había encontrado en ninguna iglesia escocesa ni en ninguna casa de reuniones construida de tablillas. Un barco en movimiento detesta la indecisión, y mi tío no sabía qué hacer.

—Sully, no me gusta esta historia.

—Y el primer ángel tocó la trompeta. Y los vientos soplaron, y la tercera parte de las criaturas que vivían en el mar perecieron, y la tercera parte de las naves fueron destruidas. Y a través del humo de plata y gris apareció una luz sobre la costa ya en los límites del sonido. Y una figura sostenía la luz. Y era un extraño. Y mi tío le vio y habló. Jesús me necesita. *Jesús me necesita*, dijo. Y la luz provenía de una lámpara, y el rostro de quien la sostenía parecía despedir luz propia. Y en esos días los hombres buscarán la muerte, y no la hallarán; y ansiarán morir, pero la muerte huirá de ellos. Y el tío había llegado al final del misterio, que es el siguiente: que el hombre recibe su ser del mismo modo que lo hiciera Jesucristo, en el amable útero de una mujer, más allá de los mudos ejércitos agrupados, más allá de la piedra erosionada a lo largo del oscuro pasado; lo que significa que: toda energía se consume, toda vida expira, todo excepto la fuerza de todos en todos, o de la luz que ilumina la luz; lo que significa que: la figura que sostenía la lámpara era un niño. Y al saberlo, se volvió para increpar y zaherir a su barco. Pues ¿dónde estaba el tigre de Jesucristo en aquella luz pentecostal? Y todos los misterios habrían de descubrir su infinitud, y todos los ecos obtendrían únicamente la respuesta de sus propias voces. Aún nos asaltaba la violencia de los vientos, y le rogué que arriara las velas, y él me miró y vociferó. *Malditos sean tus ojos, hija*. Y aquella fue la respuesta a la pregunta final. La madre radiante entregándose a los más miserables de los Naranjas. «Y yací con mi hombre de las tierras del Norte.» Maldito Eugene O’Neill. Y aquello en mí, también. Los tambores del Ulster. Y gritó de nuevo. *Malditos sean tus ojos, hija*. Creo que en mi mente se quebraron unas cuantas ramitas. Y entonces dejaron de soplar los vientos y salimos de aquello frescos como rosas y emprendimos el regreso a casa. Me volví en una ocasión, pero no alcancé a ver ninguna lámpara, ni ningún niño, ni tampoco pájaros ni bosques. Y supe entonces que la guerra no se libra entre el Norte y el Sur, ni entre el negro y el blanco, ni entre el joven y el viejo, ni entre el rico y el pobre, ni entre el cruzado y el infiel, ni entre el halcón de la guerra y el pacifista. Dios y el diablo. La guerra se libra entre el tío Malcolm y el tío Malcolm.

Desperté en mitad de la noche. Sullivan se había marchado. El viento arrastró un trozo de papel sobre la cama y me levanté a bajar la ventana. Pude oler entonces un aroma a galletas horneadas.

A los hombres les gusta enterarse de la derrota, el fracaso, la caída y la perdición de otros hombres; les hace más fuertes. Las mujeres precisan de la crónica de otras almas conquistadas porque les proporciona la esperanza de alguien más grande y más desdichado que pueda necesitar de cariño maternal. La compasión reside en las glándulas; los pechos son algo mágico. Claro está que esto no explica ni por lo más remoto lo que sucedió cuando Sullivan hubo acabado su cuento de buenas noches.

Encendí la luz y retiré lentamente la sábana que cubría su cuerpo. Una vez más, me incorporé sobre ella, y ella me observó. Me arrodillé en la cama y la miré. Cogí su mano, la acerqué a mi rostro, mordiéndole y lamiéndole los dedos, que sabían a jabón sin fragancia. Deposité nuestras dos manos derechas sobre su seno derecho. Mi mano guio la suya hasta sus labios, deslizándola luego a lo largo de su cuerpo hacia el interior de mis muslos y luego hacia mi pecho y mi boca. Sullivan era artista, y me pregunté si consideraría que mi cuerpo —el cual nunca había visto realmente hasta aquella noche— era hermoso. Situé su mano entre sus piernas, apretadas como una forma de arte lúbrico. Me tendí boca abajo en la cama y mordí y lamí sus dedos, que ahora sabían a baño y a sudor liviano. Contemplé la abertura. Jugueteé con su suave carne y sus cabellos hilados. Besé sus dedos, el índice y el medio encorvados por entonces en torno al prolongado orificio, y luego me introdujo el medio entre los labios y yo succioné su nudillo, doblé el brazo izquierdo junto a su rostro, hallé sus labios con mi dedo índice y ella lo chupó y lo lamió. Separé sus muslos con la cabeza, con las orejas, hasta que cedieron lentamente, a regañadientes, con enorme arte y lascivia, y entonces nadé con la lengua hasta la raíz de mi progreso hacia una derrota tan satisfactoria que no existía un mero placer de los sentidos que mereciera anotarse o archivarse. Me hallaba de nuevo sobre las rodillas, por encima de ella, y me abatí sobre sus pechos y lamí y olfateé, jugando con ellos, golpeando levemente los pezones con el dedo. Le pedí que se apoyara contra la pared de cara a los pies de la cama. Lo hizo. Yo me tendí en medio de la cama con los brazos y las piernas extendidos. Me miró. Todo cuanto hube de hacer fue alzar ligeramente la cabeza y dirigir la mirada hacia mi cintura. Ella avanzó lentamente, como debe realizarse todo avance lujurioso, se arrodilló al extremo de la cama y me aferró de los tobillos, y a medida que subían sus manos comenzaron a descender mis piernas de un modo manifiesto y deliberado, cual emulando el gesto de alguna criatura que llevara siglos perforando la tierra. Sus manos ya estaban allí; elaboraron una breve y minúscula ceremonia de adoración fálica y al cabo estuvo en su boca y yo comencé a retorcerme y arquearme. Al poco rato me forcé a pedirle que se detuviera y volví a arrodillarme mientras ella se tendía de nuevo a observarme. Esta vez, tenía la cabeza a los pies de la cama, y el simple hecho de aquella oposición, de aquel giro sobre el eje, me resultó enormemente excitante. Jugué un poco más con sus pechos. La besé en los labios. Abominación. Encorvé la lengua una vez más entre sus piernas y la besé de nuevo en

los labios en un sueño de engranajes y habitaciones blancas y me interné en ella, desarrollando la topografía básica, y al internarme me vi ocupado por ella, un nuevo giro sobre el eje, al revés de la cama, el ejército ocupado por la ciudad. Abominación. Comencé a pensar sus pensamientos, o lo que creía que serían sus pensamientos. Y me convertí en tercera persona sin salir de mi mente. (O de su mente.) Y ya en ella, tan profundamente como podía, tan duro y tan salvaje como me era posible, escuché lo que pensaba. Niños de mamá. Quiere despertarse solo. El David de Miguel Ángel. Protestante blanco anglosajón del Salvaje Oeste. Por fin está en casa.

Olí las galletas puestas al horno. Duró tan solo unos segundos. Luego me hundí de nuevo en la cama y la sentí como un campo en que cierto número de tropas fingieran estar muertas, intercambiando sus olores con los aromas de la tierra y experimentando un deleite desconocido desde sus juegos de niñez. Volví a dormirme. Cuando desperté, ni siquiera me asombró la facilidad con la que podía dejar de evocar la noche anterior. Cuánto más fácil es sepultar la realidad que deshacerse de los sueños. Me duché y me afeité. Me recorté los pelos de la nariz con las tijeras curvas. Teniendo en cuenta las circunstancias, no mostraba mal aspecto, el segmento de película ya terminado y arrancado de mi interior (todo él sangre y ojos), el perverso deseo logrado (con todos los terrores que acompañan a tales momentos), muy poco dinero en el bolsillo y ningún sitio en particular al que ir.

1) La ciudad de Nueva York, esa dulce y vieja puta cinematográfica de Babilonia que bosteza como Mae West, no me esperaba con micrófonos y flotillas de limusinas adornadas con lazos.

2) Para entonces, la cadena se habría deshecho de mis restos mortales corporativos guardándolos en quién sabe qué archivador señalado con el cartel de *pendiente del regreso de su alma desde el limbo*.

3) Quedarse en Fort Curtis era algo fuera de toda posibilidad; para entonces, aquella población no era sino la suma de todas sus monotonías no filmadas.

4) Incluso la caravana parecía territorio prohibido. ¿Qué podíamos decirnos Sullivan y yo el uno al otro? (¿Qué nos habíamos dicho nunca?)

Pero en el espejo, y teniendo en cuenta las circunstancias, no mostraba mal aspecto. Ciertamente, seguía siendo David Bell. Me cepillé los dientes, me vestí y me dirigí a la butaca para recortarme las uñas. Quizá podría ir a Montana y enamorarme de la camarera de un blanco restaurante. Canadá podía estar bien, la parte Oeste, ya que era una de las últimas regiones del mundo aún libres de pecado. Podía pasarme un año acucillado junto a la Mezquita Azul de Estambul, fumando hachís. En ese momento, entró una mujer vestida con una bata abierta bajo la que podían verse unos pantalones vaqueros y un jersey. Nunca la había visto hasta entonces. Cambió las sábanas, sacudió repetidamente el colchón y al final golpeó la almohada con el canto de la mano, como un luchador de kárate. Me contempló fugazmente con esa mirada analítica mediante la que todo empleado de hotel computa las biografías de los que en él se hospedan. Yo continué recortándome las uñas, observando los retazos plateados

que saltaban por el aire. Ella terminó de hacer la cama y arrojó las sábanas usadas al pasillo. Luego, alargó el brazo a través del umbral y arrastró una aspiradora al interior. Inmediatamente, retiré las piernas. Ella puso en marcha el aparato y comenzó a aspirar, guiándolo con una mano mientras con la otra se esforzaba por apartarse los cabellos de los ojos. Iba calzada con calcetines blancos y zapatos sin tacón. La bata, amplia y carente de cinturón, pertenecía posiblemente a su marido. La máquina se deslizó junto a mí, devorando mis uñas, y yo alcé los pies y los deposité sobre el asiento. Ella se arrodilló, y estaba a punto de ponerse a limpiar debajo de la cama cuando se volvió y me miró. Podría irme a Texas.

—Aquí debajo hay una caja de cerillas y unos cigarrillos. ¿Los quiere usted o no?

—No —dije.

Los aspiró. No tenía idea de qué hora podría ser. Mis uñas en el aparato. Los cabellos de mi vientre y de mis testículos enroscados entre las sábanas del pasillo. La mujer acopló un pequeño cepillo al tubo y limpió las persianas.

—Eso es un Vaculux, ¿no es cierto? Mi padre solía trabajar para ellos. Hace años de eso. Ahora, está dejándose barba. Solo pensarlo ya me hace sentir incómodo.

—Yo me limito a hacer mi trabajo —dijo.

Se marchó en silencio: como tantas otras, una cosa irrelevante que no habría de caer en el olvido. Aún tenía los pies sobre el asiento. La falta de acción es el comienzo de esa clase de certeza que concluye finalmente cuando te das cuenta de que la acción es innecesaria. Avanza sobre sí misma y luego retrocede, y no existe nada tan relajante ni tan dulce. La doncella había dejado la puerta abierta, y Sullivan se hallaba en el umbral con su trinchera gitana. Nos sonreímos. Si permanecía en aquella butaca el tiempo suficiente, todos acudirían a mí: los cancilleres, los prefectos, los comisionados y los dignatarios, todos queriendo enterarse de qué sabía yo que pudiera resultar útil.

—¿Has venido a contemplar el cadáver? —dije.

—¿Puedo sentarme?

—Por favor.

Se sentó en la cabecera de la cama, sobre la almohada, imitando las características de mi propia postura, las rodillas elevadas y juntas, las manos entrelazadas en torno a ellas. En la pared, sobre ella, en un claro entre las palabras allí impresas, colgaba una litografía en la que podía verse a un indio remando con su canoa en un lago de montaña. Ya he dicho mucho antes que intentaría evitar las analogías al describir a Sullivan, pero en aquel momento ella misma parecía una india, una squaw vengadora que descendería de las colinas tras la batalla para arrancar las lenguas de los soldados muertos e impedir que puedan disfrutar de la carne de búfalo en el mundo de los espíritus. Parecía la hija de Cuchillo Negro, una eficaz máquina de matar.

—Espero que no me hayas echado de menos esta mañana, David. No podía dormir, así que regresé dando un paseo hasta la caravana. Pensé que no te importaría.

—¿Qué tuvo lugar? ¿Qué ocurrió o sucedió? Al parecer lo he olvidado.

—Dejó de llover y salieron a jugar las fantasías. Tu película casera te había conducido a una situación de angustia. Intenté consolarte. Querías empaparte de pecado, y yo me propuse ayudarte con ello. Los viejos amigos están obligados los unos para con los otros. David, realmente te amo y te aborrezco. Te amo porque eres hermoso y un buen chico. Eres más inocente que un ratón de campo y no creo que exista en ti el menor mal, si es que tal cosa es posible. Y te aborrezco porque estás enfermo. Hasta cierto punto, la enfermedad inspira compasión. A partir de ese punto, se torna detestable. Se convierte en algo muy parecido a un insulto personal. Uno experimenta el deseo de destruir la enfermedad destruyendo al paciente. Representas un cliché tan tierno, amor mío, y confío tanto en que hayas descubierto el núcleo de tus pecados, si bien debo decir que nada de lo que hicimos anoche me pareció tan terriblemente extraño.

—Tócame los huevos —dije.

—¿Necesitas dinero?

—¿Te ha pedido Brand que me preguntes eso?

—Dijo que andabas un poco mal. Yo aún tengo algo. Más pronto o más tarde, acabaremos encontrándonos de nuevo. Puedes devolvérmelo entonces.

—Puedo arreglármelas, Sully.

—¿Adónde piensas ir?

—Al Oeste, supongo.

—Odio imaginarte allí completamente solo, David. En serio, a mi modo arácnido, te quiero realmente. No tendrás a nadie con quien hablar. Y nadie con quien jugar. Y las distancias son enormes. Estamos aparcados al otro lado de la calle. Ven con nosotros.

—¿Adónde?

—De regreso a Maine. Y luego a casa.

—¿Qué hay de Brand? ¿Se quedará en Maine?

—Aún no lo ha decidido —dijo—. Todo depende de su tía Mildred. Si consigue sacarle algún dinero, quizá intente ir a México. De otro modo, volverá a su garaje. Su única esperanza verdadera es retornar al combate. Le he sugerido que vuelva a alistarse. Estoy convencida de que sería su único modo de sobrevivir. Uno tiene que enfrentarse a sus demonios aquí y ahora. ¿Cierto, teniente?

—Yo no tengo demonios que me perturben —dije—. Como tú y yo sabemos, tengo un problema inmenso, pero es estrictamente étnico. No tengo ningún amigo judío. ¿Cómo puedes saber tanto de Brand?

—Me cuenta cosas.

—¿Te ha hablado de su novela? El Gran Fajo Norteamericano de Cuartillas en Blanco.

—Me susurró los penosos detalles.

—¿Cuándo fue eso? —pregunté.

—Aquella primera noche que pasamos en Maine.

—No recuerdo que os quedarais solos en ningún momento de la velada.

—Vino a mi habitación.

—¿A la habitación en la que dormíamos tú y yo?

—Sí.

—Ya veo.

—Se arrodilló junto a mi cama y me susurró cosas. Pequeñas cosas tristes. Quería que yo supiera la verdad. Supongo que pensó que ello contribuiría al éxito del viaje. Yo, por supuesto, le concedí la absolución.

—Y a continuación te apartaste y le hiciste sitio en la cama.

—Exacto —dijo ella.

—Y yo estaba al otro extremo de la habitación. Francamente, sí que debía de tener un sueño profundo. ¿Y desde entonces os lo habéis estado haciendo?

—De vez en cuando.

—Ya veo.

—Sí —dijo.

—Lo que no entiendo es la parte logística. ¿Cómo os las arreglabais?

—Aprovechábamos cualquier oportunidad, por fugaz que fuera. Era como la primavera de un amor urgente. Mientras viajábamos por carretera no era nada fácil. La cosa mejoró cuando llegamos aquí.

—¿Y Pike?

—Hacía la guardia —dijo.

—Y la primera vez fue aquella noche, en Maine, conmigo al otro extremo de la habitación.

—La verdad es que resultó bastante gracioso, David. Roncabas como Lyndon Baines Johnson.

—Yo no ronco. No ronco, joder.

Lo que siguió a continuación mostraba ciertos aspectos de humor burlesco, a la vez que un toque de sadismo estilizado, retazos de viejas pantomimas de feria y de guerras de tartas. Alcé ambas piernas sobre el brazo de la butaca y me incorporé para ponerme de pie en el suelo. Sullivan se levantó de la cama y nos vimos el uno frente al otro. Vestida con aquella trinchera rota y sucia, parecía sacada de una manifestación celebrada treinta años atrás.

—Espera aquí —dije—. Quiero despedirme de los otros. Estrechar virilmente la mano de mis camaradas. Brindaremos por el destino.

—¿Y por qué brindaremos tú y yo, David?

—Por mi salud, desde luego.

Penetré en la parte trasera de la caravana. Pike y Brand jugaban al gin rummy. Pike hablaba de los perros dingo de Australia, y no alzó la mirada al oírme entrar. Me situé tras él, deposité ambas manos sobre sus hombros y los oprimí con fuerza. Finalmente, se vio obligado a dejar de hablar.

—La dama te reclama.



—¿Para qué? —dijo.

—Habitación 211. Más vale que mueva el culo, coronel.

Se incorporó lentamente y partió, y yo hice girar su silla plegable y me senté frente a la mesita de cara a Brand, con los brazos cruzados reposando sobre el respaldo. Él llevaba una guerrera caqui de combate, y yo unos ásperos pantalones de pana y una camisa azul de faena.

—Me lo ha contado —dije.

—¿Quién te ha contado qué?

—Sully me ha contado que tú y ella habéis estado jugando a los médicos.

—Y qué.

—Has tenido que echarle huevos, si tenemos en cuenta que tú y yo somos viejos amigos y que ella estaba conmigo, si no de un modo oficial sí al menos de un modo implícito.

—Los huevos ayudan —dijo.

—La conozco desde hace años. No tienes derecho a irrumpir así, por las buenas.

—Tú la conocías desde hacía años y yo la conocía desde hacía minutos. Viene a ser la misma cosa. Son cuestiones que hay que considerar a la luz de la eternidad.

—Permíteme que te diga una cosa. Entérate bien. ¿Estás escuchándome? Te dejó que te la cepillaras simplemente porque te da miedo ser escritor. ¿Te has enterado? Mi consejo es que vuelvas a alistarte en tus putas Fuerzas Aéreas. Nuestro sistema de defensa nunca estará completo sin ti.

—Yo al menos volaba, colega. Tú estarías de soldado de no sé qué, o de funcionario de archivos.

—Ni siquiera estuve en el Ejército.

—No me extraña.

—No te extraña, ¿eh?

—Como lo oyes —dijo.

—Salgamos en busca de un poco más de espacio en el que movernos.

—La palabrería siempre es barata.

—Un comentario muy original —dije.

Enfilamos una estrecha callejuela que iba a dar al aparcamiento trasero del hotel. Había allí tres automóviles, con los parachoques rozando apenas un alargado tronco de madera. Brand se quitó la chaqueta y la arrojó al suelo. Yo alargué la mano hacia los perros tatuados en su antebrazo y le pellizqué. Pareció sorprendido, y dejó escapar un grito. A continuación, me pellizcó él a mí en el cuello. Seguimos así un rato, pellizcándonos e intentando no quejarnos ni crispar el gesto. Dolía muchísimo. Sabía que no podría soportarlo demasiado tiempo, así que le solté y le propiné una patada en las espinillas. Él me tiró del pelo. Por fin, nos detuvimos, encarándonos mutuamente.

—¿Por qué estamos peleándonos por ese cardo de zorra? —dije.

—No es un cardo.

—Feúcha, entonces.

—Ni siquiera es feúcha, y tú lo sabes.

—Es feúcha.

—No lo es —dijo él.

—¿Es que no piensas quitarte las gafas?

Comenzamos a luchar de nuevo y me mordió en el hombro. Yo le sujeté la cabeza con una llave y a continuación le derribé volteándole por encima de mi cadera. No le pateé las costillas, aunque hubiera sido lo más sencillo del mundo. Él, desde el suelo, me miró con expresión feroz y se aferró los genitales. Un gesto extraño que no supe interpretar.

Le ayudé a incorporarse y desandamos el camino. Nos estrechamos la mano y le dije que podía quedarse con mi coche o venderlo, si quería, y conservar el dinero. Luego, regresé a la caravana y robé la radio de Sullivan. Se la dejé al conserje y subí a la habitación. Les dije que Brand estaba esperándoles y nos deseamos mutuamente suerte. Pike y yo nos dimos la mano. Sullivan me dio un beso en la barbilla. Cuando se hubieron marchado, empaqueté mis cosas en dos maletas sin olvidar la cámara, que tan solo pesaba unos tres kilos y medio, y los rollos de película y de cinta. Decidí dejar el trípode y la grabadora, así como un traje, una americana de sport y dos pares de zapatos. Llamé al conserje, le pedí que subiera y le dije que se quedara con todo, que sacaría de ello dinero más que suficiente para repintar la habitación. Se marchó algo confuso. Luego, me masturbé sobre las sábanas limpias, y al hacerlo experimenté un gozo peculiar y aliviador, el fresco y despreocupado placer de esas ocasiones en las que no hay nada previsto y en las que todo cuanto queda atrás no parece sino un peso muerto que dejas al ministerio del clero menor. Bajé las escaleras y guardé la radio en una de las maletas. A continuación, partí hacia la primera etapa de la segunda jornada, el gran salto aventurero a las profundidades de Norteamérica, el sueño expedicionario de todos los poetas y exploradores, hacia el oeste de nuestro destino manifiesto, hacia el imperio de la leña roja y las arenas pintadas, hacia las colinas transfiguradas de oro; al Oeste, en busca del reflejo de las sombras de mi imagen y de mi identidad.

## CUARTA PARTE

Caigo silenciosamente a través de mí mismo. El espíritu se contrae al término de cada pasión, ya pertenezca la estación al dolor o al amor, y mientras preparo las últimas páginas siento que caigo, deslizándome hacia el coma, a un sueño sin terrores especiales y, sin embargo, angosto y sin fondo. Apenas parece quedar nada de mí.

1) La soledad intensa se convierte en algo insoportable solo cuando no hay nada que uno quiera decirle a otra persona.

2) Los santos hablan a los pájaros, pero solo los locos obtienen respuesta.

He llegado a un punto en el que la acuñación de aforismos se me antoja el perfecto sustituto de una buena compañía o de la locura. Sin duda, esta crónica carece de ambas. Demasiadas cosas se han visto desfiguradas en nombre de la simetría. Nuestras vidas eran la distancia más corta entre dos puntos, el nacimiento y el caos, pero lo que aparece en estas páginas representa, en sus metódicas proporciones, casi un producto del caos. Demasiadas cosas se han visto olvidadas en nombre de la memoria. No se menciona la cicatriz de mi índice derecho, la medicina blanca que me dieron de niño, las etéreas visiones de mi amigdalectomía. En mi mente resuenan aquellas cosas distantes como un trueno, sobreponiéndose a libros inmortales, a guerras largas y breves, a viajes hacia otros planetas. En una palabra, que no he sido lo suficientemente astuto. He tomado el camino de enmedio, ni al cielo ni al infierno, y no hay búsqueda egoísta que pueda persuadirme de que la astucia no desarrolla sus más afiladas zarpas en los mismos límites de la conciencia. Tampoco quiero decir que esta obra se haya llevado a cabo para nada. Constituye un objeto de afecto. Me gusta contemplarla, sus páginas pulcramente apiladas, cientos de ellas, ocultas a la mirada sus diferencias. Cada cierto tiempo traslado el manuscrito a otra habitación para que luego me sorprenda cuando entro en ella. Nunca deja de conmoverme mi libro, depositado sobre una mesa de pino, poético en su soledad, completamente inmóvil. Cézannesco en la luz intemporal que emite, un objeto sencillo, el equivalente paralelepípedo de los rollos de película que descansan en mi pequeña cámara acorazada con aire acondicionado.

Últimamente, me he dedicado a estudiar la película, hora tras hora. En algunas partes se detecta una belleza inválida: Sullivan en el columpio, toda ella sombra y amenaza, como una larga y oscura garza que nadara a través de nuestro sueño vacío. Los episodios de Fort Curtis constituyen tan solo una pequeña parte de lo que terminó por convertirse en una película de oscuridad y silencio. En conjunto, dura casi una semana, y se compone del trabajo de varios años, sin cortes. Contemplada en la misma secuencia temporal en que fue filmada, la película se torna más oscura y silenciosa a medida que avanza. Están los segmentos de Fort Curtis. Hay manifestaciones, discursos, desfiles, algaradas. Están unas vacaciones que pasé en Vermont, y se ve gente que entra en mi apartamento, y extractos escogidos de una aventura amorosa. Luego hay largas escenas sin montar en las que amigos y extraños

declaman su locura frente a la cámara. Llegado a aquel punto, renuncié al sonido. Hay casas, casas de todas clases, de todos los lugares que he visitado. Hay quioscos de periódicos, escaparates, terminales de autobús y salas de espera. Hay monjas, cientos de ellas, tan negras y tan blancas, personajes perfectos en su prolongada procesión, mudas como cuentas de rosario al pasar entre los dedos. Regresé entonces brevemente a los personajes individuales: mujeres y niños en pasillos de hospital, sordomudos jugando al ajedrez, gente en túneles. La auténtica obra no podría hallarse en los teatros. La auténtica obra éramos nosotros, y necesitábamos sombras en las que dibujar nuestra luz con tiza, velocidad con la que conquistar las secuencias, orificios infinitesimales en los que plantar nuestra conciencia. Comencé entonces a recurrir a exposiciones bajas, a tornarme aún más crudo, destruyendo las formas y las luces, intentando resolver la oscuridad a base de penetrarla por completo. Hacia el final de la película hay museos, escenas nubladas filmadas en vestíbulos de mármol, todos vacíos, de apariencia submarina, aplastados por la oscuridad que se extiende desde los bordes de la pantalla, reyes de piedra caliza apenas visibles, agradables damas flamencas en marcos cuadrados; y entonces, por fin, durante largo rato, no hay nada. Yo mismo aparezco brevemente ya casi al final, reflejado en un espejo mientras sostengo la cámara durante la primera escena de Fort Curtis. Esos veinte segundos de película sirven también a modo de comienzo.

Como mejor funciona la película es como esquizograma definitivo, como ejercicio de diamétrica mediante el que se intenta deshacer el significado. Me gusta tocar la película. Me gusta verla desplazarse a través del proyector. He ahí mi éxito. Sullivan y Brand, en su inocencia quirúrgica, me enseñaron a temer y envidiar al artista. (Brand, claro está, resultó ser un escritor de páginas en blanco. Así le recuerdo, definitivamente como un novelista, un artesano de inmenso talento desde cualquier punto de vista... pero un artesano que escogía palabras del mismo color que el papel en el que las escribía.) Yo quería convertirme en un artista similar a ellos, en un individuo dispuesto a enfrentarse a las complejidades de la verdad. Tuve un inmenso éxito. Concluí con el silencio y la oscuridad, inmóvil, como un creador de objetos que imitan mis predilecciones.

Desde esta ventana puedo divisar el océano en la lejanía, meciéndose en ese iracundo fulgor inexpresivo que el mal tiempo imprime a todas las aguas. Más tarde, pasearé más o menos una hora por la playa. Si el tiempo ya se ha despejado para entonces, alcanzaré a ver las costas de África, la gran curva parda de sus muslos ecuatoriales. Pero ahora mismo constituye un placer anticiparse al momento en que una vez más me deslizaré (le dedicaré un párrafo) hacia un período de mi vida mucho más digno de ser filmado.

No habrá fuegos artificiales en el cambio de siglo. No habrá grandes catástrofes. Ahora que la noche nos llama, la primera lámpara que se encienda pertenecerá al hombre que salte de un acantilado y aprenda a volar, que se eleve hacia los trópicos del sol y despegue su mano del pecho para esparcir fuego. El sonido del mar parece

perderse en el estallido de su propia pasión. Llevo puestos unos pantalones de franela blanca.

El Cadillac paleolítico de color lavanda propiedad de Clevenger estaba equipado con aire acondicionado, espesas moquetas, salpicadero acolchado, radiocasete estéreo y alarma antirrobo. Sentado al volante, parecía un jinete veterano en absoluto impresionado por la magnificencia de sus propios colores. Tenía unos cincuenta años, un hombre menudo con un cuello de aspecto de arcilla atravesado por anchas y profundas arrugas. Clevenger era de Texas. Me había recogido en algún lugar de Misuri al que había acudido a visitar a su hermana y su familia. Cuando le dije que no me dirigía a ningún lugar en especial, sonrió y me dijo que subiera al coche. Siguió sonriendo durante la mayor parte de nuestro viaje a través de Kansas, e imaginé que su propia juventud albergaba algún gastado secreto de días de auto-stop y vagones de mercancías y noches compartidas con hombres taciturnos junto a la agazapada luz de las hogueras. Nos alojábamos en los hoteles más caros, y Clevenger pedía solomillo y patatas fritas para desayunar. Era superintendente en jefe de una pista de pruebas para neumáticos destinados a automóviles y camiones situada en las afueras de un pueblo del oeste de Texas llamado Rooster. Aquella era su última semana de vacaciones, y andaba atendiendo sus intereses en ciertos negocios privados que parecían tan lucrativos como ampliamente extendidos. Tras abandonar Kansas, pisamos una esquina del sudeste de Colorado y nos lanzamos a través de Nuevo México. El viaje no podía ser más aburrido. Avanzábamos en línea recta hacia la costura que dividía cielo y tierra sin alcanzarla jamás, y sin descubrir nada, y el tiempo se tornaba confuso. Sobre las montañas y el desierto pasaban reactores en vuelos rasantes de entrenamiento. El pasado retornaba convertido en plástico. Los equilibrios ecológicos comenzaban a descompensarse y las cosas ya no parecían equivaler, como antes, a la suma de sus partes. Las siluetas de los policías de carretera aparecían deformadas por el número de sus pistolas. Podían apreciarse claras inversiones de las corrientes históricas y geográficas; la carta de un restaurante estilo Salvaje Oeste incluía una breve nota en la que se señalaba que el comedor principal era una réplica del comedor principal del célebre Cattleman de la calle Cuarenta y cinco de Nueva York. La gente pescaba, cazaba, llevaba a sus hijos a visitar las nuevas instalaciones militares de turno y charlaba acerca de lugares como Phoenix y Vegas como si rememoraran algún momento telescópicamente distante, algún nebuloso folleto verde de su niñez en el planeta Tierra. De hecho, aquellos días no difirieron demasiado de la idea que uno puede tener de lo que sería la vida en una colonia lunar; allí donde fuéramos podían verse indios esparcidos a lo largo del paisaje como obreros sedientos de oxígeno, hombres enviados a desplazar piedras a un lugar que no es otra cosa que piedra. Kenneth Wattleing Wild (de Chicago, River Forest, Cuerpo de Marines de los Estados Unidos, Universidad de Leighton Gage, Chicago, insomne a causa de la ansiedad y, sin duda, River Forest de nuevo) había escrito en cierta ocasión:

La muerte llegaba en parejas durante la noche  
con el aliento apestando a whisky y a venganza.  
Nuestras carabinas yacían junto al río.

También aquello, entonces, la luna y los ponis píos, se nos antojaban como las idas y venidas del tiempo, libre ya de sea lo que fuere que lo atenaza. La literatura es aquello por lo que hemos pasado y que hemos dejado atrás, algo más elevado que los hombres y los cactus. Durante años, me había sentido fascinado por el gran misterio progresivo de esta profunda sima de tierra, sus gruesos párrafos y sus impresionantes fotografías, el galope de jadeantes adjetivos, la verdad de las praderas y la limpia caza de las águilas, el desierto arropado por las pinturas de los navajos, imágenes de cine surrealista, de ventrículos ligados a bombas de presión, mampostería Chaco y guitarras al hombro, fuelles de órgano de iglesia y pizarra de imperios, de coral en aquel lugar extraño, sugiriendo un mar de relicarios, y de la bendita semejanza de Dios en los rostros supersticiosos de las montañas. No se trataba tanto de hasta qué punto las novelas y los cantos usurpaban la tierra, arrebatándole algo verdadero, como de lo siguiente: que en lo que yo andaba involucrado era simplemente una aventura literaria, un intento por hallar temas y modelos, por lograr convertir algo salvaje en una tímida tesis sobre la esencia del alma de la nación. Por formular. Por descubrir eslabones. Pero el viento abrasaba el lecho de los riachuelos, removiendo apenas el limo, y nada había que pudiera anunciarse ante mí como revelación histórica. Incluso ahora, al escribir esto, poco puedo comunicar de lo que vi. El Cadillac, que avanzaba a una media de casi ciento cuarenta por hora, tenía los cristales tintados de color verde botella para no herir los ojos de Clevenger, achicharrados por el sol.

Pero nunca se cansaba de conducir. Solo parábamos para comer y dormir. Hizo varias llamadas telefónicas, se detuvo a entrevistarse con gente de vez en cuando, y en varias ocasiones aparcó a las afueras de alguna población para escrutar con mirada calculadora las vastas fincas disponibles. Aquellas interrupciones, sin embargo, se hallaban calculadas para coincidir con las paradas destinadas a la alimentación y al sueño, y nunca tardábamos mucho en reemprender el viaje. A Clevenger le encantaba la carretera. Era una línea recta, de longitud y dimensiones precisas, y tan solo se podía avanzar por ella del modo más directo posible: un acogedor y serpenteante sendero de las montañas de Baviera le habría desorientado por completo. A veces, me permitía conducir, únicamente por cuestión de forma. Pero cuando se apartaba del volante apenas hablaba, y pensé que el volante debía de ser su vicio secreto, el único círculo existente en su vida, sin el que se hallaba poco menos que perdido. El tiempo se deslizaba hacia delante y hacia atrás, la naturaleza aparecía descentrada, y yo me dedicaba a escuchar las distintas emisoras de radio. Fuimos cambiando: de la radio del coche al casete estéreo y de ahí a la radio portátil y globalizadora de Sullivan. A veces, me las arreglaba para encontrar una emisora animada en la que estadistas o

publicitarios entonaban sus cánticos bajo oleadas de soul-rock. A Clevenger le encantaban, y al oírlas solía darle gusto al acelerador y clavar el codo en el acolchado de la portezuela. Yo me pasaba la mayor parte del tiempo enchufado a la radio portátil, y el coche se llenaba con el sonido de *big beat*, gospel, *ghetto soul* y bandas *jug y dirt*, decadentes rocks universitarios cuasi ceceantes, obscenidades y apocalipsis eléctricos, alocados violines de Nashville, *ouds*, panderetas y concupiscentes baterías, hasta que por la noche hacía girar el dial en busca de jazz. Con suerte, captaba algún retazo catatónico de Monk, o de Sun Ra en colisión con la antimateria, y siempre había alguna nota que aglutinaba los trozos de la noche en expansión para que, durante unos instantes, todo adquiriera sentido a través de aquellas armonías demenciales que aproximan casi todo lo cuerdo a quienes compartían viaje con la muerte, y entonces nos precipitábamos hacia aquel golfo de luz temprana con aquella música de negros flotando sobre la cabeza hasta que yo mismo llegaba a sentirme un extraño por el afecto que me inspiraba, ya que yo no compartía viaje con nada.

A la hora del desayuno, Clevenger observó lentamente a la camarera, una mujer de movimientos lentos que vestía de uniforme y que no llevaba medias; una mujer que conocía tan bien las tensiones de su propio cuerpo, sus puntos de firmeza y de elasticidad y la mejor manera de aprovechar sus andares y su inmovilidad, que al cabo de unos minutos el uniforme parecía en ella algo más o menos superfluo. Clevenger pidió el solomillo muy hecho y recorrió el cigarrillo con la punta de los dedos índice y pulgar antes de encenderlo.

—Con algunas mujeres te acuestas —dijo—. A algunas las follas, a algunas te las tiras y con otras echas un polvo. Esa de ahí es un polvo regio y la mitad de otro. Es un viaje en camello a lugares por debajo del nivel del mar. Es un polvo aislado que no tiene desperdicio. Esa de ahí es *tela*.

—Lo que no acabo de entender es la ausencia de medias —dije.

—Solo hay algo mejor que la ausencia de medias: la presencia de medias. Te vuelven loco. Este viejo mundo merecerá la pena mientras haya niñas que sigan haciéndose grandes.

—¿Cuándo tiene que estar de vuelta?

—En tres días —dijo—. Primero tengo que hacer una escapada a Phoenix. Baja conmigo, Dave. A mi mujer le agrada tener compañía. Allí, tan lejos, se siente sola. Coyotes y mexicanos. Es una chica de San Antonio, y si las cosas salen bien quizá podamos volver a casa. Es una ciudad muy agradable. Mi mujercita no se lleva bien con mi hermana; de otro modo, tendría que haberla traído en este viaje. Al final, todo acaba resultando bien si tienes paciencia suficiente para esperar resultados. Fíjate en las piernas de esa chica. Son impresionantes. Toda ella es impresionante.

—No creo que deba seguir con usted demasiado tiempo. Ya he abusado demasiado de su hospitalidad.

—Demonios, no te preocupes por eso, Dave.

—Estoy prácticamente arruinado. Tengo que tomar alguna iniciativa.



—Yo puedo ayudarte durante una temporada. Sabes conducir, qué diablos. Bájate conmigo y disfruta de la carretera. El salario no es muy elevado, pero al menos ganarás algo de dinero mientras decides qué hacer a continuación.

—Quizá lo haga.

—Déjate de quizás. Y, de ahora en adelante, guárdate tu dinero. No es necesario que andes gastando. Lo tengo todo bajo control. Vamos a echar unas cuantas risas antes de que acabe esto.

De camino al lavabo, le dijo algo a la camarera, y esta sonrió con labios carnosos y ojos aguzados a modo de agradable y cálida despedida, y acaso también a modo de malicioso billete de vuelta. Poco después, estábamos de nuevo en camino y Clevenger se mostraba más alegre que nunca. Aquella mujer había puesto en movimiento algún remanso rotatorio de sangre que equilibraba espléndidamente su estado de humor, y se puso a hablar hasta bien entrada la tarde, conduciendo a poco menos de ciento sesenta e inclinado sobre el volante de tal modo que el trasero llegaba a elevarse ligeramente hasta el punto de descargar el peso sobre los muslos. Ladeando la cabeza y alzando dos dedos en signo de victoria, me dijo que se había divorciado en dos ocasiones. Su primera mujer tenía sangre mexicana, sangre apache y sangre galesa, con una gota o dos de canadiense francesa. Él tenía diecinueve años cuando la conoció, y pensó que era lo más hermoso que había visto en su vida. Los problemas comenzaron cuando ella intentó arrancarle la oreja derecha de un mordisco durante una discusión acerca de otro hombre. Clevenger se señaló un costado de la cabeza y yo me incliné para mirar más de cerca; la oreja no presentaba ninguna señal demasiado aparente, pero yo asentí de cualquier modo. Su segunda mujer era una vendedora. Nunca le molestó. Se pasaba el día en el todo-a-cien vendiendo juguetes y cosas por el estilo. Por las noches, cocinaba, limpiaba, planchaba y cosía. Clevenger empezó a maltratarla.

Yo llevaba mi mágica gorra de cuadros. Clevenger seguía internándose profundamente en Arizona. Le pregunté dónde estaba la gran reserva de los navajos, y él respondió que estábamos bastante al sur de ella, lo que no me preocupó en lo más mínimo. Almorzamos en un *saloon* pintado de azul sucio y yo me dirigí al servicio de caballeros para mirarme al espejo. Mi cabello, intacto desde que saliera de Nueva York, se había espesado considerablemente, y me gustó la forma en que se arremolinaba por debajo y por detrás de la gorra, que lucía bien encajada sobre la frente y ladeada imperceptiblemente hacia un costado. Llevaba dos días sin afeitarme, pero ello no me proporcionaba mal aspecto. De hecho, en el pasado ya me habían dicho varias veces que la barba rubia a medio crecer resultaba bastante atractiva. Investigué en busca de caspa. Al día siguiente, emprendimos la última etapa en dirección a Phoenix.

—Tienes que mantenerlos a raya —dijo Clevenger.

—¿A quiénes?

—A quienquiera que se acerque demasiado.

Pasamos junto a un joven que caminaba por la carretera, pero no llevaba guitarra y, en cualquier caso, a Kyrie le hubiera resultado imposible recorrer aquella distancia a pie en tan poco tiempo. A través del cristal, la tierra mostraba un aspecto linfático y verde pálido, como si algo le hubiera ocurrido al sol que hubiera dejado a nuestra civilización sumergida en una luz acuosa. Úteros buenos y úteros malos. La tierra se curvaba. Visualicé entonces mi apartamento, vacío, oscuro y silencioso, con sus muebles de John Widdicomb, sus trajes de F. R. Tripler y J. Press, sus libros de Rizzoli, sus alfombras de W&J Sloane, sus accesorios de chimenea de Wm. H. Jackson, su cubertería de Bonniers, su cristalería de Steuben, sus zapatos de Banister, su ginebra de House of Lords, sus camisas de Gant and Hathaway, su equipo estéreo de Garrard, Stanton and Fisher, sus corbatas de Countess Mara, sus toallas de Fieldcrest y algún que otro detalle de Takashimaya. Almorzamos en una enorme cafetería con cristaleras situada al borde de la autopista; en su exterior había estacionados unos doce camiones con remolque. Después de comer, llamé al número de mi casa a cobro revertido y escuché el sonido del timbre sonando en las habitaciones vacías. Fue una experiencia a la vez triste y hermosa, y me pareció ver el polvo depositándose en los libros, las mesas y los antepechos de las ventanas. Todo permanecía inmóvil, y me era posible desplazarme de una habitación a otra, tocando el borde del mantel, volviendo las páginas de un libro que había quedado abierto sobre la mesita del café. Dibujé con el índice una prolongada línea sobre el polvo de la radio. Soplé sobre la cortina del baño, escruté el espejo del lavabo y escuché el sonido del teléfono. No hacía demasiadas semanas que había estado leyendo aquel libro, y cabía dentro de lo posible que aún retuviera un débil éter que convirtiera en eterno el instante en que había pasado sus páginas con un dedo humedecido. A continuación, las habitaciones retornaron a su soledad, incluso en mi mente. Yo ya no estaba allí, y nada se movía. Tan solo restaba el timbrado del teléfono.

Los camioneros permanecían sentados ante sus tazas de café en una suerte de delirio contenido, hombres que habían hecho mil veces lo que había que hacer, y que lo habían comprendido demasiado bien. Nos pusimos de nuevo en marcha. Clevenger, al volante, señaló un grupo de diez o doce pequeñas viviendas construidas en un valle poco profundo, a unos trescientos metros de la carretera. Parecían ser cabañas de madera y arcilla. Aminoró la velocidad y se detuvo en el arcén.

—Ahí los tienes —dijo—. Hace un año había como mucho tres o cuatro. Ahora, según he oído, llegan a veinte.

—¿Quiénes son?

—Grupos de chavales. Más jóvenes que tú. Viven ahí abajo, con los indios. Demonios, no sé qué pretenden. He oído que exigen no sé qué derechos de ocupación agraria. Pero están en terrenos pertenecientes al Gobierno, por lo que todo es cuestión de tiempo.

—Creo que me gustaría echar un vistazo. ¿Le importa?

—Estamos en un país libre, muchacho.

—Quizá debería recoger mis cosas. Bastante lata le he dado.

—Te propongo lo siguiente —dijo—. Baja y echa un vistazo. Yo me acercaré a Phoenix y te recogeré tan pronto como pueda. Tengo que estafar a un par de judíos antes de que ellos me estafen a mí. Apenas me llevará un par de horas. Luego, nos pondremos en camino.

—Ya le he molestado bastante, señor Clevenger.

—Baja ya de una vez, hijo. Y acostúmbrate a llamarme capi. Así es como me llaman mis compañeros de la pista de pruebas.

Me deslicé por el desmonte y atravesé un campo de piedras planas y arbustos de artemisa. Las chozas se hallaban dispuestas sin orden aparente, y el poblado no parecía contar con una plaza central. Había unas cuantas personas sentadas en el suelo: dos jóvenes y una muchacha blanca que sostenía en brazos a un bebé indio. Me senté junto a uno de los dos hombres. No llevaba zapatos ni camisa, y sus pantalones eran unos chinos pardos recortados por encima de la rodilla.

—Dave Bell —dije—. Estaba echando una ojeada.

—Yo soy Cliff. Y este es Hogue. Esa es Verna, y el niño se llama Tommy. ¿O acaso es Jeff?

—Es Jeff —dijo el otro hombre.

—Así que viven ustedes con los indios. ¿Qué tal es?

—Es algo total —dijo Cliff—. Supera de lejos a cualquier otro posible escenario. Vivimos todos como personas. Aquí abunda el amor, por más que a veces se haga monótono.

—¿Son navajos o qué?

—Estos son apaches. Exiliados de una tribu apache que vive a unos ciento cincuenta kilómetros al este de aquí. Inadaptados, por así decirlo. Se negaron a convertirse en rancheros como el resto de su gente. Solo hay once, pero esperamos que vengan más. En total, somos dieciocho. Queríamos que hubiera más de ellos que de nosotros. Se trata de un factor emocional.

—No quiero parecer crítico de entrada, ya que es probable que hayan tenido que enfrentarse a demasiadas actitudes de ese tipo desde el principio, pero creo que no comprendo qué pretenden conseguir.

—No pretendemos conseguir nada. Sencillamente, no queremos formar parte del festival de muerte que se desarrolla ahí fuera.

—Aquí llega Jill —dijo Hogue.

Era muy delgada y parecía aproximarse a nosotros de costado, caminando a diminutos brincos y saltitos. No podía tener más de diecisiete años. Sus cabellos eran de color castaño rojizo, y sobre su nariz se arremolinaban varias docenas de pálidas pecas. Tras presentarnos y charlar un rato, se ofreció a enseñarme la aldea. Me gustaba el modo en que asomaban sus encías al sonreír.

—Soy de Trenton, Nueva Jersey —dijo.

—Yo soy de Nueva York.

—¡Vecinos!

Llevaba una camisa blanca de hombre con los faldones atados a la cintura y unos vaqueros cortados por encima de las rodillas. Entramos en una de las cabañas. El suelo, de tierra, estaba cubierto por una alfombra. Había varias esteras de paja, un saco de dormir, unas cuantas mantas enrolladas, una lámina de Matisse apoyada contra la pared, y nada más. Un hombre de cabellos azules dormía sobre una de las esteras. Hacía calor y estaba oscuro. Nos sentamos en el suelo.

—¿Eres feliz? —le pregunté.

—Todos somos felices. Este es el lugar más feliz del mundo. Lo digo completamente en serio.

—¿Son felices los indios?

—Es difícil de decir. No hablan mucho. Pero deben de ser más felices de lo que solían ser, ya que de otro modo habrían vuelto a la vida de rancheros.

—Eres bastante joven para estar viviendo así, y no es que os critique. ¿Te escapaste de casa?

—Nos escapamos juntos mi padre y yo. Mamá nos estaba volviendo tarumba. Aquello era un psicodrama las veinticuatro horas del día. Supongo que la quiero, y todo eso, pero las cosas se pusieron bastante feas. No hacía más que beber y fumar y llamar a mi padre a la oficina para gritarle cosas por teléfono. Así que él dejó de regresar a casa después del trabajo. Al final, vino a recogerme al colegio, rescatamos mis cosas de casa mientras ella andaba de compras, nos metimos en el coche y nos escapamos. Ahora mismo, mi padre está en Tempe, intentando montar una tintorería. Viene a verme los fines de semana.

—¿No te aburres?

—Cualquier cosa es mejor que trabajar para la máquina de la muerte. Aquí intentamos vestirnos todos igual. Con ropa sencilla y bonita. Pero no es como si lleváramos uniforme. Tan solo forma parte de la conciencia única de la comunidad. Es como si todo el mundo fuera tú y tú fueras todo el mundo. El sexo suele ser autónomo. Miras a alguien haciéndose algo a sí mismo y luego ellos te miran mientras lo haces tú. Es mejor así, porque en realidad resulta más puro y es una cosa concreta que puedes hacer con distintas personas sin que nadie eche a correr en busca de la escopeta como sucede en la fábrica de la muerte. A veces no es autónomo, pero casi siempre lo es, y suele ser entre dos personas, porque entre dos sigue siendo el modo más bonito. No sé cómo se lo montan los indios.

—Escucha, Jill, yo no soy periodista ni nada parecido, así que no tienes que contarme cosas que te parezcan privadas o delicadas.

—No pasa nada —dijo—. Te contaría cualquier cosa, porque me recuerdas a mi hermano. Le mató la policía.

—Lamento oír eso.

—No pasa nada. Le quería mucho, pero no fue algo triste. Hay que superar esas cosas.

—¿Quién es ese que hay ahí?

—Ese es el Increíble Hombre Menguante. Duerme todos los días a esta misma hora. Por las noches, sale al desierto. Él es quien inició todo esto. Rebosa de amor. No pasará mucho tiempo antes de que le maten también a él. Cree en la verdad de la ciencia-ficción. El cosmos es amor. Ahí fuera hay algo, y cuando aprendamos a darle la bienvenida en lugar de temerlo descubriremos que su misión es el amor. Se llama igual que una antigua película de ciencia-ficción. Por las noches sale al desierto en busca de ovnis. Ha visto montones de ellos. Todos los hemos visto. Este es un lugar estupendo para los encuentros. Ese es uno de los motivos por los que fundó la comunidad aquí. La visibilidad es magnífica. El caso es que le matarán, porque predica el amor.

—Yo creo en los platillos.

—Casi todo el mundo cree en ellos —dijo ella—. Pero la gente tiene miedo de admitir las cosas. Si logramos aprender a sustituir el miedo por la bienvenida, el universo entero palpitará de amor. Pero el festival de la muerte no se detiene ni un instante. Para algunas personas, resulta muy duro.

—Conocí a un chico en la universidad que hizo lo mismo que vosotros. Abandonó la facultad como si tal cosa y se marchó a vivir con los indios havasupai. Perdió dieciocho o veinte kilos de peso.

—Viven al norte de aquí. Creo que son granjeros y plantadores.

—Me pregunto si aún estará con ellos. Leonard Zajac. Un muchacho brillante.

—Esta es la única comunidad orientada hacia la ciencia-ficción.

—Y otro chico que conozco ha decidido marcharse a California a pie —dije.

El Increíble Hombre Menguante se incorporó sobre un costado. Llevaba unos bermudas a cuadros. Era moreno y musculoso, y lograba difuminar la vaga sensación de desnutrición que reinaba en la zona. Sus cabellos le llegaban casi hasta los hombros. Nos pusimos en pie para estrecharnos la mano y advertí que medía unos dos metros aproximadamente, de pecho amplio y cintura estrecha. Su apretón resultaba amable. Me sorprendí a mí mismo ejerciendo presión y, a continuación, nos sentamos de nuevo.

—Es interesante lo que habéis montado aquí.

—Los lugareños nos tienen miedo —dijo él—. De lo que no se dan cuenta es de que nosotros somos mucho más conservadores que ellos. Esta es una comunidad considerablemente conservadora. Queremos mantenernos fieles a las cosas de siempre. A la tierra. A las costumbres. A las palabras. A las ideas. Desgraciadamente, la naturaleza salvaje no tardará en convertirse en un recuerdo. Entonces, aterrizarán los platillos, y nuestros hijos se verán forzados a abrazar las nuevas tecnologías. Si no están preparados, si no les preparamos nosotros, reinará una confusión terrible. Tenemos que aprender a aceptar las realidades de la tecnología sin las emociones que engendra, sin el impulso de la muerte. Pero, dentro de poco, el gran Gobierno nos arrebatará esta tierra e instalará en ella silos y misiles y láseres con los que mantener

alejados a los ovnis. El gran Gobierno acaba terminando con todo. Los técnicos de ojos verdes blanden todas las armas. Los chulos y los lavacerebros van ganando escalones de poder. La respuesta estriba en la uniformidad. Vuélvete indistinguible de tu vecino y de su vecino y del vecino de su vecino. El circo de la muerte llega a la ciudad, y el totalitarismo benigno constituye la única respuesta factible.

—No soy periodista —dije.

—Seas quien seas, eres bienvenido. Todo el mundo es bienvenido. El amor vive en nuestra propia galaxia. Cantamos a las nueve.

—Jill dice que has visto un montón de ovnis en el desierto.

—Él los denomina objetos de amor —dijo ella.

—Los he visto a centenares. Objetos nocturnos henchidos de amor. Pero no aterrizarán hasta que llegue el momento apropiado. La cosa está ahí fuera. En Júpiter y más allá del infinito.

—Yo tengo una teoría propia acerca de los ovnis —dije—. No son ni mucho menos algo procedente del espacio exterior. Vienen de los océanos. De las profundidades de nuestros océanos.

—¿Quién los pilota? —dijo Jill.

—Los delfines.

—Está bromeando —dijo ella, dirigiéndose al Increíble Hombre Menguante.

Continuamos con nuestro recorrido. En una de las cabañas, unos cuantos apaches jugaban a las cartas. La muchacha llamada Verna seguía sosteniendo en brazos al bebé indio. Un grupo de ocho chavales y chavalas, todos ellos de aspecto algo mayor que Jill, jugaban a las tabas sentados en el suelo. Un muchacho indio de unos catorce años contemplaba la escena arrodillado junto al grupo; a su lado, en el suelo, descansaban dos guantes y una pelota de béisbol. Cogí uno de los guantes, un viejo modelo Luke Appling, escupí sobre la palma y lo golpeé un par de veces con el puño. El muchacho se puso en pie y juntos caminamos lentamente hasta dejar atrás la última de las cabañas y comenzamos a jugar a tirarnos la pelota. Al principio nos situamos tan solo a nueve metros de distancia el uno del otro y nos arrojamos mutuamente la pelota a modo de calentamiento. A continuación, duplicamos la distancia y comenzamos a lanzarla con algo más de fuerza. El muchacho retrocedió luego otros tres metros y comenzó a tirar en serio. Allí, al borde del desierto, el aire era seco y muy caluroso. Me sentía maravillosamente bien. El chaval poseía un brazo potente y preciso. El guante había adquirido suavidad con el uso, aunque no estaba tan bien acolchado como los modelos posteriores, y comenzó a escocerme la mano. Se alejó aún más y yo empecé a lanzarle tiros altos que él devolvía en línea recta. Me quité la camisa. Era agradable sentir el sol, y mi rostro, mi cuello y mi torso comenzaron a sudar copiosamente. Él corría entre los matorros, levantando polvo, retrasando deliberadamente su captura para poder atrapar la pelota por encima del hombro o con la mano vuelta hacia atrás. Para entonces, me dolía considerablemente la mano, pero no recordaba haberme sentido tan bien desde hacía muchos años.

Continué con lanzamientos largos y elevados, primero hacia un costado, luego al otro, y el muchacho siguió virando, avanzando y retrocediendo, siempre seguro de su terreno, esquivando las rocas más voluminosas sin apartar la mirada de la pelota. Mi ombligo comenzaba a encharcarse de sudor; yo me lo quitaba con la mano derecha, la frotaba luego contra el suelo, me limpiaba aquella tierra pegajosa en los pantalones, me soplabla la mano para secarla aún más y, arqueándome, lanzaba un nuevo tiro largo que se elevaba en una parábola hacia las fauces del sol. Hacía ya mucho tiempo que se habían borrado las letras impresas en la pelota.

Regresamos al poblado, y yo me arrollé la camisa en torno al cuello. Jill se acercó a nosotros y el muchacho se marchó. Nos sentamos en el suelo y ella apoyó un dedo contra mi pecho y a continuación se lo llevó a los labios. Nos miramos unos instantes.

—¿Por qué se tiñe el pelo de azul? —pregunté.

—Por vanidad.

—¿Y cuál es el objeto?

—La vanidad es el objeto —dijo ella—. Para una persona, es una estupidez reprimir su propia vanidad. Hazle el amor a tu cuerpo y matarás la muerte que albergas.

—En eso hay ciertas inconsistencias.

—Creo que tiene un pelo precioso. ¿Por qué no iba a tener el pelo azul si le apetece? ¿Acaso sientes que ello te amenaza en algún sentido? De verdad, hablo en serio: ¿a quién hace daño? Si te permites ser lo que quieres ser, tanto física como espiritualmente, puedes eliminar gran cantidad de tu muerte interior.

—Me encanta que me instruyan los más pequeños. Siento que ello implica que no soy del todo una causa perdida.

—Yo no podría instruirte —dijo ella—. Y nunca podría enfadarme contigo. No es nada de tipo fraternal. Sencillamente, eres tan hermoso...

—¿Y tú crees que eso es importante?

—La juventud y la belleza siempre son importantes. Es lo que más odia la policía de la muerte. Quieren matarnos y follarnos al mismo tiempo.

—Admito que es una figura que llama la atención. Supongo que los indios le consideran un dios.

—Los indios creen que es marica —dijo ella. Soltó una risita e inmediatamente se propinó un golpecito en la muñeca a modo de castigo.

—Se te ven las encías al sonreír —dije—. Me proporciona un placer casi letal.

—Antes, cuando te toqué, me entró un estremecimiento por todo el cuerpo.

—Hazlo de nuevo.

—Mejor no —dijo.

—Tienes los ojos de color avellana.

—¿Quieres quedarte con nosotros?

—No lo sé. Quizá debería proseguir mi camino. Estoy intentando huir de mí mismo.

—¿Algo así como una etapa suicida?

—No creo.

—Porque si se trata de eso, es probable que mi padre pudiera ayudarte. Es un tipo estupendo. Para que luego venga la gritona de mi madre a descargar sus represiones con él.

—¿Me viste cuando estaba jugando con el chico?

—Im-presionante.

—El béisbol es una mezcla de belleza y de pereza. Es nuestra versión particular de la vida de café. Te sientas ahí, y no pasa nada. Realmente, me encanta. Ya ha comenzado la temporada. Si estuviéramos en 1955 podría estar sentado en las gradas del viejo Polo Grounds, viendo a los Giants jugar contra los Cubs. A mi alrededor estaría todo lleno de viejos descamisados con el pecho rosado y hundido y los pantalones arremangados por encima de sus huesudas rodillas. ¿Que cómo es? Es como una playa del final de los tiempos. Jill, esos ojos avellana tuyos acaban conmigo. Se está bien, aquí sentado. Un poco de conversación con la que acompañar nuestro té polvoriento. La fatiga es un lujo hoy en día.

—Deberías quedarte —dijo.

—Va a venir alguien a buscarme. Me sorprende que no haya aparecido todavía.

—Estamos en una parte del mundo —dijo ella— en la que no siempre aparece la gente.

Regresamos caminando a la cabaña. El Increíble Hombre Menguante aguardaba de pie frente a ella, casi tan alto como la cabaña misma, vestido únicamente con los bermudas. Su cuerpo mostraba una rica y templada tonalidad cobriza, sus cabellos azules colgaban lacios, y sobre sus brazos se extendían las profundas fibras de los músculos. Conformaba una visión sorprendente, y mientras nos acercábamos a él me desanudé la camisa del cuello y me la puse. Algo más tarde, vino a buscarme el joven apache, nos lavamos con una esponja detrás de su cabaña y luego nos reunimos todos en torno a varias hogueras para comer hamburguesas y maíz mientras una muchacha tocaba la guitarra y cantaba baladas del Oeste. Pero Clevenger seguía sin llegar. En la oscuridad reinante al borde del grupo besé a la pequeña Jill y acaricié su pecho embozado y suavemente palpitante. Ella depositó un dedo sobre mi muñeca. El Increíble Hombre Menguante se internó en el desierto en busca de su banquete de infinitud, de enanas blancas y binarias danzantes, la primera pulgada ficticia de la odisea del espacio. Hogue, Jill y yo nos acostamos en la cabaña del Matisse. Ardía una pequeña hoguera. Hogue nos habló de su vida en Canadá y México, de los buscadores de oro, de Dios, del vacío absoluto; su abuelo, un hombre de rifle al hombro no enteramente averso a la carne de mula, había realizado prospecciones cerca de aquel lugar. Su padre, sin embargo, demasiado timorato para dedicarse a lavar arena con el cedazo, había terminado en negocios de ferretería. Nos habíamos acostado a cierta distancia los unos de los otros. Al poco rato, el fuego se apagó, y pensé que acudiría a mí en la oscuridad, como una pecosa doncella mescalera olorosa



a cuero y artemisa. Pero no vino. Y al alba me desperté y vi al Increíble Hombre Menguante que se inclinaba para entrar en la cabaña, su cuerpo desnudo manchado por la sangre de la cascabel que sostenía en la mano. Jill se puso en pie y se aproximó a él, y ambos partieron a donde fuera que acudían a realizar las abluciones del primitivo hombre moderno.

El Cadillac estaba esperando. Acabábamos de terminar de almorzar, y Jill me acompañó hasta la carretera. Clevenger aguardaba junto al coche, calzado con botas nuevas y fumando un cigarrillo. Jill se despidió al pie del desmonte y yo le dije que aguardara un instante. Saqué las maletas del coche, las vacié, llené una de ellas con la mayor parte de las ropas que aún conservaba y la dejé caer resbalando hacia ella.

—Puedes vender todo esto y comprar comida.

—No te marches —me dijo—. Ahí fuera es terrible.

Por primera vez desde que me había topado con Clevenger, viajábamos hacia el Este, hacia el Sur y hacia el Este, y aunque no parecía tan contento como antes, era posible que tan solo se debiera a algo tan sencillo como que le apretaban las botas nuevas. Me pidió que le sacara las gafas de sol de la guantera. En su interior había un revólver, un arma de barril alargado, probablemente de calibre .45”, y me pregunté con qué frecuencia tiraba al blanco o disparaba mentalmente desde el coche para derribar coyotes, pieles rojas y pequeños automóviles extranjeros. Para entonces se hallaba doblemente resguardado por las gafas de sol y el parabrisas tintado, arrodillado en su fresco templo, y supe que a ello se debía que aún siguiera con él: para buscar el extremo final, la Biblia como arma, la magra caza del hombre temeroso de Dios para la criatura que desconcierta a los doctores, sus mayores. Clevenger conducía con una sola mano.

—Deberían arrastrarlos hasta el desierto y darles de latigazos —dijo.

—No molestan a nadie —dije yo.

—Esos terrenos que ocupan pertenecen al Gobierno.

—¿Y qué?

—Oye, chico, ¿te has mosqueado o qué? Te noto hostil. Tampoco creas que te culpo. Hice lo posible por regresar anoche, pero todo el mundo quería hacer negocios. Luego, además, estaba esta mujer...

—No pasa nada —dije.

—Y llámame capi.

—No pasa nada, capi.

—Estaba esta mujer. Era como una jarra de chocolate caliente. No sabes cómo detesto tener que regresar. El puto pulmón perforado de Norteamérica. Pero no pasa nada. Ya montaremos una orgía. Escucha, ¿ves ese barranco de ahí?

—Nunca he estado en Texas.

—El lugar adonde vamos no es exactamente Texas. No es exactamente ningún lugar. ¿Has visto ese barranco que acabamos de pasar? Ese lugar es un emblema histórico local. Me pone de buen humor tan solo pensar en lo que sucedió allí.

Aunque, claro está, hay personas que no lo considerarían tan puñeteramente divertido.

—Te escucho —dije.

—Había una chica. Tenía unos veintiún años. Una dulce y menudita alumna de colegio mixto. Pasa la noche con un hombre casado. Al día siguiente, regresa a su casa y se lo cuenta a papá y mamá. No me preguntes por qué. Quizá únicamente para restregárselo a los dos. Ellos deciden que le hace falta una lección. Salen los tres en familia con el coche y se dirigen al desierto, a ese lugar que acabas de ver, el perro de la chica incluido. El papá le dice a su hija que cave una tumba poco profunda. La mamá se pone a cuatro patas y sujeta al perro por el collar. Cuando la niña ha terminado de cavar, el padre le da un revólver del calibre .22” y le dice que mate al perro. Una escena familiar realmente conmovedora. Serviría para fabricar un buen calendario de esos que luego regalan los grupos religiosos. La chavala se apoya la pistola en la sien y se pega un tiro. Dime si no te caldea el corazón la puta historia. A mí me devuelve la fe en casi todo.

—Este es el único país del mundo en el que encuentras formas tan peculiares de violencia —dije.

—¿Y de qué te crees que acusaron a sus padres? A ver, ¿qué piensas? Vamos, intenta adivinarlo.

—¿De homicidio?

—De homicidio, los cojones. De crueldad con los animales. De intento de matar, mutilar o maltratar con resultado o colaboración con el resultado de muerte, mutilación o maltrato de un puto perro. Eso es algo que acaba conmigo. Con eso, ya no sé qué decir.

Aulló entonces, con el aullido consumado de los rebeldes, con un sonido bisílabo que era reclamo de bestia, grito de batalla y ladrido de alma salvada en reunión religiosa. No entendía a Clevenger. Su figura arrojaba sombras que desdibujaban lo que constantemente me esforzaba por hallar en él. Literatura. Cine. Atajamos a través de aquellos campos escamosos en lo que se me antojó un recorrido sobre las osamentas de mulas y de hombres codiciosos, y todos los indicadores señalaban la dirección de monumentos nacionales, el Organ Pipe, Casa Grande, Saguaro, Chiricahua, Gila, White Sands, afectuosos intentos por embalsamar el largo misterio de los habitantes de los riscos, y nos internamos en el atardecer, el penacho del sol poniente en la ventanilla trasera, la tierna amenaza de nuestro país, murciélagos rabones volando sobre las chozas susurrantes de los místicos, y el canto de muertes no anunciadas flotando sobre las colinas. Literatura. Le hablé a Clevenger del Increíble Hombre Menguante, de su enorme estatura y fortaleza, de la energía de su presencia.

—Todavía no he visto un tipo al que le reboten las balas.

En algún momento de la noche, insomne junto a una ventana que daba a una piscina de color azul, recordé haber pasado una vez junto al Waldorf, St.

Bartholomew y el edificio Seagram y haber visto, al otro lado de la calle, una encantadora muchacha vestida de verde claro junto al escaparate de Mercedes-Benz de la calle Cincuenta y seis. Era una tarde de verano, un viernes, y la ciudad comenzaba a vaciarse. Crucé hasta aquel islote del tráfico y me detuve un instante para contemplarla. Estaba esperando a alguien. El crepúsculo color violeta de Park Avenue se deslizaba a través de los altos edificios de cristal. Los coches aminoraron la marcha y el suave balido de sus bocinas suspendió un semitono de anhelo sobre el pesado atardecer. Reinaba una sensación tropical de voluptuosidad y de frutos arrancados del árbol, y también de mar, como una promesa que se revela en oleadas de aire salado por los ríos y la bahía, de hamacas de ático y grandes plantas verdes junto a las que un hombre y una mujer contemplan la ciudad mientras esta desciende a los cráteres musicales de su nacimiento. Ella seguía junto al escaparate, sin darme la cara del todo, bella y sinuosa, embotellando tras ella aquella elegante velocidad, aquellas barras de torsión y discos de freno disimulados, la precisión de las buenas maquinarias, y entonces su cuerpo giró suavemente como si se fundiera con las ondulaciones del vidrio. Eso fue todo, y todo fue eso.

—Se nos va a echar el tiempo encima si no nos ponemos en marcha —dijo Clevenger.

Se estaba calzando las botas en la oscuridad. Apenas había dormido dos horas después de conducir casi seiscientos cincuenta kilómetros, y aún era noche cerrada cuando reemprendimos el viaje. Dijo que no había dormido nada en absoluto la noche anterior, y que únicamente necesitaba una toalla caliente, un afeitado y un áspero cigarro entre los labios para mantener los sentidos alerta. Encendí la radio portátil y escuchamos al reverendo Tom Thumb Goodloe, un cantante y predicador que emitía desde El Paso. Clevenger comenzó a sonreír.

—Adams, os digo. Aldrich, os digo. Andrews, Armstrong, Bancroft, Barton, Bennett, Box, Brown, Bryan. Me quedo con Calder. Me quedo con Carpenter y tan tranquilo. Me quedo con Cartwright, Cassidy, Cole, Cooper, Curtis, Dale, Dixon. Me pido a Elliot en el equipo. Fowler se me antojaría otro tipo ideal. Me pido a Benjamin Cromwell Franklin. Me pido a Calvin Gage. Me pido a Albert Gallatin. Me pido a Gant, Gillespie, Gray, Green, Hale, Hamilton, Hawkins, Hunt, Ingram, Jackson, Jennings, Jones, Kenyon, King, Lambert, Lane y Lawrence. Lewis, os digo. Lightfoot, os digo. Lindsay y Logan. Love, Marshall, Martin. Maxwell, os digo. McClelland, McCoy, McKay, Mercer, Mitchell, Moore, Nabers, Nash, Orr, Pace, Parker, Patton, Phillips. Quiero oír nombres que me suenen bien, como Powell, Proctor, Reed y Reese. Quiero oír nombres como Rhodes, Robbins, Rockwell, Russell, Sanders, Scott y Slayton. Quiero oír nombres tradicionales como Smith, Stilwell, Taylor, Thompson y Tindale. Quiero a las buenas gentes en mi bando. A Trask, Turner, Tyler, Wade, Walker, White, Williams, Yancey, York y Young. Ahí estaban todos, hasta el último de ellos, alzando el estandarte de la estrella solitaria. Y Dios es testigo de que había también un Goodloe. Robert Kemp Goodloe. Y nadie me

consideraba un forastero en mi propia tierra.

—¿De qué iba todo eso? —pregunté.

—Le gusta recitar algunos de los nombres que tienen grabados en uno de los monumentos que hay en el cementerio del antiguo campo de batalla de San Jacinto. La guerra con los mexicanos. Sam Houston. El Ejército de la República de Texas. Le gusta ir omitiendo todos los apellidos con sonido extranjero.

—El lenguaje llano de la gente llana. Apenas un joven, pero un joven capaz de cantar. Apenas un pobre nativo pero un hijo que alberga un himno en el corazón. Seré un pobre granjero sin otro instrumento que el banjo, pero Texas es mi hogar y en él no soy un extraño.

—Ahora es cuando empieza a calentarse —dijo Clevenger.

—Si no sois capaces de pronunciar el nombre de un hombre, ese hombre es un extraño; y si no os mira a los ojos, es que os puede hacer daño.

—¿No te parece un poco apocalíptico?

—Blando, blanco y vulnerable. Diseminad la palabra y decid a vuestros buenos vecinos que no cejen en el empeño. Decidles que habéis oído esas palabras de labios de Tom Thumb Goodloe, el evangelista de la medianoche, de veintiséis años de edad y ya camino de la gloria. ¿Y qué palabras son esas? Esas palabras son blandas, blancas y vulnerables. Diseminadlas, amigos míos. Somos demasiado blandos y demasiado dulces, y debemos caer sobre todas esas personas que blasfeman contra nuestra nación cristiana con su griterío y su parloteo de secta islámica sacada de las películas. Tenemos que aniquilarlos, amigos. Tenemos que enviar a nuestros defensas. Jesucristo no era un extraño en su propia tierra. Hablaba su lengua. Comía sus alimentos. Se sentía en casa. Y ahora, nuestro buen ingeniero, el señor Dale Mullholland, me señala que ha llegado el momento de cantar algo, por lo que os pediré a todos que os unáis a mí desde vuestras camas o desde vuestras cocinas si es que os estáis preparando un tentempié de última hora o sea lo que fuere lo que estéis haciendo. ¿Vendréis a vuestro hogar? Aquellos que ya lo conocen que alcen sus voces conmigo. Aquellos que no lo conocen ya deberían conocerlo. Pero primero hagamos una interrupción para que pueda leeros este mensaje publicitario.

Yo ignoraba qué era lo que podía resultarle tan gracioso, pero Clevenger conducía de un lado a otro de la carretera golpeando gozosamente el volante sin cesar. Cambié de emisora, y una oleada de agotamiento me invadió al reclinarme de nuevo sobre el asiento. Diez minutos después, un pinchadiscos de habla española se despidió bajo una nube de interferencias, y unos segundos más tarde una nueva voz emprendió el viaje a través de la larga noche.

—Necios, hipócritas, fariseos y bellacos. Con vosotros, Bestial y la hora final de *La muerte está a la vuelta de la esquina*. Un poco de charla filosófica. Un paseo que otro por lobotomilandia. Alguna que otra bolsa de aire rancio. Acaba de ocurrírseme, como a los patriotas y los demagogos, que no va a hacer os falta mi particular concepto de la verdad a partir de ahora. Se ha decidido que las drogas habrán de

suplantar a los medios de comunicación. El ardiente temor de vuestras noches y madrugadas ha de verse sustituido por un estado de dicha apagada y mortecina. Confiad en que pronto experimentaréis una liberación drogoinducida de la ansiedad, la amargura y la felicidad. Endoparásitos que sois, podréis aferraros a las paredes intestinales del propio tiempo. Pero me echaréis de menos. Las pastillas y los chicles no pueden sustituir el amor transistorizado que nos conecta en la noche salvaje. Palidezco de presentimientos enfermizos. Seguid adelante, bestias cloroformizadas, en pos de los misterios y las masacres. Hoy me encontré con un viejo amigo: Lothar Nobo, antiguo George Jefferson Carver Eleanor Roosevelt III. No dudo de que incluso a los más atrincherados de vosotros os habrá llegado la noticia de que Lothar Nobo es en la actualidad el principal portavoz de la hombría y orgullo negros de la nación, al menos hasta que comprobemos los resultados de los cuarenta principales del mes que viene. Conocí a Lothar el año pasado, en la plaza de J. Edgar Hoover de Berlín Oeste, donde ambos asistíamos a la feria internacional de quema de libros. Si no recuerdo mal, pronunció ante la prensa unas cuantas declaraciones ofensivas acerca de las partes íntimas de nuestro amado jefe del estado, H. C. Porno. Pero no quiero hablar de eso. De repente, siento que prefiero comentar temas más amables. Ya está bien de obscenidad. Mi vida se ve crecientemente dominada por los valores redentores de la lascivia. Allá donde vaya, contemplo el florecimiento de mis esfuerzos nocturnos. Ahora que la historia me ha castigado y absuelto, creo que me gustaría viajar muy lejos: a las islas Aran, al Sáhara, a algún poblado de las cumbres del Himalaya. Para enfrentar allí mi rancio cuerpo y mi bien pagada mente contra las bestias salvajes de la naturaleza. Mar, desierto y montaña. Qué neosantificados eldorados de soledad. Qué asombro no dibujará mi rostro cuando emerja de mi refugio cubierto de tierra para contemplar, no los tímidos y viejos caballeros y las cerúleas damas de la calle Sesenta y cuatro, sino algún corpulento yak mefistofélico deambulando por los ventisqueros. Hago girar mi cilindro de oraciones Harry Winston. O me enfrento al furioso océano, cual urbano hombre de Aran, escupiéndome al rostro. Salvación temporal. Solo, podría considerar uno o dos pensamientos serios. Pura matemática del desierto. Para huir de este charco radiactivo. Mi piel se seca y se cuartea. Tengo la lengua apelmazada de isótopos. Todas mis extremidades están tornándose azuladas. Todos los secretos se hallan contenidos en el desierto. Líneas que se entrecruzan sobre la arena. Dónde estás y qué eres. El beduinismo y su humor de orinal. Buckmullinganismo de palangana. En mi oído interno habita un árabe irlandés que me habla de las noticias, los deportes y el tiempo. Se ha educado con los jesuitas y viste las mejores ropas que el dogma puede comprar. Y hablando de ropa, a todos esos inspectores de modas eunucoides podría interesarles saber que cuando vi a Lothar Nobo esta tarde en la calle Cincuenta y tres, frente al Museo de Comercio Moderno, llevaba una melena de león Vidal Sassoon con trenzas, un mono moteado de pellejo de leopardo y un par de zapatos de tacón de piel de cobra. Del collar de cuentas que llevaba en torno al cuello pendía la cabeza

reducida de un antiguo policía de Oakland. Lothar y yo nos estrechamos calurosamente la mano y a continuación me obsequió con el último gesto del poder negro: los dos meñiques entrelazados con los pulgares apuntando hacia abajo, una forma de saludo que aún sobrevive en cierta tribu nómada del centro de la Argelia meridional cuyos miembros veneran el ojo místico que aparece al dorso de los billetes de dólar norteamericanos. Sin más, procederé ahora a dar lectura a la nota que Lothar me entregó entonces, y cito textualmente: «Me gustaría aprovechar esta oportunidad para recordar a todos esos belicistas blancos, violadores, imperialistas y genocidas ávidos de poder que tienen exactamente veinticuatro horas para salir de África, de Asia, de América Central y América del Sur, de las Indias Orientales, de Australia y de Nueva Zelanda. De no obedecer este mandato, habrán de enfrentarse a una orgía global de sangre junto a la cual la Segunda Guerra Mundial parecerá una excursión campestre de los cuáqueros de New Harmony, Indiana.» La jungla y el desierto construidos, retórica a retórica, bajo el oscuro amanecer. Grabando todos esos nombres bronceados. También conocidos como: Ahmed Abu Bekir. Halil Rassam. Shafik Bey. Imam el-Mahdi. Kwame Mwangi. Majid Said. Hassan Karami. Rashid Nimr. Muhammad Lateef. Mustapha al-Attassi. Dugumbe Ujiji. Ismail bin Salim. James Lumumba. Abdul-Rahman Alami. Yakoub Mahmoud. Navegábamos en Shafik Bey / cuando un ruido procedente de la proa a babor / nos dejó sin aliento. Mis pequeños inefables, mis trasgos y trogloditas... creéis que existen sonidos nobles en estos nombres del desierto. Espadañas y cimitarras. Se agita levemente mi pecho con la risa del angulosajón. Qué es lo que soy. Carne triplicada de la secuencia graduada. Extracto de la reflexión posterior terminal. Criatura de archivo registrada en la subcadena provisional. Imagen transmitida por medio de valores numéricamente oscurecidos. Implementación estandarizada del tabulador codificado. Soy el inconcebible Mandrake. Y observo que debemos hacer una pausa para dar paso a un anuncio grabado de crucial importancia para todos aquellos a los que alcanza mi voz. Entretanto, no hagáis nada que pueda resultar en detrimento del incesto nacional.

La pista de pruebas consistía en un círculo de quince kilómetros de longitud en medio del desierto. Amanecía, y desde el paso elevado en el que habíamos aparcado contemplábamos los coches y los camiones que pasaban bajo nosotros. Clevenger dijo que rodaban veinticuatro horas diarias, seis días por semana, hiciera el tiempo que hiciera. Cada cierto tiempo, alguno de los conductores se queda dormido, dijo, y sale despedido de la carretera; da seis u ocho vueltas de campana y se abrasa vivo. Los camiones no botan tanto como los automóviles, pero da la sensación de que arden mejor. A continuación, dijo que era hora de comparecer en la oficina, pero primero decidió dar una vuelta en torno al circuito, quince kilómetros sumamente veloces, su último sprint, con el velocímetro tiritando en torno a los ciento noventa. Me pregunté por qué habría querido acudir allí antes de regresar a casa.

Una vez en la oficina, me enseñó algunas listas de previsiones y me ilustró con un

breve perfil de su negocio. Tenía unos doce empleados fijos: cuatro eran blancos; dos, negros; seis, mexicanos. El trabajo se había organizado de un modo informal, y el resultado era que los mexicanos se encargaban principalmente de conducir, los negros de cambiar ruedas, y los blancos de los equilibrados, de las medidas, de la presión del aire, la temperatura, la pérdida de dibujo de los neumáticos y demás. Le dije que quería conducir y cambiar ruedas, y él pareció mirarme con una irritación que obedecería a la estupidez de la culpabilidad e inocencia de todos los nortños, si bien no movió la cabeza ni los ojos en lo más mínimo: fue tan solo la impresión que dio. Revisó entonces su correo, y durante largo rato no pronunciamos palabra. Los coches y los camiones desfilaban frente a nosotros, y el terreno se extendía, completamente liso, hasta una azulada y distante cadena de montañas. Dije que parecía amenazar lluvia.

—Cualquiera que intente predecir el tiempo en Texas, o es un forastero o es un maldito idiota.

—Cierto —dije.

Junto a la ventana, un hombre bebía algo caliente de una taza de cartón, y Clevenger salió a hablar con él. Yo llamé a Warren Beasley a su casa.

—Está en juego nuestro bote de ochocientos cuarenta mil dólares: ¿sabría usted decirnos el nombre del hombre o mujer que ocupaba el puesto de tercera base con los Phillies de Filadelfia en el preciso instante en que James Mason se introducía en el mar para salvar la carrera de Judy Garland?

—Nunca hablo de dinero sin la presencia de mis abogados —dijo—. ¿Quién es usted?

—David Bell. Escuché el programa hace un par de horas. Estoy aquí, perdido vete a saber dónde. Me pareció que no tenía mucha gracia todo eso de la militancia negra. ¿Por qué no habrían de llamarse como les apetezca? ¿Te he despertado?

—No podía dormir —dijo.

—En cualquier caso, me gustó oír una voz familiar.

—Estoy de acuerdo contigo. Yo también me oí. Me animó considerablemente.

—No te sigo, Warren.

—Era una grabación. He estado grabándome durante los últimos tres o cuatro meses. Emitir en directo suponía demasiado esfuerzo.

—Debería habérmelo imaginado —dije—. Realmente, debería haberlo supuesto. Estamos todos grabados. Todos grabados. Todos nosotros.

—Tab, lo lamento si he fundido tus delicados circuitos. Pero, verdaderamente, resulta más práctico de este modo. Me permite grabar un par de programas seguidos y tomarme un día libre de vez en cuando.

—Era mejor de la otra manera, Warren.

—Tan solo desde un punto de vista ontológico. Aunque admito que no he disfrutado de una noche de sueño como Dios manda desde que me decidí a grabarme. Creo que la culpa es fundamentalmente de mi mujer. Mis primeras cuatro esposas

padecían de insomnio, y yo, como resultado, dormí todos aquellos años como un bebé. Mi metabolismo se basa en sutiles polaridades. Pero la zorra que tengo ahora se pasa la vida en la cama. Es como una serpiente aletargada en agua tibia. Yo me encuentro indefenso ante esa clase de poder, y cuando finalmente consigo unos minutos de duermevela me asalta el sueño de la tenia, algo que no había padecido desde hacía años. Escucha, Tab, acércate a tomar un par de bloody marys conmigo. Podemos sentarnos junto a la cama y contemplarla mientras duerme. Todas las mañanas, a esta hora, suele menear bastante los deditos. Si te das prisa, aún te daría tiempo de verlo.

—Warren, no estoy en casa, estoy en mitad del puto Texas.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé —dije—. Salí hace como cinco semanas. Ni siquiera conservo el empleo que tenía.

—Mírala, ahora empieza.

—Adiós —dije.

Salí y Clevenger me presentó a dos tipos blancos llamados Lump y Dowd. Dijo que llamaría a las mujeres tan pronto como se presentara Peewee. Nos encaminamos hacia el garaje. En el centro del suelo de cemento había un pequeño camión volquete, y junto al muro se apilaban docenas de neumáticos. Por doquier podían verse aparatos para pesar y medir, trapos, gatos, manivelas, carburadores, llantas, tapacubos y tubos de escape. Lump entró con dos cajas de botellines de cerveza apoyadas sobre las caderas, y con la mano sujetaba los extremos de sus estructuras de madera y metal. Él y Dowd se sentaron sobre un neumático. Clevenger se acomodó en uno de los parachoques del volquete. Yo me recliné sobre un trozo de pared desnuda. Comenzamos a beber. Eran las siete de la mañana.

Bebíamos directamente de las botellas. A aquella hora del día, la cerveza tenía un sabor espantoso, pero yo no dije nada y seguí bebiendo. Los otros bebían al doble de velocidad que yo. Dowd se ventiló un par de botellines y a continuación dijo que no le vendría mal salir a soltar una meada extralarga. Todos nos reímos. Estuvimos cosa de una hora bebiendo cerveza, nos turnábamos para despertar la hilaridad de los demás a base de plantarnos bajo el enorme marco de la puerta del garaje para orinar sobre la grava del exterior. Cuando llegó mi turno, las risas se vieron acompañadas de aplausos, cual si de aquella manera me hubiera unido a ellos en quién sabe qué especie de unión mítica. Sus bendiciones me complacieron. Peewee se presentó con una botella de bourbon y comenzamos a pasárnosla unos a otros. A través de una de las ventanas podía distinguir los coches y camiones que recorrían el circuito, para entonces ya con los faros apagados. Clevenger se acercó al teléfono que colgaba de la pared y habló con voz extraordinariamente suave y uniforme durante diez segundos antes de colgar. Dowd cerró la puerta del garaje.

Las mujeres llegaron media hora después. Eran tres, todas ellas mexicanas. La más joven quería saber dónde estaba Danny Boy, y Clevenger le dijo que Danny Boy



estaba en la cárcel y que había perdido el ojo derecho. Dowd se llevó a la más gorda a la cabina de la camioneta y ella se tendió y se subió el vestido. Él resbaló con la rodilla sobre el borde del asiento y se cayó por encima de la pierna de la mujer hasta aterrizar bajo el salpicadero. Todos nos reíamos. Salió arrastrándose de allí y se desplomó sobre el suelo, riendo y vomitando, con un pie aún enganchado en el estribo. Lump sorteó su cuerpo, se desabrochó los pantalones y se tendió sobre la mujer. Clevenger se desnudó por completo, volvió a ponerse las botas y le dijo a la más joven que se sentara en un neumático de camión que yacía apoyado contra el muro. Mientras la muchacha se alzaba el vestido, él se puso a gatas e introdujo la cabeza bajo la falda. Peewee tenía a la otra arrinconada contra la pared, con el vestido levantado, mordisqueando sus pechos desnudos e intentando penetrarla. Yo arrastré a Dowd hasta la parte trasera del camión y, tras asegurarme de que nadie podía ver lo que hacía, le propiné una fuerte patada en las costillas. A continuación, consumí lo que quedaba de bourbon y derramé parte de una botella de cerveza sobre la cabeza de Lump, que se limitó a echarse a reír y siguió a lo suyo. Peewee comenzó a resbalar por las piernas de la mujer. La más joven se dedicaba a hurgarse la nariz y a contemplarme por encima del trasero de Clevenger. Peewee yacía en el suelo, enroscado en torno a las piernas de la otra y mordiéndola con los pantalones a medio bajar. Lump salió de la cabina, se quitó el resto de sus ropas y cogió un botellín de cerveza. Clevenger emergió de debajo del vestido y se encaramó sobre la gorda del camión. Le ordenó que se quitara el vestido, pero ella se negó y él se echó a reír. Lump arrojó la botella contra la pared. Vi a Dowd que pasaba arrastrándose junto a mí y, tras ayudarlo a ponerse en pie, le empujé en dirección a la joven, pero volvió a caerse a mitad de camino. Seguía sentada en el neumático, y Lump se acercó a ella e introdujo la cabeza bajo su vestido. Le propiné una nueva patada a Dowd. Peewee le había quitado los zapatos a la otra y procedía a introducirse uno de sus pies bajo los pantalones. Ella le miró y se echó a reír, tras lo cual él se echó a reír a su vez, ella se derrumbó sobre él y ambos cayeron, riendo, tirándose del pelo, mordiéndose y rodando por el suelo. Yo, incapaz de abrir la puerta del garaje, apoyé la cabeza sobre ella, sintiendo que me caía y esperando el golpe contra el suelo, ansiándolo, pero por algún motivo no llegaba a perder el equilibrio y seguía percibiendo la frialdad de la puerta contra la mejilla. Clevenger me palmeaba la espalda, sin dejar de repetir las palabras *blanda blanca vulnerable* una y otra vez. Me volví y pude ver a la gorda vertiendo cerveza por encima de Dowd. Peewee se había puesto en pie y sostenía un trozo de tubería entre sus piernas, lo que de nuevo hizo reír a todos. La joven seguía en el interior del neumático. Lump orinó contra la pared. Dowd se levantó, rodeó a la gorda con los brazos y volvió a vomitar. Ella le golpeó dos veces en el rostro con fuerza, lastimándole, y todos nos reímos. Peewee, para entonces ya desnudo, se arrastró a gatas hasta la joven y metió la cabeza bajo su vestido. Clevenger me dijo que me anduviera con ojo con la gorda. Tenía dientes en el coño. La gorda y la otra, sentadas en el estribo, compartían una botella de cerveza. Dowd, de nuevo en el

suelo, dijo que ya era hora de que le tocara a él. Se abalanzó sobre las dos mujeres, intentó incorporarse, perdió el equilibrio y se golpeó la cabeza contra el borde del estribo. Lump permanecía de pie sobre un charco de su propia orina. Me acerqué hasta Peewee, le así por los tobillos y le aparté de la joven arrastrándole por el suelo sobre el vientre y el rostro. Clevenger le roció con cerveza. A continuación, me dirigí a la muchacha sentada en la rueda, le alcé el vestido por encima de las caderas y hundí el rostro entre sus piernas. Sus muslos se separaron y volvieron a cerrarse, húmedos contra mis orejas, y yo intenté introducir la lengua más profundamente en ella, sintiéndome una vez más como si fuera a desmayarme. Ella me daba palmaditas sobre la cabeza. Alguien me apartó de ella, y me arrastré en dirección a la gorda mientras intentaba quitarme la camisa, solo la camisa. Clevenger la alcanzó primero y, juntos, se dirigieron a la parte trasera del camión y, al cabo de un rato, se las arreglaron para encaramarse a la plataforma. La otra me obligó a tenderme sobre el suelo, se sentó a horcajadas sobre mí, me desabotonó la camisa, me la quitó y comenzó a desabrocharme el cinturón. Podía ver a Dowd. Aún estaba inconsciente, pero no se veía sangre. La mujer había asido mi pene e intentaba introducirse. La atraje hacia mí y la besé, y ella, finalmente, me soltó y se limitó a permanecer tendida sobre mí, moviéndose de lado a lado y lamiéndome el rostro. A continuación, volvió a acomodarse a horcajadas y de repente me di cuenta de que estaba orinando sobre mi vientre y mi pecho. Finalmente, se levantó, se sentó en el estribo y bebió un poco más de cerveza. Yo me incorporé sobre las rodillas y me abroché el cinturón. Acto seguido, vomité. Lump continuaba bajo el vestido de la joven. Peewee estaba tendido en el suelo, fumando un cigarrillo. Me arrastré hasta él y le pedí una calada, aunque hacía varios años que no fumaba. Permanecimos allí sentados, el uno junto al otro, compartiendo el cigarrillo. Clevenger se descolgó del camión, se quitó las botas, se vistió y volvió a ponérselas. La gorda seguía en la parte trasera del camión, y la otra le alargó la botella. Clevenger hizo una llamada telefónica. Lump salió de debajo del vestido y orinó sobre Dowd. La joven seguía sentada en el neumático.

Entonces, Clevenger abandonó el garaje por una puerta lateral. Yo le seguí y saqué mi maleta del coche. Dijo que estaría de regreso en media hora. Le vi alejarse al volante a lo largo de la pista de pruebas. La rodeó tres veces, casi al doble de velocidad que los camiones y el resto de los coches. Yo contemplé aquel enorme círculo de asfalto, aquellos quince kilómetros inacabables, como si se tratara de algo abandonado por gentes enloquecidas o infantiloides. Durante un instante, me hizo pensar en Warburton, en su memorándum final, y comencé a barajar el alfabeto hasta hacerlo encajar, tres nombres extraídos de dos, anagramizados, como una broma final del exilio corporativo. Regresé al garaje y recogí mi camisa. Luego, atravesé la pista corriendo y recorrí otros cincuenta metros hasta alcanzar la verja que daba a la carretera. Clevenger seguía dando vueltas por la pista. Me puse la camisa y anduve durante una media hora. Comenzaba a subir la temperatura. Podían verse coyotes muertos colgados de las alambradas. Un coche, un viejo Studebaker, se detuvo para

recogerme. El conductor arrancó antes de que hubiera cerrado la portezuela. Era un hombre con un solo brazo que vestía el uniforme de la Armada de los Estados Unidos. A lo largo de la carretera, esparcidos por el desierto, había cientos de pozos de petróleo, con sus negras torres enhiestas, sus cabezas triangulares y sus delgadas estructuras, colonias esclavizadas de gigantescas hormigas obreras, ciencia-ficción de la prehistoria y del futuro. De una refinería manaba un humo negro que cubría el cielo y la tierra. Le pregunté adónde se dirigía, y dijo que a Midland. En la radio, Bob Dylan cantaba *Subterranean Homesick Blues*. Salimos de la humareda y le pregunté cuánto tiempo llevaba en la Armada. Parecía andar por la veintena: un tipo menudo al que los tics contraían el rostro, de labios finos y los cabellos del color rubio pálido de un secreto forjador de atracos bancarios.

—Piensas que no soy de la Marina por lo del brazo. Me encuentras incongruente. Esa ha sido siempre mi fuerza. Proyecto un misterio que muchos hombres y mujeres han querido desentrañar. Pero cabe la posibilidad de que el misterio resida en ellos mismos. Te preguntas cómo puedo saber tanto de las personas. He viajado a muchos lugares durante toda mi vida. He estado en China, entre otros muchos sitios. Soy un lector voraz. Estudié en la Sor Buena de París. Eso fue antes de lo del brazo.

—No pretendía ofenderle. Sencillamente, preguntaba.

—A todo el mundo le interesa lo del brazo. En mi interior, en lo más profundo, hay otras partes a las que nadie ha logrado llegar. Tengo una insaciable curiosidad por las personas de todo tipo. La mejor manera de conocer a la gente es mantener los ojos y los oídos abiertos y la boca cerrada. Solía merodear por las calles de París como un gato. Siempre silencioso y alerta. Nadie se metía conmigo. Durante mi época de París, llevaba siempre una navaja. Solo tenía un amigo íntimo, un escritor-pintor de Harlem. Tenía un aspecto nervudo y lustroso. El negro más molón de todo París. El as de picas. Éramos como dos gatos que controlaran la orilla izquierda. Llevaba la navaja conmigo en todo momento. Si alguien se hubiera metido con alguno de nosotros, el otro le hubiera rebanado la garganta.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Quién?

—El pintor-escritor —dije yo.

—Te muestras tan educado porque te doy miedo. El miedo impulsa a la gente a formular preguntas para congraciarse. Hace ya unos cuantos años que vengo dándome cuenta. Es una cosa complicada, el miedo. He estado estudiándolo durante mis viajes. En las bibliotecas de este mundo hay toda una bibliografía acerca del miedo, esperando que alguien se la lea y la sintetice. El brazo es lo que preocupa a la gente. El misterio es el enemigo del hombre blanco. Yo soy uno de los pocos que tienen alma. Déjame que te eche una ojeada, a ver cómo coño la tienes.

—¿A qué distancia está Midland?

—Quiero echarte una ojeada —dijo—. Voy a aparcar el coche detrás del primer anuncio de carretera que veamos. Veremos entonces cuánto misterio tienes tú. Yo la

tengo enorme. La tengo como un toro. No veas cómo la tengo. Veremos quién es más hombre. El que la tenga más grande, da. El que la tenga más pequeña, toma. Son las normas de la carretera.

—Se acabó —dije—. Déjame bajar.

—El rechazo es una de las maldiciones de nuestro tiempo. Las personas nunca deberían rechazarse unas a otras. Pensarás que todo esto no son más que vulgarismos por mi parte. Pero lo que yo ofrezco es algo más que mercancía. Ha habido hombres que han pagado mucho por mis dotes y proclividades sexuales. Pero mi misterio no está en venta.

—Para el coche.

Aminoró la marcha y se detuvo en el arcén. Yo cogí la maleta y salí. Y él, entonces, como un crío feliz que recita una poesía o que recuerda palabra por palabra una vieja lección o un retazo de algo que ha aprendido, se inclinó hacia la ventanilla y dijo victorioso:

—Los niños buenos no se montan con desconocidos.

Una pareja de sordomudos me llevó los sesenta y cinco kilómetros siguientes. Eran tan parecidos que parecían mellizos. Viajé todo el camino en el asiento trasero, junto a una guitarra. Luego, me monté durante un corto trecho con un tipo que vendía raticidas y que en una ocasión había asistido como delegado a un congreso político. Después de él, me recogió una exbailarina de strip-tease y me llevó hasta Midland. En otra época había jugado frecuentemente al gin rummy con el duque de Windsor. Busqué una habitación, me afeité, me duché, pagué la cuenta y alquilé un coche. Conduje durante toda la noche en dirección Nordeste, y una vez más sentí que todos aquellos días los había pasado enfrentándome a la literatura, a los arquetipos de un misterio lúgubre, a los hijos e hijas de esos arquetipos, a imágenes que no podían alcanzar la certeza de cuál de dos confusiones distintas albergaba más terror, si la suya o lo que la suya podría llegar a ser si alguna vez se enfrentara a la verdad. Conduje a velocidades demenciales.

Por la mañana, enfilé la calle principal de Dallas en dirección Oeste. Doblé a la derecha en la calle Houston, y luego a la izquierda en Elm sin apartar la mano de la bocina. La mantuve allí mientras pasaba junto al Almacén de Libros Escolares, a través de Dealey Plaza y bajo el triple subterráneo. Seguí tocando la bocina por toda la autopista Stemmons y a lo largo de la fachada del Hospital Parkland. En Love Field, devolví el coche y compré un regalo para Merry. Luego, saqué con la American Express un billete para el primer vuelo con destino a Nueva York. Diez minutos después de despegar, vino una mujer a pedirme un autógrafo.

# Notas

[1] Célebre atleta norteamericana. (*N. del t.*)<<

[2] *It was the worst of times, it was the worst of times*: referencia al inicio de *Historia de dos ciudades* de Charles Dickens. (N. del t.)<<

[3] Sonny Liston: célebre boxeador de los pesos pesados, a la vez que antiguo criminal de aspecto notoriamente amenazador. (*N. del t.*)<<



[4] *Torre Martello*: de «Mortello», en Córcega, donde una torre con dicho nombre sufrió los ataques de la flota inglesa en 1794 y, por generalización, cualquier fuerte circular de mampostería como los construidos antiguamente en las costas para protegerse del invasor. (N. del t.)<<

[5] *Shakers*: de *shake*, «agitarse». Aplícase, por los movimientos de sus danzas rituales, a miembros de sectas religiosas que observan una doctrina de celibato, multipropiedad y vida en comunidad. (*N. del t.*)<<

[6] *Twin Cities*: nombre conjunto con el que se conocen las dos grandes ciudades de Minnesota, St. Paul y Minneapolis. (N. del t.)<<